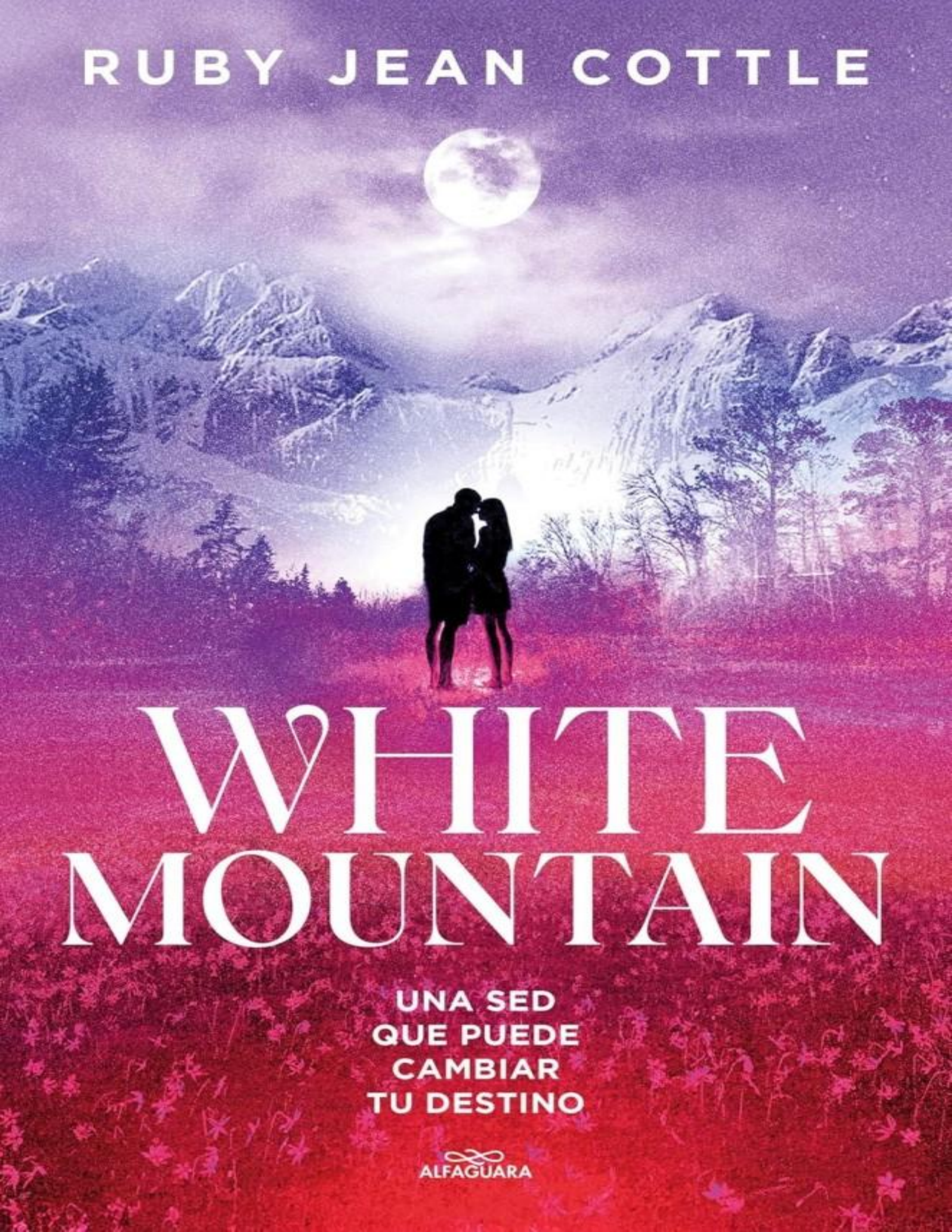
RUBY JEAN COTTLE



WHITE MOUNTAIN

UNA SED
QUE PUEDE
CAMBIAR
TU DESTINO

ALFAGUARA

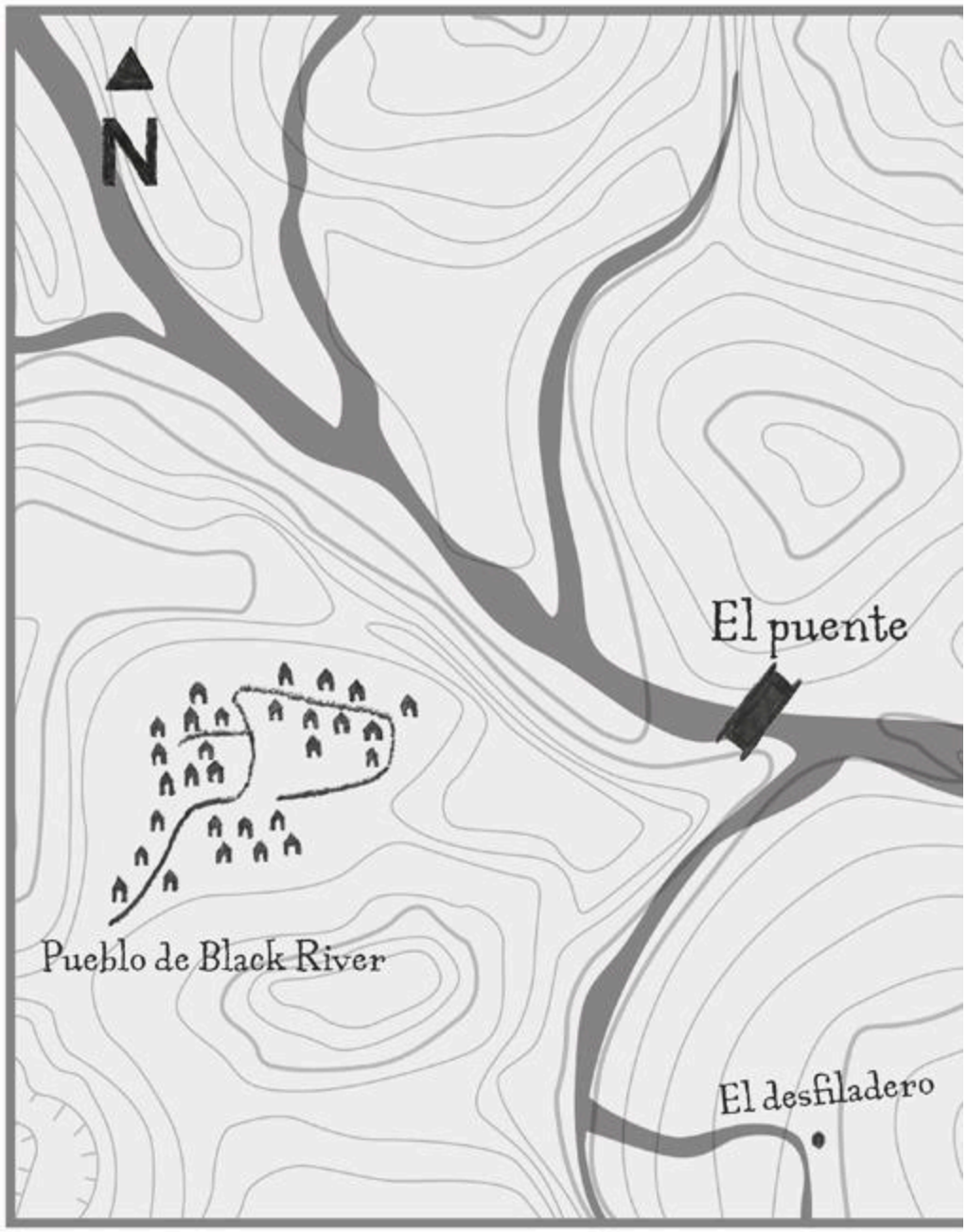
RUBY JEAN COTTLE

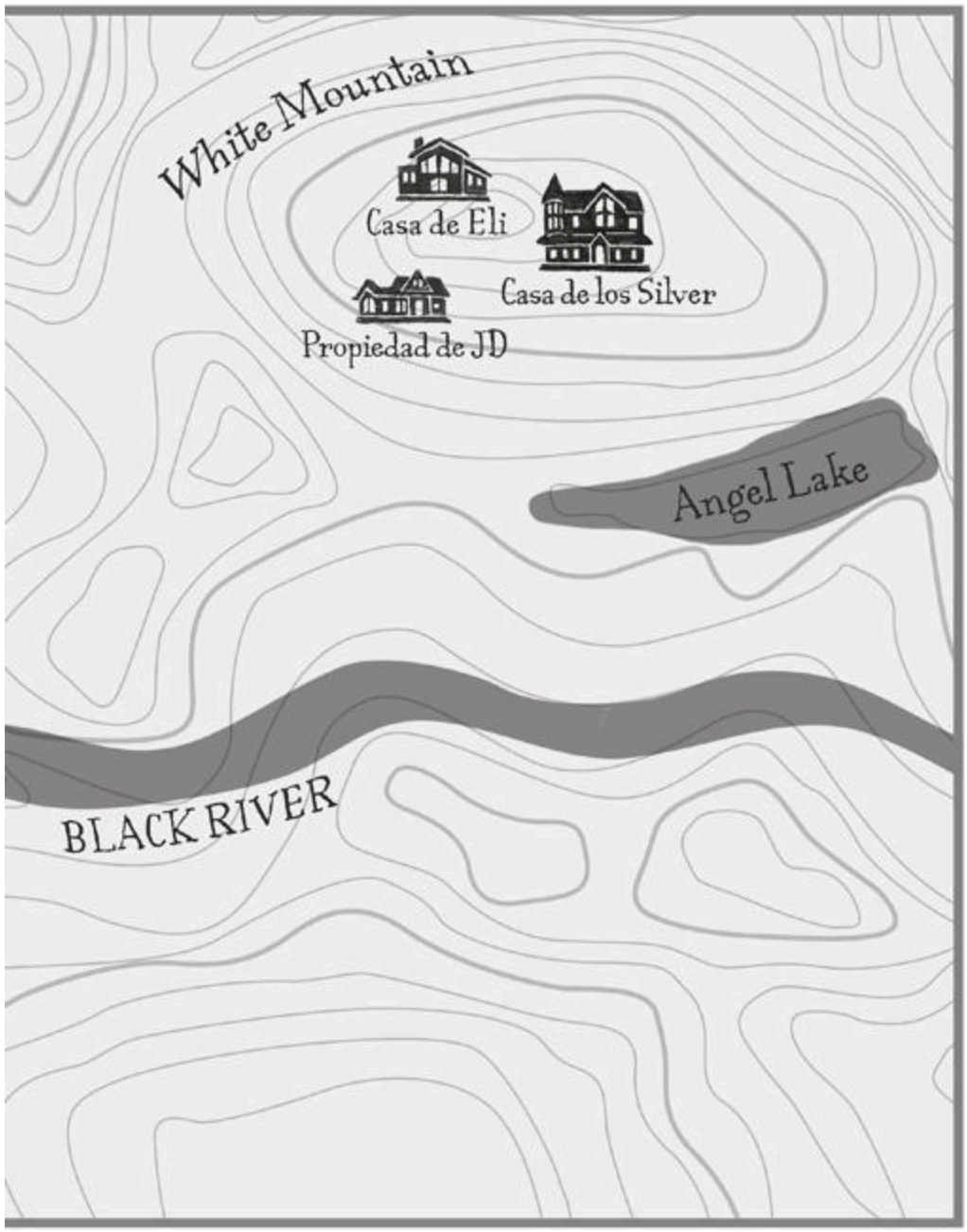
WHITE MOUNTAIN

TRADUCCIÓN DE INMACULADA RODRÍGUEZ
Y PALMA CARVAJAL

ALFAGUARA

Para Tim, por saber que seríamos
nosotros desde el principio


N
El puente
Pueblo de Black River
El desfiladero


White Mountain
Casa de Eli
Casa de los Silver
Propiedad de JD
Angel Lake
BLACK RIVER

Prólogo

El cielo nocturno sobre la White Mountain reluce con estrellas silenciosas. Opi inspira hondo, respirando el aroma de la tierra aún mojada por el calor de finales de verano. Con las rodillas pegadas al pecho, se sienta en un saliente del pico, rodeándose las piernas con los brazos como si estuviera calmándose.

El cielo no solía ser nada más que un telón de fondo para ella. Bonito pero abstracto, liso e inexorable. Ahora, es una profundidad infinita de la que puede surgir cualquier cosa imaginable. Todo es posible, y es incapaz de decidir si le encanta o detesta la idea.

Han pasado cuatro semanas desde que el orbe vino a buscarla. No se había encontrado consciente cuando la había elevado hacia el cielo y le había alterado la química del cuerpo. Fue más tarde, mientras su hermana, Dusty, le describía lo que sucedió, cuando Opi lo vio claro. Tal vez no se lo hubiese creído; no obstante, en cuanto la depositaron de vuelta en el suelo, fue capaz de sentir una presencia tan poderosa, tan sobrenatural, que incluso sin recuerdos supo de alguna forma que la habían cambiado para siempre.

Una nueva ráfaga de viento le agita el largo cabello y después se le cuela por debajo del camisón de algodón. Presiona los pies desnudos contra la roca fría y áspera como si esta pudiera evitar que cayera en picado hacia el éter. Pero entonces el hambre le retuerce las entrañas y la ancla a su cuerpo y a sus necesidades básicas.

Sangre.

Se pone de pie e intenta deshacerse de esa sensación. Es demasiado pronto. Debe ser capaz de esperar como los demás.

Apretando los dientes, empieza a bajar la montaña hacia casa.

La antigua casa victoriana está en silencio cuando llega. Su padre se acostó hace horas, y Dusty se escabulló para ver a Will en cuanto pudo. Opi vacila, insegura de si pasar el resto de la noche encerrada dentro. Sin embargo, el rico aroma de las plantas, las frutas y las hortalizas maduras que se encuentran en el huerto al otro lado de la casa es un recuerdo demasiado impactante de lo que ha perdido. Su camino de la vida, que en el pasado estaba muy claro, ahora es tenebroso y gris.

Escala hasta la ventana abierta de su dormitorio, agarrándose con las manos y los pies descalzos a los toldos y alféizares desconchados. Cuando se está metiendo dentro, no se percata del olor de alguien en la habitación oscura hasta que es demasiado tarde.

A sus ojos les toma unos segundos ajustarse; entonces, ve la silueta sentada en el filo de la cama, con los hombros desplomados y la cabeza gacha. Sin girarse, él acerca la mano a la lámpara en la mesita de noche y la enciende.

—Papá —dice ella, un poco sin aliento.

Cuando él se gira, se fija en su camisón y tiene que mirar dos veces. Ella no sabe qué se esperaba. Tal vez que llevara ropa para una fiesta u otro tipo de escapada nocturna.

Él sacude la cabeza a la par que frunce el ceño:

—Cariño. Sé que Dust me dijo que necesitabas un poco de espacio tras todo lo que hablamos de vuestra madre, pero ¿escaparte? Venga ya, chica. Viste cómo me sentí cuando lo hizo tu hermana. Es hora de que me cuentes lo que está sucediendo.

Opi no sabe si son los latidos del corazón de su padre

acelerándose o su propia adrenalina lo que le despierta los sentidos, pero en vez de oír sus palabras, se concentra en el sonido de su sangre moviéndose y arremolinándose en su cuerpo. La oye fluir hasta la aorta, circular por las arterias y llegar a los capilares, suministrando oxígeno, limpiando, antes de recorrer venas que la llevan de vuelta al corazón. Es hipnótico.

El sonido se adentra en sus oídos y le llena la cabeza, convirtiendo sus pensamientos en humo.

Su padre se pone de pie, frunciendo más el ceño mientras la examina. Sin embargo, Opi está demasiado preocupada por los puntos de pulso de sus muñecas que retumban como bombos, despertando algo profundo en ella.

En un instante, se encuentra delante de él, con un brazo agarrándolo del cuello para inmovilizarlo mientras que con el otro se lleva su muñeca a la boca. Él grita, pero su voz suena muy lejana.

Se le levanta el labio superior y, sin pensarlo dos veces, le muerde la muñeca, disociándose de lo que está ocurriendo a la par que se deja llevar por una corriente de sangre.

Durante un segundo, no hay nada más que rojo y un sentimiento de alivio. No obstante, de pronto su espalda choca contra la pared y se le quedan las manos y la boca vacías mientras se desploma en el suelo.

En la otra punta de la habitación, Eli Blake ayuda con delicadeza a su padre, vestido con un pijama, a sentarse en una vieja silla de madera que hay en una esquina.

—Chris —dice Eli con urgencia al tiempo que lo examina.

Al padre de Opi le cuelga la cabeza, pero mantiene la mirada fija en ella, parpadeando, desorientado y confundido. Tiene la cara blanca.

—Oiga —suelta Eli, dándole palmaditas en la mejilla para llamar

su atención.

Chris consigue apartar los ojos de Opi y, en cuanto ve a Eli, la ira sale a la luz.

—Tú —espeta entre fuertes jadeos—. ¿Qué les has hecho? Todo esto empezó contigo…

—Está bien —afirma Eli, sujetándole el rostro con las dos manos.

Esa seguridad solo hace que él se cabree más, se sobresalte y trate de apartarle las manos.

Opi observa horrorizada, con la sangre fresca corriendo por ella, intensificando cada sensación mientras se percata de lo que acaba de hacer.

—Está bien —repite Eli con una voz muy baja y calmada y manteniéndole a Chris la mirada.

La ira se disipa de los ojos de su padre. Se le suavizan los rasgos hasta que toda emoción se desvanece por completo.

—Eso es —murmura Eli—. Todo está bien.

Ahora, Chris tiene la mirada distante, tranquila. Eli lo controla por completo.

Opi abre la boca para decir algo, pero no hay palabras suficientes para expresar su arrepentimiento, su gratitud, su vergüenza. Tiene el corazón tan encogido que parece que se le está convirtiendo en piedra.

—Cuando vino a ver a Ophelia —prosigue Eli—, ella estaba durmiendo como un tronco.

Chris asiente.

—Ha estado muy distante últimamente —añade—. Al igual que Dusty. Pero eso es normal. Los adolescentes se distancian. Muchas emociones, hormonas y todo eso. Solo es una fase. No está preocupado por no verlas comer o porque sus hábitos hayan cambiado. Después de todo, parecen muy sanas. Fuertes. Solo

necesitan tiempo…, espacio. Están centradas en las clases y en sus vidas. Eso le da la oportunidad de centrarse usted en la suya. Y le parece genial.

Chris vuelve a asentir.

—Sí. Solo es una fase. Están muy sanas. Fuertes.

—Está agotado. Va a beber un montón de agua y luego se va a volver a la cama.

Opi observa cómo Eli deja caer las manos de la cara de su padre. Un escalofrío le recorre el cuerpo sobrecalentado mientras Chris se levanta despacio, con las rodillas flaqueándole, y después se marcha de la habitación sin mirarla. Sin ningún recuerdo de lo que ella acaba de hacer.

—De nada —dice Eli, que ahora está centrado en ella.

Eso vuelve a Opi más loca de lo que se sentía hacía unos segundos. Alza la vista hacia él mientras Eli se pasa una mano por el pelo rapado con las cejas alzadas. En parte, espera que él le sonría, pero no hay ni un atisbo de humor en su expresión. De alguna forma, eso la hace sentir aún peor; el corazón le late con fuerza y el miedo se apodera de ella.

Él da un paso hacia Opi.

—No —suelta ella, sacudiendo la cabeza mientras cierra los ojos con fuerza.

Sigue desplomada contra la pared, con el cuello en un ángulo extraño y el cuerpo flojo bajo ella como una muñeca de trapo. Se endereza para sentarse en un intento de recuperar su dignidad. Sabe que hay miles de cosas que debería decir en ese instante —«Gracias», «Lo siento»—, pero su vergüenza gira como un molinillo, caliente y caótico, deshaciéndose de cualquier razón.

De pronto, siente unas manos cálidas sobre las rodillas y, cuando abre los ojos de golpe, se encuentra con un verde penetrante. Eli se

encuentra arrodillado delante de ella; es la personificación de la seguridad en sí mismo y el autocontrol.

—Ophelia, ¿te encuentras bien?

—Yo… —Trata de coger aire mientras él la mira con los ojos entrecerrados, examinándole el rostro—. No debí tomar suficiente de Mali la última vez —miente—. No volveré… No volverá a pasar.

—Todavía estás aprendiendo —le responde, asintiendo como si estuviera intentando convencerse a sí mismo—. No hemos debido dejarte sola esta noche. Creíamos que, como te alimentaste hace unos cuantos días, estabas… Ophelia, tienes que avisarnos cuando pienses que no mantienes el control, ¿vale?

Asiente, pero eso la hace sentirse más pequeña. Patética. Puede sentir cómo empieza a temblarle la barbilla mientras las lágrimas calientes le recorren las mejillas. Está acorralada. Indefensa. Justo lo contrario que la sangre que le corre por dentro con fuerza.

«La sangre de mi padre», se recuerda, de pronto con náuseas al pensar en ello. Se le retuercen las entrañas como si tratara de vomitarla.

Eli exhala despacio y, después, estira los brazos para limpiarle las lágrimas de las mejillas con los dedos callosos. La observa como si fuera una niña.

Ella traga saliva, aparta sus manos y empieza a ponerse de pie.

—No permitiré que vuelva a pasar —se repite—. Creo que se puede afirmar que he aprendido la lección.

Él se levanta a su lado, demasiado cerca, demasiado alto, demasiado preocupado, demasiado atento.

—Vete ya —suelta ella.

Él arruga el entrecejo con una intensa preocupación.

Durante un segundo, Opi quiere suplicarle que no se lo cuente a Dusty —cualquier cosa para evitar que su hermana la mire de esa

manera también—, pero es inútil. Con su conexión, no hay secretos entre ellos, y, por defecto, eso le da a Eli total acceso a presenciar los peores momentos de Opi.

Los más débiles.

—Vete —suelta otra vez, sin saber si está a punto de combustionar de repente o de encogerse sobre sí misma.

Eli se queda allí, pero entonces, a una velocidad repentina y compasiva, desaparece por la ventana.

Opi se queda mirándolo, preguntándose cómo se supone que va a enfrentarse al día siguiente. Antes de esa noche, parecía que una entidad extraña se le había metido bajo la piel y había cambiado quién era y quién se suponía que iba a ser. Ahora, estaba claro que no había ninguna criatura adicional.

La depredadora era ella.

PRIMERA PARTE



1

Presión

Tres meses más tarde

Opi se encuentra tumbada en la cama con las piernas colgando del borde y los pies plantados en el suelo. Al otro lado de la ventana abierta, el cielo resplandeciente pinta el bosque de amarillo, naranja y rojo. Con cada ráfaga de viento, un puñado de hojas se desprende de sus ramas y, desde su perspectiva, Opi las ve caer y las pierde de vista mientras giran en espiral con lentitud. Aunque no es en eso en lo que se centra.

En medio del espectáculo, los árboles de hoja perenne se mantienen inmóviles como centinelas. El tiempo que pasa no significa nada para ellos. Opi exhala poco a poco, tratando de encarnar la calma serena de estos.

«Puedo esperar —se dice a sí misma—. Solo otra hora más o así. Ya he llegado bastante lejos».

El aire fresco se desliza por el interior y el exterior de su débil cuerpo, cubriéndola del aroma a descomposición y pino dulce. Y aun acalorada, se le pone la piel de gallina, se estremece y los pies empiezan a rebotarle contra el suelo, inquietos.

Se sienta y se encuentra con la pared en blanco al otro lado de

la cama. A la luz del día, es más fácil ver los contornos donde en el pasado hubo carteles. Su recuerdo rellena los huecos antes de que pueda detenerlo: salvia, hierba dulce, milenrama y corteza de sauce. La mayoría de las ilustraciones habían pertenecido a su abuelo, al que le interesaba más cultivarlas que cocinar o la medicina, o eso creía ella. No obstante, luego encontró un póster en el que se leía: PLANTAS NATIVAS, SANACIÓN NATIVA enrollado y escondido en su despacho, y volvió a sentir toda su pérdida de nuevo y se preguntó qué podría haberle enseñado mientras crecía y qué conocimiento habría estado reservando solo para ella.

Desliza la vista hacia el enorme baúl junto a su armario donde su antigua yo reside ahora. Tal vez hubiera tirado la mayoría de sus cosas antiguas si no hubieran pertenecido a su abuelo en el pasado. Pero, en este caso, no creía que tuviera el derecho. Sin embargo, tener el baúl en su habitación supone una carga tan grande en su corazón como sobre el suelo de madera que cruje.

Intentando no volverlo a mirar, se acerca al armario y abre las puertas de par en par. Lo único que no había quitado de en medio eran sus vestidos, ni siquiera los de estampados de flores. Desde el principio, había decidido que eran demasiado prácticos con la alta temperatura de su nuevo cuerpo para cambiarlos por otra ropa. Ahora, concibe el vestirse más como un requerimiento que como una forma de expresión personal, así que cierra los ojos y saca uno al azar.

Abre un ojo y se encuentra uno de algodón azul claro cubierto de pequeñas margaritas. El vestido es corto y tiene mangas caídas suaves y la cintura fruncida; no es ideal para finales de octubre, pero se distancia de la elección, se quita el camisón y se lo pone. Se peina con los dedos el cabello largo y castaño dorado y presta atención a su hermana, esperando que esté lista para marcharse

también. El sonido de los dedos aún golpeteando el teclado hace que Opi suelte un suspiro de frustración.

Va dando zancadas hasta la puerta y recorre el pasillo para ir a la habitación de Dusty; no se molesta en llamar antes de entrar. Su hermana tal vez no tenga prisa por alimentarse esta mañana, pero Opi desde luego que sí, como siempre.

—¿Lista? —pregunta desde el marco de la puerta.

—¿Eh? —suelta Dusty, distraída con algo en la pantalla de su portátil.

—Dust —dice Opi. Su hermana se vuelve hacia ella y Opi le sonríe, tratando de relajarse lo suficiente para ocultar su impaciencia —. Es hora de irse.

Dusty vuelve a mirar la pantalla.

—Ay, mierda. Dame dos minutos. —Empieza a moverse y se pone un top de manga larga que se remete por los vaqueros.

Opi observa a su hermana; todavía le sorprende la gracia de sus movimientos, seguros y confiados, y cómo las curvas de su cuerpo hacen que la ropa le quede perfecta. Baja la vista a sus propias piernas, que sobresalen por debajo del vestido, y se siente como un cachorro grandullón en comparación. Es toda extremidades larguiruchas y torpes.

Atrás quedaron los días en los que había vivido feliz y sin complejos.

Opi sabe que no tiene derecho a molestarse con Dusty. La quiere más que a nadie. Sin embargo, todo lo relacionado con su hermana es un recordatorio: su transformación la hizo volver a la vida otra vez, encontrarse a sí misma, mientras que todo lo que a Opi le gustaba sobre ella misma quedó reducido por aquello en lo que se ha convertido.

Dusty mete unos libros en su mochila y luego el portátil.

Opi se aclara la garganta.

—¿Alguna novedad?

Dusty suspira.

—¿Aparte de los millones de teorías conspiranoicas e historias cada vez más descabelladas? —Sacude la cabeza—. Parece imposible saber lo que es cierto y lo que no. Sobre todo, ahora que… cualquier cosa es posible. Aunque hay literalmente cientos de subforos dedicados a historias de orbes en el cielo. Una se imaginaría que sería algo tabú, pero internet está plagado. Mucha gente incluso afirma que los orbes, las naves o lo que fuera bajaron e interactuaron o interfirieron en ellos. Aun así, nadie habla de algo parecido a lo que nos ocurrió a nosotras. —Se atusa el pelo en el espejo de encima de su tocador antes de sostenerle la mirada a Opi a través del reflejo—. Si aún no sintiera… la presencia… en algún lugar ahí fuera…, no me creería ni mis propios recuerdos. Pero… —Dejó que las palabras se fueran apagando.

—Sí —contestó Opi, fingiendo que la presencia era por lo que le estaba preguntando. Aguardó un segundo antes de aclarar—: ¿Y de mamá?

—Ah —responde su hermana, suavizando la voz—. No aparece en internet.

A pesar de que han pasado más de cinco años desde que las abandonó, solo hace un par de meses que descubrieron el motivo. Por supuesto, ambas habían intentado buscarla en internet antes, aunque un poco vacilantes, pues ella se había marchado porque ya no las quería en su vida. Ahora, saben que se fue porque quería protegerlas, no abandonarlas. Al menos, eso es lo que parece.

—Pero sí que he tenido otro recuerdo —añade Dusty.

Opi aguarda, tratando de no mostrar con cuánta desesperación se aferra a ellos.

—Fue anoche, en el bosque. Llevaba horas corriendo y casi había llegado a casa, pero me paré a recuperar el aliento. Me apoyé en un árbol para equilibrarme y, cuando lo toqué, pum, ahí estaba, con mamá en el pasado. Parecía mediodía. Ella se encontraba confundida. Se hallaba en un sendero que había más abajo de la casa; sin embargo, de pronto, se perdió. No reconoció nada y no pudo encontrar el camino de vuelta.

—Igual que nosotras —susurra Opi.

Dusty asiente.

—También sintió que algo la estaba observando.

—¿La presencia?

Dusty se encoge de hombros.

—No lo sé. Aunque cuantos más recuerdos tengo de ella, más convencida estoy de que no comenzó a perder la noción del tiempo o a desorientarse hasta justo antes de que se marchara. Tal vez unos pocos meses, no mucho más. Parecía… sorprendida por ello. Como si le hubiera preocupado que quizá le ocurriera algún día, pero no tan pronto. Como si pensase que tendría más tiempo.

—¿Y tú no…? ¿Estás segura de que no se convirtió en lo mismo que nosotras? ¿Que no cambió?

Dusty asiente.

—Se marchó porque creía que se le estaba deteriorando la mente, justo como a su padre. Se fue porque no quería que nosotras tuviéramos que vivir con ella así.

Opi traga saliva, sin saber qué decir.

—La encontraré —añade Dusty, que se lleva la mano ausente al pequeño diamante que se encuentra en el hueco de su garganta y lo retuerce entre los dedos. Se había ofrecido a compartir el collar de su madre después de encontrarlo, pero Opi le dijo que se lo quedara. Era para Dusty. La mera idea de tenerlo alrededor del

cuello la hacía pensar que se podía atragantar—. Eso es lo que quieres, ¿verdad? —le pregunta—. Que la encuentre.

Opi duda.

—Eso creo…

—¿Pero?

—Pero, aunque ese fuera el motivo por el que se marchó, no tuviera los medios ni nada… Hacernos pasar por eso… Podía haber escrito. Precisamente ella sabe muy bien lo que es perder a un progenitor. Podría habernos dado algo. Cualquier cosa. Durante todos estos años. Aunque solo fuera la certeza de que no fue nuestra culpa. Y como sabemos que no fue su mente, sino la presencia o lo que sea que se encuentre en esta montaña, lo que la desorientó así y la hizo perder la noción del tiempo, ¿no debería haber dejado de suceder cuando se marchó? Ella tendría que haberse dado cuenta de que en realidad no estaba perdiendo la cabeza al alejarse de aquí.

La ira ha invadido a Opi, y se da cuenta de que tiene las manos cerradas y apretadas. Cuando las extiende, ve que se ha hecho unas marcas profundas en las palmas con las uñas.

Dusty se acerca a ella, contemplando las heridas, y luego la rodea, de pronto con el rostro ensombrecido de preocupación.

—Tus colores —dice Dusty—. Son rojos y… Respira, Op. Intenta respirar.

Opi la fulmina con la mirada, deseando que a su hermana no le resultara tan fácil verle en la cara todas sus emociones privadas. Perdió el control esa única noche, pero desde entonces no ha permitido que se le desate el hambre voraz e implacable. Es un secreto suyo y únicamente suyo, y le molesta la habilidad recién desarrollada de su hermana que amenaza con arrebatarle aquello también. Se ha estado portando bien, justo como ellos desean que

haga.

—Estoy bien —dice Opi, tratando de restablecer los colores en vez de dejar que la inunde la rabia. Sin embargo, es demasiado abstracto y, por desgracia, esconde otro motivo de dolor: Opi no ha desarrollado ninguna habilidad especial. Se obliga a relajar la mandíbula antes de añadir—: Sí, aún quiero buscarla.

Dusty asiente, y luego le coloca una mano tranquilizadora en el brazo.

—Lo haremos.

La más leve oleada de suavidad fluye por el contacto y alcanza un lugar cercano al corazón de Opi. Por la mirada de alivio de Dusty, los colores de Opi deben de haber cambiado a algo que su hermana considera lo bastante normal para proseguir.

Abajo, con todas las ventanas cerradas, el aire está tan caliente que es sofocante.

—No me puedo creer que hubiéramos pensado que sería más fácil cuando hiciera más frío —suelta Opi, mirando las brasas de la chimenea que se encuentra más cerca de la cocina—. Papá encenderá los dos fuegos pronto. Apenas seremos capaces de respirar aquí abajo.

Al tiempo que Dusty se dirige a la entrada, Opi desenchufa el móvil del cargador en el salón. Después de lo que sucedió con su padre, en un esfuerzo por distraerse de su propia realidad y sed, había adquirido el mal hábito de navegar con el móvil sin parar toda la noche, pero su algoritmo —programado para alguien que casi consumía en exclusiva contenido alegre y apasionado de plantas y herbología, alguien que ya no era— solo la hacía despreciarse aún más. Ahora deja el teléfono fuera de su alcance y opta por pasar toda la noche desconectada, meditando para olvidarse de su apetito y fingiendo que Dusty o Eli no la están oyendo a cada momento,

siempre vigilantes, siempre conscientes de dónde se encuentra.

Por suerte, Eli ha estado toda la semana pasada fuera haciendo algo relacionado con el BMX. Opi creyó que se sentiría menos oprimida sin que él se quedara acechando en el exterior, como si tuviera que cuidar de ella, cuando Dusty se encontraba en casa de Will o de Mali. Sin embargo, en vez de eso, Will ha ido allí a la casa, y aunque el padre de ambas todavía sigue trabajando más de lo normal o durmiendo despreocupado en la planta de arriba, tampoco es que haya hecho mucha diferencia.

En cualquier caso, sin Eli cerca, Opi no ha tenido que pensar tanto sobre esa noche: lo que le hizo a su padre, el modo en el que Eli la había mirado después, la consecuencia de esa sed insaciable dentro de ella.

«Pronto. Tomarás sangre pronto».

Se apresura a ir a la cocina, agarra dos botellas de cristal llenas de un líquido transparente de color ocre de la nevera y, a continuación, corre a la entrada para calzarse las botas negras de suela gruesa encima de sus calcetines blancos lisos.

Fuera, Dusty la espera en el coche con las ventanillas ya bajadas. El alivio del aire frío calma a Opi durante un segundo, hasta que se percata de que su hermana le mira el vestido.

—¿Qué?

Dusty hace un mohín.

—¿Crees que…? ¿No deberías…?

—¿Qué, Dusty?

—La gente se preguntará por qué no llevas chaqueta.

Opi se queda mirando a su hermana, intentando convencerse a sí misma de que está enfadada sobre todo por el hambre que tiene, no porque le estén supervisando todo lo que hace.

Se sube al coche sin responder y, por cómo de lento sale Dusty

marcha atrás del camino de entrada, es evidente que esta no tiene ni idea de lo hambrienta que está Opi.

Ella es la que había sugerido que se alimentaran cada siete días. Fue justo después de que cambiara por primera vez, y lo único que sabían ellos era que necesitaba a alguien seguro del que alimentarse con regularidad. Mali se había prestado voluntaria, y, a pesar de su sed cada vez más creciente, la antigua Opi seguía estando lo suficientemente presente para establecer algunas reglas básicas. Siete días era lo que Dusty y Eli parecieron aguantar antes de llevar su ansia al límite; y como alguien que estudiaba en el pasado el cuerpo humano y lo que era bueno para él, había decidido que, si les preparaba a sus donantes infusiones de ortiga, trébol rojo, canela, alfalfa y *ashwagandha* para ayudarlos a fortalecer el sistema sanguíneo tras una gran pérdida, el rango de tiempo sería seguro para todos los implicados.

Al principio, eso la había hecho sentir mejor —como si estuviera cumpliendo su papel siendo proactiva, una valiosa integrante de aquel grupo secreto—, incluso aunque las primeras veces que se alimentó de Mali, Dusty tuvo que intervenir cuando no fue capaz de detenerse. Todos se lo habían atribuido a que Opi aún estaba encontrando su lugar, y, en parte, era cierto. La cuarta vez que se alimentó, pudo parar ella sola. Pero entonces, justo dos días más tarde, fue la noche en la que sucedió lo de su padre.

Se estremece ante el recuerdo, como siempre hace.

A medida que bajan la montaña, traquetean en su mochila las botellas de cristal, llenas con la única infusión que todavía prepara.

—Mi pequeña curandera —dice Dusty.

Opi puede oír la sonrisa en la voz de su hermana, pero sus palabras le rompen el corazón.

No es solo que la forma en la que las hierbas huelen tan

diferente, tan extrañas, le duela. Tampoco que ya no pueda siquiera cocinar con ellas, disfrutar de su sabor y la manera en la que dan vida a otros alimentos. Es el hecho de que, mientras Dusty y Eli aún parecen perfectamente capaces de ajustarse al ciclo de alimentación de siete días, la sed de Opi jamás se desvanece. Su necesidad la consume, y el tiempo no ha hecho sino demostrar que es distinta incluso de ellos.

Monstruosa. Débil. Inferior.

En el pasado, curar había sido su segunda naturaleza. Ahora lo único que quiere es arrebatar.

Pasan por el camino de entrada de la casa de JD, cercada por una verja enorme de alta seguridad y una valla que rodea la propiedad.

—¿Qué tal se encuentra su madre? —pregunta, sabiendo que Dusty y Eli han estado vigilando de cerca la casa y se han asegurado de que JD no haya tratado de volver.

—A ver, ya era una ermitaña antes, por lo que es difícil de decir. —Dusty suelta un suspiro entrecortado—. Pero después de que JD matara a su marido, se alimentara de ella durante semanas y luego desapareciera, parece obvio que su salud mental se ha deteriorado. Las pocas veces que la hemos visto, se ha limitado a quedarse mirando a la nada. Aunque sé que le llevan la compra a casa cada pocas semanas, así que está… sobreviviendo.

Opi suspira. Nunca ha conocido a la mujer, pero hay algo en el hecho de que se mantuviera junto a su hijo, lo ayudara a pesar de lo que había hecho o de aquello en lo que se había convertido, que le toca la fibra y la hace sentir como si la hubieran desgarrado por dentro. La mujer debe de ser leal y entregada de una forma que la propia madre de Opi no fue capaz de ser.

Por lo que saben, jamás se denunció la desaparición del padre

de JD, y, cuando volvieron al instituto tras el verano, los profesores le contaron a todo aquel que preguntó que JD ahora estudiaba en casa. Opi no sabe si era una mentira de su madre o del propio JD, pero nadie pareció atar cabos entre que él no asistiera a clase y la desaparición de Kristen.

Las botellas en la mochila de Opi vuelven a traquetear mientras abandonan la montaña y empiezan a serpentear las carreteras hacia el pueblo.

«Ya casi llegamos», se dice Opi a sí misma, mordiéndose el labio.

Acaba de comenzar a relajarse cuando se acercan al puente cubierto sobre el Black River y se encuentran varios coches alineados y aguardando su turno para cruzar.

—¿Qué cojones? —murmura Dusty a medida que se acercan.

Opi se asoma por la ventanilla abierta, pero solo es capaz de ver a través del entramado de madera que cubre el puente. Dentro, se encuentra un coche detenido en medio. Hay un hombre de pie, junto al maletero abierto en la parte de atrás, sacando una rueda de repuesto.

A Opi se le instala una sensación de zozobra en la boca del estómago. De pronto, es demasiado consciente de la gente que se halla en los coches alrededor de ellas, del sonido de sus corazones palpitando lo bastante fuerte para provocar que la boca se le haga agua. Se muerde el labio una vez más con tanta fuerza que se resquebraja la piel. Se lame la gotita que se le acumula y saborea el sabor agridulce antes de que se le cure de inmediato.



—Creía que le iban los tíos.

Eli se inclina más hacia la mujer delante de él, con la mirada perdida en el rostro deslumbrante de ella mientras aguza el oído para escuchar al grupo de riders en la otra parte del tejado del hotel. Lo han estado observando toda la noche, al igual que todo el mundo.

El sol ya había salido sobre Ciudad de México, y la fiesta que hacía horas estaba repleta de gente se había reducido a los riders, que aún están llenos de adrenalina por la competición de la noche anterior. La música se cuela por los altavoces y se fusiona con los camiones de la basura y el resto del tráfico de primera hora de la mañana en los pisos de abajo que dan a la calle.

La mujer prosigue alzando la vista hacia Eli con ojos juguetones mientras frunce los labios, sin ser consciente de que él tiene la atención dividida.

—¿Qué más da lo que le vaya? —replica un tipo con acento francés—. Anoche hizo un cuádruple *flair*. Eso ni siquiera es posible.

—Bueno, desde luego que sí —interrumpe otro tipo—. Porque él lo ha hecho. Y de improviso. La pista no estaba ni adaptada.

—Tal vez sea bi —añade una mujer con un deje español.

La mujer delante de Eli le sacude algo de la camiseta; la química entre ellos hace que a él le cosquillee la piel.

—Sea lo que sea —añade una voz inglesa de chico—, el otro día me miró a mí como la está mirando a ella.

—Más quisieras.

La voz francesa le quita importancia, mientras que la mujer española pregunta:

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo te miraba?

—Como si tuviera hambre.

Hay un segundo de silencio antes de que resuenen las risas.

—Qué suerte tienes. —La mujer española suspira—. Yo lo dejaría

mirarme así cuando quisiera.

Eli gira la cabeza para contemplar a la mujer con acento, incapaz de evitarlo. Contorsiona el rostro en una sonrisa maquiavélica mientras la mira. Ella se queda sin aliento y, a continuación, aparta la mirada con rapidez; se le ponen las mejillas sonrosadas mientras el grupo sigue riéndose y charla entre susurros sobre la acrobacia que ejecutó Eli anoche.

Él se vuelve hacia la mujer de delante de él.

La energía coqueta de ella se ha evaporado. Pone los ojos en blanco y luego se aparta de él y se dirige al ascensor.

—Joder —murmura Eli, pero sabe que se lo merece.

Ya es su último día en Ciudad de México tras cinco días; un viaje con todos los gastos pagados para competir con los mejores riders de BMX del mundo. Había estado llamando ya la atención por sus habilidades sobre la bici antes de que todo cambiara, pero después no había estado seguro de seguir con ello. Al menos, no de manera pública.

Cuando sus amigos Matt y Jesse lo vieron hacer el tonto en su pista en el bosque un día a principios de otoño, Matt subió un vídeo suyo que se volvió muy viral. Un montón de invitaciones de diferentes patrocinadores le inundaron los mensajes privados.

Sus padres habían estado de acuerdo en que era la oportunidad de su vida, y Eli no pudo negar que una parte de él echaba de menos la atención. Llevaba meses ocultándose en el bosque de la White Mountain, existiendo como alguien nuevo por completo. Ahora está en el último curso, el futuro se avecina, y creyó que podría volver a probar suerte en lo que llevaba planeando hacer con su vida. El problema es que había subestimado lo duro que sería mantener a raya sus habilidades mejoradas.

—Perdona, ¿Eli Blake?

Eli reconoce la voz del chico inglés con el que había estado hablando. El que se percató de su «hambre», aunque malinterpretara la palabra. Se gira y lo reconoce de inmediato como alguien a quien, en efecto, ha notado. Alguien por el que siente sed sin dudar.

Eli extiende una mano.

—¿Qué tal?

—Bien —responde el chico, dándole un firme apretón a Eli con una mano igual de callosa. No parece reparar en su temperatura corporal—. Solo quería felicitarte por lo de anoche. Fue… una locura.

Eli le suelta la mano, intentando superar el pavor que lo atenaza desde que aterrizó después de la acrobacia. No pretendía hacerla. Le salió de manera inconsciente y había cogido tanta velocidad que lo había impulsado a nuevas alturas y le había dejado todo el tiempo del mundo para aquella hazaña que batió récords. Cuando la gravedad lo trajo de vuelta al suelo, la multitud enloqueció.

—Gracias —dice de forma despreocupada—. James, ¿verdad?

—Jimmy —responde él, y luego le da un largo sorbo a su cerveza.

A medida que traga, Eli no puede evitar observar su nuez y las venas que se le marcan alrededor de los músculos del cuello. Se alimentó de Jesse justo antes de marcharse, así que, según el protocolo que Ophelia había establecido, le quedaban dos días hasta tener que volver a hacerlo. Sin embargo, ahora mismo, hasta un día parece toda una vida.

—Estuve ahí cuando Reilly rompió el récord con un triple —añade Jimmy—. Nunca pensé que vería a alguien batirlo en mi vida.

—Sí, yo tampoco.

—Seguro que lo estás petando.

Eli se ríe.

—Se podría decir que sí. —Había consultado el teléfono antes de la fiesta y había descubierto que había conseguido más de treinta mil seguidores nuevos, y que tenía alertas de varias plataformas y marcas de deportes importantes.

—¿La última y nos vamos? —preguntó Jimmy, alzando su cerveza.

—No, tío. No bebo.

Jimmy asiente, claramente sin saber si lo han rechazado.

Eli es consciente de los mensajes contradictorios que envía. Anda en la fina línea entre la atracción y la sed. Ambas físicas, instintivas, pero del todo distintas para él, lo que complica su vida ya de por sí demasiado complicada.

Se ha estado alimentando en exclusiva de Jesse los últimos meses; una relación que se ha vuelto más y más tensa; su amistad se ha alterado de manera permanente. Se han ceñido a la rutina estricta que había impuesto Ophelia. Ni más, ni menos. No obstante, la culpa que lo atenazaba por alimentarse de alguien que lo desea cuando él no lo desea del mismo modo, cada vez era más insoportable. Jesse no puede apagar sus propios sentimientos sin más. Tampoco puede evitar que Eli consiga olerlos en él.

Estar fuera de casa ha sido un alivio. También le ha permitido imaginar cómo sería dejarse llevar por su hambre sin restricciones. Alimentarse cuando le apeteciera. Se encuentra en un país extranjero, lejos de casa, después de todo. Y Eli tiene la habilidad de manipular la verdad, de decirle a la gente qué hacer, pensar y sentir. Puede incluso borrar recuerdos y reemplazarlos con lo que sea que les meta en la cabeza. La tentación ha hecho que sus noches sin dormir sean más ajetreadas que nunca. Y ahora hay un chico delante de él que huele mejor que todos los demás, y lo está tentando muchísimo más.

Se miran a los ojos y Eli se permite no apartarlos; una confirmación de que Jimmy no se ha equivocado, hay algo entre ellos.

Solo que no es lo que Jimmy espera.

Eli se imagina cómo sería contar la verdad sobre lo que quiere y lo que no, y luego dejarle a Jimmy escoger. La única cosa que el chico no se vería venir sería lo de después. Cuando Eli le borrara la memoria y todo se convirtiera en un sueño lejano.

Siente cómo se le oscurece la mirada al tiempo que esboza una sonrisa. A Jimmy se le acelera el corazón y se le vuelve más profunda la respiración, pero cuando Eli se gira para conducirlo al ascensor y, acto seguido, a su habitación, lo atraviesa una repentina nostalgia. No de su casa en concreto, sino de una que hay más arriba en la montaña. Incluso aunque siente a Jimmy pisándole los talones, la promesa de sangre apenas dentro de unos minutos, no puede evitar preguntarse lo que estarán haciendo las hermanas Silver ahora mismo.

Cuando se encuentra lejos de Dusty, puede sentir el vacío donde su vínculo suele existir. No son palabras lo que oye cuando está cerca de ella ni ruido en la cabeza. Son más bien como imágenes y sentimientos, momentos de la vida de ella, paralela a la suya propia, un túnel de dos sentidos que de alguna forma lo expande. Sin este, siente que le falta una de las extremidades.

Sin embargo, en este instante, también son los grandes ojos marrones de Ophelia los que no se puede quitar de la cabeza. Se pregunta si es el continuo juicio de ella sobre él o el hecho de que se le note tanto que él la molesta —cuando, por lo general, acepta a todos los demás— lo que su subconsciente usa para mantenerlo a raya, actuando como abogado del diablo. De cualquier modo, pensar en ambas, tan lejos, ha reemplazado su anticipación con algo

doloroso y vacío.

La puerta del ascensor se cierra, atrapando el aroma de Jimmy dentro. Eli inhala, aliviado de que haya una sola cosa, al menos, que pueda hacer para llenar ese vacío. Se apoya contra la pared, con la barbilla alta, mientras se toma la libertad de recorrer con la mirada el cuello y los brazos de Jimmy. El corazón de este late aún más fuerte mientras la presión de los dientes de Eli aumenta y toma definitivamente su decisión.

2

Distancia infinita

Opi cierra la puerta del coche de un golpe y se dirige a zancadas largas y rápidas hacia la entrada del instituto de Black River.

—¡Opi! —grita Dusty detrás de ella—. ¡Espera!

Pero Opi no baja el ritmo. No puede.

—Te puedes vestir como te dé la gana —dice Dusty, alcanzándola —. No debería haber sacado el tema otra vez.

«Pero lo has hecho», piensa Opi, que se alegra de que su hermana piense que el motivo de su enfado sea ese, no que se encuentra justo al límite de su autocontrol.

Tardaron casi media hora en cambiar la rueda y en que se despejara el puente. Opi habría querido salir del coche y correr hacia Mali, pero eso habría delatado su desesperación, así que, en vez de ello, apretó los dientes y fijó la mirada en un pino solitario y estoico que había al filo de la carretera.

Mali y Will habían aguardado en el molino todo lo que pudieron, pero como Mali estaba en trámites de pedir una beca universitaria, había llamado para decir que no quería llegar tarde y que tendrían que alimentarse en el instituto.

Al ver el pánico en los colores de Opi, Dusty había sugerido que podían esperar hasta después de clase. Ella, con una ira contenida, tuvo que admitir que prefería no esperar, lo que despertó unas

nuevas miradas de preocupación de su hermana. Más cerca del instituto, cuando Dusty le había preguntado si estaba segura de si no quería que le prestara la chaqueta para cubrirse el vestido de verano, Opi había estallado.

Empuja las puertas batientes del colegio, y los estudiantes que van de camino a su aula se vuelven todos para observar esa entrada tan dramática. Puede notar que el vestido le roza los muslos mientras camina, y de pronto repara en lo largas y torpes que deben de parecer sus piernas. Con todo el mundo mirándola, se niega a fijarse en sus abrigos, jerséis y vaqueros, y en la forma en la que su vestido está atrayendo atención no deseada.

—Op —suelta Dusty, con un suspiro, a su lado.

Sin embargo, Opi sigue sin poder mirarla. No soporta la preocupación que sabe que reflejan sus ojos.

Opi anda tan rápido como puede sin correr mientras sortea las decoraciones de Halloween que dominan los pasillos. Hay serpentinas naranjas, negras y moradas desperdigadas por todos lados con montones de telarañas sintéticas cayendo en cascada del techo y las taquillas con murciélagos y arañas negras aquí y allá. También se hallan figuritas de fantasmas, esqueletos y zombis atadas como una especie de masa horrorosa que cuelga del techo, lo que convierte el camino para encontrar a Mali y a Will en una carrera de obstáculos extraña. Y para empeorarlo todo aún más, lo único que Opi huele es el hedor nauseabundo de las calabazas en descomposición alineadas encima de las taquillas con caras talladas que miran con sonrisas burlonas y macabras.

—Te he dicho que lo siento, Op —repone Dusty con firmeza—. Hago lo que puedo, ¿vale?

Opi suelta el aire cuando giran una esquina al final del pasillo, demasiado hambrienta y acongojada para evitar una pelea. Esta

estación del año era antes su favorita. La encaraba como un cirujano antes de una operación: con meticulosidad, como si vidas dependieran de ello. Primero, cosechaba las últimas frutas y verduras del verano de su huerto y las preparaba para conservarlas y que así duraran todo el invierno. A continuación, secaba las hierbas y hacía mezclas de té con especias para sus amigos y profesores. Ponía en remojo cebollas y orégano fresco en miel, listo para aliviar los dolores de garganta, reducir la inflamación y luchar contra los virus maliciosos. Cocinaba hasta caldos a fuego lento, tanto de carne como de verduras, y los congelaba para los momentos en los que enfermaba alguien a quien conociera. Entonces, se ponía manos a la obra con los pasteles. Hacía muchísimos. Dulces y deliciosos.

Todas esas cosas hacen que ahora se le revuelva el estómago.

Ninguna de ellas existe ya para ella.

Giran otra vez hacia un pasillo más tranquilo. Mali y Will las esperan al final de este.

—¡Ahí estáis! —grita Mali—. ¡El timbre está a punto de sonar!

—¡Ya vamos! —responde Dusty también en un chillido al tiempo que Opi y ella empiezan a correr.

Opi trata de no reparar en la mirada de anhelo en el rostro de Will o la forma en la que estira el brazo para agarrar a Dusty y atraerla en cuanto se tocan. Por el contrario, tras la sonrisa ligera y cálida de Mali, Opi intuye un poco de aprensión.

Will lleva a Dusty hacia el armario de suministros al otro lado del pasillo y la puerta se cierra rápido detrás de ellos.

—Oye, chica —dice Mali.

Opi traga saliva, intentando no parecer muy acelerada.

—Gracias por esperarnos.

Mali abre una puerta junto a ella que lleva a un pequeño cuarto

de baño.

—No sé si habría llegado a la hora del almuerzo —añade Opi, y se arrepiente al instante mientras sigue a Mali al interior.

Mali ralentiza el ritmo al oírlo. Tras lo que había sucedido con Opi y su padre, Dusty y Eli tardaron un mes en dejarla a solas con Mali para que se alimentara. La habían observado de cerca, asegurándose de que tomara suficiente, pero no demasiado, consultando de forma constante los días anteriores si tenía hambre. Opi se había obcecado en hacer lo mejor para el cuerpo de Mali, y ocultaba su hambre e insistía en que estaba bebiendo suficiente para salir del apuro.

No obstante, incluso después de que ella demostrara que tenía control y que le permitieran estar a solas con Mali de nuevo, el incidente había pendido sobre ellas con una tensión silenciosa.

Vacilante, Mali cierra la puerta con pestillo tras ellas.

—Deberías haberme avisado —dice—. Podríamos haberlo hecho ayer o antes si lo necesitabas.

Opi sacude la cabeza, avergonzada.

—Sé lo duro que has estado entrenando últimamente. Necesitas que tu cuerpo esté al máximo.

—Lo está —responde Mali, remangándose el jersey—. Me está yendo genial.

Al ver las largas venas que corren bajo la piel morena de Mali, Opi saliva y se avergüenza aún más.

—No pasa nada —comenta Mali en voz baja. Alza un brazo y se lo ofrece sin reservas a pesar del corazón acelerado y la tensión que la atenaza alrededor de los ojos.

Opi lo ignora. Se impone la supervivencia, y una sed como nunca antes.

Agarra el brazo de Mali con ambas manos y se lo lleva a la boca.

A medida que inhala por última vez el aroma, se le levanta el labio y muerde.

La sangre densa y metálica corre caliente por su garganta mientras cierra los ojos y se deja llevar por el alivio. Mantiene un dedo sobre la muñeca de Mali, centrándose en el punto de pulso para guiarse. Su ruido sordo le recuerda a una pequeña parte de ella que tiene la vida de Mali en sus manos.

La saciedad empieza a hormiguearle la coronilla y se le extiende por todas las extremidades hasta los dedos de los pies mientras vislumbra por un momento difuso cómo es para Mali correr, la emoción de los otros atletas a su lado, las ganas de vencer. Cada ápice de tensión se derrite dentro de Opi y le otorga una fuerza arrolladora y ardiente.

En cuanto a su amiga se le ralentiza el pulso, Opi abre la boca diligente y deja que sus dientes salgan de la piel de Mali antes de lamer y saborear cada gota mientras le cura la herida hasta que no deja ni rastro de ella.

Alza los ojos hacia la mejor amiga de su hermana y capta la mirada de repulsión en el rostro de Mali antes de que la reemplace por una sonrisa apaciguadora y amable. Aunque no lo hubiera visto, habría sido capaz de oler el disgusto que rezuman los poros de Mali, como siempre.

Suena el timbre, demasiado fuerte, demasiado agudo. A pesar de ello, Opi lo agradece.

Mientras Mali se baja la manga, Opi agarra su mochila y saca una de las botellas de cristal llena de un líquido transparente de color ámbar.

—Gracias —dice, al tiempo que se la tiende a Mali, que abre el tapón y toma un gran sorbo.

Cuando acaba, le dedica una sonrisa reconfortante y, a

continuación, repone:

—Vámonos.

Vuelven al pasillo a la par que Dusty y Will salen del armario de suministros con las mejillas sonrojadas. Se nota que Will tiene el pelo oscuro más despeinado que antes y, además, siguen con las manos entrelazadas.

Opi desea no ponerse celosa, pero las diferencias entre la realidad de su hermana y la de ella hacen que le sea imposible no sentir envidia.

No por primera vez, se pregunta si Dusty y Eli lo llevan mejor que ella porque se alimentan de personas que les despiertan sed de sangre. Si se encuentran más saciados de alguna forma por un intercambio más cargado de emociones.

Saca otra botella de la mochila y se la ofrece a Will.

—Gracias, Op.

Sonríe todo lo que puede y, luego, sin decir palabra, se gira para dirigirse a su sala de encuentro.



Dusty le echa un ojo a las decenas de pestañas que todavía tiene abiertas en el portátil, cada una es un agujero de gusano hacia todo tipo de cosas paranormales. La sangre de Will, aún fresca en su organismo, fluye como cafeína psicodélica y la arrastra entre una alta concentración y una percepción aumentada de todo lo que la rodea.

El sonido de la calefacción central resuena a través de ella mientras saborea el aliento de todas las personas del instituto en el aire reciclado, y si no fuera por el filtro de luz azul de su pantalla, el parpadeo incesante haría que ella y aquella investigación que rozaba

lo obsesivo entraran en frenesí.

Los días después de que la presencia se les revelara, el punto de partida obvio para su búsqueda de respuestas era investigar avistamientos de orbes. Lo que Dusty descubrió fue un sinfín de cuentas procedentes de todo el mundo que habían visto pequeños orbes de luz, como los que ella había divisado en el bosque. En su mayoría, se vislumbraban en el cielo, como estrellas fugaces, pero a menudo se encontraban mucho más cerca, y las descripciones de los movimientos eran las mismas. También halló el relato extraño de orbes más grandes y sólidos que parecían cambiar de una forma metálica a otra cosa, así como de tamaño, y luego se lanzaban al cielo a una velocidad insondable. Había incluso quien contaba que estos orbes sólidos se convertían en pequeños orbes de luz, lo que le parecía lógico a Dusty, pues la presencia de cada uno se sentía igual, y dado lo que ocurrió y los eventos que llevaron a la noche en la que cambiaron a Opi, tenía sentido que hubiera la misma entidad detrás de ambos. El poder misterioso e inmenso de la presencia.

Las historias de avistamientos que encontró en internet en ocasiones le resultaban familiares e iban acompañadas de sentimientos de terror y asombro, incluso de las descripciones de gente que levitaba de manera espontánea después. Aunque también se entremezclaban con relatos que parecían más imaginaciones vívidas de conspiracionistas globales, lo que hacía que la verdad fuera casi imposible de discernir.

Desea recordar con mayor claridad los destellos que había visto a través de la presencia. Sin embargo, Opi había estado sobrevolando el cielo y, cuando bajó de nuevo, las imágenes que Dusty había presenciado ya se le desdibujaban en la mente, más como sentimientos que como pensamientos que pudiera recordar.

La sorpresa real fue cuando Dusty se topó con enlaces entre

mutilaciones de ganado y fenómenos paranormales. A medida que leía, comenzó a acordarse de un pequeño destello que había captado a través de la presencia aquella noche, partes útiles extraídas para estudiar, experimentar, perfeccionar. Todo había sido tan vertiginoso que casi se le había olvidado. No obstante, entre el caos de internet, ahí estaban, cientos de miles de casos por todo el país, todos raros en su naturaleza, pero a menudo acompañados de fotografías de marcas de quemaduras extrañas en praderas o bosques y de círculos chamuscados en el paisaje cerca del ganado. Algunos de los granjeros incluso decían que se levantaban con lo que parecían quemaduras de sol en el cuerpo. Al igual que Kristen. A Dusty todavía le entran náuseas al pensar en todas las criaturas que murieron para que la presencia pudiera convertirla en lo que es hoy. Y, después de lo ocurrido, aún no puede adivinar cómo todo se relaciona con ella y su montaña o con qué fin. No se había topado con ninguna historia que enlazara la actividad paranormal con la gente que había sido alterada para sobrevivir de sangre humana. Hasta donde sabe, Eli, Kristen, JD, Opi y ella son los primeros y los únicos sangredependientes.

—¿Dusty?

Levanta la vista de la pantalla y se encuentra a su profesora de Inglés, la señorita Milton, cerniéndose sobre ella. Dusty se había percatado de que todo el mundo había empezado a salir de la sala cuando había sonado el timbre, pero, como solía hacer, había bloqueado esa percepción para centrarse en la pantalla que tenía delante.

—Lo siento, señorita Milton —se disculpa, un poco aturdida mientras cierra el portátil.

—Espero que te estuvieras poniendo al día con los deberes —contesta la profesora con amabilidad—. Tus notas son tan buenas

que sería una pena que bajaran el último año.

Dusty agarra su mochila, pero cuando la levanta se le derrama el contenido por el suelo. Se le abre el cuaderno y revela cientos de flores prensadas que ha recogido los últimos meses; algunas se las ha cogido Will.

—¿Va todo bien en casa? —insiste su profesora.

Dusty asiente, tal vez con demasiado entusiasmo.

—Sí, no, todo va genial. Creo que solo es… la presión, ¿sabe?

La señorita Milton asiente.

—Me acuerdo. El último año puede resultar abrumador.

Dusty se pone de pie y se cuelga la mochila del hombro; el peso de varios libros de fantasía siempre la reconforta.

—¿Tienes alguna idea de lo que quieres hacer el año que viene? —pregunta la señorita Milton.

La muchacha echa un vistazo a la puerta, de repente desesperada por estar en cualquier sitio menos allí.

—Aún intento averiguarlo. —Al menos, eso es cierto.

—Tienes tiempo —le asegura la profesora. No obstante, el remolino de colores cambiantes alrededor de ella contradice ese sentimiento. Es como si le estuvieran susurrando «tic-tac».

Dusty traga saliva. No quiere pensar en el próximo año o en su vida después del instituto. Le resulta demasiado incierta, como todo lo demás.

—Si quieres hablar de algo, estoy aquí —añade la profesora.

Dusty sonríe, y luego sale corriendo al pasillo. Antes de que dé dos pasos, se choca contra un esqueleto de plástico colgante que se le enreda en el pelo. Suelta un suspiro lento y tranquilo, y procede a quitárselo de un tirón.

Los últimos años había hecho todo lo posible para evitar Halloween. Cuando Opi y ella eran pequeñas, su padre, su madre y

sus abuelos las llevaban al pueblo para hacer truco o trato. Quedaban con Mali y su familia y con la de Amber. Sin embargo, después de que fallecieran los abuelos de Dusty, las fiestas, como todas las demás, parecían más un recordatorio de la pérdida que algo que celebrar. Y más aún tras la marcha de su madre.

A medida que se acerca a la cafetería, Dusty echa un vistazo al altar de Kristen King. Casi juraría que ha doblado su tamaño otra vez esta semana. Un montón de peluches, notas a mano y flores llegan hasta una foto enmarcada de una hermosa rubia. Hay un cartel colgado encima al que le faltan las palabras TE ACOMPAÑAMOS EN EL SENTIMIENTO.

A Dusty se le viene a la mente el rostro sin vida de Kristen desapareciendo bajo tierra mientras la enterraban en el bosque cerca de la base de la White Mountain. Una oleada de tristeza la atenaza, salpicada de destellos de ira. No le extraña que JD huyera. De haberse quedado, está bastante segura de que, si Eli o ella no lo hubieran matado, lo habría intentado Mali.

Las puertas de la cafetería se abren, y le llega el olor a comida demasiado cocinada. «Kristen odiaría estar aquí», piensa, mientras observa una vez más su cara sonriente antes de entrar.

El ambiente está cargado con el murmullo de voces, el olor de todo el mundo y la comida que están tomando…, además de la calefacción. A medida que pasa por decenas de mesas, trata de no obsesionarse con el calor que le dan los vaqueros contra la piel o con el picor del top de manga larga que se ha puesto para guardar las apariencias. Lleva un jersey atado a la cintura, pero no tiene intención de ponérselo. Atrás quedaron los días de verano de brazos y piernas al descubierto y algodón ligero. Al menos, para Dusty. Supone que Opi no debería preocuparse tanto por lo que la gente piense de ella. Porque no es una asesina.

La recorre un estremecimiento: el recuerdo que Eli le compartió de cuando había irrumpido en la habitación de Opi y se había encontrado a su padre medio drenado y a su hermana incapaz de parar de alimentarse de él. Tiene un modo de colarse en su mente y de recordarle lo mucho peor que podrían ir las cosas. Por supuesto, se culpa a sí misma. Debería haber sabido que Opi tenía más problemas de los que mostraba. Al fin y al cabo, ella había acabado de pasar por todo aquello. Sin embargo, todavía no se había acostumbrado a que las tornas hubieran cambiado y Opi ya no fuera la cuidadora, la fiable, su roca.

Ni siquiera le había pedido a Eli que vigilara a su hermana. Dusty creyó que se encontraría bien por la noche, incluso durante unos días más. Si Eli no hubiera estado fuera buscando cualquier rastro de JD por si hubiera vuelto, sus vidas ahora serían completamente distintas.

Una ligera oleada de calma azul la envuelve, y alza la vista al frente y ve a Will levantándose de su mesa y esperándola. Hasta que Dusty no toma asiento en su sitio, no se sienta él a su lado.

Es obvio que Mali intenta contener una sonrisa.

—¿Qué? —pregunta Dusty.

—¿Quién te crees que eres? —le dice Mali a Will—. ¿El señor Darcy?

Will le da un apretón a Dusty en el muslo por debajo de la mesa y esta siente cómo un sofoco le recorre el cuerpo ya cálido. Will se encoge de hombros como respuesta a Mali y le planta un rápido beso a Dusty en la mejilla.

Mali suspira.

—No me hagas caso. Solo estoy amargada y resentida.

Dusty observa cómo los colores de Will y ella se extienden de manera espontánea hacia Mali, deseando reconfortarla a pesar de

que no saben qué decir. Kristen está muerta y nada va a cambiar eso.

Mali estira el brazo para robarle una patata frita a Will, aunque tiene una buena cantidad en su bandeja sin tocar.

—¿Cómo están hoy? —pregunta Dusty.

Mali alza la vista con una expresión de ironía.

—¿Vamos a charlar sobre la comida? ¿En serio?

Dusty suelta una carcajada nerviosa. Ha sido duro ignorar el modo en el que los colores de Mali han parecido atenuarse y enturbiarse después de que Opi se hubiera alimentado de ella esa mañana. Por el contrario, los de Will se han iluminado. Se han llenado de destellos de luz centelleantes.

—No te preocupes —dice Mali, que relaja el rostro y esboza una sonrisa—. Me terminaré la comida. —Mira al otro lado de la habitación, a la mesa de Opi—. Ella me obligará si no lo hago.

Sin embargo, Dusty no le echa un vistazo a su hermana. Algo le está dando vueltas en la mente y la está sacando de sí misma.



El chasquido de un disparo le retumba en los oídos, pero ella ya está corriendo.

El miedo la empuja hacia la tupida linde de los árboles, agitándose y sin aliento. El sentimiento de que hay alguien cerca le eriza el vello. A su alrededor, unos árboles gigantes crujen bajo el peso de la espesa nieve, deslumbrando con la luz de las estrellas, enmarcados por la noche oscura.

Los pasos suenan cerca, luego lejos, y, a continuación, aún más cerca.

«No mires atrás —se dice a sí misma—. Vienen a por ti».

Sigue hacia delante, tropezándose con raíces mientras los pies se le hunden en capas de nieve y hojas en descomposición. Dos árboles colosales bloquean el camino más adelante, fortificados por un muro de nieve imponente. Ella se abre paso a través de la pared helada, rezando por que no haya nada oculto debajo.

3

Premonición

Durante años, Opi se ha considerado diametralmente opuesta a su hermana. Mientras Dusty se quedaba casi todo el tiempo a su bola con la cabeza metida en los libros, Opi era muy sociable, tenía tiempo para todo el mundo y le encantaba formar parte de cuanto la rodeaba. Su futuro se extendía ante ella como un camino claro y bañado por el sol.

¿Le había hecho daño que su madre la abandonase? Más que cualquier cosa. ¿Echaba de menos a sus abuelos? Por supuesto. Sin embargo, Opi estaba decidida a sanar esas heridas a base de su propio amor, amor que compartía con los demás a través de las plantas que cultivaba y de la comida que cocinaba.

No se quedó esperando a terminar el instituto para comenzar a vivir sus sueños. Ya había empezado su camino como herbolaria y naturópata cuidando de su huerto, aprendiendo cuáles eran las mejores épocas para cosechar o sembrar semillas y experimentando con comidas, sabores y la potencia de las hierbas en la cocina. Le gustaba tanto que atesoraba cualquier recuerdo doloroso, cualquier pérdida o cualquier migraña como algo valioso porque todo aquello había hecho que fuera quien era, y le encantaba ser Ophelia Silver.

Lo que no había previsto era que tener un propósito centrado en una sola cosa la dejaría vacía si se lo arrebataban. No se había dado

cuenta de que llevarse bien con todo el mundo no era lo mismo que tener un grupo de amigos cercanos. Y, aunque sí que tenía un mejor amigo, Theo, había pasado por alto el hecho de que crecer implicaba que pudieran bifurcarse sus caminos.

Llevaban siendo mejores amigos desde que tenían cinco años, y se pasaban la mayor parte del tiempo picándose y riendo o jugando en el bosque, explorando y buscando alimento. Los veranos anteriores, se batían en duelo con palos y luego echaban carreras para ver quién llegaba primero al lago a nadar. Durante los inviernos, hacían peleas de nieve y después se tiraban las tardes enteras haciendo repostería y comiendo. Como eran unos críos, su amistad resultaba sencilla. No obstante, Opi estaba empezando a darse cuenta de que crecer conllevaba forzosamente una serie de cosas complicadas.

Incluso aunque Opi no hubiera cambiado, Theo se habría unido al equipo de fútbol americano. Él ahora dedicaba las tardes, los fines de semana y las vacaciones a entrenar y a acampar con el equipo para fortalecer el vínculo con sus compañeros. Además, al tener una relación platónica con Opi, Theo quería pasar más tiempo con otras chicas, como era normal, o también con chicos que intentaban conquistar a chicas, conociéndolas y desarrollando sentimientos por ellas. Con el tiempo, Opi y él habrían acabado separando sus caminos de todas formas.

Opi supone que este cambio natural hace que haya sido más fácil mantener las distancias con él los últimos meses. Aun así, le cuesta dejarlo ir del todo. De lo contrario, no le quedaría nada.

Así pues, se sienta en su mesa habitual en la cafetería, con Theo a su lado, ajeno a lo que es ella, mientras él charla alegremente con una chica al otro lado, una de esas amigas con las que Opi se lleva bien, pero a la que apenas conoce.

Frente a ella se sienta otro chico agradable, Cam, que en ese momento está mirando algo en el pecho de Opi. Esta agacha la vista hacia sí misma y frunce el ceño al preguntarse qué podría estar llamando su atención. A diferencia de Dusty, cuya figura es delicada y femenina, Opi es todo clavícula y hombros anchos, con un pecho tirando a plano. No se le ve el sujetador, pero podría decirse que el escote del vestido es bastante pronunciado, sobre todo en comparación con los jerséis y las chaquetas de los demás.

La chica al lado de Cam, Michaela, le da de pronto un manotazo a él en el brazo.

Cam levanta la mirada de Opi antes de que las mejillas se le pongan coloradas como tomates.

—Qué vestido más mono —dice Michaela, más para Cam que para Opi.

Cam observa a Michaela con el cuerpo girado hacia la chica, como si el hecho de que no pudiera ver a Opi significara que no se encontraba allí en absoluto.

—Mick —la llama con los ojos clavados en ella, como si se estuviera devanando los sesos para pensar en algo que decir—, ¿no me ibas a contar lo de… ese chico al que querías invitar al baile de invierno?

Michaela lo mira con los ojos entornados antes de echarse a reír y, acto seguido, se lanza a hablarles de un chico con el que debe de tener un flechazo.

Opi se remueve en el asiento y se tira del dobladillo de su vestido corto para taparse los muslos, consciente de sí misma de pronto. Remueve la comida de su bandeja, tratando de centrarse en dejar la mente vagar a otra parte. Sus sentidos deambulan sin rumbo por el clamoroso calor de la sala mientras practica lo de centrarse en una cosa y luego en otra.

—Dusty, ¿qué ocurre?

Opi se pone tiesa cuando la pregunta de Mali le perfora los oídos.

Desvía la mirada hacia la mesa de su hermana y ve a Dusty allí sentada con los ojos cerrados, el corazón a mil y el cuerpo totalmente rígido.

—Chis —responde Will—. Está teniendo una visión.

Al parecer ajeno al movimiento repentino de Opi, Theo se vuelve hacia ella. La chica nota la mirada inquisitiva, pero no se molesta en darle una explicación. No sirve de nada. En su lugar, se levanta y va hacia su hermana.

Se sienta al lado de Mali, enfrente de Dusty, y aguarda.

Tras unos segundos que parecen una eternidad, Dusty abre de golpe los ojos. El corazón le late a toda velocidad; sin embargo, ella se queda mirando con fijeza hacia delante con la expresión en blanco.

—¿Dust? —pregunta Opi con tacto, inclinándose hacia delante, buscando los ojos de su hermana.

Cuando por fin enfoca la vista, Dusty la entorna en dirección a Opi.

—Nieve —susurra.

Opi observa a Will, que se encoge de hombros y extiende las manos para agarrar las de Dusty, que las tiene sobre la mesa.

—Nieve —repite Dusty, y después arruga el entrecejo—. ¿Alguna vez… te han perseguido por la nieve? ¿De noche?

Opi se percata de que su hermana la está mirando ahora a ella y arquea las cejas.

—¿A mí?

Dusty asiente.

—Acabo… de ver algo. Como un recuerdo, supongo. Corrías

entre los árboles. Estaban cubiertos de nieve. Juraría que he oído un tiro. O el eco de uno. Tenías miedo. Mucho. —Sacude la cabeza como si intentara encontrarle sentido.

—No —responde Opi—. Eso no ha ocurrido. Al menos, no que yo sepa. —De la nada, la recorre un escalofrío que hace que se le ponga la piel de gallina—. Aunque todo es posible. A lo mejor he ido sonámbula o como quieras llamarlo. ¿Por algún tipo de trance inducido por la presencia?

—Tal vez —contesta Dusty, pensativa—. Pero parecías despierta. Parecías… distinta a otras veces en las que he tenido una visión tuya o he vivido alguno de tus recuerdos.

—¿Seguro que era yo?

Dusty asiente.

—Podía sentir tu… energía. Por todas partes.

—Entonces, si no ha sido una visión —comienza a decir Mali— y tampoco un recuerdo, quizá sea más bien una… ¿Cuál es la palabra?

—¿Premonición? —sugiere Will.

Mali chasquea los dedos.

—¡Sí! Eso.

—¿Te había pasado algo así antes? —pregunta Will.

Dusty niega con la cabeza.

—No. Creo que no.

—Genial —dice Mali.

Dusty vuelve a desviar los ojos hacia Opi, y esta espera que su hermana no vea los celos irracionales a través de los colores, porque, mientras las habilidades de Dusty siguen desarrollándose, las suyas brillan por su ausencia. La vergüenza envuelve sus celos con una oscuridad densa.

Dusty ladea la cabeza y mira a Opi con ojos tristes y comprensivos.

«Sip —piensa Opi—. Los ha visto».

—¿Estás bien? —pregunta Will, desviando por suerte la atención de Dusty.

—Sí. Es que daba… miedo.

—Y yo que creía que las cosas estaban volviendo poco a poco a la normalidad —suelta Mali.

Ahora es Dusty quien parece culpable.

—Y así es —se apresura a responder ella—. Al menos, así será. No sabemos lo que ha sido eso. Podría no significar nada.

—Mmm, estoy bastante segura de que sí significa algo —repone Mali.

Dusty traga saliva.

—Quizá. Pero todavía no está nevando. Tal vez tenga más visiones y podamos averiguar de qué se trata.

—Vale —responde Mali, aunque lo hace en un tono más bien interrogativo. Se produce un silencio largo y cargado—. Bueno —añade—, ¿qué opinamos de lo que Eli ha hecho en México?

Dusty se inclina hacia delante.

—¿Qué es lo que Eli ha hecho en México?

—¿Me estás diciendo que no te has enterado? —pregunta Mali con genuina incredulidad.

—¿Enterado de qué?

Mali suelta una risa entre dientes.

—Una pensaría que, si vuestro vínculo no aguanta distancias largas, deberíais echar un vistazo a las redes sociales. —Se saca el móvil de la mochila, después desliza la pantalla y se lo pasa a Dusty.

—¿Qué? —pregunta Dusty, todavía confundida.

—Sus seguidores prácticamente se han duplicado en un día. —Mali se ríe por lo bajo—. Imagino que haría alguna especie de voltereta de locos que batió récords anoche, y todas esas cuentas

deportivas han flipado. —Clica sobre un vídeo que Opi alcanza a ver que tiene un millón de reproducciones. Muestra su acrobacia, y luego, a una multitud extasiada cuando aterriza.

Opi pone los ojos en blanco.

—Es superior a sus fuerzas, ¿a que sí? —Una nueva oleada de celos la atraviesa cuando piensa en lo típico que es que el cambio haya hecho que a Eli le resulte aún más sencillo alcanzar su sueño. Su confianza arrogante la molesta la mayor parte del tiempo; seguro que ahora la tiene por las nubes.

Mali les enseña el vídeo a Dusty y a Will.

—Joder —suelta Will con las cejas arqueadas, impresionado.

—¿Lo ves? —Mali se ríe.

Dusty sacude la cabeza.

—Lo voy a matar.

Mali se vuelve a reír.

—¿Es malo que me encante que os peleéis? Sois como una especie de gemelos raritos con telepatía, fuerza sin igual y rabia incontrolable.

—Oye, mi rabia está perfectamente bajo control —protesta Dusty.

A Opi le escuece, pues siente que el comentario va de algún modo dirigido a ella, aunque no sea así.

De repente, Opi nota a alguien justo detrás, con los sentidos a flor de piel por la cercanía. Escucha mientras la persona se aclara la garganta y luego una voz suave dice:

—Perdonad.

Dusty y Will alzan la vista a la vez que Opi y Mali se giran para ver a la chica que hay a sus espaldas.

Bajita y con curvas, tiene el cabello color miel y unos ojos castaños bonitos y cálidos que no paran de deslizarse entre las

cuatro personas que la están mirando con fijeza. Lleva un jersey azul claro, una falda plisada marrón corta con medias negras tupidas y unas merceditas de Dr. Martens de suela gruesa. Se la ve nerviosa mientras agarra con fuerza las correas de una funda de instrumento enorme que lleva a la espalda.

—Kat, ¿no? —pregunta Mali.

La chica parece sorprendida, pero luego asiente y una tímida sonrisa le ilumina la cara.

—Creo que vamos a Mates juntos, ¿verdad? —añade Mali, intercambiando miradas con Dusty y Will que confirman que ninguno de ellos sabe por qué la chica se les ha acercado.

—Sí. Perdonad por interrumpir. Es que he intentado contactar con JD y…, bueno, es como si tuviera el teléfono apagado o me hubiera bloqueado. —Baja la vista y se mira los pies—. Me preguntaba si me podríais dar su nuevo número o algo así. Dicen que ahora estudia en casa, ¿no?

Todos asienten, pero nadie habla.

—No es culpa tuya —responde Opi—. Digamos que es un poco… ermitaño. ¿Te podemos ayudar en algo?

Kat tuerce la boca hacia el lado.

—La verdad es que no. Antes del verano me grabó tocando para una de sus pistas. No paraba de decirme que me lo mandaría, pero jamás lo hizo.

—Típico de JD —musita Mali.

—Anda, qué guay, ¿qué tocas? —pregunta Dusty.

Kat echa un vistazo por encima del hombro a la abultada funda de su espalda.

—El violonchelo —responde como si fuera evidente—. Mirad, es muy importante. ¿Es posible que me deis su dirección?

Todos se quedan callados.

Al final, Dusty dice:

—Su casa está cerca de la mía. Si te parece, puedo pasarme a preguntarle.

El alivio inunda la cara de Kat.

—Eso estaría genial. Gracias. —Vacila durante otro rato mientras mira a Mali una vez más antes de girarse para irse; el peso de su violonchelo la hace perder el equilibrio.

—Eso nos dará unos cuantos días —suelta Mali—. ¿Y después qué?

Dusty arruga la cara.

—Después, mentimos otra vez, ¿no? ¿Le decimos que ha borrado la pista o algo así?

—Bueno, es algo que JD haría, sí —reconoce Mali.

—¿Has tenido más visiones de él? —le pregunta Will.

—¿A través de sus ojos? —aclara Dusty—. Unas pocas. Pero ninguna que nos pueda dar una pista de dónde se encuentra. Lo mismo con Eli. ¿Y tú, Op?

Opi niega con la cabeza. Ella solo tiene visiones muy puntuales. Ha visto a través de Dusty unas cuantas veces, pero, por suerte, cuando no estaba a solas con Will. Ha visto a través de Eli cuando este anduvo fuera buscando a JD en el bosque con Dusty en una ocasión, y luego de nuevo cuando se acercó en la gasolinera del pueblo una noche a la caza de una mujer. Opi sintió su atracción y el modo en el que su cuerpo reaccionó ante la sonrisa de la mujer, poderoso, embriagador. Cuando Opi salió de la visión, se notó aturullada y agitada, y no le gustó.

En cuanto a JD, Opi había tenido tres visiones. Dos cuando había estado en los bosques vagando solo con una necesidad de compañía abrumadora. Y una en la que se encontraba hambriento y buscaba a alguien de quien alimentarse. Eso solo aumentó su determinación

para mantener su propia hambre bajo control.

—¿Qué hay de su madre? —pregunta Mali—. ¿Y si Kat no se rinde y va a su casa?

Dusty menea la cabeza.

—No la dejará entrar.

Mali baja la vista a la mesa con la mirada distante de pronto. Opi se pregunta si está pensando en la noche que Kristen murió tratando de proteger a Mali de JD. Aunque Mali y ella no estaban saliendo por aquel entonces, Kristen era la última persona por la que ella había sentido algo. La chica era la que más había lamentado su pérdida y la que, sin duda, más odiaba a JD.

—¿Y no creéis que Amber sabrá dónde está JD? —pregunta Will —. A través de su vínculo o lo que sea.

Mali suelta una larga exhalación.

—¿La verdad? No lo creo. Si ese fuera el caso, pienso que a estas alturas ya habría ido a buscarlo. En mi opinión, no merece la pena preguntarle a ella. Apenas empieza a… superarlo. Intenta centrarse en el instituto.

—¿Todavía sigue escondiéndose en la biblioteca la mayor parte del tiempo? —pregunta Will.

—Sip.

Él asiente.

—¿Y Eli aún…?

—¿Sigue vigilando cómo ella se alimenta de borrachos en el pueblo una vez a la semana? —pregunta Mali—. Sip.

Mali y Eli habían acabado haciendo de madre y padre de Amber después de la marcha de JD. Aunque Opi se encontraba entonces en pleno proceso de transformación, recuerda el tremendo conflicto que sentía Amber, atormentada por la culpa que la atenazaba por lo que había hecho y deseando ir en busca de JD. Era como un animal

perdido —nervioso, asustadizo e impredecible—. Mientras que Eli le había enseñado cómo alimentarse, sustituyendo a Kristen en su puesto tras el bar del pueblo, Mali la había ayudado con su familia y el instituto. Era como si Amber hubiera necesitado volverlo a asimilar, como si hubiera olvidado cómo existir sin JD.

Pero Amber había tenido un papel en la muerte de Kristen, por no mencionar lo que ella y JD le hicieron a Dusty, así que a Opi le fascina la fuerza que demuestra Mali al dejarlo todo a un lado y ayudarla como lo está haciendo.

—Por cierto —suelta Mali—, ¿volvemos a fingir que todo ha vuelto a la normalidad?

Opi exhala un lento suspiro, mientras que Dusty se ríe con incomodidad.

Mali aprovecha el momento.

—Bueno, vais a venir a la fiesta de Halloween esta noche, ¿no?

—Ajá —continúa Mali, meneando la cabeza—. Solo porque vosotros dos prefiráis esconderos en vuestra pequeña burbuja de amor como ermitaños, no podéis ignorar que ahora somos alumnos de último curso. Es nuestro momento.

—Creo que a Dusty le preocupa más bien dejarme sola en casa —responde Opi—. Eli sigue fuera, así que nos hemos quedado sin niñero.

Dusty pone mala cara, pero Mali reacciona:

—Pues, oye, señorita, es tu día de suerte. Creo que la fiesta la da uno de esos futbolistas populares, ¡por lo que Theo estará allí! Además, tú también te mereces un poco de diversión. ¡Vente!

Al ver que a nadie más le entusiasma la idea, Mali baja el mentón y los mira con ojos de cachorrito.

—Sois mis mejores amigos. El año que viene me iré a Texas. Esto no va a durar para siempre.

Una ráfaga de viento pasa sus garras heladas por el cabello de Opi mientras ella camina hacia los campos de fútbol americano. Se estremece al mirar al norte, más allá del instituto, al tiempo que se pregunta cuánto faltará para la primera nevada. Se sienta sobre una mesa al lado del campo y exhala el aire viciado y cargado de clase, reemplazándolo con el aire fresco del exterior, saboreando notas de césped, pino, tierra y escarcha lejana.

Igual faltan semanas, un mes incluso, pero es inevitable que nieve, y ella es incapaz de no preguntarse qué puede significar la premonición de Dusty.

El día de instituto pasó como otro cualquiera. En modo automático, fue de clase en clase, apenas consciente de los profesores y de los amigos que la miraban con curiosidad, preguntándose qué podría haber provocado el cambio en su comportamiento. Al contrario que Dusty los primeros días cuando cambió, Opi rara vez se molestaba en ocultarlo. Tal vez fuera porque no se encontraba sola y tenía a otras personas que sabían lo que le había sucedido. O quizá fuera porque no servía de nada negar que había cambiado. Era como si el hecho de que fuera una locura demostrada le impidiera preocuparse por lo que pensaran los demás.

Después de lo que le había hecho a su padre, había llegado primero la depresión como un manto negro pesado que no pudiera quitarse. La agobiaba día tras día, atrapando cada sentimiento y ahogándolos en una monótona nada. Luego, había aparecido la ira. Le hablaba mal a la gente, sobre todo a los que más se preocupaban. Eso la hacía sentirse mejor. La llenaba de energía, le encendía la sangre y le provocaba tensión en su interior. Pero entonces vino la amargura, una triste culminación de las dos.

Todavía perduraba como un mal olor.

La fría mesa de metal debajo de ella vibra y se gira para mirar al equipo de fútbol americano salir corriendo de los vestuarios; una nube con aroma a chicos y a almizcle se extiende tras ellos. Theo la saluda cuando pasa junto a ella; las protecciones de los hombros acentúan lo grande que se ha vuelto.

Al principio, ella iba a verlo entrenar para posponer el marcharse a casa. También le parecía una forma de seguir conectada con Theo sin tener que salir con él y fingir que era la de antes. Pero, ahora, mientras el viento lanza otra fría ráfaga en su camino, la razón por la que Opi continúa yendo a ver a Theo entrenar sale corriendo al campo.

Ella inhala y le palpitan los dientes ante el olor de él.

De Ben Garrett. El *quarterback*.

Observa cómo trota alrededor y luego vocifera jugadas a sus compañeros de equipo, que se dispersan en distintas direcciones. Con el casco bajo el brazo, se pasa una mano por el pelo castaño, corto y bien peinado, y después mira en dirección a Opi. Posa sobre ella los ojos marrones enmarcados por unas pestañas gruesas un segundo antes de ponerse el casco y comenzar a ladrar palabras aleatorias como «Luna azul», «Cuarenta y dos», «Águila», «Por encima», y, a continuación, hace un pase largo hacia lo que Opi ahora sabe que es su grupo de receptores.

Ella saca un cuaderno y un boli de la mochila para fingir que toma apuntes. Para fingir indiferencia.

Al principio, Opi no había comprendido de qué hablaba Dusty cuando usaba la expresión «sed de sangre». Ella había asumido que tenía que ver con sentimientos profundos, como los que Dusty tenía por Will, y no con un deseo más bien primario. No obstante, cuando Opi había estado de pie al lado de Theo una mañana y Ben se había

acercado a él para hablar de algún asunto relacionado con el fútbol americano, entendió la expresión al momento.

Jamás había hablado con él antes, ni siquiera se había parado a mirarlo dos veces, pero, en ese instante, la sed de sangre la recorrió de arriba abajo.

En cierto sentido, ha sido de ayuda. En un momento en el que siente que todo su mundo se ha puesto patas arriba, él ha sido una luz al final del túnel. Una promesa de algo más que los ratos tensos y patéticos que comparte con Mali todas las semanas. La idea de regodearse en lo que la consume resplandece ante sus ojos.

Encontrar un camino a esa luz es otra historia. No tiene ni idea de cómo Ben Garrett, uno de los alumnos de último año más queridos del instituto, podría dejarla a ella, una alumna cualquiera de penúltimo curso, alimentarse de su sangre. Tampoco ayuda que ella no tenga experiencia en amistades con chicos.

En el pasado, le han pedido salir en algunas ocasiones, pero ella nunca ha tenido interés en el tema. Algunas chicas incluso la han molestado por eso, mas Opi las ha ignorado la mayor parte del tiempo. Simplemente, ha estado más centrada en otros aspectos de su vida.

Ahora, el cuerpo de Opi parece claramente diferente, de formas que ni Dusty es capaz de comprender. Sabe que su sed llega con más rapidez que la de su hermana, y, durante un tiempo, le ha dado miedo no volver a confiar en sí misma al quedarse sola con alguien. Sin embargo, pese a su hambre, lleva meses demostrando que puede hacerlo, ya que, por suerte, se está alimentando de Mali, lo que hace que su vergüenza se imponga a los celos que le da lo que tienen Dusty y Will. Lo que tienen Eli y Jesse. Y se dice a sí misma que no tiene derecho a querer más.

El recuerdo de lo que le hizo a su padre estalla en su mente: el

horror en la cara del hombre cuando se abalanzó sobre él, el sabor de su sangre, ser consciente de que aquello estaba mal…, pero su hambre no le permitió parar. El modo en el que Eli la miró después. Con inquietud, cautela y prudencia.

Por lo general, el recuerdo viene como una confirmación: «Tienen razón. Agacha la cabeza. Sé una buena chica. Ve a lo tuyo». Pero cuando una nueva corriente de viento le lleva el olor de Ben Garrett, algo cambia dentro de Opi. La determinación la envuelve de una manera tan estimulante como la sangre. Curva los labios en una sonrisa mientras piensa que ir a la fiesta de esa noche quizá no sea una idea tan mala, al fin y al cabo.

4

Feliz Halloween

Will frota la manga de su jersey negro contra la ventana de su habitación, limpiando el serrín para poder ver las estrellas. Trata de imaginarse el orbe que Dusty le describió, pero es casi imposiblemente abstracto. Sabe que eso lo hace más fácil para él…, el hecho de estar en la oscuridad.

Él no siente el peso de la curiosidad con el que carga Dusty o las presiones evidentes de lo que les ha ocurrido a sus cuerpos. Sabe que una parte de él debería sentir miedo. Sin embargo, de alguna forma, la constatación de que los fenómenos paranormales son reales lo inunda de una sensación de calma extraña. Es como si lo liberara de las presiones que la mayoría de las personas sienten a su edad. Es una prueba concreta de que hay mucho más en la vida que marcar casillas o intentar seguir el ritmo.

Renueva su necesidad de centrarse en lo que se encuentra delante de él.

Se gira y examina la habitación, que ahora es más un taller que un dormitorio. Apilado en la esquina contraria a su cama hay un banco con una tabla ancha de madera de haya apoyada encima. Will la toca y traza los patrones finos en la veta recién lijada. Los surcos de sus yemas se quedan atascados en las ranuras curvas de la madera, y una chispa de emoción lo invade. Se muere de ganas de

terminar lo que está construyendo. Se muere de ganas de enseñárselo a Dusty.

El pensamiento lo lleva de vuelta a esta mañana en el armario de suministros, a los besos de Dusty trazándole la línea de la mandíbula y luego bajando por su cuello, al calor de ella colándosele por su ropa gruesa mientras lo presionaba contra las estanterías. Después, ese momento de fuego y hielo cuando le clavó los dientes.

No se molesta en preguntarse si le debería gustar alimentarla tanto como lo hace. Es lo que hay, y no lo cambiaría por nada del mundo. Se ha vuelto una parte de ellos, como todo lo demás que comparten. De ellos y solo de ellos.

Un claxon suena fuera y se coloca una chaqueta negra y un gorro; luego sale corriendo hasta el jeep de Dusty.

—¡Feliz Halloween! —grita Mali desde la ventanilla abierta del copiloto. Cuando lo mira de arriba abajo, frunce el ceño—. ¡¿No te has disfrazado?!

Él se encoge de hombros.

—Voy todo de negro.

Ella se ríe.

—¿Y qué?

—Que… puedo ser lo que quieras que sea.

Mali pone los ojos en blanco y sonríe.

Dusty se inclina hacia delante desde el asiento del conductor. Lleva unas pequeñas orejas negras sobre una diadema que le retira el pelo de la cara, un círculo pintado en la punta de la nariz y unos bigotes en las mejillas. Le dedica su sonrisa más radiante, lo que hace que a Will se le encoja el pecho.

Él le devuelve la sonrisa.

—¿Un gato negro?

—Soy Salem —especifica, torciendo la nariz. Cuando él frunce el

ceño, confundido, añade—: De *Sabrina*.

—Aaah, sí. —Vuelve a mirar a Mali, que lleva algo rojo vino con un cuello enorme y blanco de encaje—. Déjame adivinar. ¿Tú eres Sabrina?

—¡Obvio! —responde Mali.

Will abre la puerta trasera y se encuentra a Opi dentro. Ella lo mira con la barbilla en alto y unas alas de hada rojas y brillantes a sus espaldas. Cuando se monta, se le pasa por la cabeza que, aunque no va a muchas fiestas, Opi jamás ha ido con ellos antes. Cuando Mali le preguntó esta tarde, pensó que Opi no querría unirse a ellos; ya hace mucho de eso y no pasaría nada por que se quedara otra vez en casa a solas con su padre.

Por el espejo retrovisor, los ojos de Dusty se encuentran con los suyos. A él le lleva un segundo, pero se percata de que están llenos de aprensión.

Opi alza la vista hacia la enorme casa. Unos farolillos se alinean a lo largo de los amplios escalones de piedra que conducen a las puertas dobles delanteras, las barandillas están cubiertas de telarañas y arañas de plástico negro brillante. El lago más allá reluce bajo la luz de la luna.

Will silba sorprendido, traspasando los bajos potentes que retumban desde dentro de la casa. Opi se cubre las orejas cuando siente el sonido clavársele en la piel. Al mirar a Dusty, ella está haciendo lo mismo.

—Lo siento. —Él pone una mueca—. Solo es…

—¿Una locura? —le ofrece Mali, estirando el cuello para ver más allá de la base de piedra del edificio en donde los hastiales y las

barandillas del porche se encuentran decorados usando árboles talados enteros. Las ramas siguen intactas, desnudas y pulidas, sosteniendo las enormes líneas del tejado.

—Sí. Y yo que creía que su casa era grande… —dice, señalando con la cabeza a las hermanas Silver—. Mirad ese trabajo de carpintería. ¿De quién era esta casa?

—De Jack Barlow —responde Mali.

—Ah, sí —repone Dusty, asintiendo—. Me había olvidado de que es un Vanderbilt o algo así. O lo era su familia. En el pasado. Este debe de ser uno de sus grandes campamentos. La gente rica de la ciudad los construía antaño como retiros vacacionales. Recuerdo que mi abuela me habló de ellos.

Opi se gira y mira a lo largo del camino de grava iluminado con farolas lo que parece una cochera seguida de una docena o así de edificios de distintos tamaños y estilos rodeando el lago. Uno parece un chalet suizo; otro, una cabaña de madera, e incluso hay uno con tejados escalonados como las pagodas japonesas.

Mali empieza a subir los escalones seguida de Dusty y Will. Antes de que Opi se les una, esta mira su disfraz. Cuando abrió la caja de ropa por primera vez, se había sorprendido ante los tonos verdes y pasteles suaves. Todo parecía disfraces de hada. No obstante, en el fondo de la caja se hallaba una bolsa de ropa que se le había quedado pequeña a Mali y le había dado hacía años, y dentro de ella, algo de un rojo vivo. El vestido es incluso más corto que el que ha llevado al instituto hoy, de palabra de honor y ceñido. Pero entre Dusty pensando que tiene el derecho de dictarle qué ponerse, la mirada juzgadora de otras chicas y la forma en la que Cam se ha quedado boquiabierto mirándola, el vestido parecía perfecto para cómo se siente hoy.

Además, tenía un par de alas de hada rojas a juego.

El cabello ondulado castaño claro le cae en cascada a su alrededor, y comprueba que las orejas le sobresalen entre los mechones. Se ha cubierto las puntas de rojo brillante; el mismo tono que lleva en los párpados.

Se alisa el vestido con las manos, decide que no le importa que se le marquen los huesos de las caderas y, entonces, comienza a subir los escalones, descalza.

—¿Qué pasa? —había espetado Opi cuando Dusty, antes de marcharse, le había cuestionado su elección de no llevar zapatos.

—Sé que dije que no me iba a entrometer —había gemido Dusty —, pero, Op, estamos en pleno invierno. Una cosa es llevar un vestido, pero ¿sin zapatos? No puedes salir a la calle así.

—¿Por qué? ¿La gente asumirá que bebo sangre humana porque voy descalza?

Dusty había cerrado los ojos, claramente exasperada.

—En realidad, no sé cuántas veces más podré decirte esto. No necesitamos llamar la atención. La atención llevará a preguntas. De todas formas, te he dicho que no tenías por qué venir. Quizá fuera mejor que pasaras más tiempo con papá.

Opi había soltado una risita.

—Ah, sí, me lo dijiste. Muchas gracias, Dust. Estoy muy agradecida por que lo hayas decidido por mí.

—Op, yo…

—No, voy a ir. Además, por si se te había olvidado, Theo está en el equipo de fútbol americano, igual que Jack Barlow, el anfitrión. Así que, técnicamente, es la fiesta de mi amigo, no del tuyo.

Se habían quedado mirándose la una a la otra por un momento demasiado largo, antes de que Dusty soltara:

—Ponte las botas y ya está. Te quedarán bien. Por favor.

—Soy un hada —había replicado Opi con rotundidad—. Es

literalmente la única noche que puedo salir así.

Dusty había soltado un largo y lento suspiro.

—Solo quiero mantenerte a salvo.

—No tienes que actuar como si fueras mi madre, Dust. Y, por si se te había olvidado, yo soy la que cuidaba de ti hasta hace poco. —Entonces, había salido hecha una furia de la casa hacia el coche. Descalza.

Ahora, sube los escalones de la casa de Jack Barlow deleitándose con la sensación de la piedra fría bajo ella. Dentro, la fiesta está a tope. Las cabezas se giran para mirarlos de arriba abajo, y más de un par de ojos se fija en los pies de Opi.

Ella alza la barbilla, desafiante, mientras observa a la gente.

—Bueno, supongo que los vampiros siguen de moda —reflexiona Mali.

Tiene razón. Hay una cantidad apabullante de personas con sangre sintética goteándoles de la comisura de la boca. Hay incluso unos cuantos dráculas clásicos y un grupo con la piel plateada y llena de purpurina.

—Voy a buscar a Theo —dice Opi, adentrándose en la multitud.

—¡Llevo el móvil, por si no me puedes encontrar! —grita Dusty, pero su hermana no se gira.

—Me encanta cuando Opi es mordaz e insolente. —Oye que suelta Mali. Es obvio que Dusty se queda mirando a su mejor amiga, recordándole que Opi aún puede oírla, ya que Mali baja la voz a un susurro y añade—: ¿Qué? Cuando es dulce también me cae bien, pero esta noche tiene energía de malota. Me pone un poco caliente.

«Lo que está caliente es esta habitación», piensa Opi, adentrándose en la fiesta. Incluso con el techo de doble altura, puede oler a toda la gente de la habitación como si se estuvieran cocinando a fuego lento en un horno. Apuesta a que Dusty se está

arrepintiendo ahora mismo de su atuendo negro y ceñido. El pensamiento le provoca una sonrisa.

—¡Op! ¡Aquí! —brama una voz ronca.

Se pone de puntillas y sigue el sonido de la voz de Theo. Entre un grupo de chicos particularmente altos, lo ve bajándose una capucha verde para que lo pueda reconocer detrás de la banda de tela morada que lleva como máscara.

—Donatello —dice ella sonriente mientras se acerca a él.

Theo da una vuelta y le muestra con orgullo su disfraz de Tortuga Ninja al completo.

Opi suelta una carcajada.

—Me alegro de que el fútbol americano no te haya convertido en alguien demasiado guay para ir de tus dibujos animados favoritos.

—Nunca —contesta, rebosante de alegría—. ¿Un hada demonio? —pregunta, contemplándola.

La sonrisa de Opi se ensancha más si cabe, pero antes de que pueda responder, un olor familiar y embriagador comienza a acercarse a ella. Se inclina para ver detrás de Theo y fija la mirada en una espalda ancha. A pesar de que no lleve su uniforme del equipo de fútbol americano, reconocería a Ben Garrett solo por su olor.

—¿Quieres que te lo presente? —pregunta Theo.

Opi vuelve a centrar la atención en su amigo.

—¿A quién? —pregunta, fingiendo ignorancia.

—¿De verdad piensas que me he tragado que has estado viéndonos entrenar por mí? —Se bebe la cerveza de un sorbo, pero no oculta su sonrisa cómplice.

Ella pone los ojos en blanco y, sin disimular mucho, estira el cuello para buscar a Dusty en la sala. Es fácil encontrarla; se halla en la entreplanta, lejos de la multitud, como siempre. Mali charla

con un pequeño grupo mientras Dusty y Will están junto a ellos. Will le susurra algo a Dusty al oído. Ella sonríe, tierna y alegre, y después se gira para echarle los brazos por los hombros y acercarse más para que sus narices se toquen.

Es un momento dulce e íntimo, y, en su antigua vida, habría hecho que el corazón de Opi estallase de alegría. Sin embargo, en vez de eso, lo que la recorre es esa punzada de celos enfermiza y gélida.

Siempre hambrienta, siempre vacía.

—Sí —dice, volviendo a mirar a Theo—. Preséntamelo.

«¿Qué tiene de malo? —piensa—. Es del último año. El *quarterback*. De todos modos, apenas se va a interesar».

Theo le dedica una mirada de asombro, pero, a continuación, asiente con una sonrisa a la par que se vuelve para presentarla. Le pone una mano a Ben en el hombro y, cuando este se gira, para sorpresa de Opi, tiene el jersey cubierto de sangre.

Su amigo se ríe mientras ella traga saliva con un nudo en la garganta. Su cerebro sabe que la sangre es falsa, aunque, por la manera en la que le palpitan los dientes y le hormiguean los dedos, está claro que su cuerpo aún no se ha enterado.

—Lo sé —repone Ben, sacudiendo la cabeza—. Pero, en mi defensa, alegaré que he tenido que quedarme con el entrenador tras el entrenamiento. Y esto es lo mejor que me he podido buscar sin tener que ir a casa a cambiarme.

—Me encanta —responde Theo, y luego señala a Opi—. Hermano de Sangre, te presento a Hada Demonio; Hada Demonio, te presento a Hermano de Sangre.

Ben se ríe y Opi juraría que se le han sonrojado las mejillas un poco. Ella sonríe y le mantiene la mirada, curiosa.

—Yo tengo que… —empieza a decir Theo. Opi lo ve por el rabillo

del ojo mirar toda la sala—. Ahora vuelvo —añade. Entonces, se marcha.

Ben se muerde el labio inferior, intentando ocultar su sonrisa sorprendentemente tímida. Opi inhala su olor como si el resto de la habitación desapareciera en una niebla de ruido sordo y calor.



Dusty examina la fiesta poco iluminada bajo ella. Sobre sus cabezas hay una nube de colores que la desorienta. Suaviza la mirada, relajando la tensión que le queda en el cuerpo, como ha estado practicando. Los colores empiezan a disolverse un poco, pero los disfraces le dificultan encontrar a su hermana.

Cierra los ojos y busca su vínculo con Eli. Desea que él se dé prisa y vuelva a casa para ayudarla a vigilarla.

—¿Es la visión? —pregunta Will, inclinándose contra el panel de madera dura de la pared del rellano para mirar a Dusty.

Mali aparece al otro lado de Dusty; los puños de encaje blancos de su disfraz de Sabrina cubren la barandilla al tiempo que echa un vistazo hacia abajo, hacia la habitación a rebosar de gente.

—Querrás decir «premonición».

Dusty les dedica una ligera sonrisa y, a continuación, asiente.

—Eso, y solo… Opi en general. Estaba comenzando a no sentir tanto miedo por ella…, por que perdiera el control de nuevo…, por que se metiera en problemas o saliera herida.

—Para empezar, Dust —replica Mali—. Se ha encontrado bien conmigo durante semanas. Solo está descubriendo cómo funcionan las cosas. ¿Y la premonición? Yo no lo llamaría así. Ni siquiera sabemos lo que es. Tal vez era más una especie de sueño. O el recuerdo de un sueño.

Dusty asiente.

—Quizá. —No obstante, todavía puede oír el disparo, como si fuera una cicatriz auditiva en su interior. Muy real.

—Oye —dice Will. Ella se vuelve hacia él, y la mirada honesta y firme en sus ojos la ancla a la tierra al instante—. Si era el futuro, siempre se puede cambiar. Nada está escrito en piedra.

—Desde luego —añade Mali—. Se llama libre albedrío, y aunque hay cosas que yo ni siquiera voy a intentar comprender, sí que creo que puedes elegir tu propio destino. —Entonces, mira a Dusty y hace una mueca—. A ver…, hasta cierto punto.

Dusty vuelve a bajar la vista hacia la fiesta, aún buscando a su hermana.

—Solo me preocupo —comienza a decir—. Con JD ahí fuera, no hemos dejado de vigilarnos las espaldas. Podría regresar a casa en cualquier momento, y todo podría ir de mal en peor otra vez. O la presencia podría volver. No sabemos si ha terminado con nosotros. Así que, después de lo de hoy, yo solo… Tenemos bastante de lo que preocuparnos sin esta nueva sensación divertida de catástrofe inminente.

—JD no va a volver —responde Mali, apretando los dientes—. No es tan imbécil.

—Hablando del tema… —repone Will, haciendo un gesto con la cabeza hacia las escaleras—. Ahí está esa chica, Kat.

—La música —comenta Mali, inclinándose para verla ella misma. Suelta un jadeo—. Ay, Dios, va disfrazada de Sailor Moon.

—¿Has intentado hablar con la madre de JD? —pregunta Will en voz baja.

—¿Para qué? —contesta Dusty.

—Joder —murmura Mali, y luego, cuando Kat llega al final de las escaleras, agita la mano en dirección a la chica—. Estoy obsesionada

con eso.

Kat dirige la vista a su disfraz y después de vuelta hacia Mali; parece incapaz de responder.

—Eh…, ¿gracias? —suelta al fin; sus colores cambian a rosas y un naranja melocotón. Se gira hacia Dusty al mismo tiempo que empiezan a salirle las palabras a borbotones—: No quería interrumpiros otra vez, chicos. Es que… os he visto aquí arriba y tengo esta solicitud que he de mandar, así que quería preguntaros otra vez si… —se detiene e inspira hondo— habéis visto a JD.

Dusty suspira.

—No, lo siento. No se encontraba en casa.

Los colores de Kat se apagan y se desvanecen a su alrededor.

—Pero volveré a intentarlo este fin de semana —añade Dusty. No está segura de por qué trata de sonar tranquilizadora. Sabe que no puede hacer nada.

Un destello de rojo deslumbrante llama la atención de Dusty hacia la multitud bajo ellos. Apenas presta atención a la conversación de Will y Mali con Kat mientras observa a un grupo de jugadores de fútbol americano de hombros anchos. Cree que ha visto unas alas de hada asomarse, pero el grupo se mueve y a Opi no se la ve por ningún sitio.



—Cuidado —murmura Opi, agarrando a Ben para estabilizarlo. Sus manos se aferran a sus antebrazos mientras lo ayuda a bajar el último escalón del porche.

Alza la vista y lo mira desde abajo, y él inspira el aire gélido de la noche.

—Lo siento mucho —se disculpa—. Te juro que solo me he

tomado cuatro cervezas.

Ella esboza una sonrisa.

—¿Has cenado? —le pregunta.

Él niega con la cabeza, balanceándose un poco.

—Novato —le dice de broma—. Ven, siéntate. —Lo guía hasta un muro bajo de piedra. Cuando le suelta los brazos, él se queda mirándole las manos, perplejo. Ella siempre se olvida de lo caliente que ahora es su tacto.

Sentada a su lado, deja que la piedra fría bajo ella absorba un poco de su calor. Cierra los ojos y se permite respirar por la nariz por primera vez desde que se encontraba dentro, tragando la saliva caliente que de inmediato le inunda la boca. Es como si fuera capaz de saborearlo.

—Gracias —le dice él—. No quería… No debería…

Ella abre los ojos y lo observa sacudir la cabeza de nuevo.

—No tienes por qué quedarte aquí fuera conmigo —suelta al final.

—Ah, yo…

—Si no quieres, me refiero. No deberías perderte la diversión solo porque yo me emborrache con facilidad.

Opi sonríe, pensando que parece un osito de peluche grande un poco borracho.

—Ahí adentro hacía mucho calor —consigue responder—. Tú solo has sido una buena excusa para salir afuera.

—Genial —contesta él, y alza un dedo para señalar la purpurina roja de la punta de la oreja de ella—. Qué cuqui —suelta.

Antes de que Opi pueda responder, un escalofrío le recorre la nuca. La están observando.

Mira a sus espaldas y luego alza la vista al cielo. Las estrellas brillan muy arriba, pero no se produce ningún movimiento ni ningún

sonido.

—He de confesarte algo —añade Ben, arrastrando las palabras.

—Ah, ¿sí?

—Sí. En realidad no me llamo Hermano de Sangre.

Opi reprime una sonrisa.

—Qué alivio —contesta—. Porque yo tampoco soy en verdad un hada demonio.

Una risa grave retumba en el pecho de él.

—Qué alivio, aunque Hermano de Sangre y Hada Demonio parecen compatibles.

Opi lo mira de reojo, preguntándose si está ligando con ella. El pensamiento le provoca una extraña oleada de energía. Alza el mentón y luego extiende una mano.

—Ophelia —dice—. Pero puedes llamarme Opi.

Él agranda la sonrisa y se sonroja.

—Ben. —Desliza la mano entre la de ella y se dan un apretón sin soltarse.

La chica vuelve a sentir un hormigueo en la nuca y se gira para mirar a su alrededor. Las sombras que proyectan las farolas danzan en torno a las cabañas y los edificios desiguales, pero la carretera parece estar vacía. Se vuelve a girar hacia Ben demasiado rápido y su frente choca contra su boca.

—Auch —gruñe él, soltándola de la mano para tocarse el labio inferior.

—Lo siento muchísimo…

—No, he sido yo. Creo que me he mordido el labio.

Opi se está preguntando si él se ha acercado a ella, si ese ha sido el motivo por el que se han chocado, cuando se percata de la sangre que tiene él en la yema de los dedos.

Contiene el aliento, paralizada.

Una calidez intensa y metálica le invade la nariz y le provoca un cosquilleo en la lengua. Sin pensar, alza una mano, le planta el pulgar en el labio y le limpia la sangre. A continuación, se lleva el dedo a la boca y lo chupa.

—Ophelia —dice una voz ronca en algún lugar a sus espaldas.

Ben está mirándola, estupefacto y con las cejas fruncidas por la confusión.

—Ophelia —vuelve a repetir la voz, esta vez con más firmeza.

Ben se sobresalta y mira a su alrededor, aturdido.

No obstante, Opi cierra los ojos mientras saborea la sangre de Ben.

Le empiezan a palpitar tanto los dientes que siente que le han crecido los colmillos por completo. Se pasa la lengua por ellos, pero solo están un poco más largos de lo que suelen estar, afilados lo justo. De todas formas, saben lo que quieren, y quieren más.

Se oye un fuerte estruendo seguido de un ruido metálico. Opi abre los ojos de pronto y ve a Dusty saliendo corriendo de la fiesta hacia ella. El pestillo de la puerta yace roto en el porche detrás de su hermana mientras la música y las voces de la fiesta se cuelan en la noche.

Antes de que Dusty la alcance, se detiene en seco y mira por encima de la cabeza de su hermana, al lugar de donde provenía la voz grave. A Dusty se le desvanece la ira del rostro y la reemplaza un alivio. Entonces, echa a correr. Opi la sigue con la mirada, todavía medio aturdida, mientras Dusty se funde con Eli en un cálido abrazo.

5

Una promesa escrita en la nieve

—Parece que he llegado justo a tiempo —suelta Eli, mirando a Opi con fijeza.

Esta abre la boca para hablar, pero no puede. El sabor de la sangre de Ben aún cubre su lengua.

Dusty se aleja de Eli para girarse hacia su hermana.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta enfadada.

—Nada —responde Opi—. No iba a…

—Ha sido… Ha sido culpa mía —interviene Ben. Suena aturdido, como si reprodujese el último minuto en su cabeza para tratar de procesarlo.

—Creo que es hora de que vuelvas a entrar —replica Eli.

Opi está indignada.

—¿Perdona? —espeta, levantándose para ver al muchacho.

Dusty suelta un suspiro pausado y luego le pone la mano encima a Opi en el brazo.

Esta se retuerce y se libera.

—¿Qué problema tienes? —suelta.

Dusty la mira con los ojos abiertos como platos.

—Estás de broma, ¿no? Métete en el coche.

—¿Va todo bien? —le pregunta Ben a Opi.

—Yo que tú, me quedaría al margen —interrumpe Eli, haciendo

un gesto con la cabeza hacia Dusty, y añade—: Son hermanas.

—Ah —responde Ben, asintiendo como si eso fuera explicación suficiente.

Se oyen unos pasos en el porche. Opi desvía la mirada hacia el sonido, donde ahora se encuentra Will, observando la puerta principal rota. Otras personas de dentro también lo notan y están echando un vistazo a ver de qué va todo ese jaleo. Will dirige la vista a Opi y a Ben, luego a Eli y, por último, a Dusty.

—Igual deberíamos marcharnos —propone.

—Al coche. Ya —dice Dusty, furiosa, con la voz tan suave que parece letal.

Opi se gira, dispuesta a enfrentarse con su hermana de nuevo, pero sus ojos se fijan en Eli. Espera que la mire como lo había hecho cuando la detuvo con su padre —con cautela, decepción y condescendencia—; no obstante, en su lugar, más bien la observa con curiosidad, como si la estuviera viendo por primera vez.

Ella intenta cambiar lo que siente por él. Sabe que debería estar más agradecida por lo que hizo, y, muy en el fondo, es así. Pero, como el día que lo vio en el claro con Dusty la asustó tanto, parece que ahora solo es capaz de echarle la culpa a él. Había notado un odio tremendo. No recuerda haber odiado a nadie así antes, y los restos de ese sentimiento siguen adheridos a ella como si de un pegamento extrafuerte se tratara.

Después, antes de tener ocasión de verlo de otra forma, su vida se puso patas arriba y ahora él tiene vía libre en sus vidas al compartir ese vínculo familiar y sobrenatural con Dusty que los hace más fuertes a los dos. Sin embargo, Dusty es la hermana de Opi, la sangre de Opi. Y, hasta hacía muy poco, Eli ni siquiera sabía cuáles eran sus nombres. Ahora siempre está revoloteando alrededor; si no en su casa, cerca, en la montaña. Puede olerlo en todas partes, a

cada momento, irritándola de un modo que, de alguna manera, dificulta los ya de por sí complicados sentimientos de Opi.

Hace que esta se sienta alejada de su hermana de una forma que jamás lo ha hecho. Aunque tenga dieciocho meses menos, siempre se ha sentido más como una amiga de su hermana. Ahora, le parece que tiene que probarse a sí misma en cierto sentido. Demostrarles que no es solo la hermana bebé a la que aún le cuesta montar en bici sin los ruedines. Demostrarles que no se encuentra a segundos de perder el control. Demostrarles que no los necesita.

Eli sonríe con la comisura de la boca, provocándole una nueva punzada de nerviosismo. Es como si él siempre fuera consciente de un chiste que ella nunca pillase, recordándole que es la única persona en el mundo que ha presenciado sus peores momentos.

—Iré a buscar a Mali —dice Will.

Opi mira a Dusty, que parece en conflicto. No quiere esperar.

—Yo la llevaré a casa —suelta Eli con la vista clavada en Opi—. Tengo el coche en la carretera principal. Lleva tú a Will y a Mali de vuelta al pueblo y yo me reuniré con vosotras en vuestra casa.

Dusty no responde por un instante, pero luego suspira.

—Vale.

—¿Os dais cuenta de que estáis hablando de mí como si yo no estuviera aquí? ¿No creéis que…?

—No —dice Dusty, cortándola.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Ben. Ahora se le ve sobrio, como si los últimos minutos le hubieran quitado de un plumazo la borrachera.

—Está bien —contesta Eli, acercándose y poniéndose delante de Ben para mirarlo a los ojos—. Y tú también lo estás. Os habéis dado un cabezazo; después, su hermana ha llegado y os ha interrumpido. Eso es todo.

—Eso es todo —repite Ben.

Eli lo mira fijamente hasta que Ben asiente hacia Opi y se marcha adentro.

—No ha pasado nada —suelta Opi cabreada y con palabras cortantes.

—No sé yo si eso sería *nada* —repone Eli.

El mal humor de Opi se reaviva otra vez, pero se resiste a volver a mirarlo. En su lugar, se gira hacia su hermana.

—No importa lo que yo haya hecho, eso no te da derecho a controlarme.

—Opi, ¿qué…?

—No, Dusty. Estoy hablando, y necesito que me escuches. —Agarra a su hermana del brazo y tira de ella para alejarla de la fiesta, en dirección a los árboles—. Sí, cometí un tremendo y horrible error que nunca jamás me perdonaré justo después de cambiar; pero desde entonces es como si, a menos que actúe como una buena chica, sea simpática y sonría a todo el mundo e ignore lo que desea mi cuerpo, tú pensaras que lo haré otra vez. Mientras tanto, tú ya no tienes que luchar contra tu sed de sangre. Puedes dejarte llevar cada vez que te apetezca, y yo tengo que reprimirlo día tras día. Tú estás floreciendo prácticamente y tus mejores amigos saben la verdad; por el contrario, yo lo he perdido todo. No tengo a nadie. ¿Cuánto tiempo esperas que esto siga así? ¿Cuánto tiempo debo pagar por lo que hice?

—Opi —dice Dusty en tono bajo, con los ojos casi negros en la oscuridad—, yo maté a un hombre. ¿Se te ha olvidado? ¿En qué mundo crees que vivir con eso es florecer?

—Lo sé, Dusty, ¡pero yo no lo he hecho!

—Opi, ¡tú te alimentaste de papá!

Opi siente como si se hubiera quedado sin fuerzas. Le palpita la

cabeza mientras el corazón le late con violencia.

—Acababa de cambiar —susurra ella con la voz quebrándosele. Nota que Eli las está mirando e intenta no dejar que el recuerdo entero la consuma—. Sabes que no volverá a ocurrir —añade con frialdad—. Fue un error. Eso no te da derecho a tenerme atada en corto.

—Pues salta a la vista que te hace falta —replica Dusty igual de fría—. Todavía huelo su sangre en ti, Opi.

—No iba a… —Opi se detiene, percatándose de que es inútil defenderse. Suspira—. Lo que intento decir es que no puedes negar lo muy restringida que estoy en comparación contigo ahora. ¿Qué pasa si nuestra naturaleza es alimentarnos de alguien que… de alguien que nos hace sentir como Will te hace sentir a ti? A lo mejor si no tuviera que alimentarme por narices de Mali, cosa que, por cierto, odia, yo no… Tú no te preocuparías tanto por mí. Igual yo sabría quién soy ahora.

—¿Esto es porque no has desarrollado aún ninguna habilidad? —cuestiona Dusty.

La pregunta escuece. Opi sabe que todos han estado esperando a que ocurra algo, a que algún tipo de poder nuevo y místico surja de las cenizas que era ella, pero no ha ocurrido nada, ni siquiera una chispa. No es por el poder en sí mismo, se da cuenta ella ahora, sino más bien como señal de que avanza hacia delante. En vez de eso, se ha quedado atrofiada, subdesarrollada.

—Opi —suelta Dusty, mirando a su alrededor como si leyera los colores de su hermana. Exhala despacio en un intento de calmarse —, esto no va de lo que hemos obtenido ni de lo que es justo. Nada de esto lo es. ¿De veras piensas que mi vida es fácil ahora? Yo soy la que está tratando de averiguar qué ocurre. La que todavía busca a mamá. La que vive con lo que ha hecho. Y tú deberías estarle

agradecida a Mali, joder. Si no te hubieras alimentado esta mañana…

—¡Pero sí que lo he hecho! No soy estúpida, Dusty. Ni tampoco una ingenua, a pesar de lo que creas. ¡Por eso he venido aquí con él!

Espera a que Dusty diga algo. Lo que sea. No obstante, su hermana se restriega la cara en silencio, haciendo que Opi sienta que su verdad no es más que una molestia.

Tras un rato, Eli suelta con calma:

—Vámonos.

Dusty se gira y camina de vuelta a casa a esperar a Will y a Mali.

—Estupendo —murmura Opi—. Lo que pensaba. Mis sentimientos no importan una mierda.

Por el rabillo del ojo, ella ve que Eli la está esperando. Antes de que sus emociones la abrumen, Opi se gira sobre sus pasos y camina en dirección contraria mientras él la sigue de cerca.



Cuando Eli toma el desvío al pie de la White Mountain, los faros de la camioneta iluminan un cartel reciente: DESAPARECIDA. Aún se pueden ver los bordes del mismo que yace debajo, desgastado por el tiempo.

—Los padres de Kristen han debido de sustituirlo mientras estaba fuera —comenta él.

Silencio.

Asiente para sí mismo. A su lado, Ophelia va sentada con los brazos cruzados y el cuerpo girado hacia la ventanilla.

—Conque el *quarterback*, ¿eh? —pregunta el muchacho con la vista fija en la carretera.

Él oye cómo se vuelve en el asiento. Cuando la observa, ella ha

girado la cara hacia él y lo está mirando.

—No te culpo, ¿sabes? —añade—. Podía oler su sudor bajo toda esa sangre sintética deliciosa. Aunque es un poco raro que no se duchara o se pusiera un uniforme limpio, ¿no? ¿Qué se cree? ¿Un actor de método o algo así?

—¿Puedes dejarlo?

—Pero si habla… —suelta él, incapaz de contener la sonrisa. No sabe por qué disfruta tanto sacándola de quicio. Se pregunta si es porque la encuentra intimidante y eso lo confunde, y es el único modo que sabe de comportarse con alguien así. En cualquier caso, no necesita las habilidades de Dusty para conocer los sentimientos de Ophelia con respecto a él. Los tiene escritos por toda la cara, desdén e irritación, visibles a simple vista. Suspira—. Dusty te quiere, eso lo sabes, ¿verdad?

—Y tú sabes que esto no es de tu incumbencia, ¿verdad?

El chico sacude la cabeza y canaliza la frustración al apretar con fuerza el volante.

Antes incluso de acercarse a la fiesta de Halloween, él podía sentir el vínculo que tiene con Dusty entretejiéndose de nuevo con fuerza, casi tangible otra vez. El alivio lo había recorrido a cada paso que había dado hacia la fiesta, como si hubiera regresado a casa por fin. Pero, entonces, cuando había visto a Ophelia con Ben, su alivio había sido reemplazado por algo mucho más defensivo, territorial incluso. Enseguida había pensado que se había sentido así porque era como Dusty se sentiría. Es lo que cualquiera sentiría si su hermana corriese peligro de sí misma. Aunque Ophelia no es su hermana.

El resto del camino montaña arriba transcurre en silencio. Se adentran en el sendero de los Silver y Ophelia intenta abrir la puerta antes de que el coche se pare.

—Seguro para niños —explica Eli, y la manera en la que ella continúa tratando de abrirla de todas formas lo hace contener la sonrisa.

Se toma su tiempo en apagar el motor y luego desbloquea las puertas. Salen a la vez, y él sigue a Ophelia mientras ella se encamina a toda prisa hacia el lado sur de la casa, donde la montaña desciende hacia el bosque que se extiende a sus pies.

—Tu huerto huele fatal —comenta al fijarse en las plantas, la fruta y las verduras en descomposición; su olor impregna el aire fresco.

Ella sube los escalones con firmeza y cierra la puerta de atrás de un golpe antes de que él tenga ocasión de pedirle disculpas. No pretendía tener tan poco tacto. Sabe lo que el huerto solía significar para ella. Era uno de los lugares más bellos que él había visto jamás.



Dusty pasea la mirada en busca de los colores de su hermana en la noche.

—Está dentro —dice Eli en voz baja.

Ella alza la vista hacia la casa, oscura y en silencio. A través de las paredes de la planta de arriba, distingue el resplandor de su padre, envuelto en colores que se arremolinan con suavidad siguiendo un patrón que Dusty reconoce ahora como sueño. Opi debe de estar muy quieta en su habitación en la otra punta de la casa.

Dusty se une a Eli en el porche de madera que cruje y desvía los ojos al huerto.

Lo que apenas hacía un mes era un ecosistema vivo, próspero y comestible, cuidado con mucha meticulosidad con amor y cariño,

ahora es una maraña de plantas descuidadas y moribundas. Dusty había intentado cosechar lo que había podido en verano con la esperanza de hacer que Opi saliera, aunque solo fuera para que le enseñara el modo correcto de hacerlo. Su padre traía cosas de vez en cuando para cocinarlas, pero después de que Eli le alterara la memoria, había estado de lo más aturdido por todo. Normalmente, parece él mismo; sin embargo, cuando se trata de los comportamientos cuestionables de alguna de sus hijas, como no comer o aparentar tener frío, se vuelve un zombi feliz.

—Antes le encantaba el otoño —susurra Dusty.

—Aún puede oírte —responde Eli en el mismo tono.

Ella se encoge de hombros.

—Tal vez es bueno que me oiga —dice un poco más alto—. La verdad es que me encantaba ayudarla a cortarlo todo al final de cada estación. Es obvio que no aprendí mucho, pero había algo satisfactorio, ritual incluso, en clasificar las plantas, recoger sus restos y mezclarlo todo para hacer compost, donde se convierte en algo nuevo. Era muy…

—¿Ordenado? ¿Limpio? —sugiere Eli—. Sí, no me extraña que te gustara. —Le da un empujoncito en el hombro con el suyo mientras se le extiende una sonrisa cómplice en el rostro.

Dusty pone los ojos en blanco. Eli podría pincharla con casi cualquier cosa y ella no se ofendería. Hasta con sus tics, que antes la avergonzaban. Al conocer a Eli como lo hace ahora, está segura de que no hay ni una pizca de maldad en su ser. En especial, después de todo. Puede que a los demás no se lo parezca; sin embargo, él ha madurado rápido, más que ella, si ha de ser honesta consigo misma.

—Claro, está eso —responde ella, intentando no sonreír—. Pero también me parecía algo más grande que nosotras. Más grande que

este huerto, como una forma de honrar las estaciones, y cómo existen independientemente de nosotros. —Su sonrisa se acentúa conforme recuerda—. Luego, cubríamos las zonas de tierra sin nada con mantillo, arropando las plantas moribundas como si fueran a dormir.

—Suena entrañable —comenta él, impávido—. Casi tanto como el hecho de que estés aquí sentada toda seria, pero vayas vestida de gato. —Le da un papirotazo a la diadema con orejas negras y ella se la quita, dejando que el flequillo le caiga por la cara.

—Ay, se me había olvidado.

—Me ha sorprendido que fueras.

Lo mira de reojo.

—Mali.

Él suelta una risita y asiente.

—No digas más.

—¿Estuviste allí mucho rato? —pregunta ella—. Antes de que Opi… La verdad es que no vi lo que hizo. Salí afuera, me la encontré allí y olí la sangre. Los colores de ella me resultaron… desconocidos. Rojo y aterciopelado, vibrando con destellos de luz brillante.

—Genial —replica Eli.

A continuación, cierra los ojos y ella siente que la cabeza le da vueltas al llenársele de recuerdos cuando él envía lo que ha sucedido a través del vínculo. Él regresando de México y dándose cuenta de que Dusty estaba preocupada. Subiéndose al coche y siguiendo el tirón hacia ella. Después, caminando hacia la casa y Ophelia saliendo con Ben. Eli quedándose atrás. En ese punto, hay un sentimiento extraño que Dusty no identifica. Emborrona lo que puede divisar a través del vínculo. Se pregunta si no serán sus propias preocupaciones deslizándose hacia las de Eli.

—¿Y luego qué? —pregunta ella.

—No mentía —contesta tras unos minutos—. Fue un accidente. Si te soy sincero, creo que yo tuve toda la culpa. Estaban teniendo un… momento. Pero debió de haberme sentido allí, porque miró alrededor mientras Ben se le acercaba. Creo que iba a besarla. —Hace una mueca, pasándose una mano por el cabello cobrizo—. Cuando ella se giró, le dio en la boca con la cabeza. Seguro que se mordió el labio. Lo único que hizo ella fue tocar la sangre y luego probarla.

Dusty abrió los ojos como platos.

—¿Lo único que hizo?

Eli la ignora.

—La verdad es que ha tenido su morbo.

Dusty le pega en el brazo.

—¡Eli!

Él se ríe.

—¿Qué? Es cierto.

—Esto es serio —replica ella—. He tenido una visión hoy. Pero ha sido de algo que no ha ocurrido. Al menos, no todavía. Opi estaba en peligro. Nevaba.

Los dos desvían la vista hacia el huerto, escudriñando sin parar la linde de los árboles, cuando Eli pregunta:

—¿Qué sucedía?

Ella le muestra lo que vio y sintió y observa cómo cambian los colores de Eli para después comenzar a arremolinarse hacia arriba con frenesí, como si fuesen hacia la habitación de Opi.

—Sé que no tengo que pedirlo —dice ella, bajando la voz a un susurro mínimo—. Pero necesito tu ayuda. Creo que fue una premonición. Algo malo va a ocurrirle y, aunque no sea hasta que el bosque esté cubierto de nieve, empezarán a suceder cosas que llevarán a ese momento. Debemos cuidar de ella, más de lo que ya

lo hacemos. No puedo impedir que la premonición pase sin comprender qué es lo que hará que suceda, y tampoco puedo vigilarla todo el tiempo. Así que, cuando yo no lo haga, necesito que la vigiles tú. Cuídala, Eli. Algo malo va a ocurrir.

Eli asiente. Los colores se han detenido a su alrededor conforme escuchaba; los rojos y los naranjas se han profundizado, pero, de pronto, se estremecen.

—Mira —suelta, observando ahora el huerto.

Al principio, Dusty no ve nada, pero cuando logra enfocar la vista, alza los ojos al cielo y luego los baja hasta los árboles. El aire está lleno de destellos silenciosos e ingrávidos. Alarga la mano fuera del refugio del porche y la piel le hormiguea cuando unos diminutos copos aterrizan sobre ella y se derriten de inmediato. La preocupación se apodera de Dusty con cada copo y sabe que Eli también lo siente: la premonición ahora es inminente. Una promesa escrita en la nieve.

6

Consecuencias

Chris ve una sombra oscura moverse por el rabillo del ojo. Gira la cabeza con brusquedad, esperando con todas sus fuerzas que no haya nada ahí. En vez de eso, atisba una voluta negra que desaparece hacia abajo por las escaleras de su habitación en el ático: unos hombros, un cuello y una cabeza bastante distorsionados para hacerlo dudar de sí mismo. Sin embargo, después siente un hormigueo que le recorre la columna como una oscuridad líquida. Eso le dice que lo estaban observando.

Se aclara la garganta y echa un vistazo alrededor de la habitación, iluminada por los rayos del sol que reflejan los árboles cubiertos de nieve de fuera. No hay ni una sombra a la vista.

Se abrocha la funda de la pistola y luego saca el arma de la caja fuerte, listo para dirigirse escaleras abajo. Llevar el uniforme puesto lo hace sentirse más tranquilo con el hecho de que ha estado viendo una figura sombría los últimos meses. Al principio, creía que solo era una paranoia. No obstante, aquello no tenía mucho sentido porque, en realidad, los últimos días se ha sentido extraordinariamente feliz. Le encanta su trabajo como agente medioambiental, confía en que sus hijas estén a salvo y bien, y está dedicando más tiempo a hacer las cosas que le gustan solo por diversión.

Aprovechó cada minuto de la temporada de pesca pasando días

libres y mañanas a primera hora hundido hasta la cintura en todos los ríos y arroyos, cocinando trucha fresca en un fuego. Incluso puso en marcha un programa educativo para agentes medioambientales en ciernes. Llevaba años pensando en ello y, entonces, una mañana a principios de agosto, se limitó a pasar a la acción.

Así que cuando la sombra aparece —a veces alrededor de la casa o, en ocasiones, incluso fuera en la montaña mientras trabaja— suele pillarlo desprevenido, porque estaba tranquilo, y de pronto siente como si se le hubiera ido la cabeza.

Sabe que se lo debería contar a alguien, pero el mero hecho de pensar en ello lo llena de un instinto abrumador que le grita que cierre el pico. Además, no quiere poner en peligro su empleo. Y, hasta ahora, ¿qué daño ha hecho? Solo es una sombra.

Oye a las chicas bajar las escaleras, así que las sigue con la esperanza de que le dé tiempo a preparar el desayuno. Sin embargo, cuando llega al final, puede oír que ya se están colocando los zapatos en la puerta principal.

—¿Qué? ¿Ni un adiós siquiera? —grita.

—¡Adiós, papá! —dicen al unísono—. ¡Te quiero! —añade Dusty.

Se encoge de hombros y, acto seguido, empieza a atravesar las habitaciones hacia la cocina, agradecido de que la casa se haya calentado. Había bajado esa mañana más temprano para echar sal en el camino de entrada cuando se percató de que había nevado. La casa se había quedado gélida. Una de las chicas no deja de apagar la calefacción central, que, en el mejor de los casos, está baja, así que él la había vuelto a encender y había prendido una de las chimeneas y, luego, se había vuelto a la cama. Había oído cómo la quitanieves había pasado por el camino una hora después.

Chris había tenido la sensación de que la nieve podía llegar antes este año, pero ¿el 1 de noviembre? Sacude la cabeza al tiempo que

entra en la cocina vacía. Se detiene en el quicio de la puerta, mira a su alrededor y, de pronto, siente que se le ha olvidado algo.



La montaña está cubierta de nieve. Los pájaros trinan en las copas de los árboles con gritos amortiguados que desorientan los sentidos agudizados de Eli. Se frota las orejas mientras alza la vista hacia los árboles. El sol se cuela por las ramas inclinadas cubiertas de nieve, iluminando las hojas naranjas, amarillas y verdes que todavía cuelgan de sus extremos.

Le crujen las botas cuando se hunden en la nieve. Siente los pies demasiado calientes, pero hacen que los bajos de los vaqueros se le mantengan secos a medida que sube colina arriba. Lleva la mochila colgando del hombro con solo el portátil y una camiseta de manga larga dentro para ponerse antes de entrar al instituto. Por ahora, su camiseta blanca le permite que el aire fresco y frío le recorra el cuello y los brazos desnudos.

A través del bosque que tiene delante, oye cómo se abre una puerta y, luego, unos pasos en la madera seguidos de la voz familiar de Dusty.

—Qué suerte que papá haya echado sal en el camino de entrada —dice, fingiendo estar animada.

—Sí —responde Ophelia—. Ahora tenemos que pasarnos otro día ahogándonos con la calefacción central.

A través de los árboles se distinguen los tejados de cuento de la casa de los Silver y, a continuación, el resto de la casa. Eli solía pensar que el lugar parecía una casa encantada. Ahora, le resulta más reconfortante que ningún otro sitio, incluso aunque tenga que pasarse la mayoría del tiempo en el tejado, situado encima de la

habitación de Dusty, o en el porche trasero. Dado el obvio resentimiento que el padre y la hermana de esta todavía le profesan, no es que Eli sea exactamente bienvenido en el resto de la casa.

Ha estado tentado de usar su habilidad con ellos para obligarlos a caerles bien, pero Dusty había decidido que aquello sería cruzar una línea moral. No es que a él le hubiera importado mucho, dado que eso le haría la vida más fácil, pero era la familia de ella.

—Al menos, he vuelto para alegrarte los días —dice, saliendo de los árboles.

Ophelia le dirige una mirada de desdén.

—Sabes que no eres tan encantador como te crees, ¿verdad? —suelta, inexpresiva.

Eli se lleva la mano al pecho, fingiendo haberse ofendido.

Ophelia arruga la expresión a la par que rodea el coche hacia el lado del copiloto.

Eli se mueve más rápido y le abre la puerta.

Ella suelta un suspiro.

—¿No tienes tu propio coche?

—Sí. —Esboza una sonrisa—. Al contrario que tú. —Opi abre la boca para decir algo, sin duda, malvado, pero él la interrumpe antes de que pueda hacerlo—. Pero también, al contrario que a ti, me encanta el medio ambiente. Y compartir coche es una de las muchas decisiones sostenibles que tomaré hoy. Tú deberías intentar esforzarte más en ello.

Ella entrecierra los ojos.

—Y tú sabes también que no eres nuestro hermano de verdad, ¿no?

—Sé que no soy tu hermano —contesta y, acto seguido, le guiña un ojo.

—¿Habéis terminado ya los dos? —pregunta Dusty.

Eli sonríe con satisfacción.

—Me alegro de estar en casa. —Abre la puerta trasera del jeep de Dusty, aunque, antes de montarse, un crujido nauseabundo atraviesa el bosque y lo hace sobresaltarse y cubrirse los oídos. Suena un último golpe sordo atronador y, a continuación, el silencio —. ¿Qué coño ha sido eso? —Mira a Ophelia sin aliento, pero, al igual que él, tiene los ojos abiertos como platos.

La puerta delantera de la casa se abre de par en par y Chris Silver sale, examinando el bosque.

—¿Estáis bien, chicos? —pregunta. Se detiene en Eli un segundo antes de añadir—: Ha sonado como si se hubiera caído un árbol. —Va vestido con su uniforme verde oscuro y con la pistola ya guardada en su funda.

Algunas veces, Eli se pregunta si es posible que a Chris se le venga a la cabeza el recuerdo que le borró, el de él agarrándolo de la cara, diciéndole que su hija no le acababa de morder la muñeca. Dusty le dijo que ahora podía ver huecos en los colores de Chris. Eli no fue capaz de imaginarse lo que ella quería decir, así que la chica se lo mostró a través del vínculo: su padre rodeado de una nube suave de verdes, azules y naranjas que giran lentamente, salpicados de burbujas transparentes. Al parecer, todavía siguen allí, pero Eli teme que estallen de buenas a primeras y el recuerdo se restablezca. Si lo hiciera, está seguro de que Chris le echaría la culpa a él. Tal vez incluso se encontraría cara a cara con esa pistola.

—Sí, señor —dice Eli, odiando el ansia con el que desea complacer al hombre.

—Debe de haber sido uno bastante grande —reflexiona Dusty.

—Lo comprobaré hoy —responde Chris, pensativo. Entonces, mira directamente a Eli—. Has vuelto.

—Sí, señor —contesta otra vez, sintiendo cómo se le sonroja el

cuello por el calor.

Se produce un silencio incómodo que Chris interrumpe al final:

—He visto tu nombre por todo internet.

Eli siente cómo se le oprime la garganta. No ha consultado su teléfono desde que embarcó en el avión de vuelta. No paran de llegarle mensajes y correos electrónicos. Parece que está en una encrucijada: o bien lo manda todo a la mierda y se esfuerza por dar lo mejor de sí mismo, o bien tira la toalla. Por el enfado que siente en su vínculo con Dusty, está claro que la atención extra no es deseada.

—Muy impresionante —suelta Chris, y Eli juraría que hay un deje de respeto en su tono.

—Gracias, señor.

—Será mejor que os marchéis —añade Chris—. Quién sabe en qué carreteras habrán quitado la nieve y habrán echado sal.

Eli y Ophelia se suben al coche; pero Dusty vacila, aún contemplando a su padre.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunta él.

—¿Tienes que llevar eso?

Chris se mira a sí mismo.

—La pistola —insiste ella.

Él frunce el ceño.

—Pues claro que sí. Es parte del uniforme.

—Pero nunca la has usado, ¿verdad? Con una persona.

Arruga todavía más la frente.

—No, Dust.

—Entonces, si solo es por aparentar, ¿no podrías, no sé, llevarla descargada? Nadie lo sabría.

Él se mofa.

—¿De qué va esto? Sabes que sé lo que hago con ella.

La chica se queda callada durante un instante, y Eli puede sentir cómo la invaden el miedo y la aprensión. Imágenes de una noche oscura y nevada le inundan la mente, el eco prolongado de un disparo.

—¿Dusty? —pregunta Chris.

—No te preocupes —murmura, y luego se sube al coche.

Conduce despacio por White Mountain Road, pero no hay signos de árboles caídos y la sal logra mantener el hielo y la nieve a raya. Pasan la imponente verja de la propiedad de JD, y Eli se imagina a la mujer dentro. Se encontraba en la casa la noche en la que lo capturaron. Después de que Kristen y Will lo liberaran del sótano, atravesaron la casa corriendo y pasaron al lado de la madre de JD, que se limitó a quedarse sentada en el sofá mirando por la ventana. Era como si no se hubiera percatado de que se encontraban allí.

Ophelia baja la ventanilla y los largos mechones de pelo se deslizan por el asiento hacia atrás, hacia Eli. Durante un momento, él se queda hipnotizado por el modo en el que el sol mañanero titila a través de los mechones castaños claros, resaltando unos reflejos dorados suaves. Su aroma a hierba dulce y flores silvestres lo inunda en el asiento trasero. Se pregunta cómo sigue oliendo así a pesar de que, según Dusty, lleva sin ir a su huerto meses.

—El coche está haciendo algo raro —dice con suavidad.

Los ojos de Eli continúan aún en su pelo cuando Dusty añade:

—Uf, otra vez no.

—¿Qué quieres decir con «otra vez»? —pregunta Ophelia, recelosa.

Eli se obliga a alzar la vista al salpicadero del viejo jeep, donde los números del reloj digital parpadean y cambian constantemente al mismo tiempo que las agujas de los medidores giran sin control.

—Nada —contesta Dusty—. Nos ha pasado una o dos veces, solo

eso.

—¿Y no pensabas contármelo?

Eli abre la boca para hablar, pero se lo piensa mejor.

Dusty permanece en silencio.

Ophelia se gira para mirar a Eli.

Él se encoge de hombros.

—Da mal rollito. No queríamos…

—¿Qué? ¿Alterarme? ¿Asustarme? Ya no tengo cinco años, Eli.

Dusty y él suspiran a la vez.

Segundos más tarde, oyen unas sirenas.

A medida que Dusty sigue bajando la carretera, ven unas luces azules y rojas parpadear y reflejarse a través del bosque cubierto de nieve. Al pie de la montaña, hay tres coches de la oficina del sheriff aparcados a un lado de la carretera.

Cuando pasan, Eli echa un vistazo entre los árboles, pero lo único que ve son huellas en la nieve.



—Si ves a Ben, dile que bebiste demasiado anoche.

Están llegando al aparcamiento del instituto de Black River, y las palabras de Dusty resuenan en los oídos de Opi.

—Eli lo obligó a olvidar lo que hiciste —añade su hermana—. Pero seguirá pensando que estábamos actuando raro.

Opi quiere gritarle. Su necesidad de controlar todo lo que ella hace y dice la harta más a cada segundo que pasa. Sabe que Dusty está tratando de mantenerla a salvo, aunque, con la premonición y ahora la nieve, tiene la sensación de que su necesidad de controlarla no hace más que empeorar.

Puede sentir la vista de Eli clavada en ella desde el asiento

trasero. Ya son dos los momentos más embarazosos y descontrolados de su vida que él ha presenciado, y eso la hace querer encogerse dentro de sí misma. Anhela tener la confianza que sintió cuando habló con Ben.

Suelta un suspiro tembloroso y contesta:

—Vale. —Entonces, se dispone a salir del coche.

—¡Espera! —exclama Dusty.

Ella se queda quieta.

—Tienes razón. Necesitas un amigo. Alguien que no sea amigo mío. Deberías contárselo a Theo.

Opi se gira despacio hacia su hermana.

—No fuimos justos al pedirte que no se lo contaras —añade Dusty—. Perdona.

Las palabras le permiten a Opi aflojar un poco la tensión que le oprime el pecho. Sin embargo, responde:

—No pasa nada. Las cosas son… Juega al fútbol americano, y seguro que se ofrece al instante a que me empiece a alimentar de él. No creo que pueda soportar a otro donante por lástima. —Traga un nudo de vergüenza y, antes de que Dusty pueda decirle nada más, se da la vuelta y se marcha.

Se dirige a zancadas a la entrada del instituto, agradecida de haber elegido un vestido más largo hoy. Es azul oscuro con flores pequeñas blancas, y se ha colocado una rebeca gris clara por encima para apaciguar a su hermana. La energía desafiante de anoche ha sido superada por un impulso de encerrarse en sí misma. Intenta bloquear el zumbido de todo el mundo a su alrededor con los ojos fijos en su taquilla. Cuando la abre, no se atreve a mirar la estantería superior, en la que se encuentra el montón de botellitas y frascos ámbar que en el pasado constituían su miniherbolario. No se había atrevido a limpiarla aún. En vez de eso, intercambia unos

libros al tiempo que observa el horario de clase que se encuentra pegado en la puerta.

Un estornudo fuerte justo a su lado la sobresalta. Casi de inmediato, una nube de humedad llena el aire y ella cierra los ojos, haciendo un mohín mientras unas suaves gotas de saliva y moco aterrizan en su piel expuesta. Los gérmenes ya no significan nada para ella ahora que su temperatura corporal se mantiene en unos incómodos cuarenta grados, abrasando cualquier virus que se interponga en su camino. Aun así, es asqueroso.

—Lo siento —dice alguien en voz baja.

Opi alza la vista y ve el rostro pesaroso de un chico de primer año con la nariz al rojo vivo y los ojos llorosos. Por su olor, puede adivinar que lo que tiene es vírico.

Una parte de ella odia saber estas cosas sobre la gente que la rodea, pero hay otra que todavía desea hacer el papel de curandera, que quiere girarse hacia el chico y ofrecerle algo de la estantería superior de su taquilla que le alivie los síntomas.

Retuerce la mano al tiempo que deposita los ojos en un pequeño cuentagotas. Es una tintura que contiene equinácea, milenrama, flor de saúco, hisopo y menta. Sin previo aviso, se le vienen a la cabeza recuerdos de haberlas recolectado. Cómo esperaba el momento perfecto para cada planta, cuando las flores estaban en plena floración en mitad del verano, o para sus raíces, justo después de una helada, cuando su energía estaba más concentrada en la tierra. Durante un instante, recuerda experimentar una alegría pura —su lugar feliz, su huerto—, pero al tiempo que su nariz busca los olores florales y herbales agradables que asocia con sus productos hechos a mano, solo encuentra el aroma fétido y nauseabundo de la muerte. Los recuerdos se desvanecen hasta convertirse en negro.

Cierra la taquilla y se aleja antes de asustar al pobre chico

echándose a llorar justo delante de él.



Eli se dirige hacia la cafetería sintiéndose un actor al que han ordenado dónde colocarse en su marca. Tiene que estar aquí o allí justo en el momento oportuno para que la cámara lo grabe y el público se crea la historia que le están contando.

Incluso los libros de su mochila parecen de atrezo. Apenas ha participado en clase antes del verano; solo aparecía para cumplir la promesa que les hizo a sus padres. Terminaría el último curso, se graduaría y, a continuación, sería libre de marcharse adonde el viento los llevara a él y a su bicicleta. Ahora, distraído por todos los sonidos, olores e instintos, consciente de que las cosas existen más allá de las imaginaciones más descabelladas de sus profesores, los trabajos, las tareas y los exámenes parecen más irrelevantes que nunca.

Se detiene en las puertas de la cafetería y mira a través de las ventanas cuadradas. Todo el mundo se encuentra en su lugar: Dusty, en la mesa con Mali y Will; sus amigos Matt, Jesse y los otros, en la suya en la otra punta de la sala. La vista lo paraliza, como siempre. No tiene ni idea de dónde encaja él.

No le importaría sentarse con Dusty. Le cae muy bien Mali y no hay literalmente nada que le disguste de Will. Eli había esperado que le preocupara su vínculo con Dusty, pero Will está tan tranquilo y seguro de sí mismo que hace que Eli se sienta extrañamente inferior. No obstante, sabe que debe de haber un límite y no quiere cruzarlo pasando demasiado tiempo con ellos.

La mayoría de los días, sigue sentándose con sus antiguos amigos. Sin embargo, a medida que pasan las semanas, le resulta

más complicado, como si tuviera que seguir haciendo el papel que ellos esperan de él. Y, aunque Jesse lo sabe, hay tensión en su amistad por otras razones.

Durante el verano, había sido más fácil. Se pasaba los días en la montaña en bicicleta o refrescándose en el lago, y sus amigos quedaban con él cuando querían. Jesse se comportaba de forma distinta a su alrededor, más callado, más vigilante, pero se encontraban en el exterior, siempre en movimiento, y Matt jamás pareció reparar en ello. No obstante, existía un acuerdo tácito por el que Jesse nunca aparecía solo.

Las noches eran para centrarse en su otra vida: alzar la vista hacia las estrellas en busca de otro destello de la presencia, vigilar a Amber, asegurarse de que se había alimentado y rastrear la montaña buscando signos de JD. Entonces, una noche a la semana se presentaba en casa de Jesse. Entraba por su ventana para que quedara claro el motivo de su llegada. Le clavaba los dientes en la piel y dejaba que su sangre le fluyera por la garganta. Después, transcurrían unos minutos incómodos en los que charlaban y Eli fingía que no podía percibir lo que Jesse sentía en realidad por él o lo mucho que le dolía que Eli no correspondiera a sus sentimientos.

Cuando volvía a la montaña, Dusty y él se quedaban hasta tarde despiertos hablando, eso si no estaba con Will. Por medio de su vínculo, ella notaba la presión que sentía él. Era la única que podía entrever sus dos lados, y eso lo había reconfortado muchísimo. Y cuando Dusty se encontraba con Will o Mali, Eli vigilaba a Ophelia en silencio y manteniendo las distancias.

Ahora, la encuentra en su mesa con Theo mirando a la nada. Se imagina que ella está pensando en lo de anoche, en la sangre del *quarterback*, o tal vez en su pelea con Dusty. Eli se había pasado muchísimo tiempo tratando de adivinar sus pensamientos y

sentimientos. Todas esas noches que la chica se quedaba en la cima o encerrada en su habitación, él intentaba llenar los vacíos entre lo que sabía sobre ella de antes, lo que ve y siente respecto a Ophelia por medio de Dusty y su propio recuerdo de la muchacha la noche en la que la encontró con su padre, desesperada, feroz y poderosa. Una imagen que no concordaba nada con la versión de su hermana.

A medida que la observa, se le contrae el pecho y el corazón se le encoge de miedo, calidez, conciencia y una necesidad apabullante de protegerla. Tiene que recordarse a sí mismo que esos sentimientos son de Dusty, no suyos. Ha estado reaccionando de este modo con ella durante meses, y la premonición solo ha hecho que todo se intensifique.

«No la conoces de verdad —se dice a sí mismo—. Y ella no te conoce a ti».

Pero, aun así, la vigilará como Dusty le ha pedido. Ignorará el hecho de que, para Ophelia, él solo es un mal olor que siempre perdura a su alrededor.

De pronto, ella se queda mirándolo con aquellos ojos grandes y marrones entre la gente y las bandejas del almuerzo. Incapaz de evitarlo, Eli le guiña un ojo y disfruta de la chispa de enfado que le cruza el rostro antes de apartarse de las puertas y recorrer el pasillo.

Hay alguien más a quien debe vigilar.

Cuando llega a la biblioteca, se detiene para examinar la habitación. Las ventanas estrechas y rectangulares se disponen justo debajo del borde del techo bajo en todas las paredes. Debajo de estas, hay estanterías de madera ordenadas y repletas de libros de todos los tamaños y colores. La sala en sí está dividida en dos mitades: en un lado, hay filas de más estanterías, y, en el otro, hay mesas de estudio verde salvia, todas vacías. Una bandera estadounidense cuelga laxa sobre un escritorio desatendido en el

que se hallan un pequeño ordenador y un escáner que zumba junto con las luces fluorescentes de arriba. Aparte de eso, la habitación se encuentra en silencio.

Eli ladea la cabeza y, a continuación, se dirige a la última fila de estanterías. Amber está sentada en la alfombra azul grisáceo al fondo de esta, con el pelo rizado y oscuro cayendo sobre un libro de texto que tiene en el regazo. Cuando él se acerca, ella se sobresalta y, después, se quita los auriculares con cancelación de ruido.

—¿Cómo van esos sobresalientes? —pregunta el chico.

Ella suelta un suspiro tembloroso.

—Me está costando —responde—. Pero lo conseguiré. —Alza la vista hacia él, expectante, y luego pregunta despacio—: ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Sí, claro. Solo quería verte, asegurarme de que…

—¿De qué? ¿De que no se me ha ido la olla y he matado a alguien mientras estabas fuera?

Eli suspira.

Amber tardó un poco en admitir todo lo que había sucedido antes de que JD se marchara. Apenas había sido capaz de hablar durante las primeras semanas. Era como si algo le faltara dentro. Eli se había preguntado si su vínculo con JD se parecería al de Dusty y él y cómo se sentiría él si esta de pronto se marchara sin dejar rastro. Sin embargo, debía de ser distinto: fue JD quien convirtió a Amber en lo que es, no la presencia, como al resto de ellos, y las líneas entre esa dinámica complicada que habían creado se habían difuminado con la relación sentimental floreciente. De todas formas, Eli la entendía y, poco a poco y con pies de plomo, en ocasiones a regañadientes, se había ido ganando su confianza ayudándola a alimentarse una vez a la semana sin hacer daño a nadie mientras Mali le echaba una mano para que volviera a centrarse en las clases

y en su familia.

Saben que, sea lo que sea lo que ocurrió cuando JD se encontraba por aquí, debió de haber sido malo. Dado lo que habían planeado hacerle a Eli y a Dusty y lo que JD le había hecho a Kristen, era evidente que estaban fuera de control. Aun así, había sido chocante oír que, aunque la madre de JD había estado alimentándolos a ambos al principio, lo habían encontrado insostenible y habían comenzado a cazar senderistas en el bosque. Se marchaban un par de días a los confines de las montañas y buscaban a turistas solitarios a los que sorprender en sus tiendas de campaña.

La primera vez, Amber pensó que solo se iban a alimentar, que se saciaría de sangre y luego regresarían a casa. No obstante, JD también se había alimentado de la víctima y la había drenado hasta que su corazón había dejado de latir. Le había dicho a Amber que era para mantenerla a salvo, que, si dejaban a los excursionistas vivos como testigos, los pillarían.

—Era como si todo lo que dijera fuera cierto —había explicado—. Como si su palabra fuera un hecho concluyente, y jamás la cuestioné. No cambió nada hasta que Dusty me contó que JD había matado a su propio padre… Aquello fue como que se agrietara su poder sobre mí y un atisbo de verdad se colara por ella.

Habían matado a dos senderistas, y habrían sido más si JD se hubiera quedado. Amber confesó que los habían enterrado en tumbas poco profundas antes de volver a Black River, y esa fue la primera y última vez que habló de ello. Desde entonces, ha confiado en Eli para alimentarse; van al pueblo a la parte trasera del bar, donde Amber se alimenta y Eli hace que sus víctimas lo olviden.

Nunca ha perdido el control o ha parecido necesitar más de lo que recibe. Ha sido dócil, obediente y, por lo que Mali le ha contado

a Eli sobre ella, una sombra de su antiguo ser.

—No hagas eso —dice Eli—. Solo quiero asegurarme de que estás bien. Ya sabes que no creo… Ya sabes que confío en ti.

Ella le mantiene la mirada durante un largo instante antes de replicar:

—No deberías.

Eli puede ver la culpa en sus ojos. Es algo con lo que también es capaz de empatizar.

—Pues sí lo hago —responde, y se aclara la garganta—. Ahora, vuelve al trabajo. Haz que la Ivy League se rinda a tus pies.

Amber sonríe. Aún hay tristeza en sus ojos, pero Eli sabe que es lo mejor que va a conseguir.

Se marcha, sin saber adónde ir o qué hacer hasta que suene el timbre.



Durante todo el día, el sabor de la sangre de Ben Garrett ha permanecido como una palabra olvidada en la punta de la lengua de Opi. Una gota del deseo de su cuerpo, la única cosa que lleva anhelando meses.

Mira a través de los campos de entrenamiento cubiertos de nieve, observándolo desde el bosquecillo donde se encuentra sentada. La nieve bajo ella se ha derretido, y apenas nota lo húmedo que está su vestido fino mientras intenta recordar con exactitud su sabor. Está convencida de que no sabía a lástima, como la de Mali. Ni a sorpresa o miedo, como la de su padre. Y, pese a que no lo recordaba con exactitud, una verdad espeluznante había empezado a esclarecerse: aunque hubiera bebido más que suficiente ayer de Mali, ya estaba sintiendo los primeros retortijones de

hambre.

Reproduce en su mente la pelea con su hermana.

*«*No soy estúpida, Dusty. Ni tampoco una ingenua, a pesar de lo que creas. ¡Por eso he venido aquí con él!*».*

Había saltado en su defensa muy rápido y con la certeza de tener el control. Aunque quizá estuviera mintiendo. A su hermana y a ella misma. Tal vez Dusty se lo tragase, pero cuando recuerda el modo en el que Eli la había mirado, está segura de que él había sido capaz de darse cuenta.

La nieve cruje en algún lugar a sus espaldas y su cuerpo responde, irritado al instante. Se sumerge en la miríada de sonidos y olores que está comenzando a poder ubicar con un grado de detalle abrumador: la tierra debajo de ella expandiéndose por la escarcha, la brisa colándose en un nido de pájaro abandonado sobre ella y la manera en la que pega contra una cáscara de huevo rota que aún sigue dentro. Percibe hasta cómo las hojas de los árboles se han detenido para ayudarla a concentrarse. Entonces, al fin, lo huele.

—Te ha mandado Dusty, ¿no? —pregunta con la voz tan fría como la nieve a su alrededor.

Eli se sienta a su lado y se apoya contra un tronco.

Se queda callado un instante, observando al equipo de fútbol americano, antes de contestar:

—No puedes enfadarte porque ella quiera protegerte. Lo sabes, ¿verdad?

—Tu vínculo con ella no te da derecho a decirme lo que sentir. Lo sabes, ¿verdad?

Eli suelta una carcajada y la muchacha nota cómo reverbera en las raíces debajo de ella.

—Venga ya —dice él—. ¿Podemos dejar de lado esa actitud, no sé, diez minutos?

Opi cierra los ojos e intenta no permitirle llegar a ella.

—Así que es sed de sangre —comenta de forma casual. Cuando ella gira la cabeza para mirarlo, él apunta con la barbilla hacia los campos de juego—. Vi la manera en la que lo miraste después de que… lo probaras.

Empieza a latirle rápidamente el corazón, demasiado alto, demasiado fuerte. Aparta la vista de él, sabiendo que no sirve para nada negarlo, pero no puede admitirlo en voz alta. No a él. Eli ya la ha visto en su forma más vulnerable. En vez de eso, inspira aire frío y lo suelta poco a poco.

—Por favor —dice—. Déjame en paz.

—Ya sabes que no puedo. No después de la premonición de Dusty.

—¿Y qué? ¿Nuestros problemas son automáticamente tuyos ahora?

Cuando Eli no contesta, se gira y se encuentra sus ojos verdes sobre ella, imperturbables.

—Sí —responde—. Sí que lo son.

—Solo porque Dusty y tú…

—Esto no va sobre Dusty y yo, Ophelia. También va sobre ti. Todos hemos cambiado. Y sé que has decidido que soy el enemigo, pero yo tampoco deseé nada de esto. Estamos en esto juntos. Todos nosotros.

Comparada con la convicción de Eli, se siente como una niña que tuviera una pataleta. Cada célula de su cuerpo comienza a zumbar. A la defensiva. Electrizante.

—Pero eso es lo que quiero decir —espeta—. No necesito a nadie que me vigile. Perdí el control una vez. Fue hace meses, pero parece que me habéis condenado a cadena perpetua.

Eli le sostiene la mirada. Es paciente, cómplice, y aunque hace

que se le forme un nudo en el estómago, se encuentra mirándolo de verdad por primera vez desde la noche con su padre: el pelo cobrizo, la piel bronceada casi cubierta por completo de pecas suaves, los pómulos marcados y la mandíbula cuadrada, lo impactante que es que tenga los ojos tan verdes.

Aparta la vista al instante.

—Esto no va de aquella noche —responde con una voz tan calmada que es exasperante—. Sé que ella te ha contado lo de la premonición, pero tú no sentiste lo que ella sí. Tiene todo el derecho a estar asustada por tu seguridad. Y tú vas a tener que aceptar que estoy aquí para ti. Para las dos. Te guste o no. —Aún mirándola, añade—: Pero en realidad tu problema no tiene que ver conmigo ni con Dusty, ¿verdad?

Ella abre la boca para decirle que se calle; no obstante, Eli baja los ojos a sus labios durante un momento y luego vuelve a subirlos a toda prisa mientras espera su réplica.

Opi traga saliva.

—Vale, a ver. ¿Cuál crees que es mi problema, Eli?

Él baja la barbilla y la mira profundamente a los ojos, como diciéndole que deje de negarlo.

La chica puede sentir cómo le late el corazón en los oídos y eso la trastorna. A cada segundo de silencio, la verdad empieza a burbujearle en la lengua. «Tengo hambre —quiere decir—. Tengo hambre. Tengo hambre. Tengo hambre».

Ella sabe que él lo sabe, pero también sabe que, si lo admitiera en voz alta, Eli tendría que contárselo a Dusty.

Apretando la mandíbula, Opi aparta la mirada.

Eli le pregunta:

—¿Alguna vez te planteas si lo que somos…, lo que necesitamos…, le está haciendo un favor al planeta?

Ella se gira otra vez hacia él, confusa por el cambio de tema. Sin embargo, ahora es él quien tiene la mirada perdida a lo lejos. La muchacha siente curiosidad.

—¿Seguimos fingiendo que te preocupas por el planeta?

Él se encoge de hombros.

—Al principio, me preguntaba si éramos alguna especie de experimento científico de la presencia. Hormigas o ratones, juguetes. Desamparados. —Recoge una bola de nieve y observa cómo se le derrite entre los dedos—. Pero cuando piensas en lo que les pasó a las vacas y quién sabe qué más, cuando piensas en lo que la presencia debe de ser capaz de hacer…, es evidente que podría habernos hecho algo mucho peor si hubiera querido. Eso me hace preguntarme si está… confiando en nosotros de alguna forma. Confiando en la vida aquí en la Tierra. Tal vez nos haya cambiado porque no parecemos dejar de anteponer nuestras necesidades por encima de las del planeta, y no podemos seguir viviendo de él por mucho tiempo. Quizá la única solución, o la más sencilla, era obligarnos a algunos de nosotros a vivir los unos de los otros.

Opi parpadea.

—Estás de broma, ¿no?

Se gira hacia ella, con los ojos relucientes bajo la luz blanca que rebota en la nieve. Una sonrisa juguetea en su boca cuando él responde:

—Tú, Ophelia, sabes mejor que nadie que esta tierra no puede aguantar mucho más nuestras tonterías.

Ella pone los ojos en blanco.

—Vale —contesta con indiferencia—. Pero convertir a unos cuantos adolescentes en depredadores sedientos de sangre no va a solucionar los problemas del mundo.

Eli suelta una carcajada.

—No, pero si te alejas y lo miras desde la perspectiva de ella, sea quien sea, tal vez lo que nos hizo podría cambiar el curso de la vida. No solo la nuestra, sino, con el tiempo, toda la existente. Como un efecto mariposa o algo así.

Opi alza la vista a los árboles, sintiendo sus raíces extenderse por la tierra debajo de ella. A pesar de lo ridículo que suena lo de Eli, no puede evitar percatarse de que su conciencia interna de que todo está conectado ha aumentado por lo que es, a pesar de lo mucho que intenta ignorarlo.

—¿Dusty también opina eso? —pregunta.

—Sí, eso creo. Por eso pienso que está tan desesperada por aprender más, ¿sabes? Por entender la escala de todo y si hay alguien más ahí fuera como nosotros. Creo que lo que le hicimos a… Andrew Everett… —carraspea como si le costara decir su nombre— y lo que JD le hizo a Kristen…, lo que nos trató de hacer a nosotros… Creo que hace que le asuste la idea de que seamos más, tengamos más poder y la responsabilidad que eso supondría.

Opi tiene los ojos abiertos como platos. Dusty jamás le habla de nada de esto, y no puede evitar que le duela. Suelta un suspiro.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo de lo que somos? ¿De nuestro poder?

Eli se queda en silencio durante un largo rato.

—No lo sé. No sé cómo debería sentirme al respecto. Pero sí que creo que vamos a tener que caminar por una fina línea… entre lo que queremos, lo que necesitamos, cuándo dejarnos llevar y cuándo contenernos.

—Al menos, tú puedes dejarte llevar por tu sed de sangre.

Él se gira hacia ella y ladea la cabeza.

—¿Eso es lo que crees?

—Tienes a Jesse. Puedes aceptar quién eres con él, pero también delante de todo el mundo. Has batido un récord mundial,

Eli. —Se ríe, y sabe que suena resentida—. Has conseguido ser más tú que nunca, como Dusty, mientras que yo tengo que ignorar en qué me he convertido. Es como si ya no fuera mi antigua yo, aunque tampoco pudiera ser una nueva.

—Siempre hay formas de ser una nueva tú que no involucren alimentarse de alguien que no sabe lo que eres —responde.

Ella sofoca una carcajada poco entusiasta.

—¿Como cuál?

Eli alza una de las cejas y se le dibuja una sonrisa pícara en la boca.

—Eso tendrás que averiguarlo tú —contesta.

Opi aparta la vista cuando un nuevo calor le recorre las mejillas, y de inmediato recuerda cómo se había preguntado si quería hacer algo más con Ben que solo beber su sangre.

Cuando Eli no dice nada más, lo vuelve a mirar, pero él ha arrugado el ceño y está observando los campos. Tras un largo instante, suelta:

—Estás equivocada con Jesse y conmigo. No me dejo llevar por mi sed de sangre. Ya no.

Opi vacila.

—Ah.

—A ver, a mí me huele bien. Y por supuesto que estoy agradecido por lo que me ha dado. Pero no tengo ansias de él como tenía al principio. Y jamás he sentido por él lo mismo que Dusty siente por Will. Es… diferente.

—Ah —repite ella—. Entonces ¿no… no te… atrae Jesse?

Niega con la cabeza.

—No de esa forma. Todo este asunto con él me ha hecho darme cuenta de que se me permite sentir cosas que son indefinibles sin que ellas me definan. A todos se nos permite. Además, los

sentimientos la mayoría de las veces son temporales. Cambian.

—No todos —responde Opi, pensando en cuánto echa todavía de menos a su madre o cuánto quiere a Dusty y a su padre, a pesar de lo mucho que ha tratado de apartarse de ellos.

—Sí que creo que tiene que haber sentimientos —explica él—, o al menos una gran atracción en el sentido tradicional, por parte de uno de vosotros. Sin embargo, no necesariamente tiene que ser recíproco para que la sed de sangre… se despierte en ti.

Opi nota cómo frunce el ceño.

—¿Eso significa que…? ¿Crees que… le gusto a Ben? ¿O que a mí…? —Se detiene, avergonzada al instante. Eli es la última persona con la que quiere hablar de esto.

Se espera que Eli sonría o se meta con ella, pero, en vez de eso, es él quien aparta la mirada. Se levanta, frotándose la nuca al tiempo que observa los campos otra vez.

—Tú eres responsable de ti misma, Ophelia —se limita a decir—. No sabes cómo van a ir las cosas. Quizá sea mejor fluir.

Ella nota cómo le arden el cuello y las mejillas. No se puede creer que haya estado a punto de bajar la guardia delante de él.

—Claro que sí, Eli —se mofa, al tiempo que se pone de pie a su lado—. Entonces ¿no te importa que me vea con Ben? ¿No estás aquí por eso? ¿Para asegurarte de que no me vuelva a acercar a él? Hablando de ser responsable de uno mismo, tú solo haces lo que Dusty te pide. Sabes que ha elegido a Will y no a ti, ¿verdad?

Cuando él se gira hacia ella, Opi odia la manera en la que tiene que alzar la barbilla para levantar la vista y contemplarlo. Sus ojos son penetrantes, ilegibles.

—Eso es, Ophelia. Monta otra rabieta. —Sonríe, pero esta vez no se le refleja en la mirada—. No estoy aquí para impedir que hagas nada. Por supuesto, sigue como si lo tuvieras todo resuelto. Pero

estaré aquí, listo para protegerte de lo que sea que se avecine, y será tu día de suerte si tengo que entrometerme y limpiar tu desastre cuando el hambre te domine.

Opi contiene el aliento mientras la invade la vergüenza.

La diversión regresa a la sonrisa de Eli.

—¿Qué? ¿De verdad quieres seguir fingiendo que no me he dado cuenta? Tienes un hambre voraz, querida Ophelia. Mali… Ben… No creo que importe. Ninguno de ellos es suficiente para ti.

Un silbido atraviesa el aire y anuncia el final del entrenamiento. No obstante, ninguno de ellos se mueve. Opi ha apretado los puños con tanta fuerza que le duelen. Eli ladea la cabeza y, a continuación, baja la vista y abre los ojos. Se le aceleran los latidos y, entonces, para sorpresa de ella, se lame los labios.

Ella baja la vista, siguiendo su mirada adonde su sangre gotea en la nieve. Abre las manos y encuentra cuatro cortes en forma de medialuna. Se ha perforado la piel con sus propias uñas.

Cuando mira a Eli, él tiene el rostro pálido.

—Ophelia —dice, pero, antes de que esta pueda reparar en la lástima que debe de haber en sus ojos, ella recoge la mochila y se marcha.

SEGUNDA PARTE



7

Permanece en la oscuridad

Para cuando Opi regresa al interior del instituto, Theo ya se ha duchado y está fuera del vestuario mirando su móvil.

—Perdona —dice ella—. Gracias por esperar.

Él alza los ojos y, a continuación, sonríe.

—Hoy no te he visto mirar. No estaba seguro siquiera de que te encontraras aquí.

—Hace mucho frío —miente—. Estaba en la biblioteca.

Él frunce el ceño mientras observa la dirección de la que ha venido y luego la contraria, la de la biblioteca.

—Vale.

—¿Te sigue pareciendo bien llevarme a casa? —pregunta ella, dirigiéndose hacia la salida—. Dusty ha ido a casa de Will. —Cuando Theo no se mueve, ella se detiene otra vez—. Aunque puedo esperar por ahí a que ella me recoja más tarde —añade despacio.

—No, sí, claro. —El chico mira a su alrededor—. ¿Has visto a Eli?

—¿A Eli? —pregunta Opi, confundida.

—¡Aquí estoy! —exclama, trotando por el pasillo hacia ellos—. Gracias, tío —dice, chocando el puño con Theo. Como Opi se queda mirándolo fijamente, Eli añade—: Esta mañana me he venido con Dusty y contigo, acuérdate. Le he preguntado a mi colega Theo si podía unirme a vosotros si no os importaba.

Opi tiene que hacer uso de todas sus fuerzas para no poner los ojos en blanco. Siente las manos calientes donde se ha lamido las heridas autoinfligidas para que curaran, pero sigue siendo consciente de ellas. Quiere decirle a Eli que solo estaba frustrada, que es culpa de él por siempre encontrar el modo de sacarla de quicio, que en realidad no ha perdido el control.

Theo carraspea.

—¿Estás bien, Op?

La muchacha suelta un suspiro pausado y asiente.

—Vamos.

Por fortuna, pese a ir en la parte delantera junto a Theo, Opi no tiene que hablar mucho de camino a casa. Theo le había preguntado a Eli por sus acrobacias en México antes de que se marcharan del aparcamiento y luego ha procedido a consultarle un millón de cosas más a través del espejo retrovisor mientras conduce, mostrando sin pudor su fanatismo.

Cuando giran hacia White Mountain Road, las sombras que se proyectan ya son muy alargadas. Opi se estremece, como siempre le pasa cuando regresa. Es como si cada vez que deja la montaña, fuera un instrumento que se va desafinando. Entonces, en cuanto se acerca a casa, vuelve a sonar en el tono adecuado.

No obstante, cuando terminan el ascenso, a Opi le da un vuelco el estómago. Los coches de la oficina del sheriff siguen aparcados al lado de la carretera con la cinta policial ahora desplegada entre los árboles de más allá, ondeando al compás de la brisa helada. Un ayudante del sheriff se queda en guardia, observando su coche.

—¿Y esto? —pregunta Theo.

—Creemos que se ha caído un árbol esta mañana —contesta Eli en un tono mucho menos seguro.

—Mierda —replica Theo—. Espero que no haya aterrizado sobre

una casa ni haya herido a nadie.

Pero Opi no cree que haya casas en esa dirección y le cuesta imaginar por qué alguien iba a estar fuera tan temprano tras la primera nevada, alguien normal, al menos. Ni Eli ni ella dicen nada.

Cuando pasan, el ayudante entorna los ojos. Opi esboza una sonrisa educada por la ventanilla y, para su alivio, él asiente a modo de saludo. No cree que las fuerzas de la ley vayan a dejar de generarle ansiedad nunca, después de todo lo ocurrido con Dusty en verano. Aún la atormenta la idea de que alguien descubra lo que su hermana y Eli hicieron. Imagina que lo seguirá haciendo siempre.

—Dime cuál es la tuya —suelta Theo en dirección a Eli cuando suben por la carretera.

—Ah, no te preocupes, creo que me quedaré en casa de los Silver.

Por el rabillo del ojo, la chica ve cómo Theo arquea la ceja. Observa a Opi, que aprieta los dientes, pero no dice nada.

—Vale —responde Theo.

Para cuando el muchacho sale marcha atrás por el camino de entrada y se aleja de ellos, Opi echa humo de nuevo.

—¿En serio? —pregunta—. Ya vale. Estoy en casa. Estoy a salvo. Puedes volver a tu vida.

Eli se ríe por lo bajo.

—No tengo vida, ¿recuerdas? Vivo para servir a tu hermana.

La puerta principal se abre tras ellos, que se giran y ven al padre de Opi allí de pie.

—Ah, estupendo, tú también estás aquí —le dice a Eli; su sarcasmo no le pasa desapercibido a nadie. Mira a Opi y añade—: Tenemos que hablar. —Su expresión se vuelve lúgubre—. ¿Dónde está Dusty?

La ansiedad embarga a Opi, y cuando dirige la vista a Eli, es

evidente por la expresión de él que también le ocurre lo mismo.

—Está en casa de Will. ¿Qué ha pasado?

Su padre niega con la cabeza.

—Esperemos entonces. Será mejor que os lo cuente a todos juntos.

A Opi se le forma un nudo en el estómago cuando entran dentro, donde Chris los conduce a la cocina para que se sienten en la mesa y aguarden.



Los auriculares con cancelación de ruido apenas amortiguan el sonido de la lijadora, pero a Dusty no le importa. Sigue concentrada en Will, a unos pocos pasos, que sostiene la herramienta con firmeza; sus brazos fuertes y firmes mantienen la presión justa contra la madera pese a lo mucho que pesa.

Ella está acurrucada en su cama con el portátil abierto encima de las sábanas que hay a su lado. Él es lo único que puede distraerla de todo lo que está ocurriendo. Lo único que capta su atención a pesar del caos de sonidos, colores, pensamientos y miedos.

La lijadora deja de hacer ruido. Will la coloca con cuidado en su mesa de trabajo y luego estira el cuello y los hombros.

Dusty se quita los auriculares y oye la voz grave y relajante del narrador de un audiolibro saliendo de los de Will. Sus colores, azul y violeta, comienzan a acercarse a ella un segundo antes de que se gire. Esboza una sonrisa torcida mientras se quita los auriculares y se pasa los dedos por el cabello oscuro con los ojos suaves y brillantes como la medianoche.

—¿Escuchando fantasía mientras lijas? ¿Intentas matarme?

Él se encoge de hombros.

—Creo que oficialmente me he enganchado a Robin Hobb.

Dusty se ríe y pasa la mirada entre las estanterías en las que ha estado trabajando y la cómoda de cajones acabada que ha hecho para reemplazar a la vieja. A simple vista, parecen sencillas, pero la calidad es innegable. No ve un clavo ni un tornillo en ninguno de los muebles; se trata de una carpintería con encajes perfectos, suavizados por bordes curvos y detalles finos.

—Por favor, dime que esto es lo que quieres hacer después del instituto —comenta ella—. A ver, la gente pagaría un montón de pasta por esto, y cada vez lo harás mejor.

El chico sonríe mientras se acerca a ella con los ojos clavados en los suyos, y algo cálido empieza a recorrer a Dusty.

—Puede —responde él—. Quizá. ¿Y tú? —pregunta con cautela —. ¿Tienes algo en mente? —Se sienta a su lado y coloca las manos una a cada lado de las caderas de ella.

Dusty sacude la cabeza. La verdad es que, aunque se sienta más conectada consigo misma y con la gente y el mundo que la rodea, no ve aún un camino claro por delante. Y, ahora, siendo como es, no se imagina estar en otro sitio que no sea Black River. Se ha vuelto a enamorar del bosque. Es donde se siente libre. La idea de dejarlo para ir a la universidad o buscar trabajo en ciudades bulliciosas hace que se le forme un nudo en el estómago.

—Oye —la llama Will, alzando una mano para apartarle el flequillo desfilado de los ojos—, no hay prisa. Da igual lo que la gente diga.

Tan cerca, su olor es embriagador, al igual que cuando comenzó a fijarse por primera vez en él. Hace que su corazón lata como las alas de una mariposa, con rapidez e impaciencia. Extiende la mano hacia el cuello de Will y lo atrae para besarlo.

Él desliza una de las manos hacia arriba, hacia su hombro, hacia

su cuello. Ella cierra los ojos. Will lleva los dedos a su cabello y el calor la abrasa como ascuas en la boca del estómago. Los dientes empiezan a palpitarle y su lengua acude al encuentro de la de él mientras el azul violeta la engulle. Lánguido, líquido, nada la hace sentir más viva que esto. Que él.

Ni siquiera su sangre.

Al principio, no paraba de pensar en ello todo el rato. El sabor, lo segura que se sentía alimentándose de él, su olor absorbente. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo y su relación se profundizaba, avivando un amor que ahora arde como un incendio forestal, la sangre que toma cada siete días es más que suficiente.

Le ha mordido alguna que otra vez en el calor del momento, pero ella juraría que él la incentivaba, y jamás ha probado más de una gota. Quiere atesorarla, disfrutarlo como algo que hacen, algo que comparten a solas. Aparte de eso, se conforma con esos besos embriagadores que la mayoría de las ocasiones llevan a algo más o con las noches que pasa después de que se quede dormido entre sus brazos.

Ahora, mientras la presión crece en sus dientes, ella retrocede, recorriendo su mandíbula con besos y luego descendiendo por su garganta, dejando que el calor que siente hierva a fuego lento. A Will, el pulso se le desboca debajo de la muchacha cuando ella inhala el olor de su piel. La chica busca su boca de nuevo, pero el sonido de la puerta de un coche cerrándose y, acto seguido, el chirrido de una verja abriéndose encienden las alarmas y la hacen detenerse.

—Tu madre —jadea, sonriendo contra sus labios.

Will suspira y sacude la cabeza mientras se separa. Dusty se levanta y se arregla la ropa y el pelo, aunque sabe que su madre, Alina, no es ninguna ilusa en lo que a su relación respecta.

La puerta principal se abre y Alina pega una voz. Dusty y Will intercambian una mirada y sonríen de forma juguetona, ruborizándose.

Will se aclara la garganta.

—¡Aquí! —grita.

Sin embargo, a la chica le viene a la mente Opi y lo que le ha dicho de que la vida de Dusty es ahora mejor. Y la verdad es que, a pesar de todo, es cierto.

Alina aparece por la puerta abierta.

—¡Dusty! —Sonríe, se quita la bufanda que lleva en torno al cuello y luego mira a su hijo con una sonrisa cómplice reluciéndole en los grandes ojos marrones—. ¿Habéis cenado ya? Iba a preparar ahora algo.

La muchacha sonríe, dándose cuenta de que estar cerca de la madre de otra persona no le duele tanto como antes.

—Ah, no, pero gracias —contesta con una facilidad entrenada—. Mi padre me ha guardado algo en casa. La verdad es que estaba a punto de irme.

—Creía que trabajabas esta noche —le dice Will a su madre—. Le había dicho a Mali que cenaba en su casa.

Dusty es incapaz de no sonreír. Le encanta la amistad que ha florecido entre su novio y su mejor amiga; por suerte, se tienen el uno al otro para hablar cuando necesitan un respiro de todas las cosas locas y paranormales.

Alina suspira.

—Sí, iba a trabajar, pero la cafetería estaba tranquila. Creo que la nieve de anoche ha hecho que la gente se quede en casa. —Se gira hacia Dusty—. ¿Siempre nieva tan pronto? Este será nuestro primer invierno propiamente dicho en Black River, y… sé que es duro. Pero ¿noviembre?

—No es lo normal, aunque en los últimos años han caído buenas nevadas por estas fechas, incluso a mediados de octubre.

Alina asiente despacio y Dusty ve cómo le cambian los colores. Para alguien que ha pasado por no pocas dificultades, los tonos de Alina suelen hablar de confianza en sí misma, calidez e incluso independencia, pese a la manera en la que se extienden hacia Will de vez en cuando con suaves y cariñosas ráfagas. Sin embargo, ahora parecen un poco más oscuros y hasta inquietos.

—Alguien en la cafetería ha dicho que igual teníamos un invierno largo con un montón de tormentas de nieve y tal vez días seguidos con las carreteras cortadas.

Dusty puede ver ahora la preocupación en los ojos de Alina y la forma en la que los colores de Will han respondido, alargándose hacia su madre. La chica supone que el mal tiempo afectaría a los turnos de Alina, su sustento. Recuerda que Will le mencionó que habían tenido que mudarse de pueblos en el pasado cuando su madre se había quedado sin trabajo.

Y, entonces, una leve y conocida punzada de inquietud se abre camino en el pecho de Dusty.



Tras llevar veinte minutos sentada en la mesa del comedor en un incómodo y doloroso silencio, Opi nota que un pie se desliza sobre el suyo y presiona con firmeza para que deje de dar golpecitos. Lanza una mirada a Eli, que le guiña un ojo y, acto seguido, toma otro trago de su té.

Al contrario que el chico, ella no ha tocado su taza.

No puede evitar sorprenderse de su confianza. Mientras preparaba la infusión a petición de su padre, Eli se había esforzado

por mantener una charla trivial. Su padre rechazaba cualquier intento, dejando bien claro lo poco que le gustaba Eli. Opi sintió remordimientos, si su padre supiera que el muchacho le había salvado la vida y que era ella quien casi se la había arrebatado…

Pero Eli continúa allí sentado, imperturbable, con la frecuencia cardiaca mucho más estable que la suya.

—¿Qué sucede, papá? —pregunta ella, impaciente—. ¿Por qué no nos lo cuentas a nosotros y ya? Luego hablas con Dusty.

Chris baja la vista hacia las manos que tiene entrelazadas sobre la mesa y después niega con la cabeza.

—Es mejor que espere.

—Papá —protesta Opi—, me estás poniendo nerviosa.

—¿Es por el árbol que se ha caído esta mañana? —pregunta Eli con la preocupación extendiéndosele al fin por la cara—. He visto que han acordonado…

Chris asiente aún con la mirada en las manos.

Se produce otro silencio largo e incómodo; a continuación, su padre se remueve en la silla y se aclara la garganta.

—La llamaré otra vez —suelta, toqueteando la pantalla del móvil y llevándoselo luego a la oreja. Opi escucha cómo suena la llamada y, acto seguido, salta el buzón automático. Chris deja el teléfono y murmura—: Seguro que es la única adolescente que pasa del móvil.

Eli resopla.

—Mis padres no paran de quejarse de lo mucho que uso el móvil. Aunque tampoco es que ellos me hayan llamado nunca. —Sacude la cabeza y mira su té sin dirigirse a nadie en particular—. A mi hermano le acaban de comprar uno. Ni siquiera tiene doce años. Ahora es a él a quien le chillan todo el rato.

Opi percibe un destello de empatía en los ojos de su padre. Ella nunca ha conocido a los padres de Eli, pero Chris fue al instituto con

ellos y ha dejado entrever en más de una ocasión que sus intereses por todo, incluidos sus hijos, parecen ser más bien superficiales.

Por fortuna, antes de que se extienda otro silencio demasiado largo, se oye un coche en el camino de entrada y, un minuto después, se abre la puerta principal.

—Ah —dice Chris, alzando la vista—. Por fin.

Dusty aparece en el arco que lleva a la cocina y mira en torno a la mesa con recelo. Algo parece ocurrir entre ella y Eli, y le cambia la expresión cuando frunce el ceño con temor. El chico debe de haberle enseñado que su padre tiene algo serio de lo que hablarles. No por primera vez, Opi se siente excluida de su vínculo.

Su hermana se une a ellos en la mesa.

—¿Qué pasa?

Chris suspira, y la preocupación retoma su lugar en su rostro.

—Tengo algunas noticias —explica—. Y quería que os enterarais por mí. —Se detiene un segundo muy largo.

—Venga, papá —le mete prisa Opi. A estas alturas, le parece que la anticipación la está matando.

Él asiente y, acto seguido, prosigue:

—El árbol que ha caído esta mañana… Las raíces… han levantado un cuerpo.

Opi siente cada palabra como una piedra en el estómago. Ha dejado de respirar, y, en el silencio que se extiende por toda la mesa entre ellos, se le viene a la mente la mañana que ayudó a enterrar a Kristen a los pies de la White Mountain: Eli llevando el cadáver lánguido de Kristen, su cabello rubio manchado de tierra y hojas, cayendo por el brazo de él. Opi había empezado a coger flores silvestres. Era lo único que se le había ocurrido hacer. Más tarde, Dusty había impedido que las dejara sobre la tumba, pues los demás trataban de camuflar en silencio la tierra removida. Aun así, Opi no

puede evitar verse a sí misma a través de los ojos de ellos como una chiquilla ingenua.

El latido cada vez más acelerado de Dusty y de Eli la devuelven al presente, lo que le indica que seguro que ellos también se acuerdan. Opi visualiza dónde estaban los coches de la oficina del sheriff aparcados al pie de la montaña. El tramo desde allí hasta donde la enterraron no es recto, pero si sabes adónde vas, es posible que solo haya un paseo de diez minutos hasta el arce azucarero y la tumba poco profunda que hay debajo.

«Kristen. Debe de ser Kristen».

Opi visualiza las huellas de Dusty, Eli, Mali y las suyas propias al enterrar su cuerpo.

—¿Quién…? —pregunta al fin Dusty—. ¿Sabes…?

—Todavía no lo han identificado —responde su padre—. Pero he pensado que deberíais saberlo, dado el tiempo que Kristen lleva desaparecida, y como vivía aquí…, podría tratarse de ella.

Se produce un momento de silencio, angustioso y opresivo.

—¿Sus padres saben que han encontrado un cuerpo? —pregunta Dusty con la voz trémula.

—No lo sé, cielo —contesta Chris—. Y sé que no teníais mucha relación, pero, aun así…, si es ella, que podría darse el caso de que no fuera…, quería que os enterarais por mí, no en el instituto… Quería avisaros. —Hace una pausa y los mira—. Sois demasiado jóvenes para enteraros de que una compañera ha… Bueno, esperemos que no sea ella.

Cuando nadie dice nada durante un rato, Opi alza la vista. Su hermana y Eli parecen igual de turbados. Se han quedado lívidos y la piel les reluce con un sudor húmedo y pegajoso.

—Gracias por contárnoslo —dice Eli con la voz áspera como la grava.

Chris asiente una vez y luego se gira hacia Opi.

—¿Estás bien, cariño?

No, no lo está. Se siente abrumada por la inquietud. Las consecuencias de que encuentren a Kristen desatan algo en ella antes de que su cerebro tenga ocasión de asimilarlo. Pero, en lugar de hablar, se limita a asentir y a añadir después:

—Me voy arriba.

Su padre inclina la cabeza y luego asiente, confiando en que no pasa nada. En que todo va como debería. Ella mira a Eli y ve que está analizando también a su padre. Antes de pensar demasiado en esa noche, se levanta y se marcha a su cuarto.

Se tumba en la cama con el espacio gris a oscuras y en penumbra a su alrededor. Se le crispan los dedos ante las ganas de ir corriendo al dormitorio de Dusty a recuperar la caja de fotos de su madre. Opi se las había guardado para ella todos estos años; era su pequeño secreto. Mientras que durante todo ese tiempo Dusty intentaba no pensar en ella, Opi contemplaba las fotos de su madre casi todas las noches, manteniendo su recuerdo vivo.

Ahora que saben más cosas de ella, de su pasado, del modo en el que se sentía como madre y de los meses antes de marcharse, le parece una extraña más que nunca.

Aun así, ahora mismo, hay una parte de Opi muy grande que solo quiere a su madre. Se gira en la cama y se imagina que posa la cabeza sobre su regazo. Que unos dedos cariñosos le acarician el pelo, diciéndole que todo va a ir bien. Sabe que la fantasía es infantil, pero, de todas maneras, lo anhela.



Lo último que a Eli le apetecía era ir al pueblo a ayudar a Amber a

alimentarse. Sin embargo, después de dejar atrás la cinta policial otra vez al marcharse de casa de los Silver, está convencido de que el cuerpo que han encontrado es el de Kristen. Habrá más ojos que nunca en la White Mountain y deberán tener mucho cuidado.

Dusty había querido ir a casa de Mali a avisarla de lo de Kristen, pero habían coincidido en que esperarían a la mañana siguiente. Ayudar a cubrir el rastro de Amber después de que se alimentase era el pequeño precio que debían pagar.

Mientras Eli se marchaba de la casa de los Silver, había intentado imaginarse a Ophelia en su cuarto, quieta y callada en la oscuridad. Qué diferencia con el soplo de aire fresco que había sido cuando la conoció; al menos, así era con todos menos con él.

Por mucho que su antipatía le escueza, prefiere la animadversión antes que otras cosas que había visto en ella últimamente, como tristeza, derrota, anhelo, ansia o celos. El chico lo siente todo con claridad e intensidad, pues él también lucha contra lo mismo.

Le había dicho a Ophelia que dejara que las cosas fluyeran, pero él, más que nadie, siente una impaciencia cada vez mayor por que se produzca un cambio.

Tras vigilar la alimentación de Amber y llevarla a su casa, se dirige hacia la de Jesse.

Aparca delante de su casa y apaga el motor con las manos aún aferrando el volante mientras sopesa lo que va a hacer. Hoy, la verdad de Ophelia parecía haberse impuesto a la negación de él.

Al igual que le ocurre a ella con Mali, alimentarse de Jesse le está pasando factura.

Hay mucha culpa en ello, en que Jesse no le pida nada cuando él solo toma y toma de su amigo. Y también está el innegable hecho de que Eli ansía más. Necesita más. En el fondo, sabe que su sed no es solo de sangre. Es de deseo. Es de conexión. Es de la persona de

la que te alimentas y cómo te hace sentir.

La verdad es que, cuando Dusty ha entrado en la cocina, Eli ha podido oler a Will por todas partes. Ha notado que se le ha tensado todo el cuerpo ante los celos que lo han invadido, enfermizos y sombríos. Pero la raíz de su envidia no tiene nada que ver con lo que Ophelia había dado a entender antes. Él no quiere a Dusty. Él quiere lo que ella tiene.

A través de su vínculo, ha percibido la perspectiva cruel de cómo sería tener a alguien, amar a alguien. La combinación eufórica e intensa de confianza, comprensión, lujuria y cuidado, y después la satisfacción vivificante del modo en el que Will la alimenta. Ophelia puede que haya visto lo diferente que es en el caso de su hermana, pero no hasta el punto de Eli. Ella no tenía por qué. Sabe lo que le falta porque lleva escrita la necesidad en quién es, al igual que la lleva escrita Eli.

Necesitan más.

Suelta el volante y abre la puerta. La calle está tranquila. Hay nieve apilada en las aceras y la carretera negra brilla, vidriosa por la sal recién echada y el hielo derretido. Eli escucha a la gente en sus casas viendo la tele, limpiando, hablando.

Pasa por encima del banco de nieve que hay delante de la casa de Jesse y echa un vistazo a su habitación. Acalla el ruido de todo lo demás, centrándose e intentando percibir si su amigo se encuentra allí. El sonido de unos dedos sobre un teclado es toda la respuesta que Eli necesita. Pasa por encima de la verja, luego trepa por los postes del porche y recorre en silencio la planta de arriba de la casa hasta que llega a la ventana de su amigo. Se dispone a llamar con los dedos en el cristal, pero vacila.

Todavía no sabe qué debería hacer, si ponerle fin a eso y alimentarse de extraños como Amber o hacer de tripas corazón y ser

agradecido, ignorando lo egoísta y manipulador que es alimentarse de alguien que tiene sentimientos por ti.

De golpe, Jesse se vuelve como si hubiera sentido a Eli observándolo. Se estremece, pero se le relajan los hombros cuando ve que se trata de su amigo, y se acerca para abrir la ventana.

—Pensaba que habías dicho que te alimentaste en México.

Eli siente una punzada de culpabilidad. Antaño, habían sido amigos cercanos. Ahora, se da cuenta de lo jodido que es que Jesse crea que el único motivo por el que está allí sea para alimentarse de él.

—Y lo hice —responde Eli—. No he venido por eso.

Jesse se aparta de la ventana mientras Eli entra. Se pasa una mano por el cabello oscuro y rizado, inquieto. Eli mira la habitación que conoce: pósters de baloncesto en las paredes; ropa, balones y libros del instituto tirados por el suelo y en el escritorio; y la cama sin hacer que huele a Jesse, un olor que ahora es sinónimo de supervivencia y seguridad. Un salvavidas. Su zona de confort cuando la alternativa es alimentarse de borrachos desconocidos en la oscuridad, usando sus habilidades para hacer que se olviden una y otra vez mientras toma en contra de la voluntad de ellos.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunta Jesse, inseguro.

Eli visualiza lo que había decidido de camino hasta allí: mirar a Jesse a los ojos, concentrarse y tomar el control. «Somos amigos —diría en voz baja—. Es lo que siempre hemos sido». Acto seguido, borraría todo lo que había estado ocurriendo entre ellos de la mente de Jesse, eliminando los recuerdos de sangre y de sed de su amistad. Le devolvería a Jesse la libertad. Pero entonces piensa en Ophelia y en cómo podría reaccionar si se entera de que ha dejado a Jesse, que es seguro, cuando eso es justo lo que Dusty no para de decir de ella con Mali. ¿Empujaría a Ophelia a hacer algo

imprudente? ¿La empujaría hacia el *quarterback*?

Jesse se rasca la cabeza y aguarda.

Eli se encoge de hombros.

—Solo he venido a pasar el rato —responde, y después va hacia la PlayStation de Jesse, coge un mando y mira a su amigo con una sonrisa traviesa.

Jesse se la devuelve y luego le quita el mando a Eli de la mano y se sienta a jugar al *Forza*.

Al observar a su amigo, Eli se siente estúpido por haber considerado alguna vez querer algo más. La vida tal y como la conocía ha dado un giro de ciento ochenta grados y es incapaz de ver qué derecho tiene a quejarse cuando hay tanto que permanece en la oscuridad.

8

Transformados

Unos cristales afilados le rozan la cara mientras corre entre los árboles cubiertos de nieve. Abre los ojos en el otro lado, jadeando, con el miedo haciendo que las extremidades le pesen al tiempo que intenta seguir el ritmo. El chasquido de un tiro todavía resuena en sus oídos, de alguna forma más alto a cada segundo.

«Huye, huye», grita su mente. No obstante, justo cuando empieza a correr otra vez, se detiene en seco.

Cuando se estrella contra el suelo, la agarran de los tobillos. No puede moverse.

Los pasos se acercan, amortiguados por la nieve. Ella mira a su alrededor, limpiándose los ojos húmedos. Un terror que no sabía que existía le recorre las venas.

Se produce un movimiento entre las sombras de los árboles, y gira la cabeza con brusquedad. Ahí, saliendo a la luz de la luna. Seis de ellos. Puede sentir su ira, su dolor, su intención. Fuera de la vista, es capaz de percibir a otro más. Poderoso.

Una oscuridad líquida le recorre hacia arriba la columna y la parte en dos.

Un pensamiento se cuela a través de la negrura: «Así es como voy a morir».

Dusty parpadea, volviendo en sí misma y sintiendo a su hermana por todas partes.

—Opi —susurra, y el pánico la invade al tiempo que cierra el portátil y cruza la cama a gatas hasta la ventana abierta. Está lista para salir a la noche. Lista para luchar, para morir. Cualquier cosa por su hermana. Pero se detiene. El sol brilla, haciendo que lo que queda del dosel de hojas cambiantes arda en llamas.

No era una visión ni un recuerdo.

Lo que acaba de ver está por venir.

Es última hora de la mañana del sábado, y Opi se encuentra entre Mali y Eli en el sofá. Dusty ha convocado una reunión de urgencia en su casa.

Will está en la silla enfrente de ellos, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada, y Dusty se halla en cuclillas a los pies de Mali, agarrándole las manos a su amiga. Acaba de contarles que han encontrado a Kristen.

—Lo resolveremos —dice Eli—. Paso a paso.

Él fue quien lo confirmó anoche. Se acercó lo suficiente como para ver el árbol volcado en el lugar exacto en el que la habían enterrado.

Mali ha permanecido en silencio todo el tiempo, pero solloza, y cuando Opi la mira, puede ver cómo una lágrima le baja por la mejilla. También oye los latidos de su corazón y el modo en el que la sangre le fluye con suavidad por las venas.

Aparta los ojos con la boca haciéndosele agua mientras se

reprende a sí misma. Dusty parece totalmente relajada alrededor de Will; salta a la vista que la sangre es lo último en lo que está pensando su hermana. Y Eli también.

—Me pregunto si habrán avisado a sus padres de que podría ser ella —dice Mali, ausente.

Dusty suelta un suspiro largo y pausado.

—Perder a un hijo debe de ser el dolor más grande que haya, pero…

—¿Qué? —pregunta Mali, secándose las mejillas.

—Bueno —contesta Dusty, mirando a Opi—, nosotras sabemos un poco sobre aferrarnos a la esperanza de que la persona a la que más queremos en el mundo vuelva a casa algún día. Es como si flotaras, aislada de todo. Así que… yo… Será mejor que lo sepan. A la larga.

Opi no lo dice en voz alta, pero está de acuerdo.

Siente que Eli se remueve a su lado. Él abre más las rodillas y le roza las suyas.

—¿Tienes que ocupar tanto espacio? —se queja.

—Soy alto. Supéralo. —El chico aleja al instante la rodilla de la suya y el espacio se enfría cuando lo hace.

Opi alza la vista y descubre a Dusty mirándola con el ceño fruncido.

—Perdona —repone, sacudiendo la cabeza—. Es que… Lo único que se me viene a la cabeza son nuestras manos enterrando a Kristen. Nuestras huellas podrían estar por toda ella, si eso es posible.

Dusty asiente.

—Yo me preguntaba lo mismo, pero me da demasiado miedo buscar la respuesta. De nuevo, debemos tener precaución.

—No va a pasar nada —responde Eli al tiempo que se pone de

pie. Empieza a andar por detrás del sofá—. Tenemos nuestras propias… ventajas ahora. Las usaremos cuando las necesitemos.

Todos asienten, al parecer más tranquilos por poder contar con las habilidades de Dusty y él si la policía comienza a husmear otra vez. Opi, por el contrario, se da cuenta de que sigue sin ser de ayuda para ninguno de ellos.

—Hay algo más —añade Dusty, que se incorpora para sentarse en la silla al lado de Will.

Él ladea la cabeza para mirarla.

—He tenido otra premonición.

Eli deja de pasearse justo detrás de Opi, aguardando a que Dusty la describa.

—Era la misma noche que la primera —cuenta—. Al menos, parecía y se sentía como la misma noche. El miedo… —Mira a Opi antes de proseguir—. Era Opi, aterrada, corriendo por el bosque. Había más nieve que ahora. Muchísima más. Y, esta vez, algo se aferró a sus tobillos. La sujetaba en el sitio. Entonces, de entre los árboles, salieron seis extraños. Todos de nuestra edad, y…, por sus colores, creo que eran como nosotros. O, al menos…, creo que eran como Amber.

Mali se echa hacia delante.

—¿A qué te refieres con que eran como Amber? ¿En qué sentido?

—Bueno…, Eli, Opi, yo, incluso JD… Nuestros colores se mueven de manera distinta a la de todos los demás. Es una especie de característica que ahora puedo distinguir. Somos… distintos. Amber también la tiene, de algún modo, pero más débil. Es diferente a la nuestra, la de los creados por la presencia, aunque también la de la gente normal. Es como si sus colores siempre estuvieran buscando, aguardando alguna señal. Más infantil, en cierta manera, salvo por

la… sed peculiar. Al pensar en JD, es como si los colores de Amber replicaran los suyos. Como si hubiera absorbido parte de la esencia de él cuando la transformó.

Will apenas se ha movido; no obstante, Opi puede oír cómo se le acelera el corazón. Hasta es capaz de oler su preocupación.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Mali, de pronto con un tono cortante.

—Estaba oscuro, pero los seis extraños… Sus colores tenían todos la misma característica. La de Amber. Replicaban los de JD. Entonces, justo antes de que terminara la premonición, sentí que había alguien más allí. Alguien poderoso. Debía de ser él. Creo que los extraños eran… suyos.

—¿Qué estás…? No —replica Mali, inflexible, observando a su alrededor como si esperara que alguien le dijera que no era cierto.

Will se pasa las manos por la cara y luego se echa el pelo para atrás.

—Está diciendo que cree que JD está creando más de ellos —suspira—. O que lo hará. Transformar a personas como hizo con Amber.

Se produce un largo silencio antes de que Mali susurre:

—Pedazo de cabrón.

Opi asiente. No se lo puede creer.

—Entonces ¿significa que va a volver? —pregunta Mali.

—Eso parece —contesta Eli—. Y va a traer un pequeño ejército con él.

Dusty sacude la cabeza.

—A ver, no lo sé con seguridad. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasará antes de que ocurran estas premoniciones. Podría ser el invierno que viene. O dentro de años. Pero… no sé. En cierto sentido, parecen una advertencia. Como si las viera para que

tengamos la oportunidad de detenerlas antes de que ocurra de verdad. Para proteger a Opi.

—¿Y estás segura de que estabas viendo a través de sus ojos? —pregunta Eli.

Opi siente la mirada de él sobre ella mientras se alza imponente a sus espaldas, aunque no se da la vuelta.

Dusty se encoge de hombros.

—La pude sentir. La pude oler. De forma abrumadora.

Eli está callado, pero Opi lo oye girarse como para mirar por la ventana.

—¿Qué hacemos? —pregunta Mali—. No tenemos ni idea de dónde se encuentra JD, y si ya ha transformado a sus… ¿Cómo los llamamos?

—¿Transformados? —propone Will.

Mali se encoge de hombros y asiente.

—Eso mismo.

—Debemos encontrarlo —suelta Dusty—. Tan pronto como podamos. Luego, tal vez seamos capaces de evitar que cree más transformados. E impedir que vuelva a hacer… lo que sea que iban a hacerle a Opi en la premonición.

—¿Y después qué? —pregunta Will—. ¿Qué haréis cuando lo encontréis?

—Yo podría controlarlo —se ofrece Eli, volviendo al sofá para sentarse. Se inclina hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrecruzados—. Podría decirle que pare, que en realidad no quiere herir a nadie o transformar a ninguna otra persona. Decirle que no sea… JD.

Opi niega con la cabeza.

—Eso no es suficiente —espeta, alzando la vista y percatándose de que lo ha dicho en voz alta.

Todos se giran hacia ella.

La chica se muerde el labio inferior.

—Lo siento, es que… Es buena idea que Eli pueda controlarlo para que pare, pero… —sacude la cabeza— para cuando te coloques delante de él así, te habrás arriesgado muchísimo. Sobre todo, si ha creado un pequeño ejército. No quiero que nadie salga herido por mí. Por vuestra necesidad de protegerme. Hagamos lo que hagamos, tiene que ser rápido. Sin vacilaciones. Sin tiempo para… —La frustración se refleja en su tono. Sabe que Dusty y, por consiguiente, Eli irán tras JD y la dejarán atrás para mantenerla a salvo, arriesgando sus propias vidas sin pensar en lo doloroso que sería perderlos; perder a Dusty sería peor para Opi que nada en la vida.

Dusty no es la única que no puede soportar más pérdidas. No es la única que siente el dolor del abandono.

—Entonces ¿qué intentas decir? —pregunta Eli, examinándola—. ¿Que lo matemos?

Se sumen en un silencio largo y cargado.

Dusty empieza a negar con la cabeza y parece que va a protestar cuando Mali la interrumpe.

—Yo estoy con ella. Aunque no creamos que vaya a volver aquí o no sepamos que vaya a hacerle daño a Opi por alguna razón, no podemos permitir que infecte a más gente. No es justo. Las cosas podrían irse más de madre. Lo que sois podría expandirse. —Traga saliva y, durante un segundo, parece culpable—. Bueno, vosotros sois una cosa. Lo tenéis todo… bajo control. Lo lleváis bien. ¿De verdad confiáis en que otros sean así de responsables? A ver, mirad a JD.

Todo el mundo se queda pensativo durante un momento.

—¿Por qué creéis que lo haría? —pregunta Mali—. ¿Por qué querría convertir a más gente como vosotros?

—¿Soledad? —añade Will.

Eli contiene una carcajada.

—O para poder volver con ellos para subyugarnos y después vivir en su fuerte en la montaña, saliéndose con la suya con lo que quiera que desee.

—Echará de menos a su madre —añade Dusty—. Las visiones que he tenido de ellos… Pude sentir que estaban muy unidos.

—Chicos, ¿de verdad creéis que es capaz de sentir? —Mali resopla. Aún tiene los ojos rojos e hinchados por las novedades sobre Kristen.

—Sea lo que sea lo que pretenda y lo que nosotros hagamos, tenemos que buscarlo —repone Eli.

Se recuesta en el sofá y su temperatura corporal se propaga por cada centímetro de la habitación.

—Si hay una forma de hacerlo a mi manera, lo haremos —añade —. Si no, seguiremos el modo de Ophelia.

Esta última traga saliva. No ha querido sugerir que mataran a alguien a la ligera, pero, en cuanto lo ha dicho en voz alta, no ha podido negar el alivio que la ha invadido.

Dusty vacila y se queda contemplando a Eli durante un largo instante mientras, sin duda, comparten algún tipo de proceso de pensamiento por su vínculo. Entonces, al fin se gira hacia Opi y asiente.

A Opi le duele la mandíbula de apretarla durante todo el día. Se ha subido a la planta de arriba una vez que ha sido evidente que todo el mundo se ha quedado muy abrumado y agotado para seguir hablando. A pesar de que el consuelo ha estado bien durante un

momento, también le ha dejado la mente libre para concentrarse en el hambre persistente que crece en su interior.

Solo han pasado dos días desde que se alimentó de Mali. Quedan cinco. Apoya la cabeza contra la almohada como si la tensión pudiera sofocar el deseo.

No lo hace.

Se ha tirado todo el día así, escuchando el murmullo de voces de abajo. Mali y Will todavía se encuentran en la planta inferior con Dusty. Eli se ha marchado poco después que ella. Supone que debe de ser doloroso para él estar alrededor de Dusty y Will juntos. Había visto la forma en la que miraba a su hermana cuando todo empezó, y no se imagina lo mucho que ha cambiado todo para él, incluso aunque también lo haya hecho para Dusty. Casi hace que sienta lástima por él.

Opi sabe que podría aprovechar más el tiempo y no limitarse a estar tumbada. Tiene deberes y ha de hacerse con otra tanda de hierbas para reponer la sangre para Mali, Will y Jesse. Sin embargo, no le apetece nada ahora mismo. Ya no tiene ningún futuro prometedor al que dirigirse, así que los deberes no servirían de nada. Y preparar hierbas que solo se necesitan porque se aprovecha de otra persona para poder alimentarse es… desalentador.

Le llega una notificación al móvil, que está sobre el escritorio. Suspira, cierra los ojos y se obliga a levantarse y mirarla.

Theo

Ben me ha pedido tu número. He pensado
en preguntarte antes de dárselo, aunque
es bastante obvio que no te importa. 😜

El sudor se escapa a la superficie de la piel de Opi cuando el corazón comienza a latirle a un ritmo fatídico.

—No —murmura, paralizada mientras relee el mensaje. Se le encoge el estómago; el hambre voraz sofoca cualquier atisbo de emoción. Antes de la fiesta de Halloween, deseaba que llegara esto. Ahora, no cree que pueda confiar en ella misma si se queda a solas con Ben o con cualquier otra persona.

El calor de su propio cuerpo de pronto le resulta sofocante. Mira su ventana abierta. Aún hay luz fuera, y las copas de los árboles que se inclinan hacia arriba, hacia la cima, se estremecen, llamándola. Últimamente, no le apetece salir, no cuando siente de forma tan abrumadora toda esa vegetación. Es demasiado doloroso, está demasiado ligado a su pasado. No obstante, ahora mismo no le importa.

Suelta el teléfono en la cama, se acerca a la ventana y se recoge la falda para subirse al quicio. Se queda allí encaramada durante un momento, notando los copos de nieve caer por el cielo nublado, y luego salta.

Aterriza con los pies descalzos sobre un banco de nieve gélida un piso por debajo de la ventana de su habitación. El movimiento es tan sutil que es como si llevara haciéndolo años. Entonces, antes de que pueda pensarlo dos veces, avanza con paso firme hacia la linde del bosque.

La tierra fría le alivia las plantas de los pies descalzos. Puede sentir cómo el calor de su cuerpo le emana de la yema de los dedos de la mano y de la coronilla mientras los pinos suaves y cubiertos de nieve le rozan el top fino cruzado y la falda. Se agacha para esquivar ramas gruesas y pasa por encima de rocas escarpadas, disfrutando de la tensión de sus extremidades. El aire helado le llena los pulmones, y una sonrisa se le extiende por la cara.

Se oye un crujido a sus espaldas y se detiene. Se parte una ramita y, a continuación, se produce un golpe sordo cuando un puñado de nieve cae de una rama.

—Joder —refunfuña alguien.

Opi se gira, sabiendo que no debería sorprenderle ver a Eli a seis metros de ella. Aunque hasta ahora había sido silencioso de una forma que solo la gente como ellos podía ser.

Él se retuerce, tratando de liberar su camiseta Henley gris que se le ha quedado atrapada en una rama enredada. Mira a Opi con las mejillas rubicundas por el frío. Casi parece avergonzado.

Durante un instante, ninguno de los dos se mueve. Los copos de nieve caen en el espacio entre ellos.

Eli se dispone a tirar de la rama; parece que está a punto de romper el árbol entero.

—Espera —chilla ella al tiempo que empieza a andar hacia él—. No es culpa del árbol que no mires por dónde vas.

—Bueno, si no caminaras tan rápido…

—Ah, claro, me he olvidado de que es mi culpa que me sigas sigilosamente.

Eli se vuelve a retorcer, y después intenta quitarse la camiseta por encima de la cabeza. De alguna forma, se queda atrapada alrededor de sus anchos hombros, aferrándose a una camiseta de tirantes fina blanca que lleva debajo.

A medida que Opi se acerca a él, el olor al sudor de Eli impregna el aire frío. Huele a tierra bañada por el sol y a algo más dulce debajo.

Ella ralentiza el paso, tragando saliva mientras el hambre la invade de pronto.

«Genial», piensa, avergonzada de que le vuelva tan loca la sangre que hasta le provoque sed alguien del que no se puede

alimentar. Dusty le contó que Eli y ella se habían probado el uno al otro antes. Su hermana incluso trató de alimentarla a ella al principio, por si pudiera funcionar entre hermanas. Pero no lo hizo. No, no es posible.

Vuelve a tragar saliva, aún se le hace la boca agua.

—¿Estás bien?

Levanta la vista hacia el rostro de Eli y se encuentra sus ojos esmeraldas examinándola. Se endereza y se acerca a él.

—Ven —dice, extendiendo una mano para ayudarlo a desenredarse.

A él le sube y le baja el pecho mientras alza los brazos, y ella le quita la camiseta húmeda. El calor corporal de Eli es abrumador, y el suyo se dispara en respuesta a la vez que se le aceleran los latidos. Baja la vista a su camiseta de tirantes. Se le pega al cuerpo, rozándole los abdominales mientras se le sube. Se le marcan los músculos sólidos bajo la piel suave salpicada de ligeras pecas. Justo por encima de la cinturilla, dos líneas nítidas se cortan bajo sus vaqueros.

Cuando Opi al final aparta la vista para volverlo a observar, él tiene la boca curvada con una sonrisa de suficiencia.

Ella da un paso atrás, furiosa al instante por su arrogancia. O tal vez por la traición de su propio cuerpo, que arde con un rubor que siente por toda la piel. Intenta mantener la expresión impertérrita mientras se aclara la garganta:

—Yo… algunas veces me olvido de que eres deportista, eso es todo.

A él se le ensancha la sonrisa y baja los brazos, recolocándose la camiseta de tirantes, y después se pasa una mano por la parte superior de la cabeza. El movimiento libera una oleada fresca de su olor.

—No has hablado mucho de lo que ocurrió en México —se apresura a decir ella, tratando de distraerse a sí misma y a él de la respuesta de su cuerpo.

—¿Me estás preguntando? —Libera la camiseta gris de la rama.

Ella se gira para seguir subiendo hasta la cima, sabiendo que no sirve de nada decirle que se marche.

—Claro.

—Bueno, en esencia, hice algo que es físicamente imposible. No estaba pensando. Para mí fue sencillo. Nada comparado con lo que hago aquí fuera solo. Y ahora todo el mundo me felicita y quiere más, y yo… Me siento como si hubiera mentido. Como si hubiera hecho trampas.

Su seriedad la pilla con la guardia baja, justo como lo hizo cuando estaban hablando en el bosquecillo del instituto ayer. Es como si no pudiera reconciliarse con el Eli que conocía de antes.

—¿Y no te gusta porque es la única cosa que disfrutas haciendo? —pregunta.

Él se ríe por la nariz.

—Una de las cosas que más disfruto —la corrige, con los ojos en llamas, mirándola con picardía y coqueteo.

Y ahí está esa confianza engreída que, de alguna forma, sabe cómo utilizar con la gente para hacerla sonrojarse. Algunos tal vez la llamen descaro o encanto, pero Opi siempre ha creído que es manipulación. Últimamente, se ha encontrado muy incómoda con eso. Es como si él fuera todo lo que ella no. O, para ser más precisos, todo lo que sus secretos y su hambre la obligan a reprimir.

—Entonces ¿qué piensas hacer? —le pregunta—. ¿Quieres seguir con el BMX después del instituto?

—Ese era el plan.

—¿Y hay un plan B?

Se queda callado y, cuando ella alza la vista hacia él, sacude la cabeza.

—La verdad es que no.

—Te debe de encantar de verdad —comenta ella, tragándose un nudo que se le ha formado en la garganta a la par que recuerda el plan que tenía para su futuro. Ella tampoco tiene plan B.

—Sí —contesta—. Es lo que he querido hacer desde… siempre.

—Entonces, deberías hacerlo —lo anima, con los ojos fijos en el suelo cubierto de nieve delante de ella—. Aunque tengas que contenerte delante del público y las cámaras. Aunque solo sea un pequeño porcentaje de lo que eres capaz. Seguro que verte hace feliz a la gente, y todavía podrás hacerlo a tu manera cuando quieras aquí, en casa.

Él no responde, pero ella puede sentir que la mira. Entonces, ralentiza el paso.

—¿Qué? —pregunta Opi, deteniéndose y girándose hacia él.

Eli está sonriendo con complicidad, pero no resulta ni la mitad de detestable que de costumbre. No refleja engreimiento, travesura ni arrogancia. Solo una dulzura sorprendente.

El corazón de Opi empieza a latir más rápido. De pronto, es muy consciente de que él tiene los mismos sentidos agudizados que ella. El chico es consciente de todas sus reacciones ante él.

—¿Tengo que decirlo? —le pregunta él, aún con más dulzura.

Eso hace que su frustración vuelva a estallar.

—Dios, Eli, ¿el qué?

Él suelta una carcajada.

—Literalmente, acabas de decir con exactitud lo que yo te diría sobre tu futuro, Ophelia.

La manera en la que pronuncia su nombre se le clava como una astilla: irritante, inofensiva, pero imposible de ignorar. Ella resopla y

niega con la cabeza.

—Yo… Yo… ¿Qué te hace pensar que sabes nada de mi futuro o de lo que me gusta?

—Bueno, ¿aparte del hecho de que he presenciado recuerdos de Dusty sobre ti y la forma en la que la has cuidado a ella y a tu padre durante años, por no mencionar a todo el mundo a tu alrededor? Ah, e ignoraré que tu cocina parece la sala de pociones de una bruja y que tu huerto era el lugar más bonito que he visto nunca. —Sacude la cabeza y sonríe casi con exasperación—. Está claro que vives para las plantas y cuidar a la gente con ellas. Y antes de que me expliques que ya no es lo mismo… Créeme, lo sé. No puedes comer la comida que cocinas y tus tés te saben fatal, pero ¿de verdad crees que no puedes hallar un modo?

Ya está sacudiendo la cabeza antes de que él termine.

—De eso se trata, no lo entiendes. El olor y el sabor van de la mano. Necesito probar la comida antes de dársela a la gente. Necesito ser capaz de oler las hierbas sin querer vomitar. Necesito no ser la razón por la que tengan que necesitarlas en primer lugar.

Eli suspira y la mira con empatía.

—Que nosotros necesitemos lo que necesitamos no va a cambiar, al menos, no que sepamos. No es nuestra culpa, y el hecho de que haya algo que puedas hacer para ayudar a los que nos dan sangre… ¿Cómo no va a ser eso algo bueno?

Ella abre la boca, lista para replicar de forma automática, pero la mirada de él la detiene. Es la que la hace sentirse como si él pudiera ver a través de ella. La deja paralizada en el sitio.

El sonido de pájaros revoloteando entre las ramas cubiertas de nieve se alarga durante varios segundos; su aliento cálido crea nubes a su alrededor hasta que unos pasos resuenan más abajo.

—¡Aquí estáis! —grita Dusty.

Dusty parpadea, preguntándose qué hay distinto en los colores de Opi y Eli. Es sutil, tanto que no puede identificarlo mientras asciende la montaña oscura a su encuentro. El sol se pondrá pronto; un recordatorio de que los días se están acortando y de que cada uno que transcurre es un paso más para que sus premoniciones se hagan realidad.

—¿Se han marchado? —pregunta Eli, refiriéndose a Mali y a Will.

Ella asiente.

—¿Qué estáis haciendo aquí arriba, chicos? —pregunta cuando los alcanza.

Ambos se quedan callados durante un latido demasiado largo y, entonces, Opi contesta:

—Necesitaba aire fresco. Tu perro guardián solo estaba haciendo su trabajo con diligencia.

Dusty observa cómo Eli cierra los ojos y sacude la cabeza como si le hiciera gracia y a la vez se sintiera completamente derrotado.

—¿Y tú? —se apresura a preguntar Opi.

Ella suspira.

—No creo que pueda limitarme a quedarme sentada y esperar que uno de nosotros tenga otra visión de JD para averiguar algo sobre dónde se encuentra o a qué está jugando.

—Así que vas a… —apunta Eli mientras se pasa las mangas de su camiseta gris por encima de un hombro y bajo el otro brazo, atándosela en el pecho.

—Voy a ir al último lugar en el que lo vimos. Tengo la esperanza de que… Tal vez pueda desatar un recuerdo o alguna conexión con él.

—Buena idea —responde Opi—. Os dejaré a los dos. —Entonces,

se gira como si fuera a bajar la montaña.

—Podría ayudar que vinieras tú también —explica Dusty, deteniéndola—. Estábamos los tres allí arriba con él esa noche, después de todo. La noche en la que la presencia te cambió.

Opi se gira de nuevo, vacilante. Luego, asiente despacio.

Cuando llegan a la cima, se encuentran a la luna flotando en un cielo morado claro. Las siluetas de Opi y Eli miran hacia allá, disfrutando de todo. Dusty examina el oeste. El sol ya se ha puesto tras las montañas, pero todavía hay suficiente luz para ver el mosaico de hojas de colores debajo: rojas, naranjas, amarillas y verdes pino intensos, todas cubiertas de nieve. El Black River atraviesa los valles profundos y su tono hace honor a su nombre en el crepúsculo.

En el suelo debajo de ellos, la piedra gris reluce bajo la luz de la luna, llena de parches de blanco resplandeciente.

—¿Ahora qué? —pregunta Eli.

Dusty observa a su alrededor en busca de algo que tocar, algo que pueda tener una conexión con JD.

Opi se ha dirigido hacia unos tallos finos y marrones de hierba alta que crecen en una ligera bajada del saliente. Dusty la examina mientras su hermana estira el brazo para tocar la hierba, pero de pronto se detiene, vacilando por un segundo antes de hundir los dedos en la tierra helada junto a la planta. Un momento más tarde, levanta una piedra, la limpia en su falda y la alza bajo la tenue luz de la luna.

Gris y erosionada, no parece tener nada de especial, pero Dusty recuerda al instante cómo arrastraron a Opi hacia el cielo, la fuerza con la que el orbe atraía hacia arriba las rocas y los escombros junto con ella.

Opi pasa un pulgar por la superficie rugosa de la piedra, y Dusty

solo ve destellos azules iridiscentes.

—Oooh, qué piedra más bonita —dice Eli, rascándose la parte trasera de la cabeza.

Dusty mira a su hermana, que está sumida en sus pensamientos.

—¿Op? —la llama.

—Ha sido lo más extraño del mundo —responde Opi en voz baja —. Los dedos… me han hormigueado. Como un susurro cerca de la piel, y yo… Ha sido como si supieran que la piedra estaba allí.

Dusty y Eli intercambian una mirada, y ella es capaz de sentir la sorpresa y la confusión de él. Ella nota lo mismo.

—Toma —dice Opi, tendiéndole la piedra a Dusty—. Tal vez te ayude.

—Guay —suelta Eli, mirando a una hermana y a otra—. Me siento parte de vuestro aquelarre.

Opi pone los ojos en blanco mientras Dusty agarra la piedra.

Planta los pies en la roca fría y dura bajo ella y cierra los ojos. El sonido del viento le roza los oídos. Se balancea un poco, encontrando su equilibrio.

Aguarda el recuerdo, pero, cuando no aparece, abre un ojo.

—Nada.

Eli se encoge de hombros, pero su hermana parece perdida en sus pensamientos.

—Tras recuperar la consciencia —dice Opi en voz alta—, después de que la presencia volviera a bajarme, recuerdo ver a JD. Se quedó mirando el cielo nocturno mucho más tiempo después de que el orbe hubiera desaparecido. Estaba… fascinado, como todos nosotros. Sin embargo, mientras vosotros dos parecíais humildes, la expresión de JD era de… motivación. Era como si de pronto tuviera un propósito. Como si la verdad hubiera justificado de algún modo todo lo que había hecho.

Dusty asiente, recordando pensar lo mismo. La piedra en su mano comienza a calentarse con su agarre, al tiempo que las palabras de Opi desencadenan un recuerdo real de JD, uno suyo de una mañana a principios de verano en la que su hermana y ella lo llevaron en coche a clase. A JD se le había ido la luz. Había temido que su padre le echara la culpa. Tenía los ojos tristes. Perdidos. Ella se da cuenta ahora de que era la mañana después de que ella cambiara, la mañana después de que él cambiara, pero ninguno de ellos lo sabía. Siente una oleada repentina de compasión, de camaradería, por JD. Le provoca un escalofrío en la coronilla. Cierra los ojos de nuevo, y, en vez de oscuridad, ve un ligero brillo de un hilo flotando en un abismo.

En su mente, intenta sujetarlo, aunque el hilo se aleja flotando.

—Seguid —dice—. Seguid hablando de JD.

—Nunca olvidaré el miedo que parecía tener —empieza a decir Eli—. Cuando usé mi habilidad con él aquella vez. Fue como si su delirio de poder se volviera en su contra y se convirtiera en un simple chico indefenso. No el cabrón engreído en el que se había transformado. Casi sentí lástima por él.

El eco de la compasión de Dusty hace que el hilo vuelva a aparecer. Respira y se vuelve a concentrar. «JD», grita en su mente, sintiendo esa compasión muy dentro de su corazón. Recuerda la vez que lo conoció en la parada del autobús. Era el primer día que volvía al instituto después de que su madre se marchara. La forma en la que él trató de animarla y hacerla reír. Jamás la había hecho sentirse rara por el hecho de que, obviamente, hubiera estado llorando.

Tras un momento, el hilo se va acercando y su mente se estira para alcanzarlo. Tira con firmeza y, en ese instante, agarra la piedra en la mano con tanta fuerza que se la clava en la piel, royendo los huesos y los cartílagos.

El hilo se enrolla en su mente, girando, recorriéndole la coronilla, hasta que Dusty ya no está dentro de su piel.



Los árboles crujen contra el viento gélido. Él observa a la chica desde las sombras mientras ella se echa hacia abajo la capucha de su plumífero y se inclina sobre la barandilla del puentecito. La luz de la luna rebota contra la superficie oscura del estanque, enfocando su rostro sombrío. Solloza mientras las lágrimas comienzan a humedecerle las mejillas y luego caen en el agua de abajo.

Él observa las ondas que surgen alrededor de cada gota.

Está decidido.

Sale de los árboles y empieza a moverse en silencio hacia ella, pero se detiene de golpe, de pronto muy consciente de algo.

Esboza una sonrisa.

—Hola, Dusty —susurra.

La chica se gira y él puede oír cómo comienza a latirle el corazón, rápido y fuerte. El olor de su miedo le llega mientras ella entrecierra los ojos.

—¿Jake? —suelta.

—Hola —responde él, acercándose más hacia ella. Con ligereza. Despacio.

La muchacha suspira de alivio, pero no se le ralentizan los latidos. «Chica lista», piensa él.

Antes de que pueda decir más, se mueve, ya no preocupado de esconder lo que es. Ella aún respira con un poco de dificultad cuando se detiene a su lado.

—No pasa nada —le susurra.

Ella se encoge de miedo.

—¿Cómo has…?

—No pasa nada —repite—. Tengo algo para ti.

—¿Qué…? ¿Cómo sabías que estaba aquí? —Su voz era temblorosa. Sin aire.

—Pronto terminará —suelta él—. Ya no tienes que preocuparte. Te tengo.

Ella ladea la cabeza un poco, revelando la piel entre su pelo y su jersey. Él no quiere darle tiempo para que se asuste.

Se lanza y le clava hondo los dientes en el cuello; el aroma del pelo de ella lo envuelve mientras bebe su sangre.



Dusty abre los ojos de golpe y aspira. Puede oír los corazones de Eli y Opi latiendo junto con el suyo.

—¿Qué has visto? —pregunta Opi.

—A JD —dice Dusty—. Ahora mismo.

Le transmite a Eli la visión a través del vínculo, y sus colores de pronto comienzan a fluir hacia Opi, como si la realidad de lo que significa lo estuviera golpeando igual de fuerte.

—Está pasando —le explica a su hermana—. Ha empezado. Estaba convirtiendo a alguien.

Opi abre los ojos como platos.

—Pero ¿ahora mismo?

Dusty asiente; la mente le va a mil por hora.

—Hay algo más —añade, recordando—. Sabía que yo estaba con él.

9

Soy mía

Dusty se mira en el espejo del baño. Debería tener los ojos rojos por haber estado mirando la pantalla la mayor parte del día de ayer y anoche, pero el blanco de sus ojos es puro y brillante. Le hace preguntarse qué aspecto tendrá JD.

Aún puede sentir su abrumadora fuerza. Seguro que se ha alimentado por lo menos unas cuantas veces para que lo note tan distinto. Se pregunta cómo de cuidadoso o imprudente es. Si es tan arrogante que ni siquiera se le pasa por la cabeza que lo atrapen, sin importarle que, si lo hicieran, conduciría a las autoridades a la White Mountain.

No solamente está propagando lo que realmente son como si fuera una enfermedad. No solo va detrás de su hermana por algún motivo desconocido. También se está arriesgando a exponerlos a todos.

Abre el grifo y luego se echa agua fría en la cara, pero eso no impide que siga pensando en él. Se ha preguntado a menudo si su comportamiento desde el principio se debe en parte a que nunca se ha contenido como ella lo ha hecho. Fue el primero en alimentarse, mató a su padre durante los días que estaba cambiando y, tras aquello, continuó alimentándose cuando quería. Jamás se ha resistido. «Igual es que él es así —piensa—. Igual es que ha nacido

así y lo educaron para convertirse en esto».

Entonces, recuerda el poder que brotó de él cuando mordió a aquella chica. No se trataba solo de la sangre, sino también de que sabía lo que le ocurriría después. Sabía que se volvería suya.

Suenan unos pasos en el rellano, seguidos de un golpe en la puerta.

—Pasa —dice.

Opi entra en el baño, dubitativa.

—¿Qué tal anoche? —pregunta—. ¿Alguna pista?

Dusty suspira y se gira de nuevo de cara a su reflejo mientras Opi entra, se pone a su lado y coge un cepillo para desenredarse el largo cabello.

Ella niega con la cabeza.

—Hay un montón de gente desaparecida, pero nadie ha mencionado nada sobre un cadáver al que le hayan drenado la sangre.

Tras la visión, Eli y ella han coincidido en que los árboles, la hora del día y la nieve que ella había visto en la visión de JD no eran muy diferentes de donde se encuentran ahora, en el norte del estado de Nueva York. JD debe de estar por aquí cerca o hacia el norte. Dusty se ha tirado la noche repasando lo que parecía cada noticia de la última semana en el norte del estado de Nueva York, Vermont y los alrededores de Montreal y Ottawa en busca de algo que pudiera conducir a su ubicación. Ha puesto especial atención a las de excursionistas. Como a los que Amber y él cazaron antes de marcharse.

—A lo mejor no los está matando —comenta Opi, pasándose el cepillo por el pelo—. Tal vez se alimenta de ellos y luego se va.

Dusty no menciona que es más probable que haya noticias al respecto en el caso de ser así. Tampoco le cuenta que, después de

rendirse en la búsqueda de JD, se ha tirado dos horas rastreando pistas inverosímiles que conducen a su madre. Pero, como siempre, no eran más que callejones sin salida.

Contempla a su hermana en el espejo por un instante. La piel de Opi es un tono más oscuro que la de Dusty, sin apenas pecas. Tiene el pelo más claro, el cuerpo más esbelto, las extremidades más alargadas y los ojos más grandes. Sin embargo, también comparten un montón de similitudes. Los mismos pómulos marcados, las pestañas oscuras y la cara con forma de corazón, rasgos de su madre. Como de costumbre, el parecido le provoca a Dusty un sentimiento agridulce de consuelo. También le hace darse cuenta de que, aunque antes solía ver a su hermana primero como a una amiga y luego como a una hermana pequeña, Opi lleva razón al afirmar que, desde que cambió, es posible que Dusty haya adoptado el papel de hermana mayor protectora con demasiada firmeza.

El incidente con su padre no ha sido de ayuda. Como tampoco lo es el que los colores de Opi no se asienten nunca, ni siquiera después de alimentarse de Mali.

Sabe que tiene que concederle más tiempo. Solo han pasado unos pocos meses, y, mientras Dusty y Eli averiguaron lo que son en un viaje de autodescubrimiento lento y evocador, en el caso de Opi todo ha cambiado de la noche a la mañana. Para ella, ha sido como si un tren colisionara a toda velocidad, por lo que no es de extrañar que esté tan confundida y se sienta tan frustrada, ni que Dusty tenga esa necesidad tan fuerte de proteger a su hermana de sí misma.

Al menos, eso es lo que se dice.

—Escuché lo que me dijiste en Halloween —suelta—. Sé que nuestra dinámica ha cambiado. Y sé que poder alimentarme de la persona que más quiero, mientras que tú no, es injusto. Lo siento,

Op, mucho. Pero espero que comprendas por qué esa opción no es viable para ti ahora mismo.

Opi abre la boca para hablar; no obstante, Dusty la detiene.

—Sobre todo, ahora que han encontrado a Kristen. No podemos arriesgarnos. Ni siquiera conoces a Ben. Sé que piensas que lo de la otra noche no fue para tanto, pero si Eli no hubiera estado allí… Si él no te hubiera parado…

—Solo lo probé —replica Opi en voz baja; sus colores se dispersan como si se estuvieran desmoronando a su alrededor.

—No pudiste evitarlo —dice Dusty por ella—. Lo pillo. Hazme caso. Cuesta mucho contenerse cuando lo tienes justo delante de ti. Incluso aunque sea algo tan inofensivo como una gota de tu dedo. Así que espero que, por ahora, alimentarte de Mali sea suficiente. Ella te mantiene con vida, Op.

Opi suspira y sus colores vuelven a cambiar, apagándose conforme asiente.

—Lo sé.

Dusty exhala un suspiro y luego hace lo posible por que su pelo parezca presentable para el día que tienen por delante.

—Ahora —dice—, aunque sea un rollo, tenemos que lavarnos los dientes para irnos al instituto.

Las dos sonríen mientras miran el tubo de pasta de dientes de fuerte sabor a menta como si en realidad fuera el peor de sus problemas.



Cuando Eli entra en la cafetería, medio espera que todo el mundo esté hablando de que han encontrado el cadáver de Kristen. No obstante, nadie lo está haciendo y su altar continúa intacto, lleno de

mensajes y ofrendas de esperanza. Le da un vuelco el estómago, pues sabe que solo es cuestión de tiempo.

En cuanto pone un pie en la concurrida sala, se dispone a darse la vuelta y esconderse en el auditorio. Pero Dusty se vuelve y lo saluda para que se acerque a su mesa con Mali y Will, y sabe que después del fin de semana tienen mucho de lo que hablar.

Cuando pasa al lado de ellos, observa a sus antiguos amigos, que se dan cuenta de la dirección en la que va. Matt se lleva las manos al pecho haciéndose el ofendido, mientras que Jesse desvía la mirada y se gira para hablar con alguien al otro lado de la mesa.

El muchacho se sienta junto a Mali, que está llevándose un buen bocado de macarrones con queso a la boca. Dusty le manda un saludo reconfortante a través del vínculo y Will asiente con despreocupación.

Eli pasea los ojos por el resto de la sala. Ophelia está en su mesa junto a Theo mirándose las manos. Ella desvía la vista hacia la derecha, y cuando Eli ve hacia dónde está observando, divisa al *quarterback* en una mesa cercana.

—Tío, ese vídeo tuyo todavía lo está petando en mi *feed* —comenta Mali con la boca medio llena.

—Igual si dejaras de verlo, el algoritmo haría oídos sordos. —No pretendía ser mordaz, pero hasta Eli puede oír el tono con el que lo ha dicho.

—Vale —replica Mali con las cejas alzadas—. Es evidente que a alguien no le gusta ser el centro de atención tanto como antes.

—Perdona —se disculpa, y se frota la cara con las manos. Percibe a Dusty interrogándolo por el vínculo, preguntándole qué ocurre, pero la aleja—. Bueno, ¿qué pasa? —suelta, levantando la vista.

—Amber —contesta Dusty, aún examinándolo.

Mali asiente.

—Hablábamos de que igual si descubrimos más sobre lo que significa ser… ¿un transformado? ¿En serio así es como lo vamos a llamar? —Todos se encogen de hombros o asienten—. Vale —continúa—. Tal vez valga la pena preguntarle a Amber al respecto. Ella es distinta a vosotros, ¿no? Ninguno ha tenido visiones a través de sus ojos como las habéis tenido con los demás y JD. No está conectada con vosotros del mismo modo. Solo con él.

Dusty asiente.

—Solo vi a través de sus ojos una vez y fue un recuerdo. Puedo ver los recuerdos de los demás si los toco a ellos o a algo ligado a ellos.

—Cierto —concuerda Mali.

—Pues… —añade Dusty— creo que quizá Eli o Mali son los más idóneos para hablar con ella.

Él echa la silla hacia atrás y se pone de pie, aliviado de tener una excusa para irse.

—Eso está hecho. —Está a punto de marcharse, pero se detiene, pensando en los momentos que ha pasado con Amber los últimos meses. En su mayoría, sus interacciones se han reducido solo a asuntos relacionados con alimentarse—. Deberíamos ir los dos —añade en dirección a Mali—. Además, tú eres la que se ha estado encargando del lado más… emocional.

Ella suspira, pero asiente.

Eli aguarda de pie a su lado.

Mali traga otro bocado de macarrones con queso.

—Ah, ¿ahora?

Eli desvía la mirada hacia Ophelia. Está hablando con Theo sin darse cuenta, por lo visto, de que ahora es el *quarterback* el que la está mirando.

El chico asiente otra vez y luego se gira para irse.

—Os contaré cómo va —oye que Mali les dice a Dusty y a Will cuando se levanta para seguirlo.

Justo antes de que Eli llegue a la salida, escucha que Mali se para a hablar con alguien más.

—Hola —dice en voz baja y cálida.

Él se gira a tiempo de verla sonreír a un grupo que está sentado en una mesa observándola con los ojos muy abiertos. A su alrededor, hay instrumentos de todas las formas y tamaños. Mali tiene la vista clavada sobre una chica en concreto. Esta mira hacia atrás para comprobar si Mali no está hablando con otra persona.

Eli cae en que esa debe de ser la chica del violonchelo que buscaba a JD. Kat, cree.

Mali sigue caminando y Eli ve cómo Kat y sus amigos intercambian miradas de confusión y emoción hasta que la muchacha atraviesa las puertas batientes junto a él.

El chico sonríe.

—¿Qué? —pregunta Mali, mirándolo mientras se encaminan hacia la biblioteca.

—Supongo que esa era Kat, ¿no?

—Sí —responde Mali con demasiada indiferencia.

Él olisquea el aire en su dirección.

—Creo que alguien podría tener un flechazo…

Mali lo corta, riéndose.

—Si ni siquiera sabe quién soy.

—¡Ja! —Él suelta una carcajada, sonriendo ahora de manera cómplice—. Me refería a ti. Tienes un flechazo.

—¿Yo? —pregunta con incredulidad—. Si solo le he dicho «hola».

—Ya, ya, claro —responde—. Quizá alguien más se lo trague, pero sabes que, al ser superhumano y eso…, sé cosas. Literalmente,

lo huelo en ti.

Ella pone los ojos en blanco y hace un gesto con la mano para quitarle importancia, pero en su mirada hay un brillo cuando dice:

—Sabía que lo que erais se te iba a subir a la cabeza de un modo u otro.

El chico todavía sonríe al entrar en la biblioteca. Eli no se molesta en oler a Amber; ya sabe dónde la encontrará.

Se aproxima del tirón a la última fila de estanterías. La chica está sentada con las piernas cruzadas en el suelo, inclinada sobre el portátil con unos auriculares con cancelación de ruido puestos.

Eli se agacha delante de ella como si se acercase a un gato asustadizo. Amber alza la mirada para encontrarse con la suya y con la de Mali después, y se quita de mala gana los cascos.

—Dusty ha tenido una visión de JD —dice Eli.

—Directos al grano, supongo —murmura Mali.

Amber se sienta un poco más erguida.

—Ah, ¿sí?

Mali, con más tacto, pregunta:

—No tienes ni idea de dónde podría estar, ¿no?

Amber sacude la cabeza.

—No he sabido nada de él. Y yo aún no he tenido una… visión, como Dusty y tú —le explica a Eli. En cierta manera, huele su tristeza—. Pero puedo sentirlo —añade.

Se queda callada un momento.

—¿Sentirlo? —pregunta Mali.

Amber mira hacia algún lugar entre las filas de libros de forma ausente, distraída. Perdida.

—¿Cómo es? —pregunta Eli, tratando de no sonar impaciente.

Amber se estremece sin esconder el efecto que JD sigue teniendo sobre ella.

—Como una voz silenciosa que siempre me llama. Durante el fin de semana, la sentí… más fuerte. —Hace una pausa antes de preguntar—: ¿Qué ha visto Dusty?

Eli vuelve a mirar a Mali, preguntando si debería contárselo. La chica se encoge de hombros, así que él lo interpreta como un sí.

—Ha transformado a alguien. Justo como lo hizo contigo.

Amber permanece callada, procesándolo.

—Dusty también ha tenido una premonición —explica Mali—. De Opi en el futuro. Estaba en peligro y asustada, y creemos que podría tener que ver con que JD esté creando a más como tú.

Eli se pregunta si Mali se está guardando el detalle de que son seis porque le preocupa que Amber no pueda manejarlo.

Esta asiente despacio con los ojos vidriosos.

Mali pregunta con suavidad:

—Queríamos saber si podrías contarnos cómo fue para ti. Cómo es ser una…

—Transformada —termina Eli.

Amber se ríe por la nariz.

—¿Eso es lo que soy?

Mali ignora la pregunta.

—Tenemos que comprender lo que significa. Cuáles son las implicaciones.

Amber suspira.

—¿Creéis que lo sé? No tengo ni idea de por qué esa cosa que os ha cambiado le habría dado a él el poder de hacer eso.

—La presencia —aclara Mali.

Amber resopla y Eli se da cuenta de que ponerle un nombre no desmitifica lo que la presencia es en realidad.

—No creo que sea así —responde él, sacudiendo la cabeza—. Al menos, no creo que la presencia nos haya dado nada. Después de

haber cambiado, nuestras distintas habilidades se han desarrollado a partir de rasgos que ya teníamos. Yo siempre he sido persuasivo, así que ahora lo soy de forma excesiva. Dusty siempre ha sido sensible a las emociones, empática, por lo que ahora puede ver las emociones de la gente y sus pasados y sus futuros. Kristen era muy centrada y disciplinada, por lo que ahora tiene… ¿Cuál era la palabra? —pregunta, volviéndose hacia Mali.

—Telequinesis —responde ella bajito.

Por la mirada de su cara, Eli se pregunta si Mali está pensando en el momento en el que Kristen la protegió al arrojar a JD una roca con nada más que su mente o cómo este le rompió el cuello a Kristen justo después. Se pasa la mano por la cabeza, intentando no distraerse.

—Y JD estaba necesitado —agrega Mali con frialdad—. Estaba solo, desesperado por complacer, y, por lo que se ve, esa necesidad se desarrolló en una habilidad para crear a sus propios… amigos. Familia. Novias. Lo que sea. Lo hizo contigo, y ahora lo ha repetido con otra chica.

Amber se queda mirando. En el silencio que sigue, el ruido blanco de las luces de arriba parece intensificarse.

Mali exhala.

—Lo siento, pero es lo que es.

—Pues yo no tengo ninguna habilidad especial, si eso es lo que me estáis preguntando —responde Amber.

—Ophelia tampoco —replica Eli a modo de consolación.

—Pero la tendrá —repone Amber—. No es como yo.

—Entonces ¿cómo es? —insiste Eli, que quiere algo, lo que sea, que ayude a llenar los huecos de lo que está pasando.

—¿Ahora que ya no está o mientras estábamos juntos?

Eli se encoge de hombros.

—Supongo que las dos cosas.

Amber suelta un suspiro largo mientras piensa.

—Cuando aún se encontraba aquí, no era como si pudiera controlarme. No del todo. Era más bien como si yo… Como si yo sintiera lo que él quería, y yo lo quisiera también. Como si mis sentimientos fueran los suyos. Seguía teniendo voluntad propia. Es decir, no tenía que hacer nada. Era más bien que quería hacerlo porque él quería. Estaba en sintonía con él. Casi como… como si hubiera absorbido una parte enorme de mí. No es lo mismo que lo de Dusty y tú —añade Amber, tal vez al darse cuenta de la manera en la que Eli frunce el ceño—. Lo que vosotros tenéis funciona en los dos sentidos. Yo no creo que JD estuviera al tanto de mis sentimientos. Pero no me importaba, porque… —Cierra los ojos mientras piensa.

—Porque ¿qué? —pregunta Eli con un tono cada vez más lleno de frustración.

—No importa —contesta ella, dejando caer los hombros—. Lo seguí a ciegas, y hasta que Dusty no me dijo que había matado a su padre… Fue como si el hecho de que me hubiera escondido eso me abriera los ojos lo suficiente para verme a mí misma de nuevo. Para ver que no tenía por qué hacer todo lo que decía, incluso aunque sintiera que quería hacerlo.

—¿Y ahora que se ha ido? —pregunta Mali.

—Me siento vacía —responde ella con total naturalidad—. Como si me faltara una parte de mí que no necesariamente quiero recuperar.

—¿Por qué crees que podría volver? —cuestiona Eli.

Sin ningún ápice de duda, Amber contesta:

—Por su madre. —Niega con la cabeza—. Ella no estaba bien. Y no me refiero solo a que no se quiere ir de la casa. No… No paraba

de preguntarle a JD si seguía viendo «la sombra».

Eli mira a Mali cuando la chica pregunta:

—¿A qué te refieres con la sombra?

—No lo sé. Parecía creer que JD había visto algo antes de cambiar. Cuando él le respondió que no, se mostró tan aliviada que parecía que le habían aligerado la carga que sentía por aquello en lo que él se había convertido, por lo que me estaba haciendo a mí, por lo que le estaba haciendo a ella. Y, en retrospectiva…, incluso por lo que le había hecho a su padre. Fuera lo que fuera la sombra, tenía pinta de ser lo más importante para ella.

—¿Y tú nunca la viste? ¿La sombra esa? —pregunta Eli.

—No. No sé de qué hablaba ella, y JD tampoco parecía tenerlo muy claro. En mi opinión, su salud mental llevaba mal un tiempo, y creo que JD pensaba que su madre solo estaba paranoica o algo así. Como si siempre dijera cosas raras. Como si no fuera nada.



El timbre del final del día suena y los estudiantes salen en tropel de clase hacia el aparcamiento para volver a sus casas. Eli va por un pasillo vacío cuando detecta el olor de Ophelia, que lo conecta al tenue sonido de su voz. Por acto reflejo, comienza a seguirlo.

Conforme se acerca, su tono le impacta. Es diferente al habitual. Más suave, más dulce, más bajo, con un deje de…

Disminuye el paso cuando oye una voz grave responderle. El *quarterback*.

Eli se aproxima en silencio lo máximo posible al final del pasillo y, acto seguido, se asoma despacio por la esquina.

Ophelia está delante de su taquilla abierta, sosteniendo contra el pecho un montón de libros entre los brazos. Lleva la mochila encima,

y la tela del vestido —verde, cubierta de florecillas en tonos dorado y crema— se mece con sutileza mientras habla. No se había fijado cuando la había visto antes, pero tiene botones desde el cuello hasta el dobladillo, que cae justo por encima de sus rodillas desnudas. No sabe por qué los botones le parecen una distracción; sin embargo, por algún motivo, le ha entrado un sudor frío.

La chica lleva las caderas hacia un lado para apoyarse la pesada carga de libros que sujeta, y se ríe de algo que ha dicho el *quarterback*.

Es entonces cuando Eli recuerda que puede escucharlos.

—Te puedo pasar mis apuntes si quieres —le ofrece el *quarterback*—. Para el año que viene, digo. Por si quieres ir adelantada o algo así.

—¿Por qué piensas que necesito tus apuntes? —pregunta ella—. Resulta que Biología es lo que mejor se me da.

Eli detecta la sonrisa de su voz, y eso hace que le brote una nueva capa de sudor por los poros.

—No lo dudo —responde el *quarterback*, cambiando el peso de un pie al otro para acercarse más a ella—, pero resulta que también es lo que mejor se me da a mí y que soy el rey de los apuntes. La gente pagaría un pastón para conseguir mis apuntes al principio del último año.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ophelia.

Se produce una pausa mientras se quedan mirándose con los labios esbozando sendas sonrisas. Una parte lejana de la mente de Eli sabe que esta interacción puede considerarse dulce o encantadora, pero la parte más fuerte y más dominante de su cerebro le grita: «El *quarterback* da un mal rollo que flipas, ¿cómo es que no lo ve?».

De repente, Ophelia rompe el contacto visual y mira hacia abajo

cuando un mechón dorado castaño le cae por la cara. Al chico se le contrae la mano, como si quisiera alargarla y ponerle el cabello detrás de la oreja. Para alivio de Eli, no lo hace, porque Ophelia cierra la taquilla.

—Tengo que irme —suelta de forma abrupta. Le dedica al *quarterback* una ligera sonrisa. Eli intenta ignorar el modo en el que el corazón le da un vuelco al verla—. Gracias por la oferta —añade, y luego se marcha con la atención del muchacho sobre ella hasta que la pierde de vista.

Es obvio que le produce un efecto similar a Eli, porque todavía está ahí plantado como un imbécil cuando la chica dobla la esquina y pasa junto a él.

—¿Listo para informar a mi hermana? —pregunta sin mirarlo siquiera.

Eli se frota la cara con una mano antes de decidirse a ir trotando tras ella.



En cuanto dejan a Eli en su casa, Dusty nota la tranquilidad de su hermana. Apenas se había movido en todo el camino de vuelta, y sus colores se agitaban en dirección opuesta a Eli, que iba detrás.

—¿De veras es tan malo?

—¿Quién? —pregunta, mirando distraída por la ventanilla.

—Eli.

Los colores de Opi se sacuden una vez más de una forma que Dusty, normalmente, interpretaría como hambre. Sed. Pero tanto Opi como Eli son sangredependientes, así que no puede tratarse de eso.

Es consciente de que ser supersensible a los sentimientos de la gente puede conllevar interpretaciones erróneas. Ella solo vislumbra

la esencia del sentimiento, no la miríada de cosas que ha llevado a su creación. También sabe que algunas veces ve cosas de los demás de las que aún no son conscientes ellos mismos.

Aun así, los colores de Eli habían estado actuando de manera extraña también. Como si estuviera obligándose a mantenerse alejado de Opi, en un patrón muy parecido al de cuando tiene miedo.

—Siempre dices «de momento» —replica Opi, que, por lo que se ve, ignora la pregunta—. ¿Crees que habrá un después cuando todo esto acabe? ¿Que no seremos un secreto para siempre?

Dusty dirige el coche hacia el camino de entrada.

—Hasta en nuestra casa —añade Opi—, a menos que se lo contemos a papá, siempre estaremos viviendo una mentira.

Dusty apaga el motor.

—¿Qué me estás preguntando?

—Supongo que quiero saber si alguna vez voy a poder acercarme de verdad a alguien. Si en serio tengo que ignorar mis sentimientos como tú hiciste con Will. Porque, en caso de que se te haya olvidado, eso casi te mata.

—Op, yo no me alimentaba entonces. Al menos, no de una persona. Eso fue lo que casi me mató.

La hermana menor se calla sin hacer ningún movimiento para salir del coche mientras contempla el bosque cubierto de nieve.

—¿Esto es por Ben? ¿Crees que así es como te sientes con él? —cuestiona—. ¿Que es lo mismo que yo sentía con Will?

Opi arruga el entrecejo, mordiéndose el labio inferior.

—No. Todavía no. Pero ¿cómo lo voy a saber si no puedo siquiera llegar a conocer a nadie? Ahora mismo, siento como si… Me gusta la forma en la que Ben me hace sentir, y me gustaría conocerlo sin esta sensación… Sin temerme a mí misma.

—¿Tienes miedo por lo que ocurrió con papá?

Opi traga saliva y después asiente; no obstante, por sus colores, parece que hay algo más. Algo que a Dusty se le está escapando.

—Incluso aunque no dudara de mí misma, es como si tú y Eli me vigilarais todo el tiempo, como si esperarais que la fastidiara, y yo…

—Te prometo que no es así.

Opi sigue sin mirarla.

—Oye —insiste Dusty, intentando atraer la vista de su hermana —, no es así. Te vigilamos porque yo tengo miedo. De la premonición, de lo desconocido y del peligro muy real que parece acechar nuestras vidas ahora. ¿Sabes que Eli y Mali han hablado hoy con Amber?

Por fin, Opi se vuelve y busca a Dusty con curiosidad.

—Les ha hablado de JD… De cómo fue para ella ser su transformada, de cómo se sentía cuando él estaba aquí. También ha dicho algo que su madre no para de mencionar. Algo relacionado con una sombra.

Opi inclina la cabeza de modo interrogante.

—Yo… —Dusty duda, no muy convencida de que lo que le ronda por la cabeza desde que Eli le ha enseñado lo que ha dicho Amber valga la pena contarlo.

—¿Qué? —pregunta Opi.

—Seguro que no es nada…

—Genial. Entonces, no pasará nada por que me lo cuentes.

Dusty sonríe.

—Vale, bien. Cuando Amber mencionó la sombra, lo primero que se me vino a la cabeza fue la noche que estabas acostada y había… una figura allí.

Al instante, los colores de Opi se oscurecen, revoloteando como si estuvieran en sintonía con los latidos de su corazón.

A Dusty jamás se le olvidará lo mucho que se asustó cuando Opi le contó por primera vez que se había despertado y había visto a alguien cerniéndose sobre ella en la oscuridad.

—Mencionaste que te arrastró de la cama hacia sí, ¿no? —dice Dusty; el asco le rezuma por los poros ante la idea.

—Sí. Luego se escuchó algo en tu habitación. —Observa a Dusty —. Creo que en realidad era Eli colándose en tu cuarto. De todas formas, cuando volví a mirar la figura se había ido.

—Cierto, pero también dijiste que cuando la figura tiró de ti, no sentiste manos tocarte. No sentiste nada de nada. Como si estuviera, pero a la vez no, ¿verdad?

Opi asiente de nuevo.

—Como una sombra.

La manera en la que se le oscurecen los colores hasta casi tornarse negros hace que a Dusty se le erice la nuca.

—Podría no tener nada que ver con esto o no ser nada —comenta con la garganta de pronto seca—. Pero, no sé… No logro quitármelo de la cabeza. Siempre me ha molestado no saber quién o qué era.

—¿No habíamos asumido que se trataba de la presencia?

—Tal vez lo era. Fue justo antes de que viniera el orbe y te cambiara. Por lo que ha dicho Amber, parece que JD podría haberla visto también antes de cambiar, pero no después. Aunque también ha mencionado que su madre suele decir cosas raras, así que quién sabe.

Opi tiene los ojos abiertos de par en par y con una expresión de recelo cuando asiente.

—Lo que quiero decir es que no te enfades por que Eli te vigile. Solo intentamos ir por delante, mantenerte a salvo. He visto lo que va a ocurrir y, de algún modo, tú estás en el centro.

10

Hambre, caza, presa

Opi escudriña la oscura montaña, recordándose una y otra vez que solo le quedan tres días. Tres días hasta volver a alimentarse.

Es en lo único que ha sido capaz de pensar antes en su habitación: en Mali teniendo lástima por ella y ofreciéndole lo que necesita para sobrevivir. No es que entusiasme a Opi, que digamos, pero aun así se le hace la boca agua; su necesidad es como la de un animal salvaje.

Su padre tenía las chimeneas encendidas en la parte de abajo. El calor y el olor a humo de leña se elevan a través de las tablas del suelo, y se le hace tan insoportable que al final sale por la ventana para refrescarse. No le importaba estar en su camisón de verano sin mangas y de algodón fino blanco estampado con florecitas azules. Cualquier otra cosa sería sofocante, y a pesar de que solo son las nueve de la noche, la montaña ya se encuentra en silencio.

La nieve se derrite contra la tela fina mientras ella camina junto a los árboles, con su cuerpo envuelto en una niebla que se arrastra a su paso. No obstante, siente que se halla en un delirio febril. Los árboles parecen inclinarse sobre ella mientras anda por debajo de ellos, y los arbustos y los helechos cubiertos de escarcha tiemblan a su paso. La única cosa que la mantiene cuerda es el aire frío que le recorre la piel desnuda, calmándola, anclándola a la tierra.

Como pescetariana, Opi siempre había odiado cazar, aunque en su familia era inevitable. Sin embargo, ahora, caminando en silencio por el bosque, su mente conjura la idea de un extraño que se aparece ante ella. Sin hablar. Sin nombre. Una respuesta a sus plegarias. Le hace apreciar la simpleza impredecible de cazar. La necesidad, la acción, la solución. Hambre, caza, presa.

Porque eso es lo que es ella. Hambre. Es tan embriagador como el olor a tierra mojada, raíces húmedas y el humo de leña que la rodea.

Ha estado muy a punto de admitirlo delante de Dusty esta tarde: el alcance de su necesidad, el hecho de que jamás se calma. No obstante, la vergüenza aún la invade como un velo protector. No quiere admitir que, en realidad, es inferior a su hermana. No ha desarrollado ninguna habilidad especial. No ha conseguido nada, solo ha perdido su identidad. Y, por encima de todo, ni el tiempo ni la frecuencia apaciguan su sed de sangre. Permanece insaciable.

Cuando pasa por la parte trasera de las propiedades, puede oír a la gente de la White Mountain en sus casas, cocinando, limpiando, viendo la tele. Un coche sube traqueteando por la carretera haciendo ruido, mucho ruido, y sus luces parpadean entre los árboles antes de que se dirija al camino de entrada que hay un poco más abajo. Al de JD.

Curiosa, Opi ataja por la carretera con cuidado de que no la vean. Sabe que llevar un camisón al aire libre en invierno no es muy normal, pero, según su experiencia al ver por primera vez a Dusty cambiada, era la falta de zapatos lo que parecía más perturbador. Poco natural.

Se mantiene justo en la linde de los árboles hasta que se encuentra enfrente de la enorme verja de la casa de JD. Aparcado en el camino de entrada, hay un enorme deportivo de color bronce

y, junto a él, de pie ante el portero automático, se encuentra Kat. Lleva un plumífero grueso y rojo que parece antiguo, una camiseta de manga corta, una falda negra con medias y calcetines del mismo color y unas merceditas de charol de suela gruesa. Cubriendo su cabello rubio, tiene un gorro negro, y la cara se le envuelve en vaho mientras espera, temblando. Pasa medio minuto y, a continuación, alarga el brazo y vuelve a presionar el timbre.

Opi oye el sonido del timbre dentro de la casa. Se esfuerza por intentar captar a la madre de JD, pero la casa se encuentra demasiado lejos para oír cualquier movimiento sutil. No va a contestar de todas formas. Jamás deja que entre nadie.

Kat suspira mientras se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta; acto seguido, empieza a andar por el borde de la valla, mirando la casa que hay tras ella. Opi la sigue desde el otro lado de la carretera, curiosa. Cuando se ve un atisbo de luz en la vivienda a través de los árboles, Kat se detiene y se pone de puntillas. No puede medir más de uno sesenta, y debe de ser incapaz de ver mucho, porque salta y estira el cuello mientras se agarra a la valla para mantener el equilibrio.

Fragmentos de hielo resbalan y se hacen añicos, y, de pronto, se cae. Se golpea la cabeza contra el duro metal antes de desplomarse en el suelo.

Opi contiene el aliento y corre a ayudarla. Kat gime y tiene la cara retorcida de dolor cuando la muchacha llega a ella.

El olor a hierro líquido cálido y dulce inunda la nariz de Opi cuando se pone de rodillas a su lado. Con los dientes y el estómago doliéndole, aprieta la mandíbula, tratando de centrarse. No puede atisbar nada de sangre aún, pero no hay duda de que la hay, y mucha.

Traga saliva.

—No pasa nada —dice, tanto para ella como para Kat—. No pasa nada.

Al ir a agarrar el gorro negro de Kat, le tiemblan los dedos cuando se lo quita.

La sangre empapa el cabello color miel de Kat, fluyendo desde una herida justo encima de la sien. El labio superior se le levanta cuando siente el sonido del pulso de Kat a lo largo de todo su cuerpo. Se le escapa un gemido bajo desde el fondo de la garganta, y, a continuación, se inclina más, enterrando las rodillas desnudas en la grava gélida, mientras el aroma de la sangre llena el aire que las rodea.



Eli escala hasta el alféizar de la ventana de su habitación y salta, respondiendo a la oleada de preocupación que se ha deslizado por su vínculo con Dusty hace unos momentos. No hay techo del porche en el que aterrizar, nada entre él y el suelo dos plantas más abajo.

Cuando sus pies desnudos golpean la hierba dispersa cubierta de nieve, apenas siente el impacto. La memoria muscular entra en acción y las extremidades se le doblan y flexionan un poco, permitiendo que la fuerza se propague a través de él. Se da la vuelta hacia la casa para comprobar que nadie lo ha visto salir por una de las ventanas. Todavía es temprano, y aunque a sus padres no les importa cuándo entra y sale, no quiere arriesgarse a tener que pararse y hablar con uno de ellos. Sabe lo ansiosos que están por que Eli acepte a uno de los patrocinadores que le han hecho ofertas después de su actuación en México.

Todavía no ha abierto ninguno de sus mensajes privados desde entonces. Sin embargo, eso no ha impedido a los patrocinadores

averiguar la dirección de su casa y colmarlo de cestas de regalo de todo tipo, desde comida rara y extravagante hasta invitaciones formales a eventos y competiciones por todo el mundo. Ha oído a su madre alardear sobre ello por teléfono con una amiga, contándole que su padre cree que necesita un agente y que está haciendo algunas llamadas. Eli habría estado igual de emocionado hace unos cuantos meses, pero ahora le parece más una complicación.

La idea de ir a cualquier sitio en este momento, aunque sea durante unos cuantos días, no es una opción.

Se dirige al bosque y luego al camino que lleva a la casa de los Silver. Puede oler la nieve en el aire; se avecina más. Esta noche.

Cuando llega al huerto, lo golpea una oleada de humo de leña que hace que le pique la parte posterior de la garganta. Es casi tan fuerte como para enmascarar el hedor de las plantas olvidadas de Ophelia descomponiéndose bajo la nieve y las hojas de otoño empapadas. Automáticamente, alza la vista a las ventanas del salón, iluminado por luces parpadeantes por la televisión y una chimenea. Cuando aguza el oído, oye voces. Las de Will y Chris. Hablan de un programa que están viendo juntos. Chris le ofrece a Will patatas fritas. Es un intercambio simple y normal, pero esos son los que más le duelen, porque Eli sabe que jamás tendrá eso.

Él nunca podrá sentarse y compartir una comida con los padres de la chica que le gusta o pasar las vacaciones. Ni siquiera será capaz de abrirse una cerveza con su padre. Y, debido a ello, siempre será al que se le eche la culpa del comportamiento reservado y poco característico de la persona con la que esté.

Jamás confiarían en él. Jamás sería bienvenido.

La puerta de atrás se abre, y Dusty sale al porche.

—Lo siento —susurra—. Iría yo, pero Will está aquí. Mi padre pensará que es raro que me marche sin más.

—¿Y Ophelia? —pregunta Eli, manteniendo la voz baja.

—Está…

—No te preocupes —responde, ya oliéndola—. La encontraré.

Siente una oleada de calidez fluyendo desde Dusty.

Él le guiña un ojo, y aunque ella no lo puede ver en la oscuridad, Eli sabe que ella puede sentirlo, que no hay ningún problema. Porque él haría lo que fuera por ellas.

Dusty inspira aire fresco y se prepara para el calor antes de volver a entrar.

Eli estira el cuello, permitiendo que el aire frío se adhiera a la piel alrededor de su camiseta de tirantes y sus pantalones de chándal. Nunca iría sin zapatos a ningún otro sitio, pero aquí, en la montaña, es libre.

Sigue el olor de Ophelia al otro lado de la montaña y, a continuación, empieza a descenderla. De pronto, oye un golpe seco y, luego, la reverberación resonante del metal. Comienza a correr, entreviendo a Ophelia cruzar la carretera a través de los árboles e inclinarse sobre el cuerpo de alguien.

Cuando él llega al camino, se detiene, observando y escuchando dos latidos. Uno lento y otro demasiado rápido. Entonces, el aroma de la sangre se le mete en la nariz. Está a punto de echar a correr, listo para impedir que Ophelia haga algo de lo que se volverá a arrepentir, cuando ella se gira y sus ojos se encuentran. Una advertencia.

«No», dicen.

Eli ladea la cabeza, tratando de entender lo que está sucediendo. Sin embargo, en un momento de pausa, Ophelia vuelve a mirar hacia abajo, se inclina y abre la boca.

—No —gruñe, y está a su lado en un segundo. Estira los brazos para apartar a Ophelia, pero se detiene en seco. Se agacha para ver

con más claridad y se percata de que la otra chica es Kat y de que Ophelia no se está alimentando de ella para nada. Le está lamiendo la herida.

Kat parpadea, intentando ver lo que le ha ocurrido. La nieve dispersa bajo su pelo se está volviendo rosa debido a la sangre. Eli saliva, deseando haberse alimentado de Jesse la otra noche. La idea de esperar unos cuantos días más ahora le parece imposible.

—No pasa nada —la calma él, tratando de centrarse en el hecho de que Kat se encuentra herida—. Te está curando.

—¿Qué…? —empieza a decir Kat, visiblemente desorientada al tiempo que intenta erguirse. Sin embargo, tiene la mano de Ophelia en el pecho, manteniéndola con firmeza en el sitio.

Cuando Opi se retira, alza la vista hacia Eli, y sus enormes ojos marrones reflejan una luz del interfono cercano. Se le acelera la respiración, su pecho sube y baja mientras sus cuerpos en conjunto crean una nube de vaho a su alrededor. Tiene sangre en torno a los labios y la barbilla, y aunque Eli puede oír a Kat moverse debajo de ellos, no es capaz de apartar los ojos de Ophelia.

—Lo he conseguido —dice, fascinada—. No he… He podido contenerme.

Eli abre la boca para hablar; no obstante, no le sale ni una palabra porque el pecho se le encoge en un puño. «¿Siempre ha sido así de guapa?», se pregunta.

—Pero tú… —prosigue, bajando los hombros al tiempo que el asombro se desvanece de su rostro—. Tú nunca confiarás en mí, ¿verdad? Jamás serás capaz de olvidarte de aquella noche con mi padre.

—Yo…

—¿Qué ibas a hacer, contenerme? —pregunta con frialdad a la vez que rompe el contacto visual para ayudar a Kat a levantarse—.

¿O llamar a Dusty para que me llevara a casa?

Eli aprieta los dientes en el instante en el que Ophelia se yergue, levantando a Kat con ella. A la chica le tiemblan las rodillas, y Eli la sujeta del brazo para ayudarla a sostenerse. La herida de la sien se le ha curado por completo, pero tiene el cabello pegajoso por la sangre. Él siente que le palpitan los dientes y la boca se le hace agua.

—Has perdido mucha sangre —dice Ophelia. De pronto, se gira hacia el bosque como si hubiera oído algo. Aguarda un momento y, luego, sacude la cabeza antes de volverse a girar hacia ellos.

Al observarla, Eli se da cuenta de que, aunque parezca tranquila y con la situación controlada, el corazón todavía le late desbocado y no deja de apretar la mandíbula ni de mover la garganta mientras traga sin cesar.

—¿Me has… lamido? —pregunta Kat; es evidente que sigue conmocionada. Mira a Ophelia de arriba abajo, a la nube de vaho irreal que la rodea y su vestido antiguo. «¿O es un pijama?», se pregunta Eli.

Este agarra a Kat de los hombros y la gira para que lo mire.

—Kat, sé que parece dar miedo, pero… —Se inclina para que sus ojos estén al mismo nivel que los de ella. Kat se queda mirándolo, aturdida, y a él le toma un segundo sentir cualquier atisbo de conexión con ella. Cuando lo hace, se aferra a ella y, con la mirada fija, le dice—: Te has resbalado y te has caído. Cuando te hemos encontrado, ya tenías la herida curada. No has visto a Ophelia hasta que te ha ayudado a levantarte. Ha sido una suerte que estuviéramos aquí para ayudarte.

Kat asiente y relaja los hombros bajo las manos de Eli mientras se le suaviza la expresión.

—Gracias por ayudarme —responde.

Eli cierra los ojos, liberando su mente con suavidad. Lo único que puede oír son los latidos del corazón de Ophelia. Cuando se gira hacia ella, tiene la vista fija en la sangre en el suelo y los puños apretados.

En el fondo de su mente, atisba una conciencia. Familiar. Alarmada.

—Joder —suelta—. Viene Dusty.

Ophelia desvía su atención a él, con los ojos como platos.

—No puedo… No quiero que me vea así. —Mira a Kat, incapaz de decir a qué se refiere en voz alta.

Pero Eli lo sabe.

Aunque no ha hecho nada malo, no quiere que Dusty presencie lo cerca que se encuentra de perder el control. No desea que ella vea que está hambrienta.

Con los ojos aún clavados en Ophelia, Eli suelta:

—Kat, tenemos que marcharnos. Dusty vendrá en un minuto. Will también. Métete en tu coche y enciende la calefacción. Has perdido mucha sangre, así que será mejor que no conduzcas todavía, ¿vale? —Como Kat no responde, aparta la vista de Ophelia y se gira hacia ella—. ¿Vale? —repite con más urgencia.

Ella asiente.

—Meterme en el coche. Encender la calefacción. Esperar.

—Bien —contesta. Después, le dice a Opi—: Vámonos.

Dusty mira a través de la ventanilla del coche con los ojos entrecerrados. El olor a sangre y a Opi y Eli está por todos lados. Si no hubiera sentido a su amigo afirmándole que estaban a salvo y que ella tenía que cuidar de Kat, aún se encontraría en pánico.

Ahora, lo que se le ha instalado en el estómago es más bien un escalofrío debido a una corazonada.

—¿Kat? —pregunta Will, dándole golpecitos al cristal de la puerta del coche.

Cuando Kat, temblando, quita el seguro de las puertas de su enorme coche, Dusty se conecta con Eli mentalmente una vez más, pero su vínculo se ha desvanecido hasta convertirse en un ligero eco, presente aunque distante, lo que hace que se le vengan a la cabeza un montón de preguntas.

Will rodea el coche hasta el asiento del copiloto y Dusty se mete en la parte trasera. Se inclina hacia delante sobre la consola para inspeccionar a Kat y lo primero que nota es que, entre los tonos dorados y anaranjados que la rodean, hay unos huecos vacíos pequeños, como burbujas de aire atrapadas bajo el agua. Sabe lo que significa al instante, ya que son las mismas burbujas que ahora flotan entre los colores de su padre y de toda la gente a la que Eli le ha manipulado la mente.

A continuación, se centra en la sangre. Por la cantidad presente en la nieve y el hecho de que el pelo de Kat apesta, es evidente que se ha lastimado. Cuando le aparta a Kat el cabello de la cara, le golpea el olor a la saliva de Opi.

El pánico la invade de nuevo y se acerca más aún. Le alivia descubrir que no proviene del cuello de Kat, donde Dusty había temido que Opi la hubiera mordido. Proviene de la sien de la chica, lo que significa, o eso espera, que más bien Opi se ha limitado a curar una herida ya existente.

La muchacha permanece callada mientras permite que Dusty la examine, todavía desorientada por la pérdida de sangre.

—¿Puedes contarnos lo que ha ocurrido? —le pregunta Will con suavidad.

Kat parpadea.

—Me he caído. Eli… y tu hermana me han encontrado. Yo solo había venido a por mi pista de violonchelo. Pensé que tal vez, si me pasaba, JD no tendría más opción que dármela. No ha sido planeado. Iba de camino a casa y, cuando he visto un cartel de la White Mountain, no me he podido resistir. Sé que debo de sonar desesperada, pero lo estoy un poco… He solicitado una beca… —Sacude la cabeza—. En fin, cuando he tocado el timbre, nadie ha contestado.

Sus colores cambian y el miedo se arremolina entre ellos.

—¿Y qué ha sucedido después? —pregunta Will.

—He mirado a través de la valla para tratar de ver dentro. —Frunce el ceño y sus colores empiezan a vibrar un poco, inquietos.

—¿Y ahí ha sido cuando te has caído? —apunta Dusty.

Kat asiente.

—Me he resbalado en la valla y me he dado un golpe en la cabeza. Supongo que ha sido lo bastante fuerte como para sangrar, pero cuando Eli y Ophelia me han encontrado, ya se había curado. Me han ayudado a levantarme. Han tenido que marcharse, pero han dicho que vosotros llegaríais pronto, así que me he metido en mi coche, he encendido la calefacción y he esperado.

Dusty suelta aire, asumiendo que la parte que Eli ha manipulado solo ha sido la forma en la que Opi le ha curado la herida de la sien.

—¿Por qué no subimos a mi casa a por agua? —le ofrece a Kat —. Está aquí arriba, a unos minutos.

La muchacha sacude la cabeza.

—Gracias, pero creo que debería marcharme a casa. Ni siquiera sé por qué he creído que necesitaba quedarme por aquí.

—Ha sido bueno que lo hayas hecho —responde Dusty—. No deberías conducir ahora mismo. A pesar de que se te ha curado la

herida, debes de haber sangrado un poco antes. —Es una afirmación, pero Kat asiente y, al parecer, se lo traga—. Will puede llevarte luego al pueblo en tu coche y yo os seguiré con el mío.

El chico asiente.

—Dejaremos a Dusty en su casa primero.

Kat alterna la mirada entre ellos y, a continuación, contesta con timidez:

—Vale, gracias.

Will y Kat intercambian los asientos mientras Dusty echa un vistazo alrededor del coche. No se ha percatado de lo grande y ancho que era antes o de cómo los asientos de cuero huelen a algún tipo de acondicionador. Es evidente que Kat lo cuida bien.

Will gira la llave en el contacto y el coche arranca con un rugido tan alto que es desconcertante.

—No voy a mentir —dice—. Este coche intimida un poco.

Kat suelta una carcajada.

—Es un Camaro de 1981. Era de mi abuelo. Lo arreglamos juntos.

Will asiente, impresionado. A pesar de su estatura, parece pequeño en el asiento del conductor, y Dusty intenta imaginarse a Kat conduciéndolo. Apenas podría ver por encima del volante.

Kat mira hacia atrás y le dedica una sonrisa temblorosa, pero, en ese momento, Dusty se percata de ello: entre los huecos en sus colores que ha creado Eli, un gris oscuro sutil, casi un haz negro, aparece durante un instante. Se le ponen los vellos de punta. Sin embargo, la oscuridad se desvanece y los huecos vuelven a estar vacíos otra vez.

Mientras Will da marcha atrás con el coche para meterse en la carretera, Dusty pregunta:

—¿Estás segura de que te encuentras bien, Kat?

Alcanza a ver su perfil y la manera en la que se muerde el labio como si no supiera qué contestar.

—¿Hay algo más? —pregunta Will—. Puedes contárnoslo, no pasa nada —añade de ese modo tan delicado que es casi imposible no encontrar reconfortante.

Retorciéndose las manos, Kat asiente, pero luego niega con la cabeza.

—No —responde—. Solo necesito dormir para recuperarme.

11

Atemporal

En un valle al sudoeste de la White Mountain, Eli observa a Ophelia mientras la chica está sentada encima de una roca enorme y mira al cielo. Se ha llevado las rodillas al pecho, y el pelo y el vestido se le agitan con la brisa que corre. Parece como si proviniera de otro siglo.

Ninguno de los dos ha pronunciado palabra desde que dejaron a Kat, pero, ahora que se han parado, Eli está ansioso; todavía siente el olor de la sangre aferrado a su piel.

—¿Algo allá arriba? —pregunta.

—Quién sabe —responde ella sin darse la vuelta.

El chico da un paso hacia ella y se dispone a sentarse cuando Ophelia se gira hacia él con la cara medio iluminada por la luz de la luna.

—No tienes por qué hacer esto —comenta.

—¿El qué?

—Darme conversación. Fingir. Sé que tienes que vigilarme, y empiezo a darme cuenta de lo injusto que es que no haya sido más agradecida, pero también sé que puedes ver…, pese a que me haya controlado con Kat esta noche…, mi hambre. No estoy mejor ahora que aquella noche con mi padre.

—¿En serio piensas eso? —pregunta Eli, con la garganta áspera.

La chica lo estudia un rato.

—Creo que por eso me caes tan mal. Ves realmente lo que soy.

Él es incapaz de no reírse.

—¿Qué? —suelta ella, enderezando la espalda.

Eli baja la mirada hacia la muchacha, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón mientras sacude la cabeza.

—Creo que hago todo lo posible por caerte mal porque tú eres la que ve a través de mí. Lo has hecho desde el principio.

Ophelia frunce el ceño.

—¿Cómo?

Él alza la vista hacia el cielo estrellado.

—Mis mierdas —responde, sorprendido por el tono áspero y bajo de sus palabras—. Nunca se te ha escapado nada. Lo vacío que estoy. Lo estúpido que soy. Que en realidad no soy una persona muy buena. La manera en la que uso a la gente para conseguir lo que quiero, para salirme con la mía.

Ophelia traga saliva.

—No es así… No es así como yo te veo. Al menos, ya no. —Como no sigue hablando, él baja los ojos en su dirección. Tiene la cara girada hacia arriba, hacia él, y el ceño fruncido—. ¿De verdad ese es el concepto que tienes de ti mismo? —pregunta.

Él se encoge de hombros y tiene que carraspear antes de responder:

—A veces, cuando pienso demasiado en ello. Ahora que dispongo de tanto tiempo libre… Antes se me daba de fábula distraerme. Con chicas, coches, hierba, fiestas. Como he dicho…, vacío.

—No todo eso es vacío. Pasárselo bien, divertirse… Todo el mundo lo necesita. Ver que tú abrazas eso… es contagioso. El efecto que tienes sobre la gente, el modo en el que los haces sentirse bien.

Observados. Emocionados. Es un don. No tiene nada de malo. Creo que en realidad envidio cómo abrazas esa parte de ti. Lo cómodo que pareces en tu propia piel… Lo cómodo que pareces con tu… —Se detiene y sacude la cabeza. Incluso a la luz de la luna, Eli puede verle las mejillas arreboladas.

—¿Mi qué? —pregunta él con curiosidad.

Ella desvía la mirada.

—Tu… sexualidad.

La palabra suena incómoda en sus labios. Aunque Eli es el que se sonroja ahora. Suelta una carcajada.

—Eres tan…

—¿Qué? —espeta ella a la defensiva otra vez—. ¿Inocente? ¿Ingenua?

—No —responde él, frustrado—. No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Pero es verdad, ¿no? Es evidente por el modo en el que me trata todo el mundo. Como una chiquilla que necesita la protección de todos. Dulce aunque despistada. Un peligro para sí misma. —Le lanza una mirada feroz.

Él suspira y después se frota la cara con las manos, agotado de pronto.

—Iba a decir atemporal —replica en voz baja.

Cuando baja la vista hacia ella, Ophelia tiene la boca abierta; luego la cierra y la vuelve a abrir de nuevo.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

Eli desvía la vista hacia sus pies desnudos sobre la roca, incapaz de sostenerle la mirada.

—Significa que no eres como nadie de nuestra edad. Pero lo digo en el mejor sentido de la palabra. Pareces… sacada de un libro o algo así. Con tu huerto, tus vestidos, tus tés y lo maja que eres con

todo el mundo. —El chico nota que se le mueve la boca, incapaz de evitar sonreír—. O lo maja que eres con todo el mundo menos conmigo. Creía que Dusty era distinta cuando la conocí. Y lo es… Pero tú… Tú eres… —Se calla, porque la palabra que le viene a la mente es «mágica», y decir eso le parece cruzar una línea.

Eli oye sus propios latidos en los oídos, bloqueando el resto de los sonidos. Cuando al fin la mira, no esperaba ver tristeza en los ojos de ella.

—Me estás describiendo como era antes, Eli.

—Tonterías —responde él, sacudiendo la cabeza—. Seguro que, desde que dejamos a Kat, no has dejado de pensar en llevarle una de tus infusiones.

—¿No querrás decir «pociones»? —murmura.

—¿Me equivoco?

Ella no se mueve. Tampoco habla.

—Ya vale —dice él en serio—. Ven conmigo.

—Eli —suspira ella—, lo siento. No debería haber dicho nada. Ni siquiera vale la pena…

—Ya basta de regodearse en la autocompasión, Ophelia. Es aburrido, y, la verdad, estoy harto. Estás hambrienta. Bueno, ¿pues sabes qué? Yo también. Y andar con cara mustia toda la noche sintiéndote mal no va a cambiar una mierda. Lo que necesitamos es distraernos. Así que puedes hacer que me quede aquí contigo y ver cómo te compadeces de ti misma o puedes venir conmigo y olvidarte de todo un rato. —Extiende la mano—. Ven —añade con más insistencia.

Aguarda con la mano firme entre ellos, aunque no se sienta así. El sonido del viento hace que cada segundo se haga eterno, y está a punto de retirarla cuando ella desliza los dedos en su palma.

Llevan corriendo lo que parecen horas. Al principio, Opi había sentido que el corazón se le había ido a los pies, anclándolos al suelo. No acababa de decidirse a seguirle el ritmo a Eli. No obstante, hubo un momento cuando él se giró hacia ella —«Vamos», le había dicho, riéndose— y algo en la forma en la que no se había rendido aún con ella que aligeró el peso de todo lo que la chica había estado sintiendo. Soledad. Confusión. Incomprensión. Entonces, las palabras de él se repiten en su mente. «Ya basta». «Es aburrido». «Estoy harto». Y se da cuenta de que no le ha impactado porque lo haya dicho él. Ha sido porque era justo lo que ella necesitaba oír.

Porque, en el fondo, ella siente lo mismo.

El paisaje se sucede a toda velocidad junto a ellos. El bosque profundo da paso a praderas y a matorrales de árboles una y otra vez. A Opi le vibra el cuerpo como si reverberara con cada cosa viviente. Han atravesado antiguos caminos forestales y senderos poco transitados; a ella le duelen los pies conforme se le calma la piel con la humedad de la nieve derretida, arañada por las rocas, las raíces y las ramas. No le preocupa, porque Eli tenía razón en algo. Necesitaba distraerse, y, por primera vez en meses, siente que lo hace.

Cuando se adentran en una arboleda en la que abundan hayas jóvenes, Eli comienza a aminorar el ritmo.

—Casi hemos llegado —dice sin aliento.

Opi aminora también, algo decepcionada, pues ansía más.

—¿Adónde?

Una risita le retumba en el pecho a Eli.

—Este es uno de esos momentos en los que lo importante no es solo llegar, sino también el camino.

—Vale —responde ella, mirando alrededor. Una luz celestial rebota por unas franjas de nieve, salpicadas por las hojas que aún cuelgan de los árboles.

Al girarse hacia Eli, Opi lo pilla observando el cuerpo de ella. Esta baja la vista hacia sí misma. La tela blanca de su camisón está rota y húmeda, y se le ciñe a la piel en lugares inusuales. Un vapor se eleva de la tela cuando mira por encima de su hombro y ve que el dobladillo de la parte de atrás está lleno de gotas de barro. Una carcajada sonora se le escapa y, al volver a observar a Eli, este contempla su cara con los ojos abiertos de par en par.

Opi se fija en que la camiseta de tirantes y los pantalones de él están igual de desarreglados, y en que el vapor envuelve el aire a su alrededor también. Los brazos desnudos del chico parecen fuertes; las venas le laten con sangre que ella puede oír como un río en sus oídos. Palpitan con vida. Ella traga saliva; la garganta le arde con una sed que sabe que el agua no puede saciar, y Mali tampoco.

Eli carraspea y ella se pregunta a qué se refería cuando dijo que él también tenía hambre. ¿Cómo que hambre?

—Por aquí —comenta él, señalando hacia un bosquecillo.

Ella lo sigue, desesperada por recuperar la sensación de libertad que la había consumido mientras corrían.

Se agachan y serpentean a través del laberinto viviente, al tiempo que comienzan a percibir el sonido del agua cayendo sobre la piedra en algún lugar cercano. Está distorsionado en cierto sentido, como un eco interminable. Opi se dispone a preguntar otra vez adónde se dirigen, cuando Eli extiende el brazo para detenerla en seco.

El calor de la piel de él la quema a través de la fina tela de algodón de su vestido y, pese a que su mente le dice que no lo haga, Opi se ve abrumada por la necesidad de inclinarse.

Eli estira el cuello hacia delante y mira hacia abajo, y entonces, cuando Opi sigue la dirección de sus ojos, la chica se da cuenta de que están de pie en el precipicio de un desfiladero estrecho. Debe de tener unos treinta metros de profundidad.

Ella alcanza a oír el fluir del agua por sus profundidades, pero no puede verla. Pasea la vista al otro lado del desfiladero, que está tan cerca que cree que sería capaz de saltarlo. Más allá, continúa extendiéndose el bosque. Es como si la tierra se hubiese partido en dos.

Eli echa a andar por el filo. Opi lo sigue detrás, escuchando la sinfonía de nieve derretida que corre por el borde del desfiladero, goteando y resbalando por la pared rocosa, esparcida por las plantas que crecen en sus grietas hasta que llega al agua más abajo. No había hecho suficiente frío para que se formaran carámbanos, pero ella puede imaginarse el lugar dentro de un mes o de dos, con la nieve derretida creando sólidas esculturas de hielo que se quebrarán con el tiempo y se harán añicos contra las profundidades rocosas.

Cuando el oscuro desfiladero se ensancha, Eli se detiene. Los dos miran abajo. Allí hay menos árboles, lo que permite que dé la suficiente luz de la luna y puedan ver el arroyo, que fluye en forma de cascada, cayendo hacia unos recovecos más profundos aún del valle rocoso antes de continuar.

—¿Lista? —pregunta Eli.

Opi lo mira, confundida.

—¿Lista para qué?

—Para saltar.

La chica bufa, pero cuando él no aparta los ojos de ella, esta echa un vistazo hacia abajo de nuevo con incredulidad y vuelve a observar a Eli.

—Estás de coña, ¿no?

Él niega con la cabeza; tiene un brillo travieso en la cara.

—Sé que he estado… deprimida —suelta Opi—, pero no me apetece morir.

—¿Crees que te he traído aquí para morir, Ophelia? —Él sonríe, señalando hacia abajo—. Ahí, justo debajo de la cascada, hay mucha profundidad.

Ella frunce el ceño; la altura la marea mientras el corazón le retumba en el pecho.

—Tienes que dejar de odiar en lo que nos hemos convertido y abrazarlo —dice—. Ahora podemos hacer cosas a las que la mayoría de la gente jamás se atrevería.

Un sudor pegajoso le cubre el cuerpo, entre frío y caliente, desorientándola.

—Pero el agua —replica ella— seguro que es prácticamente hiel… —Y se detiene al acordarse de que aquello ya no importa. Casi nada puede hacerle daño.

—Somos lo que somos —dice él—. No podemos cambiar eso. Y, ahora mismo, es de noche y nadie está mirando. Es nuestro momento. —Extiende la mano hacia ella y añade—: ¿Estás lista para sentirte viva?

A Opi le da un escalofrío, pero, en lugar de miedo, una mezcla de emoción y nervios empieza a despertar esa sensación de libertad de nuevo. Ella asiente con la cabeza, relajándose, y luego une su mano a la de él.

—A la de tres —añade Eli.

Entonces, mientras él cuenta, Opi se percata de que está susurrando con él:

—Una, dos y tr…

De repente, están cayendo.

Todo queda en la cima del desfiladero. Cada pensamiento, cada

preocupación. Su pasado, su futuro. Y al sumergir el cuerpo en el agua helada, suelta la mano de Eli.

Apoya los pies en el fondo rocoso y sus reflejos la hacen subir hacia la superficie; el dulce alivio del verdadero y auténtico frío devora su piel. Deja que el agua le entre en la boca, anhelando el frío en su interior. Sin embargo, el sabor es ligeramente distinto al de otra agua que ha tomado desde que ha cambiado. Un poco amarga, picante incluso, y, a pesar de lo helada que la siente, parece propagar una sutil sensación de calidez a través de ella, de dentro hacia fuera.

Cuando alcanza la superficie, jadea en busca de aire, pero una carcajada se le escapa y reverbera por el desfiladero.

Se seca el agua de los ojos y después alza la vista hacia el centro de los muros altos de piedra que hay a cada lado. Arriba, un pasillo de estrellas titila, arropado por nubes gigantes alumbradas por la luz de la luna.

—Esto es lo que somos ahora —murmura.

Es consciente de la presencia de Eli, que está cerca pero callado. Cuando se gira para mirarlo, apenas distingue su cara, solo la silueta pálida de su cabeza y los hombros por encima del agua.

Un susurro atraviesa la oscuridad.

—¿Qué? —pregunta ella, ladeando la cabeza hacia él.

—¿Qué? —responde él a su vez en tono claro.

El susurro se oye de nuevo y Opi se gira rápido, desorientada. El sonido reverbera por las paredes del desfiladero, pero también es como si pudiera sentirlo, rozándole la piel en el agua.

—¿Ophelia? —pregunta Eli.

—¿No oyes eso?

—¿El qué?

El susurro suena otra vez. En esta ocasión, ella lo sigue y nada

hacia el lado por el que han saltado, buscando un saliente rocoso.

—Ophelia, ¿qué…?

—Chis.

Los susurros se vuelven continuos, como si contuvieran la gravedad que envuelve los miembros de ella, atrayendo su cuerpo cerca de la roca, llamándola. Opi alza las manos y las presiona contra la pared rocosa, en busca de… no sabe qué.

El agua se agita a su lado.

—Me estás asustando —dice Eli en voz baja.

No obstante, ella está demasiado distraída para explicarlo, demasiado consumida por lo que sea o quien sea que trata de llegar a ella. Con los brazos fuera del agua, una nube de vapor sale de su piel. A través de él, solo distingue sus dedos, buscando lo que ahora se percata de que son capas y capas de lutita. Puede notar las distintivas grietas horizontales que dividen la áspera pared y las suaves partes de musgo que mora justo encima de la superficie del agua. Algo comienza a brillar, como un destello de luz fosforescente que se eleva, serpenteando entre las grietas, hacia el saliente, y luego sube por las paredes del desfiladero.

Opi desliza los dedos entre las grietas, siguiendo los destellos de luz tenue. Cuando rozan la tierra compacta, le cosquillean y el brillo se hace más fuerte.

—¿Ves eso? —pregunta ella.

—¿Cómo? ¿Ver el qué?

Percibe la frustración en la voz de él, pero no tiene palabras para explicar lo que está ocurriendo. Sube la mano un poco más y roza una planta que no había notado entre las sombras. Sobresale de la pared rocosa; sus rizomas serpentean y echan raíces a través de las grietas llenas de tierra del desfiladero. Inclina las hojas hacia arriba, hacia la luz de la luna, mientras inspira por la nariz.

Las hojas con forma de corazón están mustias, e incluso a la tenue luz diría que han pasado de ser verde oscuro a amarillo. Puede oler los aromáticos rizomas y, aunque aun así no es tan placentero como una vez le había resultado, todavía lo reconocería en cualquier parte.

—Jengibre silvestre —susurra.

Baja la boca al agua de nuevo y bebe, confirmando el matiz cálido y algo picante.

—La nieve ha tenido que sumergir parte de ella en el agua —añade más alto, dándose cuenta de que la nieve derretida que chorrea por las paredes ha debido de llevar su esencia de los rizomas también, infusionando el agua de abajo.

—Ophelia, si no me dices lo que está pasando pronto…

—Chis —vuelve a responder ella cuando oye otro susurro.

Eli refunfuña, pero Opi hunde los dedos más adentro de la tierra compacta y observa maravillada cómo la red fosforescente parece responder, iluminando todo el camino hacia la cima del desfiladero. Es como un mapa que señala cada grupo de jengibre silvestre, que justo ahora puede distinguir por todas las paredes. «Pero es más que eso», piensa ella. Lo nota, haciéndole cosquillas en los dedos, intentando decirle algo.

Eli se estira y sale del agua con esfuerzo. El vapor lo envuelve, engullendo a Opi con su cálido aroma. Unas gotas de agua le caen a la chica por la cara, por encima de los labios, y, cuando los abre, le hormiguean en la lengua.

—Eli —dice ella, sorprendida por lo grave que le suena la voz.

Él se gira y, antes de que Opi se dé cuenta, esta se ha subido al pequeño saliente que hay junto a él, con los dientes palpitándole y la boca haciéndosele agua.

—¿Vas a dejar de hablar con acertijos? —pregunta Eli. Ella nota

el tono juguetón de su voz, tan cerca que siente las palabras sobre la piel. El latido del corazón de él parece resonar dentro del pecho de ella. La fosforescencia resplandece en las paredes, brillando contra los afilados ángulos del rostro, los hombros y las clavículas de Eli, aún mojado por el agua. Es como si cada gota la atrajera hacia él y le dijera que todo lo que ha necesitado este tiempo lo tiene justo delante de los ojos.

El jengibre silvestre reluce, y, al fin, comprende lo que le dice: «Sí —susurra—. Está bien. Pruébalo».

—Eli —suelta ella otra vez, meneando la cabeza cuando entiende lo que quiere, lo que está a punto de pedirle. Alarga la mano y la posa en la mejilla de él. El chico se queda inmóvil bajo su tacto mientras ella deja que el calor de él la inunde; el agua entre los dos resplandece con luz. Le recorre la mandíbula con los dedos y luego los lleva a su nuca.

Él inhala una bocanada de aire, pero no mueve ni un músculo.

Sus corazones laten con fuerza y sus respiraciones se vuelven más pesadas.

—Creo… —empieza a decir ella sin aliento—. Creo… Las plantas…

Eli ladea la cabeza y ella no está segura de si lo hace a modo de pregunta o de ofrecimiento, pero la presión que crece en sus dientes es demasiado. La lengua le quema de una manera casi insoportable. Opi se acerca aún más, dejando apenas un centímetro entre los dos, y lleva la otra mano al pecho de él.

—Yo… Yo… Creo que quiero…

Él asiente y ella se inclina más cerca, poniéndose de puntillas para trazar con la nariz la línea de su mandíbula y descender hacia su cuello, dejando que su calor la inunde. El pulso de él se agita bajo los labios de la chica cuando Opi inhala su olor, percatándose

ahora de cómo le cambia conforme su cuerpo responde ante ella.

La muchacha no puede esperar ni un minuto más. Levanta el labio superior y le clava los dientes en la piel.



Eli abre los ojos de golpe, impactado, mientras siente una punzada de dolor en el cuello. No es desagradable, pero era algo que no había esperado para nada.

Se había creído que Ophelia iba a besarlo y había querido que lo hiciera.

El aire en torno a él comienza a resplandecer mientras unos copos de nieve brillan en la oscuridad, cayendo en silencio hasta posarse sobre su piel.

Ophelia levanta las manos para aferrarse a los hombros de él y lo empuja contra la áspera pared de piedra, apretándolo como si no tuviera suficiente. Eli sabe que debería decirle que pare, que no funcionará. Dusty y él ya lo han intentado. Pero los labios y la lengua de ella, cálidos en torno a la mordida, lo dejan sin palabras. Así que se limita a dejar que tome.

El calor de su cuerpo contra él casi resulta abrumador; aunque, mientras la sangre de Eli sale hacia la boca de ella, el chico siente un escalofrío.

—Ophelia —susurra, y se estremece desde la coronilla hasta la punta de los pies.

Eli inclina la cabeza hacia atrás, contra la piedra musgosa, dejándose llevar con lo que sea que esté ocurriendo y dándose cuenta de que es ella la que lo está sosteniendo por completo.

En algún lugar al fondo de su mente, le sorprende que la chica no se haya detenido. Apenas unos instantes le bastaron a él para

saber que alimentarse de Dusty no era correcto. Pero, ahora, a medida que transcurren los segundos, ella aprieta las manos con más fuerza, su boca se aferra a él y luego, poco a poco, la potencia de su sed empieza a disminuir.

Ella retira los dientes de la piel de él; acto seguido, le lame el cuello, curando la herida.

Eli alza la vista hacia la noche cubierta de nieve, aturdido, confuso y consciente de que el hecho de que Ophelia esté tan cerca es una de las mejores cosas que ha sentido nunca.

Ella retrocede, pero continúa con las manos sobre sus hombros para sujetarlo.

El chico espera a que diga que no ha funcionado, que le explique por qué lo ha intentado, para empezar; no obstante, en vez de eso, lo único que ve en el rostro de ella es una sonrisa.

Opi vuelve a alzar la vista hacia la pared, que para Eli no es nada más que oscuridad, roca pegajosa y sombras. Los ojos de ella parecen ver algo que él no, pues no paran de seguir un rastro y mirar, abriéndose con asombro.

Lo observa de nuevo.

—Te toca —dice ella con la voz cálida de emoción.

Eli parpadea. No tiene palabras.

—Oh —suelta la chica, y la sonrisa le flaquea—. No debería haber asumido nada. No tienes…

—Ophelia, más te vale explicarme qué cojones está pasando o te juro que me va a explotar la cabeza.

Ella suelta una risita nerviosa.

—Perdona, yo… Las plantas. Creo… Creo que he encontrado mi habilidad.

Eli exhala un suspiro pausado.

—Vale —responde; la voz le tiembla mientras trata de separarse

de la pared. Se balancea y ella lleva la mano a su cintura para sujetarlo—. Aunque todavía necesito que te explayes un poco más —se las arregla para añadir.

Ella levanta la vista hacia la pared del desfiladero y él tiene que obligarse a sí mismo a no mirar abajo, intentando no imaginarse cómo la tela empapada del vestido debe de estar pegándosele al cuerpo.

—No sé cómo —replica ella—. Al principio, solo escuchaba un susurro, pero luego, cuando he tocado la tierra, ha… brillado y me ha mostrado las plantas. Plantas que puedo usar. Que me pueden ayudar.

La nieve sigue cayendo con suavidad en torno a ella conforme habla, y a Eli le parece un sueño. La cantidad de información nueva que ha tenido que procesar los últimos meses aún le abruma la mayor parte del tiempo, pero ¿esto? Lo que acaba de suceder todavía resuena entre ellos, nublándoles los pensamientos.

—¿Eli? —pregunta ella—. ¿Te encuentras bien?

La mirada de preocupación de su cara es suficiente para sacarlo del trance.

Él sacude la cabeza y después asiente.

—Sí, estoy bien. Pero… ¿las plantas? Es obvio que eso tiene sentido en tu caso, pero ¿cómo…? ¿Qué tiene eso que ver con que te alimentes de mí?

Ella baja la mirada al agua y, acto seguido, la levanta de nuevo a la pared por encima de él.

—Creo… Creo que las plantas aún nos afectan. En sentido medicinal. Todavía podemos digerir sus extractos, como en un té, una infusión y quizá una tintura también, aunque no sepan como antes. —Ella se acerca y extiende la mano hacia la cabeza de él para arrancar la hoja de una planta que crece en una grieta en el muro—.

Hay jengibre silvestre por todo este sitio. El agua que cae de arriba debe de llevar parte de su esencia. Y con el cambio de estaciones, algunas plantas, incluso las raíces, deben de haber caído y haber impregnado el arroyo. Lo he saboreado cuando hemos saltado. —Se le nota la voz más animada, entusiasmada—. La verdad es que tiene sentido. El jengibre silvestre favorece la digestión y es muy bueno para la circulación; es un diaforético… Hasta tiene las hojas con forma de corazón, y el corazón es lo que bombea nuestra sangre. —Vuelve a buscarle la mirada, y él apenas se da cuenta de lo seria que es su expresión cuando dice—: Eli, la he bebido cuando estábamos en el agua y eso me ha permitido alimentarme de ti. Creo… Creo que eso significa que tú podrías alimentarte de mí también.

A Eli empieza a retumbarle el corazón cuando recuerda la sensación de ella inclinándose sobre su cuello. No puede creerse que hubiera pensado que quería besarlo.

—Vale —contesta, asintiendo.

—Obviamente, no tienes por qué hacerlo —agrega ella—. Y yo no tengo que alimentarme de ti otra vez si no te ha gustado…

—Sí me ha gustado —responde, demasiado deprisa—. Y sí, me gustaría probar… contigo…

La chica asiente y él puede oír cómo traga saliva.

—Bebe agua —le aconseja.

—¿Ahora? ¿No quieres esperar? Puedo aguantar hasta mañana o así. Darte tiempo…

—Eli, acabo de alimentarme. Cuando digo que ha funcionado, es que ha funcionado. Siento… —Alza las manos y luego se las lleva al pecho—. Me siento fuerte. Lista. Y has dicho que tú también tienes hambre. Estamos aquí, ahora, al lado del agua. No hay necesidad de esperar.

Eli se rasca la cabeza.

—¿Bebo agua?

Ella asiente.

El chico se agacha y se inclina sobre el arroyo, pone las manos en forma de cuenco, coge agua y se la bebe directamente de las palmas. A pesar de lo fría que está, es cálida. Sutil pero amarga y picante, con un toque especiado.

—Con eso deberías tener bastante. —Ophelia se ríe.

—Sí que sabe distinto a otra agua —comenta él, poniéndose de pie, nervioso de repente. Da un pequeño paso hacia ella—. ¿Cómo quieres…? ¿Dónde debería…?

Ella baja la mirada a su propio cuerpo y luego la alza hacia él.

—Perdona, debería haberte preguntado lo mismo.

Ahora el que sonríe es él.

—No voy a mentirte, has mostrado una determinación sorprendente. Codiciosa incluso.

Ella le da un manotazo en el pecho y el toque lo hace estremecerse, consciente de pronto de la sangre que lleva Opi dentro. No es sed de sangre como ha sentido antes. Pero la boca se le hace agua igualmente y la anticipación hace que el pecho le retumbe. No negará que ha sentido atracción por ella. Por su olor. Por su calidez. Exhala un suspiro pausado.

—¿Dónde? —vuelve a preguntar.

Ella se encoge de hombros.

—Donde quieras.

Él pasea la vista por el cuello de Opi hasta que se detiene en el mismo lugar en el que la chica lo ha mordido. «Ahí», piensa. Aunque después titubea. Le parece demasiado íntimo. Ella solo había estado hambrienta, pero él es consciente de que hay mucho más que eso. En su lugar, le coge la muñeca con las dos manos y luego se la lleva a la boca. Cuando sus labios la tocan, siente cómo a ella se le eriza

la piel. Inhala su aroma dulce y primaveral, y después alza los ojos para mirarla una vez más.

Ella asiente y él abre la boca y la muerde.



—¿Mantequilla? —Eli se ríe—. De entre toda la comida que existe, ¿lo que echas más de menos es la mantequilla?

—Sí —responde Opi, sorprendida—. Puede que fuera una de las cosas más ricas del mundo. Y muy versátil.

—Claro, es que pensaba que dirías algo más relacionado con las plantas y extravagante… No sé. Rosas.

Opi nota cómo se le extiende una sonrisa por la cara, fascinada por lo sorprendentemente cómodo que ha sido todo desde que se han ido del desfiladero. Ahora se encuentran en los pies de la White Mountain, comenzando el ascenso.

—¿Plantas y extravagante? —pregunta.

—Te juro que las he olido en tu cocina.

—Bueno, sí, las rosas son una planta aliada increíble. También son refrescantes y astringentes, buenas para la inflamación, ricas en antioxidantes y vitaminas…

—¡Ja! ¿Lo ves? Rosas.

Ella frunce los labios para evitar no sonreír otra vez cuando lo mira. Acaban de salir de una densa arboleda, y mientras la luz de la luna brilla entre las nubes de nieve y los copos le caen a Eli sobre la cara, la vista tan clara de él deja a Opi sin aliento. «Qué guapo», piensa; las palabras se forman en su mente sin que pueda contenerlas. La chica desvía los ojos hacia los pómulos y los labios de él. Se dice a sí misma que es haber tomado su sangre lo que la hace sentirse así.

Eli se aclara la garganta.

—La pizza era mi comida favorita. Sin lugar a dudas. Pero no te voy a mentir; en realidad, no estaba tan conectado con lo que comía. No del modo en el que lo estabais Dusty y tú. Creo que nunca he comido algo que haya cazado y, desde luego, jamás he recogido algo fresco de un huerto.

—Creo que eso le ocurre a la mayoría —replica Opi. Aparta la vista de él y continúa la subida por la colina para concentrarse—. La verdad es que pienso que de ahí proceden buena parte de las enfermedades y los malestares. De la desconexión corporal con lo que comemos.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, aparte del agua y el refugio, la comida es lo más importante para el ser humano. Nos alimenta, nos forma, afecta a la química del cuerpo, la fuerza, la inmunidad. No me había parado a pensarlo mucho, pero, en cierto sentido, parece un milagro el modo en el que nos conecta con el mundo que nos rodea. Las plantas necesitan la luz del sol y la lluvia a las horas adecuadas. La tierra necesita estar sana con los niveles adecuados de pH. Y lo mismo sucede con los alimentos que ingerimos. El pasto que come una vaca, las condiciones de las gallinas que producen huevos… Todo tiene su función. La comida es… terrenal. Es como… magia.

—Bueno, visto así… —comenta Eli, sonriendo tanto con los ojos que se le entrecierran—. ¿Sabes? Eres mucho más habladora y simpática cuando no tienes hambre.

Opi se ríe por la nariz.

—A ver, siempre has dado miedo, pero ¿la Ophelia hambrienta? Joder.

—¿Miedo? —pregunta ella con los ojos en blanco y escéptica.

—Sí. Desde el día que te conocí. Dabas miedo. Pero nunca me

ha importado porque solo demuestra lo mucho que quieres a tu hermana.

Opi nota cómo se le comprime el pecho. No sabe si es porque extraña lo que antes compartía con Dusty o porque, de nuevo, Eli ha dado en el clavo. De pronto, siente la boca seca, así que se lame los labios antes de contestar:

—¿Estás seguro de que te parece bien… lo que acabamos de hacer?

Eli aminora el paso, se mira las manos y luego a ella. Tiene las mejillas más oscuras por la luz de la luna, y la lenta sonrisa que dibujan sus labios está llena de picardía y sorpresa.

—Ophelia, no me había sentido tan saciado desde… ni lo sé siquiera. Es como si tu… fuerza… estuviera dentro de mí. Es increíble. Has cambiado las cosas para nosotros, la verdad. Al menos, mientras… Si todavía quieres seguir haciéndolo.

El alivio la embarga de nuevo.

—Sí —responde en un suspiro—. Sí quiero.

—Entonces ¿no será raro? ¿Entre nosotros? —pregunta él cuando echan a caminar otra vez.

—No —contesta ella, pero luego se pregunta a qué se refiere.

Cuando vuelve a mirarlo, se fija en que frunce el ceño de manera pensativa.

12

Inocencia y desconcierto

Despacio, se gira en el sitio, buscando el camino en el que acaba de estar. Se lleva la mano al pequeño diamante de su collar. Un hábito ansioso que se ha vuelto tan frecuente que puede sentir los callos que se le han formado en las yemas de los dedos mientras lo rueda entre ellos.

Ha salido para ver de dónde provenía el sonido, el crujido profundo que ha hecho que la casa tiemble. Hace unos segundos, estaba al fondo del huerto, justo en la linde de los árboles.

Ahora, la única cosa que hay a sus pies es un manto de flores de espuma blanca como plumas flotando sobre el follaje espeso, cubriendo el suelo del bosque. La estampa la tranquiliza un instante.

Cuando Chris se encuentra en el trabajo y las niñas en el colegio y la casa está tranquila, Sara puede olvidar por qué ha elegido esta vida. Se siente una extraña en su propio cuerpo, como si su vida pasada, tan lejos de aquí, no fuera nada más que un sueño difuso. Como si fuera tan fantasma como sus padres. No obstante, al mirar abajo, ahora lo recuerda: después de todo lo que ha ocurrido, su nueva vida aquí parece un cuento de hadas, y este bosque crea la atmósfera.

El sentimiento de tranquilidad es fugaz, pues se percata de que no sabe cómo ha llegado allí.

No hay ni rastro de la casa, del huerto y del camino.

Las flores de espuma empiezan a estremecerse mientras el suelo debajo de sus pies tiembla y el rugido profundo y sordo vuelve a invadir el bosque. Se tapa los oídos, y mira a su alrededor para detectar de dónde proviene. Ahora se encuentra más cerca. Justo entre los árboles.

Sigue el sonido hasta que una valla de metal alta le corta el camino. Jamás la había visto antes, y eso le hace preguntarse si sigue siquiera en la White Mountain. Un movimiento amarillo y naranja destella al otro lado de la verja y entre los árboles de más allá. Mira a través de ella y ve una máquina enorme excavar y arrastrar la tierra removida. Hay albañiles y aparejadores por todos lados, y, en el centro del lugar, una plataforma azul que golpea los cimientos, taladrando, haciendo que toda la montaña vibre.



Dusty abre los ojos en su propia habitación, bañada por una luz grisácea matutina. Todavía tiene enrollado el collar de su madre entre los dedos.

Lo repasa en su mente, reproduciendo cada vista, pensamiento y sensación.

Está segura de que acaba de ver la primera vez que su madre perdió la noción del tiempo. La semilla que plantaría las dudas que la llevaron a marcharse.

Era la casa de JD la que se estaba construyendo. Dusty apenas recuerda esa primavera y todo el ruido que retumbaba a través del bosque y en la parte alta de la montaña. Su padre le había contado que jamás se había construido un edificio tan grande en ese lugar, que traer toda esa maquinaria hasta allí disuadiría a la mayoría de la

gente de intentarlo siquiera. Los vecinos se quejaron durante un par de meses, pero luego finalizó y su madre se marchó.

La montaña se sumió en un silencio de nuevo; las hojas y los pájaros fueron libres de continuar con sus ligeros susurros y repiqueteos, la banda sonora del corazón roto de las hermanas Silver.

Como para recordarse a sí misma que ya no tiene el corazón roto, Dusty alarga el brazo de manera instintiva hacia su teléfono. De repente, siente la necesidad de decirle a Will que lo quiere.



Opi yace en su cama aún hecha. Fuera de su ventana, la nieve cae, ligera pero firme. Aunque no la está observando en realidad.

Le sigue dando vueltas en la cabeza a lo que ocurrió anoche.

Cierra los ojos al tiempo que reproduce el momento en el que supo lo que estaba a punto de hacer. Trazar la piel de Eli, inspirar su olor. Desearlo. Y, luego, el poder de su sangre. Había sentido como si las estrellas titilaran a lo largo de su cuerpo. Una energía pura y elemental.

La sangre de Mali nunca la ha hecho sentirse así. Electrificada. Cargada. Como si ya no fuera una parásita chupasangre y aprovechada. Y aunque el sabor que probó de Ben había contenido la promesa de algo más, de ninguna manera se parecía a esto.

Se dice a sí misma que es solo porque Eli parecía su igual. Como si él pudiera manejarla. Como si lo entendiera. Se dice a sí misma que no hay nada más en ello.

Sin embargo, también estaba el momento en el que él se alimentó de ella.

Le cosquillea la lengua y abre los ojos, como si deseara olvidarse

de eso por ahora. Hasta la semana siguiente. Porque, si no lo hace, no sabe cómo va a ser capaz de funcionar.

En vez de eso, se centra en el alivio de haber encontrado su poder.

«No estás rota. No eres menos de lo que eras antes».

Ayer, su habitación solo le había provocado tristeza. Hoy, le ha hecho sentir que su poder recién descubierto no es nuevo en absoluto, le estaba destinado.

No se puede creer que haya estado tan dispuesta a borrar su pasado por completo.

Oye movimiento al otro lado del pasillo. Dusty.

Se traga su emoción y la reemplaza por aprensión. No sabe por qué, pero desea poder mantener lo que ocurrió entre Eli y ella en secreto solo un poco más de tiempo.

No es que Opi dude de que su hermana se alegre de que haya encontrado un nuevo modo de alimentarse o se emocione por que haya descubierto su poder. Pero la idea de que Dusty se entere de lo de Eli y ella hace que se sonroje.

Le parece privado. Suyo. Aun así, sabe que Dusty está muy unida a Eli. Que él podría compartir lo que ocurrió apenas lanzando una mirada en la dirección de Dusty.

Se pone de pie y se acerca a su armario. Cuando saca un vestido que llevar al instituto, oye el sonido de dos coches que llegan por el camino de entrada. Escucha cómo se abren las puertas, luego se cierran, pasos y, a continuación, cómo llaman a la puerta principal, seguido de la voz del ayudante del sheriff Barry Brookes que le cuenta algo a su padre.

Opi se encuentra en el rellano en menos de un segundo, donde también se halla Dusty con los ojos abiertos de par en par y cautelosa.

—¡Chicas! —las llama su padre desde abajo—. ¿Podéis bajar? Hay alguien aquí que quiere veros.

—No pasa nada —susurra Dusty como para convencerse a sí misma—. ¡Ya vamos! —chilla a su padre, pero de pronto examina a Opi de arriba abajo con la cabeza ladeada y la confusión reflejada en todo el rostro.

Es capaz de adivinar que Opi se ha alimentado, y también de oler a Eli por toda ella.

—Te lo explicaré más tarde —dice Opi, y luego se vuelve a su habitación para recoger todo lo que necesita para ir a clase.

Dusty la está esperando en el rellano, aún sin palabras, por suerte, y bajan las escaleras juntas. A medida que se aproximan al salón, el timbre vuelve a sonar.

—Es Eli —comenta Dusty—. Ya nos estaba esperando en la parte de atrás cuando… —Echa un vistazo en dirección al salón, donde aguardan sus invitados. Exhala despacio y, a continuación, le abre la puerta a Eli.

Vacilante, Opi se queda en el arco del salón.

Las llamas arden en una de las dos chimeneas enormes; el aire sofocante ya está cargado de tensión. Sentado en uno de los sofás se encuentra el ayudante Brookes, bebiendo café, y, en la otra punta de la habitación, hay una mujer echando un ojo a las viejas fotos en las que aparece toda la familia, menos la madre de Opi, que están colgadas en la pared junto al fuego. Lleva un traje gris oscuro con botas de nieve, una combinación extrañamente intimidante que Opi interpreta como que se enfrenta a todo tipo de situaciones, y tiene el cabello castaño oscuro y rizado recogido hacia atrás en un pulido moño. Se le entrevé la funda de una pistola bajo la chaqueta a medida que se mueve, y Opi atisba una placa guardada en un bolsillo interior.

El padre de Opi se encuentra entre los dos agentes, todavía en pijama, sosteniendo contra el pecho su propia taza de café.

Cuando Dusty y Eli entran en la habitación, un silbido corta el aire. Todo el mundo se gira hacia el ayudante Brookes cuando este dice:

—Vaya, menudo estirón habéis pegado estos últimos meses, muchachos.

Opi alza la barbilla, decidida a no sentir miedo. No obstante, cuando Eli se acerca a la muchacha, empapado del aroma de la sangre de ella, los dientes le empiezan a palpitar ante el recuerdo de haberse alimentado de él. Siente la mirada de Dusty como si fuera un foco que iluminara sus pensamientos más íntimos, y de pronto lo único que quiere es subir las escaleras y esconderse.

La mujer se aclara la garganta, y cuando Opi se gira para mirar, el ayudante se levanta.

—Chicos, esta es la agente Reed. Señora, aquí están Dusty y Ophelia Silver. Y este es Eli Blake.

—Ah, maravilloso —responde la agente, sonriendo a Eli—. Nos íbamos a pasar a verlo a usted luego.

Opi no puede evitar percatarse de lo agradable que es el tono de su voz. En un mundo donde la mayoría de los sonidos son insoportables, los bonitos destacan.

—Por favor —añade la mujer—, tomen asiento. —Hace un gesto hacia los sofás mientras ella se sienta junto al ayudante Brookes. Puede que esta no sea su casa, pero controla la sala por completo.

Opi, Dusty y Eli obedecen y se acomodan en ese orden en el sofá de enfrente. El padre de Opi se acerca a ellos, pero permanece de pie.

—Soy la agente Ella Reed del Departamento de Investigación Criminal —prosigue. Mientras pasea sus ojos ocres por los tres, Opi

se planta una fachada de inocencia y desconcierto. El peinado de la agente, y el hecho de que no lleve maquillaje sobre la piel suave y marrón, deja expuestos todos los ángulos de su rostro. Opi puede ver hasta las pequitas casi negras que salpican la parte exterior de los ojos y las mejillas. Todo su aspecto da la impresión de que no tiene nada que ocultar.

Opi alza la barbilla aún más.

La agente le devuelve una ligera sonrisa, pero entonces arruga la frente.

—Me temo que estamos aquí como portadores de malas noticias —se detiene, y, bajo su escrutinio, Opi empieza a sudar. Puede oler que Dusty y Eli también—. Estoy convencida de que ya se han enterado de que se descubrieron restos humanos cuando un árbol se cayó al pie de la montaña, ¿verdad?

Todos asienten, y el sonido de sus latidos acelerados comienza a llenar la habitación.

—Los advertí de que podría ser Kristen King —añade Chris—. ¿De eso se trata? ¿Era ella?

—Sí —contesta la agente—. Siento su pérdida. Supongo que eran amigos, ¿no?

—Ah, bueno, no la conocíamos mucho —responde Dusty—. Pero, gracias; aun así, es… devastador.

Cuando la agente aguarda un segundo, a Opi se le forma un nudo en la garganta. No se atreve a tragárselo.

—He venido a Black River a investigar lo que le sucedió a Kristen —prosigue—. También me encargaré del asesinato sin resolver de Andrew Everett.

Opi está bastante segura de que se acaba de disociar de su cuerpo, porque ya no puede sentir cómo respira. Pero entonces comienza a oír el ruido sordo de un pulso en los oídos y se obliga a

asentir, forzando a que su rostro componga una expresión tanto de simpatía como de perplejidad. «No has hecho nada. No has hecho nada», se repite a sí misma.

—¿Cree que los dos casos están relacionados? —pregunta Chris.

Brookes baja la vista a su taza de café y, por algún motivo, hace que el nudo en la garganta que tiene Opi se duplique de tamaño.

—Esa es la cosa —responde la agente Reed—. El único vínculo entre ellos son ustedes dos. —Agarra una taza de café de la mesita y, a continuación, da un sorbo mientras observa a Dusty y a Eli.

Opi mira hacia el lado para ver cómo se les alzan las cejas a ambos y después componen unas miradas de inocencia y desconcierto. No parecen estresados, pero es capaz de oír cómo les aumenta el pánico.

De repente, siente un tirón en su interior, un cambio en sus emociones, una sensación de antesala de algo. Como si se estuviera preparando a sí misma. La sensación le recorre las venas y el corazón, arrastrada por la corriente de la fuerza que ha reunido desde anoche. Desde que se alimentó de Eli.

Alza los dedos para taparse los labios, reprimiendo una respiración temblorosa mientras se pregunta si es posible que, de alguna manera, lo que hicieron le permita a ella sentir lo que él siente.

A su lado, ve a Eli inclinarse hacia delante, apoyar los codos en las rodillas y observarla. Se miran a los ojos por primera vez hoy, intercambiando la misma curiosidad.

Chris se acerca un paso más.

—¿En qué sentido? —pregunta—. ¿Porque iban al mismo instituto que Kristen y dio la casualidad de que acamparon a unos kilómetros de donde el señor Everett desapareció? —Baja la vista a Brookes, que todavía no alza los ojos—. Eso es una conclusión

apresurada, por decirlo amablemente, ¿verdad, Barry?

—Eso —apunta la agente, tranquila— y el hecho de que viven aquí, en la montaña, donde se encontró el cuerpo de la señorita King.

Chris se ríe por la nariz.

—¿Hay nuevas pruebas sobre el señor Everett o algo así? Porque eso a mí sigue sin parecerme mucho.

Brookes se remueve en su asiento mientras los ojos de la agente permanecen en el padre de Opi.

—Aún no —responde ella.

—Entonces ¿está aquí sin basarse en nada más que una corazonada? —pregunta Chris.

—Chris, siéntate, por favor —le pide el ayudante Brookes, que al fin hace contacto visual.

El padre de Opi no se mueve.

La agente suelta una carcajada.

—No los estamos acusando de nada, señor Silver. Solo tengo unas preguntas que hacerles, eso es todo.

—Eeeh, ¿no deberían estar aquí mis padres para eso? —pregunta Eli.

La agente Reed sonríe.

—Tiene dieciocho, ¿no?

Él asiente.

—Entonces, no. Pero no se preocupe, esto es muy informal, señor Blake. Solo me estoy orientando. Llegué al pueblo ayer, ¿saben? Todavía me estoy poniendo al día. —Deja el café en la mesita y luego observa a los tres adolescentes mientras continua—: Bueno, ¿dicen que no eran cercanos a la señorita King? ¿Cuál era su relación, entonces?

—Pues… —empieza a responder Dusty—, Opi apenas la conocía,

¿verdad, Op?

Su hermana sacude la cabeza.

—No —contesta—. Sabía quién era, como todo el instituto, pero jamás hablé con ella.

Es cierto, si no tiene en cuenta la noche en la que Kristen falleció.

—¿Y usted? —le pregunta la agente a Dusty.

—Eh, bueno, era un año mayor que yo, así que tampoco me relacionaba mucho con ella en el instituto. Pero mi amiga Mali tuvo una especie de… relación con ella durante poquísimo tiempo, así que hablamos un par de veces debido a eso.

La agente saca su teléfono y escribe algo. Instintivamente, Opi se inclina hacia Dusty para que sus hombros se toquen. No ayuda al calor sofocante de la habitación, pero reconforta de igual forma.

—¿Y cuánto tiempo hacía de eso cuando desapareció la señorita King? —pregunta la agente.

—Ah, hum, muy poco, creo —replica Dusty—. Pero su relación no llegó a ir a ningún lado en realidad. Más bien se quedó en… nada. Aunque en buenos términos, porque Mali y yo fuimos una tarde a saludarla no mucho antes de que ella… De que desapareciera.

La agente alza la vista.

—Entonces ¿no la conocía antes de aquello, a pesar de que vivían en la misma montaña?

Dusty sacude la cabeza.

—Es una montaña grande —replica su padre.

La agente escribe algo en su teléfono otra vez antes de mirar a Eli.

—¿Y usted, señor Blake?

—Ah, la conocía de vista, como la mayoría de la gente.

—¿De qué manera? —pregunta la mujer.

—Bueno, se… implicaba mucho en el instituto. Comités, deportes, clases. Era como la presidenta de todo. Además, era guapa, ya sabe. Al menos, ese era el consenso general.

Opi siente cuánto desea poner los ojos en blanco.

—Algunas veces, fuimos a las mismas fiestas —se apresura a añadir—. Pero, como Dusty, yo soy un año más pequeño que Kristen, así que no llegué a conocerla bien ni nada.

La agente permanece observando a Eli durante un largo instante, y Opi nota el motivo sin siquiera mirar. Él tiene los ojos clavados en la mujer enfrente de él, buscando, probando.

—Vale —dice Chris—. Estos chicos tienen que marcharse a clase pronto. ¿Hay algo más?

Ella parpadea, liberada de la mirada de Eli, y luego sacude la cabeza un poco mientras frunce el ceño.

—No —responde—. Creo que eso es todo lo que necesito por ahora. —A continuación, se pone de pie y deja una tarjeta en la mesa—. Pero estoy segura de que nos volveremos a poner en contacto pronto.

La advertencia no pasa inadvertida para nadie, y se despiden con tensión antes de que los agentes se marchen.

Eli suelta un suspiro largo y exagerado y, acto seguido, se levanta.

—Deberíamos irnos.

Dusty asiente, poniéndose de pie para marcharse también, cuando su padre dice:

—¿Podemos hablar, Dust?

Opi y Eli intercambian una mirada, vacilantes, pero, cuando ella se gira hacia la puerta principal, él la sigue.

—Ah, un segundo —dice, dirigiéndose primero a la cocina a por una infusión para Kat. Mientras la mete en la mochila, alza la vista

hacia Eli, reparando en el modo en el que la está examinando con los ojos abiertos. Ella presiona los labios e intenta no mostrar el calor que le provoca su mirada y, después, salen afuera para, supuestamente, darle a Dusty y a su padre un poco de privacidad.

Se quedan en el camino cubierto de nieve, esperando sin decir ni una palabra. Opi siente que la conciencia aún fluye entre ellos. Es como si su sangre y su respiración fueran una.

—¿Sabes lo que le ocurrió a ese hombre? —le pregunta su padre a Dusty dentro.

Opi y Eli giran la cabeza para mirarse el uno al otro, sorprendidos y desconcertados por la pregunta tan directa y el tono cortante de Chris.

—¿Qué? —oyen a Dusty soltar igual de perpleja.

—Supongo que yo también tengo una corazonada —responde él.

A Opi la invade una sensación de desasosiego en las venas que hace que la cabeza le vaya a mil. ¿Por qué no lo ha mencionado antes?

—¿Por eso le mentiste a Brookes sobre dónde se encontraba el claro? —pregunta Dusty.

Opi lo recuerda: su padre le había contado al ayudante Brookes que el claro se encontraba mucho más lejos de la cabaña en la que desapareció Andrew Everett de lo que en realidad se hallaba.

—Sé que no harías daño a nadie, Dust —le explica su padre—. Mentí porque no quería que te vieras en medio de lo que parecía una investigación por asesinato, y creí que el hecho de que tú estuvieras allí era tan solo una puñetera coincidencia.

—Entonces ¿qué…? ¿Por qué me lo preguntas ahora?

Hay una larga pausa antes de que su padre diga:

—Porque, desde ese fin de semana, hay algo diferente en ti. No es que sea malo, pero la agente estaba en lo cierto. Que huyas así,

después regreses actuando de manera distinta el mismo fin de semana que un hombre acaba muerto muy cerca de donde Eli y tú os encontrabais… Es… complicado no pensar que existe una conexión.

Opi se envuelve los brazos alrededor del vientre, intentando apaciguar la tensión nauseabunda. De repente, Eli se acerca a ella y siente un cosquilleo en las venas. Por el rabillo del ojo, ve que el chico acerca una mano a ella poco a poco, pero luego la aparta a medida que su padre continúa.

—Hablando de Eli —añade—. No estoy diciendo que todo esto esté directamente relacionado con él, pero todavía no me inspira confianza. Solo tengo un mal presentimiento sobre él. ¿Y has visto la manera en la que ha mirado a la agente? Es… ¿Por qué sigue por aquí ahora que estás con Will? Él sí me cae bien.

Ahora es Opi la que siente la necesidad de tocar a Eli. Aprieta el puño para detenerse mientras lo imagina la noche en la que se alimentó de su padre. Eli sosteniéndolo, tranquilizándolo y borrando el horror de su mente.

Siente que él se calma, y se pregunta si está sintiendo la gratitud de ella.

—Papá, esto es absurdo —responde Dusty—. Eli es nuestro amigo. Ahora es como un hermano para mí, así que forma parte de mi vida. De nuestra vida. No ha hecho nada malo. —Suspira—. De verdad, tengo que irme. Te veré luego, ¿vale?

—Una cosa más —añade su padre con voz tan baja que a Opi le cuesta oírlo—. No habrás notado nada… extraño alrededor de la casa, ¿no?

—¿Extraño? —pregunta Dusty.

—Seguro que no es nada —duda—. Pero ¿no habrás visto…?

—¿El qué, papá? —insiste Dusty mientras a Opi se le vienen a la

cabeza las posibilidades: «Una luz extraña, un orbe, ¿qué?».

—Una sombra —contesta. Dusty no dice nada, pero Opi se puede imaginar la cara de sorpresa de su hermana, porque su padre agrega—: Da igual.

—No, papá, cuéntame. ¿Puedes describir esa sombra? Quiero entender a qué te refieres.

—No es nada, cariño. No he estado durmiendo muy bien, eso es todo.

—Papá —insiste Dusty.

Hay un sonido de pasos.

—Ten un buen día, cariño —grita.

Lo sigue un largo silencio y, a continuación, el sonido de más pasos antes de que la puerta delantera se abra. Cuando Dusty sale, mira a Eli y a Opi con el ceño fruncido, examinando.



—¿Estás bien? —pregunta Opi.

Dusty intenta controlar la respiración al tiempo que se aferra al volante y pisa el acelerador a fondo. La nieve limpia y fresca cubre el bosque y una niebla baja se desliza entre los árboles. Hay una curva cerrada más adelante, pero está demasiado distraída para frenar. Gira el volante con fuerza y las ruedas chirrían a lo largo de la carretera cubierta de sal, provocando que se sobresalte.

—Cálmate —murmura Eli desde el asiento trasero.

Dusty se fija en su hermana, después en Eli por el espejo retrovisor; y, por último, en la carretera otra vez. Se queda callada al tiempo que trata de entender cómo su hermana y él han conseguido alimentarse el uno del otro y cómo es que no se ha enterado hasta que se ha topado con ambos esta mañana.

No obstante, que su padre haya mencionado una sombra, justo igual que Amber, le ocupa la mente…, la agente…, Kristen…, Andrew Everett…, el recuerdo de su madre. Es demasiado. Da un volantazo hacia el arcén de la carretera, intentando no pisar el freno muy fuerte mientras aminora, se para y se aferra al volante, tratando de recuperar el aliento.

—Dust —suelta Opi, poniéndole una mano en el hombro.

Siente cómo Eli la alcanza a través del vínculo, pero lo hace con prudencia. Con inseguridad. Ha captado destellos de lo que él ha pensado cuando la agente los ha interrogado, aunque ha sido como si activamente la hubiera bloqueado, provocando que le fuera imposible entender o concentrarse.

«Y sus colores», piensa, recordando la forma en la que los rojos y los naranjas de Eli se han extendido hacia los de Opi en cuanto este ha entrado en la habitación. Luego, cuando han estado sentados en el sofá, prácticamente se ha sentido atrapada en una nube de tonos que se buscaban y se entrelazaban. Sus colores brillaban con chispas, como una tormenta eléctrica en un horizonte neblinoso y de colores arcoíris. Ha tenido que concentrarse en la agente con todas sus fuerzas.

—¿Podéis…? —dice entre jadeos—. ¿Podéis explicarme lo que ocurrió anoche?

Los colores de ambos cambian, pero su hermana habla primero.

—Anoche descubrí mi habilidad.

Dusty mira a Opi, cuyos colores se atenúan y brillan con calma.

—¿Cuál es? —pregunta—. ¿Qué sucedió?

—Bueno, después de encontrar a Kat, me sentía… agitada. Eli quiso sacarme de ese estado. Me llevó al desfiladero y, cuando saltamos al agua, sentí que algo era distinto.

Le explica lo que pasó; las palabras le salen tan rápido que a

Dusty le cuesta seguirla. Eli permanece callado en la parte de atrás.

—Creo que se ha estado formando desde el principio —termina, al fin disminuyendo el ritmo—. Pensé que solo eran mis sentidos agudizados, pero creo que las plantas han estado intentando comunicarse conmigo todo este tiempo. Me encontraba tan distraída por todo lo demás que no las escuchaba.

—¿Cómo? —espeta Dusty, maravillada por completo—. Ay, Op, eso es increíble, de verdad, es… Es perfecto para ti. Pero ¿tienes idea de cómo funciona? De algún modo, resulta más descabellado que todo lo demás que ha ocurrido.

—No lo sé —responde su hermana—. Parece… magia. Creo que necesito algo de tiempo fuera, sola, para comenzar a entenderlo. Hoy después de clase.

Dusty asiente y, a continuación, se gira para mirar a Eli y luego a su hermana.

—Y… ¿cómo os sentís ambos hoy? ¿Creéis que ha funcionado de verdad? ¿Vuestra sangre será suficiente? Quiero decir… ¿Será lo mismo que cuando os alimentáis de Mali y Jesse?

Hay una pausa, y ella trata de ignorar el torrente de colores que la envuelve.

—Sí —contesta Eli al fin—. Es suficiente.

—Ha sido un alivio —añade Opi—. Me pareció maravilloso no sentirme mal por ello. Tomarla de alguien que lo entiende. Saber que le podía dar mi sangre a cambio.

Dusty asiente. Tiene sentido. Pero también sabe que ambos están callándose algo.

—Supongo que eso significa que, si tú quieres, también podrías alimentarte de alguno de nosotros —añade Eli.

Opi gira con brusquedad la cabeza para fulminarlo con la mirada, y, por el espejo retrovisor, Dusty ve la expresión de sorpresa en el

rostro de Eli, seguido de una sonrisa que se ensancha poco a poco.

Dusty se da cuenta de que se le han contraído los músculos a modo de defensa, de repente sintiéndose muy protectora con Will y lo que comparten.

«Mío». La palabra gira a su alrededor, primitiva, irracional.

—O no —añade Eli, alzando las manos.

Opi se gira para mirar hacia delante, callada.

—Pero gracias —consigue contestar Dusty—. Tal vez si Will necesita un descanso, o lo que sea. De todas formas, es bueno saber que es una opción.

—Sí —responde Opi en un tono tranquilo, aunque sus colores reflejan lo contrario—. Y nos da tiempo a Eli y a mí para encontrar a nuestras… personas.

Eli tose a la par que Dusty arranca el coche, y cuando están circulando de nuevo, esta vez bajo el límite de velocidad, la chica dice:

—Es genial, Op. Tu habilidad. Y quién sabe lo que significa para ti y tu futuro. Imagina lo que serás capaz de hacer con un don como ese… con otras plantas, curar a gente o lo que sea, es perfecto para ti.

Opi asiente con los ojos aún en la carretera y el ceño arrugado, pensativa.

13

En voz alta

Dusty corre hacia la neblina de tonos azules con el alivio recorriéndole todo el cuerpo.

Le había mandado un mensaje a Will desde el coche y le había pedido que se reuniera con ella en el armario de suministros al final del pasillo silencioso, y ahí está. Todavía tiene los ojos adormilados, pero el hoyuelo de su mejilla aparece en cuanto la ve.

Arrojándose a sus brazos, lo besa. Siente que podría fundirse con él perfectamente.

No se había dado cuenta de que estaba a punto de llorar hasta ahora; sin embargo, las lágrimas comienzan a correrle por las mejillas y Will se aparta, observándola; su azul es tan oscuro que parece que contiene un océano entero.

Apoya la frente sobre la de ella y le acuna la cara con las manos mientras le seca las lágrimas.

—Venga, vamos —dice él, y después la coge de la mano y la guía hacia el armario.

Ella le cuenta lo del recuerdo de su madre, lo de Opi y Eli y lo de que su padre ha mencionado una sombra. Ve cómo los colores de él cambian a cada latido, oscureciéndose y revoloteando con preguntas. Para cuando llega a la parte de la visita de la agente, a Will se le ha puesto tan pálida la cara que parece como si le

hubieran arrojado agua helada por encima.

—¿Estás bien? —inquiere Dusty cuando termina de soltárselo todo.

El chico asiente, pero luego frunce el ceño con los ojos pensativos sin mirarla del todo.

—¿Es por lo de la habilidad de Opi? —pregunta ella—. ¿Quieres…? ¿Te alivia? ¿Preferirías que empezara a alimentarme de uno de ellos?

Él le lanza una mirada penetrante.

—No. ¿Eso es lo que quieres tú?

Ella niega con la cabeza de un modo casi frenético.

—No.

Will suelta un suspiro.

—Bien, porque necesito que sepas que esa parte de nosotros no es algo que quiera que desaparezca. Mientras no le haga daño a nadie… Yo… Lo único que me asusta es la idea de que algo te delate. Lo que eres, en lo que te has convertido. Para mí, el infierno sería ese. Y no es solo por poder estar contigo. Te dejaría marchar sin pensármelo dos veces si con eso te protegiera. Pero darte mi sangre… —Arruga el entrecejo aún más mientras le acaricia los brazos en movimientos ascendentes, provocándole escalofríos. Le acuna el rostro con el corazón latiéndole tan fuerte que a Dusty le cuesta respirar.

Entonces, el chico desliza las manos hacia su nuca y su cabello. Con delicadeza, la empuja de espaldas contra las estanterías y, a continuación, la besa con más hambre que nunca antes.

Dusty lo atrae hacia ella; la intensidad, su necesidad de él es tan potente que siente que el corazón se le va a romper en pedazos y luego se le va a remendar de nuevo más grande y más pleno.

No obstante, entonces, él se aparta, la mira y suelta con un

jadeo:

—Pruébame.

A Dusty se le entrecorta la respiración y los dientes le palpitan al instante.

—Pero… puedo esperar. Solo quedan dos días más. No tenemos por qué…

—Quiero que lo hagas.

Dusty vacila.

—Ahora, Dusty. —Ladea el cuello hacia un lado.

Él no ha apartado los ojos de ella, observa y espera mientras la muchacha alarga la mano y le pasa los dedos por el cuello. La nuez de Adán le sube y le baja, haciéndola salivar.

Fuera, en el pasillo, el timbre suena, pero ninguno de los dos parece notarlo.

—Solo un poquito —susurra ella.

Él asiente al tiempo que ella frunce los labios y se los humedece antes de inclinarse hacia él.

—No llego. —Dusty se ríe.

Él sonríe, la mira y luego los gira para quedar ligeramente sentado sobre una de las estanterías que hay a sus espaldas. Abre bien las piernas para que ella pueda meterse entre ellas.

De cerca, Dusty apenas se encuentra con los ojos al mismo nivel que él. Will lleva las manos hacia su cintura a la par que ella desliza los dedos en su pelo, agarrándolo para situar su cabeza en el ángulo adecuado.

Cuando al fin lo muerde, los dos sienten una oleada de alivio.

En medio de todo el caos, eso no tiene por qué cambiar.

Eli camina aturdido por los pasillos del instituto de Black River, siguiendo la corriente de los demás hacia la cafetería.

Antes se sentía mejor tras alimentarse, pero esto… Esto es algo completamente diferente. La sangre de Ophelia le corre por las venas, combinándose con la suya propia. No sabe si es porque ella había tomado una cantidad sustanciosa de él antes de que Eli se alimentara de la chica o si es porque los dos son distintos, pero la experiencia entera lo ha dejado con una sensación de… poder. Como si actuara a una capacidad aún mayor. Ni siquiera que la agente los haya interrogado logra borrar la euforia que siente. Ni siquiera cuando ha escuchado lo que Chris ha dicho de él.

Se siente más fuerte. Más preparado para afrontar lo que sea que les suceda.

También le parece que es el primer día del resto de su vida. Es libre. Ya no tiene por qué alimentarse de Jesse. Ya no tiene por qué sentirse culpable. Lo que Ophelia y él han hecho ha sido en beneficio mutuo, y, si ignora lo sumamente increíble que se sintió al estar tan cerca de ella —si se impide recordar los labios de ella sobre su piel o la presión de sus manos cuando lo agarró de los hombros—, también es menos complicado.

Se oye un chillido fuerte y luego otro, lo que hace que Eli se estremezca. Al doblar la esquina, ve media docena de estudiantes usando dispensadores de cinta adhesiva para colgar los carteles y la decoración con temática invernal.

Gime para sus adentros al percatarse de que ya se acerca esa época del año: el baile de invierno. Se saca los auriculares con cancelación de ruido del bolsillo y se los pone en los oídos.

Esquivando al comité de decoración o a quienesquiera que fueran, mira los carteles y se fija en que solo quedan dos semanas para el evento. No le apetece ir, pero no le cabe duda de que, entre

Mali, Dusty y sus viejos amigos, alguien lo convencerá para que se anime. Se agacha para pasar por debajo de una guirnalda de copos de nieve que cuelga del techo, estremeciéndose de nuevo cuando un ruido fuerte demuestra que sus auriculares con cancelación de ruido no sirven de nada.

—¿Estás bien? —espeta Eli, deteniéndose para guardar los auriculares de nuevo. Alza la vista a una de las decoradoras que está en la cima de una escalera con una grapadora en la mano.

Es Kat.

—Hola —la saluda, observándola—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Hola —responde ella, tirándose del dobladillo de la falda hacia abajo, nerviosa—. Creo que bien.

—Entonces, llegaste sin problema a casa anoche, ¿no?

Ella asiente.

—Me di una ducha y luego caí roque.

—Genial —responde Eli—. ¿Y qué tal la cabeza?

—Creo que bien. Aunque es un poco raro. No había ningún corte, pero cuando me lavé el pelo…, había un porrón de sangre.

Kat sigue mirándolo, así que él no duda en vincularse a ella.

—Era más una contusión que un corte. A veces pasa.

Él no tiene ni idea de si eso es siquiera posible, pero la chica asiente.

—A veces pasa. —Kat sonríe, y él desvía los ojos para soltarla—. Opi me ha traído su té para que me lo beba. Ha sido muy amable por su parte.

Eli asiente.

—Es bastante amable.

La chica levanta otra cuerdecita con un copo de nieve en un extremo y la grapa al techo.

Eli parpadea y aguarda a que el sonido pare de reverberar a

través de todo su cuerpo.

—¿Vas? —pregunta él.

Kat mira alrededor, como si cupiera la posibilidad de que no estuviera hablando con ella.

—¿Adónde?

—Al baile de invierno.

—Ah. Supongo. En cierto modo, tengo que ir. —Señala hacia los adornos puestos y la gente que los está colgando—. Alguien ha decidido que los alumnos de música deben estar interesados en toda clase de eventos y producción.

—¿Vas con alguien? —le pregunta cuando algo se le ocurre.

A ella se le abren los ojos como platos con una mezcla de confusión y desconfianza.

—¿Que si voy…? ¿Yo? ¿Por qué?

Eli no puede reprimir la sonrisa maliciosa que se le extiende por toda la cara.

—Deberías pedírselo a Mali —suelta.

Kat parpadea, al parecer muda aún.

—¿A Mali? —pregunta al fin.

—Sí —responde él con rotundidad—. Solo es una idea. —No se le ocurre una forma mejor de animar a Mali que hacer que la chica que le gusta le pida salir.

Eli huele a alguien conocido que llega por su espalda, así que se gira y ve a Will acercándose con unos auriculares grandes que le cubren los oídos. Este le hace un gesto a Eli con la cabeza, aminorando cuando ve a Kat.

—Qué bien que hayas venido hoy —le dice a la chica, quitándose los auriculares y dejándoselos alrededor del cuello—. No sabía si ibas a estar en condiciones.

—Me encuentro bien —replica ella, encogiéndose de hombros—.

Gracias otra vez por llevarme a casa. —Mira a los dos chicos mientras se oyen unas risitas de otros decoradores que hay por allí. Kat pone los ojos en blanco y añade—: Será mejor que os vayáis o se autoconvencerán de que he empezado a practicar brujería. Que Mali me haya saludado no una, sino dos veces, ha sido un tema muy candente en el departamento de música. Y que ahora vosotros os paséis también por aquí de repente va a agitar mucho las aguas. O el caldero.

Eli suelta una carcajada y luego le hace un gesto con la cabeza antes de que Will y él se dirijan a la cafetería.

Los dos chicos no se han relacionado mucho el uno con el otro fuera del grupo, pero, a través de su vínculo con Dusty, Eli sabe más de Will que la mayoría de la gente sabe de cualquiera. Por este motivo, intenta darles espacio y no volver demasiado extraña su ya de por sí complicada dinámica. Sin embargo, cuando oye la música que continúa sonando en los auriculares de Will, no puede evitar sonreír.

—Current Joys —comenta.

Will desvía la vista a sus cascos.

—Ah, sí. ¿Lo conoces?

—*New Flesh* es mi canción favorita.

—¿En serio? —pregunta Will, sorprendido—. La mía también.

—Je. —Eli hace un gesto con la cabeza, inseguro de qué más decir.

—Parece que esta mañana ha sido intensa —comenta Will.

Eli lo mira, preguntándose a qué parte concreta de la mañana se refiere.

—Dusty dijo que tú podías… controlar a la agente cuando quisieras, ¿no?

Eli asiente, aliviado.

—Sí. No podía hacerlo precisamente delante de su padre ni del ayudante del sheriff, pero la tanteé y la agente Ella Reed no es inmune a mi habilidad.

—Bien —replica Will—. Eso está bien.

Delante de ellos, el altar a Kristen aparece a la vista. Está rodeado de dolientes y hay un cartel sobre un funeral en el pueblo al día siguiente.

Eli respira despacio, intentando bloquear el olor a lágrimas y tristeza, cuando nota la presencia de Dusty dentro de la cafetería. Aunque la ha sentido durante todo el día, no la ha visto desde que se bajaron del coche, y la idea de encontrarse cara a cara con ella hace que se le forme un nudo de culpa en el estómago. ¿Hizo algo malo con su hermana la noche anterior? ¿Se había aprovechado de ella? Había ocurrido tan deprisa y Ophelia había estado tan absorta en sintonizarse con su poder… ¿Debería haber bajado el ritmo? Pero entonces recuerda el momento en el que ella se alimentó. La sangre había sido lo último que se le había pasado por la mente.

Y justo ahí radica el origen de su culpa. Desea ocultar desesperadamente lo que siente a Dusty. Hasta que él mismo lo comprenda.

Quiere evitarla a ella y a los demás que se encuentran en la cafetería; no obstante, Will ya está empujando las puertas para abrirlas y Eli lo acompaña adentro.

Will se encamina derecho hacia donde aguardan Dusty y Mali, pero Eli decide sentarse con sus viejos amigos. No puede exponerse ante ella. Todavía no. De camino, se fija en la mesa de Ophelia y en el modo en el que desvía la vista antes de que se crucen sus ojos.

—¿Qué pasa, tío? —pregunta Matt cuando Eli toma asiento en el hueco vacío que hay a su lado. Jesse, que está sentado enfrente de ellos, asiente mientras absorbe un gajo de naranja. Eli tenía previsto

alimentarse de él dentro de dos días, así que deberá contárselo luego. Al contrario que Mali, que no le cabe duda de que está encantada ahora que lo sabe, no está seguro de cómo se sentirá Jesse con la noticia.

Todo el mundo está charlando, pero Matt se inclina y lo chincha:

—¿Qué? ¿No tienes ganas de sentarte con tu ex y su novio hoy?

—Ja —responde Eli en tono plano al tiempo que Matt le da un codazo.

—Anímate, tío, que estoy de broma. Bueno, a ver, no, pero habéis quedado como amigos. Eso está bien. —Coge un puñado de patatas fritas ya mojadas en kétchup y se las mete en la boca. Después de masticar y tragar la mayoría, le pregunta—: ¿Todavía sigues esa dieta deportiva?

Eli asiente.

—Sip. Ayuno intermitente. Comeré esta noche.

—Bueno, ¿y qué tal tus patrocinadores y esa mierda? Ese vídeo tuyo sigue a tope.

—Sí, tío —interviene Jesse—. Ahora debes de tener a todo el mundo intentando contactar contigo.

Eli se encoge de hombros.

—Me estoy tomando un pequeño descanso. Aún lo estoy pensando.

No pasa por alto la mirada que intercambian Matt y Jesse en respuesta.

—Es demasiado —explica—. Son como miles de mensajes y demás, literalmente.

—Deberías buscarte un representante —sugiere Matt.

—Lo sé. Aunque creo que voy a esperar hasta que acabemos. Me voy a centrar en el último año… El circuito no se va a ir a ninguna parte.

—Tiene sentido —comenta Jesse, y Matt asiente.

Un cosquilleo le recorre la columna a Eli, por lo que asume que Dusty lo está observando, pero, cuando se vuelve para mirar, se sorprende al ver que Ophelia se dirige hacia la parte de la cafetería en la que se encuentra él. Se endereza un poco en el asiento mientras una sensación inquietante le hormiguea en el pecho. Sin embargo, la sensación se rompe en pedazos cuando ella le dedica una sonrisa y luego pasa por su lado y se detiene dos mesas más allá.

—¿Ben? —lo llama, de pie justo detrás del *quarterback*.

Él se levanta demasiado rápido y se golpea las enormes piernas con la silla con torpeza.

—Opi, hola —la saluda, frotándose la nuca, enrojecida de pronto.

Si Eli no estuviera en medio de un cóctel confuso de a saber qué emociones, se habría sentido mal por el chico. Salta a la vista que se le da fatal socializar fuera del campo.

—¿Te llegó mi mensaje? —escupe Ben mientras sus amigos se ríen con disimulo.

—Sí —contesta ella, sonriendo, claramente divertida por su falta de aplomo—. Perdona por no haberte respondido.

—Ah, no pasa nada —replica él; el rubor se le expande a las mejillas.

—Bueno —suelta Ophelia con el mentón bien alto—, me preguntaba si querías ir al baile de invierno conmigo.

Se produce un murmullo cuando uno de los amigos de Ben escupe el batido de chocolate.

—Oh —repone Ben, con las orejas también coloradas ahora—. ¡Sí! Me encantaría.

—Oooh —corean sus amigos mientras Matt le da un codazo a Eli en el brazo otra vez.

Cuando Eli lo mira, Matt asiente hacia él con complicidad.

—Ahora todo tiene sentido —suelta.

—¿El qué? —pregunta Eli, que tiene todos los vellos del cuerpo de punta por el enfado.

—El motivo por el que te juntas con tu ex todo el rato.

Eli espera con el ceño algo fruncido.

Matt se mete otra patata en la boca, la mastica un poco y luego añade:

—Te mola su hermana.

—¿Qué cojones dices, tío? No —replica Eli, sintiendo cómo se le forma una capa de sudor en la frente.

—Lo que tú digas —contesta Matt con una risita y mirando a Jesse con una sonrisa maliciosa.

Jesse sonríe, pero se muestra reservado.

—Tiene razón —comenta este, y después echa un vistazo a Ophelia, que vuelve como si nada a su mesa, donde Theo le lanza una sonrisa llena de orgullo.

De repente, Eli siente mucho calor. Se tira del cuello de la camiseta, pues nota como si le estuviera ahogando.

«Mierda. Creo que estoy enamorado de ella».

La admisión se le pasa por la cabeza con tanta rapidez que tiene que morderse la lengua para no decirlo en voz alta.

Recoge la mochila.

—Tengo que irme —suelta, y se va derecho a la salida.

—¿Qué ha dicho ella? —pregunta Mali, instando a Dusty a hablar con un codazo en las costillas.

Sin embargo, la chica apenas lo nota. Sigue con la vista clavada

en su hermana con una mezcla de orgullo y una creciente sensación de aprensión. La noche anterior, Opi descubrió su poder, su fuente de sangre. Eso la liberó para averiguar lo que quiere y lo que es ahora, y esa independencia va a complicar que Dusty pueda protegerla.

—Dust, me estás matando.

Se gira hacia Mali.

—Le acaba de pedir a Ben Garrett que vaya con ella al baile de invierno.

—Nooo, ¿en serio? —medio susurra, medio grita Mali.

Hasta Will había sonreído ante lo nervioso que estaba Ben, y eso que ni siquiera había alcanzado a oír la conversación.

—La tía se ha marcado un tanto —comenta Mali, y luego susurra en un tono bajo—: ¿Crees que es por Eli?

Dusty se vuelve hacia su amiga, sentada a su lado.

—¿A qué te refieres?

—No sé. —Mali se encoge de hombros—. Él tiene ese tipo de confianza. Nunca vacila en perseguir lo que quiere. Y… sé que muchas cosas han cambiado para Op, pero ella jamás ha sido la clase de chica que va a pedirle salir al *quarterback* delante de todo el instituto.

—En primer lugar —susurra Dusty—, tú tienes ese tipo de confianza también. En segundo… —echa un vistazo adonde se encuentra su hermana para asegurarse de que está hablando con sus amigos—, a Opi nunca le ha importado mucho lo que los demás opinen. Solo porque su interés por los chicos aún no se hubiera despertado del todo no significa que jamás fuera a hacerlo… Además, ¿se te olvida que probó la sangre de Ben en Halloween? ¿Justo delante de él?

Mali sacude la cabeza, riéndose por lo bajo.

—Hostia —suelta—. Vaya con Opi. —Entonces, con las cejas alzadas, añade—: No me puedo creer que Eli y ella hayan llegado a un… acuerdo. —Por los colores de Mali, que han sido alegres por el alivio desde que Opi se lo contó antes, es evidente que está contenta con que su propio acuerdo con Opi haya acabado.

Dusty nota que tanto Mali como Will la observan, preguntándose cómo se siente por lo ocurrido entre Opi y Eli.

—Sí, sin duda es muy práctico —se apresura a aclarar. Pero sí que se pregunta (si es que su hermana siente de verdad sed de sangre por Ben) si saciar su sed con Eli evitará que quiera alimentarse del *quarterback* entonces. Dusty es incapaz de imaginarse tener que abstenerse de Will, esté saciada por alguien más o no. En voz alta, añade—: Ahora solo debemos preocuparnos por JD y sus transformados, la nueva agente y la premonición.

—Y la sombra, sea lo que coño sea —agrega Mali. Acto seguido, frunce el ceño—. Bueno, ¿cómo vas a averiguar dónde se encuentra JD?

—Intentaré tener otra visión de él esta tarde para distinguir dónde está o reducir las opciones. Solo necesito… algo que la provoque. Luego, igual deberíamos hacerle una visita a su madre. A ver si sabe algo. Podemos preguntarle por la sombra también.

—Y por «podemos» te refieres a…

Desvía la mirada hacia la mesa de Eli, pero él ya se ha ido.

—Espero que Kat se encuentre bien —dice Mali, buscándola.

—Está en el pasillo —explica Will—. Con la tarea de los adornos del baile. Y sí, parece encontrarse perfectamente.

Mali asiente.

—Genial. Menos mal que Opi y Eli estaban allí.

—Se podría haber desangrado —suelta Dusty sin pensar. Los colores de Mali varían al rojo y al morado, y Dusty sabe que se está

acordando de Kristen—. Lo entenderé si quieres mantenerte alejada de nosotros y de la montaña un tiempo —agrega—. Hasta que todo esto… Hasta que sepamos qué es lo que se trae entre manos JD.

—Gracias —responde Mali, pensativa—. Te lo diré si se da el caso.

Una débil ráfaga de colores azules pasa de Will a Dusty, y bajo la mesa, él desliza la mano hacia la de ella.

—He estado pensando —interviene él—. ¿Recuerdas la piedra que tenías en la mano cuando forzaste la visión de JD? ¿La de la cima?

Dusty asiente. Se la había enseñado a Will, pues sabía que le gustaba la geología y que tal vez apreciaría esos singulares tonos azules y verdes iridiscentes que se entremezclaban con los grises agrestes. Se acuerda del instante en el que Opi la descubrió, como si supiera que estaba allí, oculta entre la hierba. Ahora, se pregunta si había sido la habilidad de Opi la que la había conducido de algún modo a ella.

—¿Un objeto como ese normalmente no te mostraría retazos de un recuerdo… en lugar de una visión de lo que está sucediendo en ese momento? —pregunta Will.

Ella asiente de nuevo. Dado todo lo demás, no ha tenido ocasión de cuestionarse mucho.

—¿Por qué?

—Creo que la piedra en cuestión es anortosita —explica, pensativo—. Habitualmente, solo se encuentra en los picos altos. Es bastante bonita, la verdad. Las Adirondack son muy diferentes a otras cadenas montañosas como las Rocosas o los Apalaches. Son mucho más recientes. Solo tienen cinco o diez millones de años, pero están hechas de rocas mucho más viejas, de más de mil millones de años.

—¿Cómo? —pregunta Dusty, fascinada.

Mali se ríe entre dientes, sonriendo mientras mastica una zanahoria cortada en rodajas, y le dice a Will:

—Tienes suerte de que sea casi tan friki como tú.

—Sí —coincide Will, lanzándole una sonrisa de satisfacción a Mali antes de añadir—: Supongo que aquí hay una enorme bolsa de magma bajo la corteza terrestre, de casi unos doscientos sesenta kilómetros de ancho, y ha creado un domo que ha empujado las rocas antiguas hacia arriba desde kilómetros por debajo de la superficie, causando surgimientos de nuevas montañas. Todavía siguen elevándose un poco cada año. Y la anortosita es muy rara fuera de estas montañas. Es más común en la Luna. Las regiones montañosas de allí están formadas casi en su totalidad por ella.

—Entonces… ¿podríamos decir que esto está relacionado con la Luna? —pregunta Mali—. ¡Quizá la presencia se fuera volando hacia allí después de que descendiera y cambiara a Opi!

Will sacude la cabeza, riéndose.

—Bueno, todo es posible, pero, nah, solo me hace pensar que estas montañas son bastante singulares y que tal vez exista algo particularmente especial en la geología de la White Mountain que haya atraído a la presencia aquí. —Mira a Dusty—. Que la haya atraído a ti.

—Puede —replica Dusty, pensativa. Cuando Will le había dado su sangre esa mañana, le había provocado una breve sensación de calma. Pero, ahora, siente como si un millón de piezas de un puzle girasen de pronto a su alrededor, demasiado pequeñas, demasiado veloces, haciendo imposible distinguir los bordes.

TERCERA PARTE



14

Negro y eterno

En el huerto, los pies descalzos de Opi se hunden en la espesa nieve. Ha dejado de caer en algún momento cuando estaba en el instituto y la ha sustituido una ligera niebla que cubre el cielo azul y el sol de la tarde, difuminando todos los colores.

Dusty se encuentra en la cima intentando conjurar una visión de JD, lo que significa que a Opi no le debería extrañar que Eli se halle cerca, vigilándola. Mira a su alrededor, sintiendo pequeñas chispas de ella dentro de él, justo como nota las de él en ella, corriendo por su sangre. Esté donde esté, es evidente que quiere mantenerse fuera de la vista. Sabe que él también lucha con las consecuencias de lo que ocurrió anoche. Lo ha sentido en la manera en la que le ha respondido cuando le ha preguntado hoy a Ben si quería ir al baile de invierno: celoso, posesivo, territorial, asustado. Sabe que es solo porque ella ahora es su fuente de sangre, su medio para sobrevivir.

Y nada más.

Inspira. Bajo las capas de nieve y las hojas caídas, es capaz de oler las plantas descompuestas que jamás cuidó a finales de verano. Habían crecido demasiado, lo que tuvo que admitir que le pareció bonito durante un instante. Sin embargo, a medida que languidecían y se ponían marrones, con los últimos frutos pudriéndose sobre el mantillo a su alrededor y el moho expandiéndose bajo el calor

húmedo, Opi había sentido que su destino estaba sellado. Pasado y presente. Un futuro incierto.

Ahora, es como si sus sueños hubieran vuelto a ella. No sabe cómo, pero quiere recuperarlos. De algún modo, esta es la razón por la que ha decidido pedirle hoy a Ben que vaya con ella al baile de invierno.

No lo había planeado. Nunca se le había ocurrido mientras pasaba por delante de los carteles por todo el instituto. No obstante, cuando lo vio en la cafetería, fue como si encontrara una nueva fuente de sangre, una que no la hacía odiarse a sí misma; y esto le había quitado la presión a Ben de encima. Él ya no era la luz al final de un túnel o el camino hacia la libertad. Podría encargarse sola de ello.

Le había hecho querer explorar otras facetas de ella misma. Cuando Eli le contó la imagen que creía que ella tenía de él, la de alguien arrogante y manipulador, la muchacha se había percatado de que, en realidad, sentía envidia de esas facetas de él. Su descaro, su seguridad en sí mismo, en su cuerpo, en el efecto que causa en los demás. Y mientras hasta anoche el chico no se había arrepentido por ello, Opi se había dado cuenta de que eran precisamente aquellas partes de sí misma las que sentía que necesitaba ocultar, justo cuando las estaba descubriendo. Anhelo, necesidad, deseo. Era como si alimentarse de él hubiera desatado lo que había estado encubriendo.

Sí, había habido unos cuantos minutos, u horas, en los que no había podido sacarse a Eli de la cabeza. Sin embargo, esta mañana, cuando él ha sugerido que Dusty también podía alimentarse de ellos, ha sido como si el hechizo se hubiera roto. No era a Opi en específico lo que Eli deseaba. Quería alejarse de Jesse tanto como ella de Mali, y en lo que se refería a sus sentimientos, había deseado

a Dusty primero. Ahora que ella estaba con Will, tendría que languidecer solo hasta que encontrara a alguien apropiado de verdad para él. Alguien que pudiera darle todo.

Así que, cuando ha visto a Ben, Opi se ha dado cuenta de que la atrae algo más que su sangre: la manera en la que la hace sentir. Puede olerlo en él. Nervios, excitación, deseo. Y eso en sí mismo la hace sentirse poderosa. No necesita su sangre. Esta ni siquiera tiene que ser un factor mientras descubre si hay algo más entre ellos. Le puede dar tiempo, espacio, y, con su nueva energía recién manifiesta —que fingirá que no brilla con los ecos del poder, del calor y del roce de Eli—, es libre de explorar su nueva habilidad. Su propio poder. Su futuro.

Está segura de que la reacción posesiva de Eli se aplacará con el tiempo.

Se acerca a una mata de milenrama alta con los tallos esqueléticos y las inflorescencias salpicadas de nieve. Aunque ha dejado de crecer, sus raíces siguen vivas, adormecidas, aguardando la primavera.

Se agacha, apartando el hielo y las hojas húmedas, y hunde las yemas en la tierra dura junto a la planta; acto seguido, cierra los ojos. Al principio, lo único que oye son los pájaros. Todo lo demás se encuentra tranquilo y en silencio. Se centra en la sensación de sus dedos en la tierra, y oye los susurros de los tallos secos de la milenrama temblar antes de quedarse muy quietos. Entonces, comienzan los murmullos. No puede discernir las palabras; es más bien un sentimiento de agradecimiento. Seductoras, abiertas, curiosas. Le rozan bajo los oídos y el cuerpo a medida que los dedos empiezan a hormiguearle. Abre los ojos y se encuentra oleadas de luz azul claro bajo la nieve, pulsando en todas direcciones.

«¿Hacia dónde? —parecen preguntarle—. Únete a nosotras».

Las ramas de los árboles a su alrededor se ciernen más sobre ella con las hojas crujiendo al ritmo de la brisa.

Opi suelta una carcajada, fascinada, a la par que unas lágrimas comienzan a rozarle las mejillas.

Vuelve a mirar hacia abajo a los tallos de la milenrama. Sus ojos aterrizan en uno bajo cubierto de una capa delgada de hielo. La luz azul parece seguir su mirada, y unas corrientes de ella serpentean desde el suelo del bosque y culminan en la base del tallo.

Cae una gota y, a continuación, otra a medida que la planta empieza a despojarse de su capa helada.

A Opi se le encoge el corazón, y un brote plumoso comienza a emerger de la nieve junto a la planta, desplegándose poco a poco, como si siguiera su reacción.

Alza las manos para secarse las mejillas húmedas, manchándose de tierra fría la cara. Los susurros empiezan a acallarse y la extraña luz azul se atenúa, absorbida por el bosque.

Aun así, la sensación de energía con la que acaba de conectar permanece. Es constante. Se encuentra por todos lados. Se entreteje bajo cada planta de su huerto hacia los árboles, desde la profundidad del Black River hasta el pico de la White Mountain…, una red gigante.

—Hongos micorrícicos —susurra, sorprendida pero segura ahora. Eso es lo que le ha estado hablando. La red enorme y simbiótica formada entre los hongos subterráneos y las raíces de las plantas, la que lo conecta todo. Piensa en los momentos en los que sintió atisbos de esto, susurros, destellos, en el pico, en los árboles fuera del instituto. Por todos lados. «Sí», piensa. Ha tenido el poder todo este tiempo.

El sonido profundo de la música se desvanece en la luz de la tarde. Mali duda junto a la puerta del garaje, escuchando, sin estar muy convencida de si debería interrumpir.

Le tiemblan las rodillas por el frío; el abrigo de lana hasta la pantorrilla no la está calentando gran cosa. Supone que unos vaqueros, una rebeca corta y unas zapatillas Onitsukas amarillas no son exactamente la indumentaria apropiada para la nieve, pero vive en el pueblo, no en la montaña, y suele evitar salir fuera a menos que tenga que entrenar.

El frío gana, y ella llama a la puerta.

La música se detiene de pronto.

—¡Voy! —grita una voz.

Segundos más tarde, la puerta del garaje se enrolla hacia arriba y el calor emana. Mali se mete en cuanto puede, sorprendida de encontrarse en un garaje de verdad, adornado con carteles de metal viejos, luces, una pared de herramientas relucientes y tapacubos, y dos coches deportivos enormes y clásicos que ocupan el centro del espacio.

—Ey.

Mali se gira hacia Kat, que se encuentra de pie junto a su violonchelo, balanceándolo en su pica. Hay una caja justo a su lado, a la cual Mali intuye que Kat tiene que subirse para tocar. No puede evitar reírse.

—Desde luego que, para ser una chica tan bajita, te gustan los juguetes grandes.

Kat baja la vista hacia sí misma, un poco confusa. Lleva un conjunto a juego que se ciñe a sus curvas y el pelo rubio recogido hacia atrás en un moño alto repeinado.

—Jamás me he tenido por bajita, pero sí, estos son mis bebés.

Mali alza las cejas de pronto cuando ve los coches.

—Entonces ¿son tuyos?

—Bueno, este sí. —Sonríe mirando el coche de color bronce metalizado brillante. Solo en ese momento, Mali se percata de que tiene una pequeña mancha de grasa en la mejilla—. Y ese —señala con la cabeza el descapotable rojo— todavía es técnicamente de mi abuelo, pero les he dedicado mucho trabajo y, cuando llegue el verano, creo que me dejará conducirlo.

Mali silba, paseándose alrededor de los coches para examinarlos, animada por lo orgullosa que parece Kat.

—¿Los arreglas tú?

Kat asiente.

—A ver, ya no necesitan mucho. Solo mantenimiento. La mayoría de las noches, me sigue gustando echarles un vistazo antes de practicar.

Mali asiente despacio, impresionada, y para cuando ha dado toda la vuelta, Kat está guardando el instrumento en su funda.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunta Kat, y Mali juraría que está evitando hacer contacto visual.

—Solo quería ver cómo te encontrabas después de lo de anoche.

—Podrías haberme mandado un mensaje y ya. —El cuello empieza a sonrojársele.

—No tenía tu número, así que le he preguntado a Dusty dónde te dejaron… —Repara en que hay un sofá de cuero contra una pared y se dirige a él, se quita el abrigo y se desploma—. Quería haberte buscado hoy en el instituto, pero estaba un poco… distraída.

Kat observa a Mali; es evidente que no sabe si debería sentarse también. Sin embargo, tras un momento, se une a ella en el sofá.

Se produce un largo silencio mientras observan la habitación.

Mali no lo soporta.

—En fin, ¿es buena la pista que te grabó JD?

Kat suspira.

—Ya ni siquiera lo sé. A ver, sonaba bien. —Mira la funda de su violonchelo—. He solicitado una beca, y pensaba que la pista sería lo bastante diferente de lo que se suele presentar como para destacar de verdad.

Mali asiente.

—Joder. Sé lo que es tener ese tipo de presión. Yo solicité una beca también. ¿Adónde quieres ir?

—A la Butler School of Music, en la Universidad de Texas.

—Venga ya —suelta la otra chica, radiante—. Ahí es donde voy a ir yo. Al equipo de atletismo —añade, orgullosa.

—¿En serio? —Kat sonríe, alzando la vista hacia Mali. Tiene las mejillas redondeadas rosas, la piel brillante y, cuando sonríe así, Mali piensa que es una de las chicas más guapas que jamás ha visto—. ¿Ya has conseguido entrar? —pregunta.

—Sí, y estoy segura de que tú también lo harás. No necesitas a JD. Haz una pista nueva. Tal vez te sorprendas.

—Eso es lo que me han dicho mis amigos.

—Parecen buenos amigos. Deberías hacerles caso.

—Supongo —contesta Kat, riéndose con timidez. De pronto, se gira, mirando la pared junto a la estantería de herramientas. Vuelve a mover los ojos, como si siguiera algo, pero cuando Mali echa un vistazo, no ve nada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Mali.

Kat vacila y, a continuación, se gira otra vez hacia Mali con las mejillas pálidas. Parpadea.

—Sí, perdona. —Sacude la cabeza y luego esboza una sonrisa tímida con los labios carnosos.

«Joder», piensa Mali, apartando la vista, ya que siente unas mariposas en el estómago y cree que no debería, no ahora, no tan

pronto después de que hayan encontrado a Kristen, no cuando su funeral es mañana.

La culpa la atraviesa como una ola.

—¿Vas a ir al baile de invierno? —le pregunta Kat.

Mali se levanta, sin estar segura de repente de lo que está haciendo aquí en realidad.

—Lo siento —dice, poniéndose el abrigo—. Acabo de acordarme de que… me tengo que marchar.

—Ah —responde Kat—. Vale.

Mali se para junto a la puerta del garaje, aguardando a que se abra por arte de magia. Cuando no lo hace, se gira hacia Kat, sonriendo y probablemente ocultando fatal su impaciencia.

—Ah —suelta otra vez Kat, levantándose—. Perdona. —Presiona un botón en la pared y la puerta empieza a enrollarse, despacio y con torpeza.



Cuanto más se resiste, más fuerte se cierra el agarre alrededor de sus tobillos. Está tan cansada que apenas puede alzar la cabeza para ver, pero siente que los huesos están a punto de partírsele por la fuerza inamovible.

El pánico se intensifica a cada segundo, nauseabundo, tóxico. El grupo la mira desde los árboles; el poderoso aún se encuentra fuera de la vista.

Apoya la cabeza en la fría nieve, rezando por que la noche se acabe. No cree que le queden ya ganas de luchar. Está lista para que alguien acabe con su sufrimiento.

Al otro lado del suelo blanco reluciente, una sombra negra se alarga hacia ella. Surge de la tierra y, poco a poco, adopta la forma

de algo casi físico, como humo, pero más denso. El terror materializado.

Se curva y se ondula, alcanzándola. Ella cierra los ojos.

El cuerpo le duele por el miedo, como si sus órganos se apretaran con tanta fuerza que su corazón fuera a pararse; los pulmones son incapaces de tomar aire.



Dusty jadea y unos escalofríos le recorren el cuerpo como si sus células todavía pudieran sentir el dolor de tal miedo. Es negro, eterno y absorbente. Mira a su alrededor para recomponerse.

Aún hay luz fuera. Se encuentra a medio camino entre su casa y la cima. Sostiene una piedra con fuerza en la mano. Se dirigía a buscar una visión de JD.

En vez de eso, ha tenido una premonición.

«Estás bien —se dice a sí misma—. Opi está bien».

«Por ahora».

Se obliga a moverse, necesita estrechar a su hermana entre sus brazos, necesita saber que está ahora mismo a salvo para que su cuerpo deje de tener esta sensación.

—¡Opi! —grita, corriendo, bajando la montaña a trompicones—. ¡Opi!

Unos segundos más tarde, se oyen unas pisadas en la nieve. De una persona, luego de otra.

Opi sale de entre los árboles.

—Dusty, ¿qué pasa?

Eli aparece entonces, unos tres metros por encima, con sus colores llenos de rojo y negro de miedo a medida que Dusty manda la premonición por su vínculo antes de que encuentre siquiera las

palabras para describirla.

Se pone hecho una furia, con el corazón latiéndole a toda velocidad y el olor agrio por el miedo.

Entonces, Dusty se percata de que Opi mira a Eli, que sus colores cambian unos instantes después de los de él en respuesta, como si estuviera sintiendo lo mismo que él. Dusty ladea la cabeza, preguntándose qué se está desarrollando entre ellos.

—¿Tú también puedes verlo, Op? —pregunta—. ¿Tú también puedes ver lo que yo he visto?

A su hermana le lleva unos segundos apartar la vista de Eli, y solo parece percatarse de la pregunta de Dusty entonces. Sacude la cabeza.

—No, ¿qué ha ocurrido? —Tiene la voz grave y áspera.

Dusty mira a uno y a otro, tratando de entender.

En respuesta a su pregunta tácita, Eli se aclara la garganta.

—Creo que… lo ha sentido, ¿no, Ophelia?

Ella asiente.

—¿Qué ha sucedido?

—Dusty ha tenido una premonición. Me la ha mostrado y creo que tú has sentido cómo he respondido a ello. De forma desgarradora.

Opi asiente con una expresión de dolor.

—Ha sido horrible.

Dusty se acerca a su hermana dando zancadas y la envuelve entre sus brazos. Opi se queda rígida durante un momento, aunque después se relaja y también la estrecha entre los suyos.

—Me encantaría meterme ahí en medio —dice Eli—. Pero, primero, cuéntanoslo. Quiero tener muy claro lo que has visto.

La chica suspira, sin saber si tiene energía para ello. Sin embargo, poco a poco, suelta a su hermana y describe lo último que

ha vislumbrado de la noche de la premonición.

Opi suelta una larga exhalación.

—Entonces ¿la sombra es lo que te ha hecho sentirte así?

—Sí. Debe de ser de lo que papá hablaba, y la madre de JD. No he tenido la oportunidad de intentar tener otra visión de él, pero, de todos modos, creo que es hora de que vayamos a su casa y le hagamos unas preguntas a su madre. Quizá haya una razón por la que he tenido esa visión de nuestra madre —le explica a Opi—. Tal vez esté conectado.

Más abajo en la montaña, suena un coche entrando por el camino de grava de la casa de los Silver.

—Will está aquí —suelta Dusty, que de pronto vuelve a sentir el miedo. Por primera vez en meses, recuerda por qué se ha pasado tantos años reprimiendo cualquier emoción; la idea de perder a otro ser querido le duele tanto como el miedo que ha sentido cuando ha visto la sombra.

15

Acabemos de una vez con esto

Deciden olfatear el perímetro de la propiedad de JD para asegurarse de que no ha regresado a la montaña. Manteniéndose cerca de la valla, Opi piensa en la habilidad de la mente para normalizar lo anormal. Con todo lo que ha estado sucediendo, ella aún es capaz de perderse en los detalles del día a día, lo que le permite llevar una vida normal. El tiempo, la estación, sus problemas personales, sus relaciones… Todas las cosas que le aseguran que todavía es humana. Todas las cosas que la ayudan a olvidarse, la mayor parte del día, de que es consciente de que hay algo momentáneo que ha destrozado no solo su propia realidad, sino el concepto de realidad en sí mismo.

Alza la vista al cielo, preguntándose si la presencia regresará algún día de adonde se fue o si los está observando ahora, divertida por la serie de eventos que ha desencadenado.

—Vamos —dice Eli.

El chico está justo detrás de ella, pero no se atreve a mirarlo. No han tenido oportunidad de hablar de la conexión que se ha desarrollado entre los dos desde la noche anterior. Del hecho de que ella puede sentir lo que él está sintiendo y de si él también la siente a ella o no.

Will va por delante, con Dusty en cabeza. La muchacha ha

tratado de hacer que él se vaya a su casa y espere hasta que sepan a ciencia cierta que JD no está allí, pero se ha negado. Ha sido algo tenso, y un recordatorio de que, aunque son perfectos el uno para el otro en muchos sentidos, sus diferencias fisiológicas y fundamentales les plantean muchos retos.

Will lleva plumífero grueso, gorro de lana, pantalones cargo y botas de nieve. Tiene las mejillas y la nariz rosas y las manos metidas en los bolsillos. Por el contrario, Dusty solo va en vaqueros y camiseta, y en el puño sujeta la roca. Parece una criatura de la noche. Su fuerza, todo lo sucedido aquí en la montaña, la policía y el hecho de que necesite su sangre para sobrevivir…, para un montón de parejas habría sido demasiado o, como mínimo, habría causado un desequilibrio de poder que podría haber provocado una ruptura. A Opi le hace preguntarse si no habrá sido demasiado impulsiva al pedirle a Ben que fuera con ella al baile de invierno. Apenas lo conoce.

Para cuando han vuelto al punto de salida, el cielo es del todo negro y una niebla reciente ha llegado hasta la montaña, baja y densa. No han encontrado ni rastro de JD.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunta Opi.

—Pues… —responde Dusty— debemos averiguar más de la sombra, y debemos preguntarle dónde está JD.

—¿Y crees que nos lo contará? —cuestiona Opi.

Dusty mira a Eli.

—No podemos dejarle otra opción.

Opi frunce los labios. No le hace demasiada gracia la idea de utilizar a la madre de JD de ese modo. Ha pasado por mucho. Pero accede; igual es la opción menos complicada.

—Debemos encontrarlo —añade Eli—. Sea como sea. No sabemos a cuántos transformados más ha infectado ya, y no

podemos permitir que lo que sea que ocurra llegue al punto que Dusty acaba de ver en la premonición.

Dusty asiente y luego se gira hacia Will.

—¿Estás seguro de que quieres venir con nosotros?

Él le lanza una mirada que deja muy claro que no piensa irse a ninguna parte.

—Pues vale —replica ella—. En marcha.

Se encaraman a un haya cuyas ramas se inclinan justo por encima de la valla. Opi se aferra a la corteza con las manos y los pies descalzos. Le cuesta ver a través de la niebla, pero, cuando llega a la cima, las brillantes estrellas titilan entre las hojas.

Will necesita un poco de ayuda para subir las partes más escarpadas, pero se le da bien escalar: tiene unas extremidades alargadas y enjutas que lo ayudan a subir con relativa facilidad. Cuando llega el momento de saltar abajo hacia el velo de nubes, Dusty le rodea la cintura con el brazo para evitar que se rompa las piernas. Opi va después, y luego, Eli; y, tras una mirada rápida e instintiva hacia atrás, hacia la valla, comienzan a dirigirse a la casa.

Opi sabía que la propiedad era inmensa, pero, incluso a través de la niebla blanquecina, le parece más grande de lo que imaginaba. Se abren paso entre los árboles que rodean el perímetro. Más allá, Opi no aparta la vista de un jardín cubierto de nieve que sube por la ladera que rodea la montaña hacia la casa. Están a medio camino entre los árboles cuando un fuerte olor a podrido inunda las fosas nasales de Opi. En el mismo instante, Dusty y Eli se quedan rígidos.

—¿Qué ocurre? —susurra Will.

Se acercan más, y Opi nota que la recorre una escalofriante sensación.

—Aquí debe de ser donde enterró a su padre —explica Dusty.

Todos se quedan tiesos.

Opi recuerda cuando Dusty le contó el recuerdo que había visto de JD matando al hombre. Habían supuesto que lo había enterrado ahí en la propiedad; y, en efecto, en el momento en el que Opi sigue el olor, oculto por el suelo fértil, sobresaliendo de la nieve, se ven los tallos marchitos de una joven zarzaparrilla silvestre. Es como si la tierra le hubiera erigido una lápida.

Le apena que no puedan contarle a la policía lo que ha sucedido, pero también parece mejor que lo que le ha pasado a Kristen, arrancada de raíz, desplazada.

—Fuera el tipo de hombre que fuera —dice en voz alta—, está bien que, en cierto sentido, siga en casa. Que se convierta en parte de la montaña.

Nadie más habla, pues están perdidos en sus propios pensamientos al respecto.

Tras un rato, Eli se gira y empieza a caminar hacia la casa otra vez, y los demás lo siguen. Cuando llegan a la linde de los árboles, la niebla está a sus espaldas. Al otro lado de la extensión de nieve, la casa aparece a plena vista, iluminada por la luz de la luna. Es todo ángulos afilados, hormigón y cristal. Hay una luz cálida encendida en alguna parte de la planta de abajo, pero el resto del lugar permanece oscuro y en silencio. Es inhóspito, frío, y enseguida le pone a Opi los nervios de punta.

—Vamos —musita Dusty.

Con cautela, comienzan a andar por la nieve.



Dusty tiene que seguir recordándose que afloje la fuerza con la que agarra la piedra. Supone que podría guardársela en el bolsillo trasero, pero hay algo en el peso de ella que hace que la ancle a la

tierra.

Aparte de los rastros que dejan ellos tras de sí, Dusty se da cuenta de que no hay ninguna otra señal de nada o nadie más en la nieve. No hay huellas de aves, ardillas listadas o comunes, ni liebres. Todos caben perfectamente entre los postes de la valla, y seguro que querrían aprovechar al máximo una zona en la que no hay depredadores de mayor tamaño.

Conforme camina, se apodera de ella una sensación extraña que se vuelve más fuerte a cada paso. Aminora, el cuerpo le cosquillea con un presentimiento. Es como si millones de chispas microscópicas se encendieran desde lo más profundo de su ser y viajaran a través de los órganos, los huesos, los músculos y la carne. Extiende las manos delante de ella, medio esperando ver estrellas salpicándole la piel.

—¿Qué pasa? —pregunta Will.

—No lo sé —susurra Dusty, despacio—. Es que noto… una sensación extraña aquí.

Cuando alza los ojos, Opi y Eli han reducido el ritmo también. Opi agita las manos como si intentara suavizar la sensación que le corre por la punta de los dedos.

—¿También sentiste lo mismo cuando viniste la otra vez? —le pregunta a Eli.

—Tal vez. Pero estaba lleno de adrenalina. JD y Amber me habían atado y luego Dusty casi se ahoga. Así que no lo sé.

—Nunca había venido tan lejos —admite Dusty.

—Es como si me hubieran conectado a la corriente —añade Eli.

Dusty se fija entonces en lo caliente que se ha puesto de pronto la roca que lleva en la mano. La mira y una sensación de vértigo comienza a darle vueltas en el cráneo. Cierra los ojos, viendo la cuerda que la conecta con JD colgando delante de ella. La agarra

con fuerza y su mente se ve invadida de repente.



La luz de la luna apenas penetra entre los árboles mientras él camina por el bosque. El terreno es plano y hay tantos árboles que la nieve no ha llegado al suelo. Conforme las ramas le rozan los brazos, siente cómo le vibra el cuerpo de poder. Unos pasos suenan a sus espaldas.

Se da la vuelta y los ve, a los dos miembros nuevos de su familia. Harán lo que sea por él y él les dará todo a cambio.

Siente en la piel un escalofrío. «Dusty», piensa. Está ahí otra vez, dentro de su mente.

Una oleada de culpabilidad lo recorre, pero enseguida la ignora. Se está acercando a una hilera de árboles que bordea un jardín cubierto de nieve. Cuando aminora, los dos que van con él también lo hacen, flanqueándolo como si fueran sus alas.

Más allá de un viejo columpio que cruje con la gélida brisa, otras dos figuras aguardan. JD silba y las figuras se vuelven hacia él y echan a correr en su dirección. El chico nota la sonrisa que se le extiende por la cara y la sed que se le intensifica a medida que ellos pisan la nieve congelada. Su familia se hace más grande. Más fuerte.



Dusty oye el sonido que hace la roca al caer a sus pies cuando abre los ojos. Will está justo delante de ella, y nota a Eli a un lado suyo y a Opi al otro.

—¿Estás bien? —le pregunta su hermana, cogiéndole la mano.

Dusty asiente.

—Tómate tu tiempo —dice Will con suavidad.

Ella se agacha para recoger la roca de la nieve.

—Ha sido una visión —explica—. De JD. —Se guarda la roca en el bolsillo trasero, no muy segura de si agarrarla es lo que la ha ayudado a tener la visión o no. De todas formas, no le apetece arriesgarse a tener otra. Cree que no podría aguantarlo—. No cabe duda de que ha convertido a dos transformados ahora. La chica que vi la primera vez y un chico un poco más mayor. Creo que estaba a punto de transformar a dos más.

—Mierda —maldice Eli—. ¿Alguna idea de dónde se encuentra?

Ella niega con la cabeza, pero le muestra la visión a través del vínculo por si él reconoce algo. Por su gesto de decepción, deduce que no.

—Piensa que los transformados son su familia —añade ella en voz alta—. Ahora tiene sentido el que haya regresado aquí. Extrañará a su madre…, la seguridad de este sitio. Igual quiere que todos vivan juntos aquí. Es lo bastante grande.

—Y el único problema somos nosotros —agrega Eli.

—No volverá hasta que tenga transformados suficientes para asegurarse de que puede con vosotros —dice Will.

Dusty asiente.

—Los transformados no son tan fuertes como nosotros y no tienen habilidades. ¿Os acordáis del miedo que tenía JD al control mental de Eli?

—No creo que mi habilidad le resulte muy amenazadora —interviene Opi.

—La mía tampoco —añade Dusty—. Pero quizá de eso va la premonición. Igual Opi tan solo se ve envuelta en el fuego cruzado de la lucha en la que todo esto va a acabar.

Eli parece agotado.

—¿Quién iba a decir que terminaríamos peleando por el territorio en nuestro último año?

—¿Y la sombra? —pregunta Opi—. ¿Qué es y qué tiene que ver con JD y los transformados? ¿Dónde encaja en todo esto?

Dusty baja los hombros y mira hacia la casa.

—Vamos a averiguarlo.

—De todas formas —añade Eli—, debemos encontrar el modo de pararlo. —Mira a Opi—. Antes de que cambie a nadie más.

—Estoy de acuerdo. Acabemos de una vez con esto —dice Dusty.



Se acercan a la casa por el lado que es mayormente de hormigón. Opi siente náuseas y malestar. Ese extraño zumbido sigue vibrando por todo su cuerpo.

Rodean el muro y luego se asoman por la esquina a través de una cristalera que revela un salón comedor diáfano enorme. Al fondo de la estancia hay una cocina, donde se encuentra una lamparita sobre una mesa de trabajo. Es la única luz de toda la casa.

No hay señales de movimiento, así que siguen adelante, asomándose.

La sala parece ocupar prácticamente la mayor parte de la planta baja. La luz de la luna arroja un tenue brillo sobre la zona del salón y el comedor formal más cercano a la pared de cristal, mientras que la lámpara de la cocina alumbra un comedor de ambiente más informal y otra zona de salón rodeada por estanterías bajas repletas de libros. Todo el lugar tiene vistas a los terrenos y a las montañas de más allá.

Casi han llegado a la siguiente esquina cuando Opi siente cómo

se le va la sangre de la cabeza a los pies. Se detiene, paralizada. Al otro lado del cristal, sentada en la oscuridad, hay una mujer.

Está en un sillón y al principio parece que los está mirando a ellos, pero no mueve los ojos oscuros, no parpadea, tiene la mirada perdida, y Opi se da cuenta de que no está mirando a nada.

—Uf —gime Eli—. Me convencí de que se había puesto mejor.

—Michelle —dice Dusty en voz baja—. Creo que se llama Michelle.

Opi se toma un momento para estudiar a la mujer y se fija en la melena rubia natural que le llega a la altura de los hombros, la piel pálida, la cara sin maquillar y los ojos marrones. Lleva una camisa azul clara, vaqueros y joyas de plata minimalistas. La chica se pregunta cómo sería esa mujer antes de que todo cambiara. De nuevo, se siente mal por querer utilizarla.

—¿Y se supone que la tengo que interrogar mientras está así? —pregunta Eli.

—A lo mejor espabila —contesta Dusty—. Parece poder alimentarse a sí misma al menos. —Hace un gesto a la cocina, donde la lámpara revela un cuenco de fruta fresca y un tarro abierto de mantequilla de cacahuete, una rebanada de pan y una caja con bolsitas de té negro al lado de los fogones y del hervidor de agua—. La casa se encuentra relativamente limpia, así que ella no debe de estar siempre así.

—¿Creéis que está en un trance o algo así? —pregunta Will—. Eso era lo que le pasaba la noche que todo ocurrió.

Dusty asiente.

—Debe de ser un trastorno de estrés postraumático o algo parecido.

—No jodas —suelta Eli. Pese a sus palabras, Opi siente su profunda tristeza cuando mira a la mujer.

De pronto, Opi nota una presión en el pecho al pensar en su propia madre, se pregunta por millonésima vez cómo se las arreglará y reza por que no esté así.

—Sus colores —dice Dusty con el ceño fruncido—. Apenas… están ahí.

—Vamos —interviene Eli—. Esto me da mal rollo. Busquemos una forma de entrar.

Dusty acepta.

—Si no espabila, quizá pueda extraer algún recuerdo o algo. —Por su tono, salta a la vista que no le entusiasma esa idea.

—Yo puedo quedarme vigilando aquí —se ofrece Will.

—Yo también —añade Opi, segura de que Dusty no quiere que el chico esté allí solo.

Dusty sacude la cabeza.

—Creo que no deberíamos separarnos.

Opi asiente, aliviada.

—¿Cómo entramos? —pregunta Will.

—Podríamos romper el cristal —sugiere Eli.

Opi pone los ojos en blanco.

—Sí, claro, y dejamos que entre el frío y muera de congelación.

—Probemos con una puerta —propone Dusty.

Caminan junto a la larga pared de cristal hasta que doblan la siguiente esquina. Desde allí, hay más hormigón hasta llegar a un rectángulo liso negro. Está incrustado en el hormigón, y cuando Opi le da unos golpecitos con los dedos, oye que es de metal. No hay mango ni nada que agarrar para sacarlo de sus bisagras.

—A lo mejor solo se abre desde dentro —dice Dusty cuando trata de meter los dedos por el pequeño hueco que rodea el borde, pero está demasiado estrecho.

—Este sitio es una locura —suelta Eli—. Sigo pensando que su

padre estaba en la CIA o algo así.

—La CIA sabría si uno de los suyos estuviera muerto —replica Dusty—. Solo era un pez gordo de las finanzas. Me he informado sobre él. Aunque debió de haberlo dejado cuando se mudaron aquí; si no, alguien habría denunciado su desaparición.

—¡Por aquí! —exclama Eli, entusiasmado.

A un metro y medio de la siguiente sección en la pared de hormigón, hay una ventana. Al igual que todo lo demás, está incrustada en la fachada sin bisagras visibles, como si no se abriera. Cuando Opi echa un vistazo dentro, atisba una habitación pequeña. Hay fregaderos empotrados en una encimera de mármol debajo de la ventana, estantes de secado con calefacción en la pared de la derecha, una puerta que debe de conducir al resto de la casa a la izquierda y armarios elegantes justo enfrente de la ventana, en cuyo interior supone que habrá una lavadora y una secadora.

—El cuarto de la colada —suelta—. Perfecto.

—¿Permiso para romper? —pregunta Eli mientras mira alrededor, probablemente buscando algo que usar.

—Toma —responde Dusty, sacándose la roca del bolsillo y entregándosela—. No te cortes —añade—. Con el grado de paranoia que tienen, seguro que el cristal es a prueba de balas.

Eli lanza la roca con tanta fuerza que el estruendo todavía retumba en los oídos de Opi cuando el cristal cae al suelo en trocitos pequeños y romos.

—Vaya, tanto para esto —se queja el muchacho, retirando los cristales antes de subirse al alféizar de hormigón de la ventana y entrar.

—Creo que era de triple vidrio —comenta Will, claramente aún impresionado antes de que Dusty y él se metan a continuación.

Opi va detrás con unos movimientos algo descoordinados por la

extraña sensación de cosquilleo que le recorre el cuerpo. Cuando todos están dentro, Dusty se dirige a la puerta y la entreabre.

La casa permanece en silencio absoluto.

—Creo que sigue… —susurra Opi.

—¿Catatónica? —sugiere Eli.

Con aprensión, abren la puerta y se adentran en un pasillo estrecho y oscuro.

Avanzan en silencio por el hormigón pulido, pasan junto a una puerta abierta que conduce a un baño y luego junto a otra que conduce escaleras abajo hacia lo que debe de ser un sótano. Will y Eli intercambian una mirada cómplice, pero nadie pronuncia ni una sola palabra mientras dejan atrás otras escaleras que llevan a la segunda planta justo antes de llegar a la zona del salón diáfano.

En cuanto dan un paso hacia el cavernoso lugar, Opi sabe que algo no va bien.

—Joder —suelta Eli mientras se coloca justo delante de ella.

Entonces, se oye un crujido espeluznante.

16

Telaraña

Eli siente un dolor que le atraviesa la cabeza y se estremece. Levanta una mano para tocarse la frente y la otra bloquea instintivamente un segundo golpe.

Dobla los dedos alrededor de un bate de béisbol pesado de madera al mismo tiempo que se fija en la persona que lo sostiene por el otro extremo. La madre de JD le devuelve la mirada, ahora con los ojos sorprendentemente animados.

—Mierda —espeta, soltando el bate. Da unos pasos hacia atrás, y Eli se percata de que el aroma que acababa de oler justo antes de que lo golpeara era su miedo.

—No pasa nada —dice él, apoyando el bate contra la pared a su lado. Todavía muy alerta, Eli aguza el oído para ver si hay otros latidos, busca cualquier señal de que haya alguien más oculto en la casa. Sin embargo, no hay nada, y el miedo de Michelle es suficiente para saber que se encuentra sola.

—No hemos venido a hacerte daño —suelta Dusty con las manos alzadas en señal de sumisión. Will se halla a su lado, calmado y estoico.

Eli se da la vuelta y se encuentra a Ophelia mirándolo con fijeza, aún donde estaba antes de que él se pusiera delante para bloquear el golpe. Otra oleada de su presencia lo invade. No sabe si es la

sangre de ella u otra cosa, pero se está convirtiendo en algo tan abrumador que duele. Opi se aclara la garganta y, a continuación, se pone a su lado.

—¿Dusty? —pregunta Michelle con una mano apretada sobre el corazón mientras los observa—. ¿Ophelia? —Una expresión triste y agridulce se apodera de su cara.

—Sí —responde Dusty, claramente confusa por el cambio en la mujer—. Perdona por entrar así.

Eli suelta una risa por la nariz. No lo puede evitar.

—¿Qué queréis? —pregunta Michelle—. ¿Es por lo de vuestra madre?

Las hermanas parpadean, confusas.

—¿Qué pasa con nuestra madre? —pregunta Ophelia, dando un paso más hacia la mujer.

Michelle da uno hacia atrás a la par que se le acelera el corazón.

—¿Por qué no nos sentamos todos durante un minuto? —sugiere Eli, preguntándose por qué cojones esta mujer está preguntando por la madre de las muchachas—. Parece que tenemos más de qué hablar de lo que creíamos.

La mujer frunce el ceño. Durante un largo momento, todo el mundo se queda mirando a los demás, confusos, pero, al final, Michelle asiente y hace un gesto hacia el salón.

Vacilantes, Ophelia y Dusty se mueven primero y se sientan en un moderno sofá de cuero la una junto a la otra. Michelle las sigue y toma asiento en el borde de un sillón. Eli y Will se quedan atrás.

—¿Nuestra madre? —vuelve a preguntar Dusty—. ¿Por qué tú…? ¿Qué sabes sobre ella?

—Yo solo… —Michelle sacude la cabeza con la frente arrugada—. He asumido que esa era la razón por la que habíais venido. Aunque no explica por qué os habéis colado.

—Te diremos la razón por la que estamos aquí después —contesta Ophelia—. Pero, primero, dinos, ¿qué pasa con nuestra madre?

A Eli lo atraviesa una oleada de las emociones de las dos hermanas. Las de Dusty le entran en el espacio de su pecho que él cree que es donde se encuentra su vínculo, mientras que las de Opi parecen materializarse en su interior sin más. Por todos lados. De cualquier modo, ambas sienten algo similar, como si su mundo estuviera a punto de derrumbarse.

Michelle suspira.

—Supongo que tendré que empezar por cuando nos conocimos.

Observa a las dos hermanas durante un rato demasiado largo, traga saliva y, entonces, comienza.

—No nos habíamos mudado todavía. La construcción de la casa tardó un poco más de la cuenta, pero a mí no me importó. Me dio la oportunidad de subir aquí arriba sola para comprobar algunas cosas y conocer la zona. —Paró de mover la mirada de una hermana a la otra y la fijó en la mesita—. Un día, nos topamos cerca de la valla. Yo la había visto antes aquí. Me dijo que, por algún motivo, no dejaba de acabar allí. Terminamos hablando un poco, ella paseando por un lado de la valla, y yo, por el otro. En realidad, fue una simple charla. Me preguntó por la casa, y yo, por la montaña.

Alza la vista de nuevo y sonríe, triste y nostálgica.

—Pasó una semana o dos antes de que me la volviera a encontrar. Yo había subido a ver la cima, pero… acabé en otro sitio. Vuestra madre también se había desviado del camino.

Los corazones de Ophelia y Dusty laten más fuerte a cada segundo. Eli tiene que morderse un carrillo para evitar decirle a la mujer que se dé prisa.

—Volvimos a charlar. Nunca dio muchos detalles sobre su vida,

pero había algo en ella con lo que me… identificaba. Me sentía a gusto con ella. No… Jamás tuve muchos amigos; no salgo apenas. Tuve la impresión de que a ella le pasaba algo parecido. Que no tenía a nadie con quien hablar o, al menos…, nadie con quien se abriera. ¿Sabéis? Esta montaña significa mucho para mí. He soñado con ella desde que era pequeña. Desde que tengo uso de razón. Y al fin estaba aquí y… todo parecía ser como debía. Hablamos un poco más y nos dimos cuenta de que mi Jake, JD, y tú, Dusty, estaríais en el mismo curso en el colegio. Dijimos que tal vez os haríais amigos.

Le dedica una sonrisa a Dusty, pero aquello no alivia nada la tensión de ninguna de las hermanas.

—Eso fue todo, en realidad. Entonces, un día, no mucho después de que nos mudáramos aquí, encontré una carta suya en el buzón. Lo único que decía era que se iba a marchar y me pedía, de madre a madre, si me importaba que me escribiera una vez que se trasladara, con la esperanza de que yo pudiera preguntarle a Jake sobre vosotras, chicas, y responderle contándole lo que supiera. Me sorprendió, claro, pero…, al mismo tiempo, no. Había tristeza en ella, una que se asemejaba a la mía, me temo. Como os he dicho, todo parecía… Sentía que ella era una parte del motivo por el que yo había estado soñando con esta montaña. Al principio, tuve mis dudas. Las cosas no eran muy… —Sacudió la cabeza—. Bueno, la idea de ayudarla, de tener una especie de misión, me hizo salir adelante.

Eli nota cómo Ophelia se tambalea y siente cómo la sangre se le cae a sus propios pies, dejándole la cabeza ligera y vacía. Observa cómo Dusty la agarra, la sostiene. Ophelia le pasa un brazo a su hermana por la cintura y se gira de nuevo hacia Michelle, ambas con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces…, ¿lo hizo? —pregunta Dusty con voz temblorosa—.

¿Te escribió?

Michelle asiente.

—No tuve noticias suyas hasta después de un tiempo. Seis meses, quizá. Quería saber si os había conocido ya. Yo no lo había hecho, por supuesto, pero, para entonces, Jake y tú ya erais amigos, así que había oído cosas sobre ti. Le respondí a la carta contándole aquello.

—Joder —susurra Eli. Es como si una bomba de pura emoción hubiera estallado en la sala.

Dusty baja la cabeza y se la tapa con las manos mientras Ophelia se gira para mirar hacia el otro lado. Está hecha un mar de lágrimas y, sin pensárselo dos veces, Eli se acerca, se arrodilla junto a ella y la agarra de la mano libre.

Solo durante un segundo, siente el alivio de Ophelia. Eso lo reconforta y le otorga el permiso para permanecer ahí.

Will también se ha acercado y ahora se encuentra justo detrás de Dusty.

—Esto continuó siendo así una o dos veces al año —prosigue Michelle—. Yo no sabía tanto, claro, pero le relataba las pequeñas anécdotas que Jake me contaba algunos días. —Mira a Dusty—. Le dije que le dejas sentarse contigo y tus amigos, lo bien que te va en las clases, que algunas veces vais a fiestas juntos. —Se le oscurecen los ojos—. O lo hacíais. Estoy segura de que sabéis que JD… no está ahora por aquí.

Dusty se yergue y Ophelia se gira hacia Michelle, ambas de pronto con una mirada dura.

—Entonces ¿no lo sabes? —pregunta Dusty.

Michelle las mira a una y a otra, confundida, mientras juguetea distraída con su alianza de boda.

—No tienes por qué mentirnos —le explica Ophelia—. Sabemos

lo que es y lo que ha hecho.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué estáis…?

—Nosotros también somos como él —repone Dusty con rotundidad.

—En realidad, no —refunfuña Eli.

—Nuestras… necesidades cambiaron —le aclara Ophelia—. Cuando lo hicieron las suyas. Ahora las controlamos con seguridad. Pero todos… Somos un poco distintos. Aunque no podemos hacer lo que él le hizo a Amber.

Michelle abre los ojos de par en par antes de volver a fruncir el ceño.

—Entonces… —comienza a decir, ladeando la cabeza a la par que entrecierra los ojos—, ¿por eso habéis venido?

—En parte —responde Eli con la voz ronca. Le suelta la mano a Ophelia y se pone de pie; necesita pasear. Entiende la gravedad del momento, pero también está listo para ir al grano, para preguntarle sobre la sombra y dónde se encuentra JD. Siente que va a perder los papeles y decir algo inapropiado.

Dusty suelta un largo suspiro.

—¿Nos puedes…? —Duda, mirando a Ophelia, que asiente antes de que pregunte—: ¿Nos puedes dar la dirección más reciente de nuestra madre?

Eli percibe la aprensión y la esperanza que invade a las dos hermanas a la vez, helándole hasta los huesos.

Michelle se limita a quedarse observando, pensativa, y, durante un segundo, Eli piensa que va a sumirse de nuevo en ese estado de vacío. Sin embargo, vuelve a centrarse y niega con la cabeza.

—Lo siento, pero le prometí que no lo haría.

—Se acabó —suelta Eli, yendo hacia la mujer a grandes

zancadas y agarrándole la cara. Ignora el miedo y el pánico que se arremolina dentro de Dusty y Ophelia y le sostiene la mirada a Michelle.



—¿Cuál es la dirección de su madre? —inquiere Eli.

Dusty observa cómo él se cierne sobre Michelle con sus colores brillando, rojos e impacientes. Hacen un fuerte contraste con los de ella, que han sido débiles y tenues desde que Dusty la vio. Creyó que tal vez cambiarían cuando saliera de su estado de trance, pero siguen sin apenas discernirse. Es la primera vez que Dusty ha visto algo así.

Michelle alza una mano y señala las estanterías.

—Allí —dice—. El libro sobre la fauna en las Adirondack.

La chica se levanta y agarra el libro grande casi al instante. Se encuentra tumbado con un jarrón pequeño que contiene una pluma encima.

Aparta el jarrón hacia un lado y abre el libro. De pronto, Opi se halla a su lado y juntas hojean las páginas, recogiendo siete sobres en total, todos con la misma dirección del remitente en el dorso.

—Oshawa, Ontario —lee Dusty; siente las palabras extrañas en la boca.

—¿Ha estado en ese sitio todo este tiempo? —pregunta Opi, alzando la vista hacia Dusty, incrédula.

—Mientras la retengo —dice Eli, aún con la voz un poco cansada —, ¿queréis saber algo más?

Dusty se gira para mirarlos y, al instante, se le forma un nudo en el estómago. Dentro de las débiles volutas grises que giran alrededor de la mujer se han formado huecos. Parece una telaraña rasgada

que meciera la brisa. No obstante, eso no la sorprende. Es el humo gris extraño que parece llenar los vacíos y moverse como si fuera algo aparte de ella.

—Pregúntale si sabe dónde está JD —responde Opi.

Y Eli lo hace.

—No lo sé —contesta Michelle con voz distante.

Con una evidente insatisfacción, Eli vuelve a preguntarle.

—¿No tienes ni idea de dónde se encuentra?

—No.

—Joder —espeta él.

Dusty se queda mirándolos, aún fascinada por los enormes jirones grises que rodean a la mujer.

—Pregúntale por la sombra —suelta Will a continuación.

Eli asiente.

—¿Qué es la sombra?

Por primera vez desde que Dusty ha visto a Eli usar su habilidad, él se encuentra con silencio.

Michelle presiona los labios como si estuviera atrapando las palabras en su boca.

—¿Qué es la sombra? —repite Eli, esta vez más alto y con más urgencia.

Los agujeros en los colores sombríos de Michelle continúan rasgándose; el humo gris oscuro comienza a ensombrecerse, volviéndose casi negro y más denso.

—Libérala —dice Dusty, dejando a Opi con las cartas y dirigiéndose a zancadas hacia Eli.

Es como si él no la hubiera oído de primeras, pero cuando le pone una mano en el hombro, al final la suelta.

Michelle se queda mirándolos, jadeando y con la cara ahora pálida y gris. Durante un segundo, el dolor pinta sus rasgos y luego

empieza a ralentizársele el corazón.

—Creo que se va a ir otra vez —suelta Opi, ahora al lado de los dos—. Dejadle espacio.

Dusty y Eli se apartan mientras que Opi la ayuda a recostarse en el sillón. La mujer obedece, como si fuera una muñeca a la que estuvieran colocando así. Sus colores permanecen igual, tenues, agrietados, apenas allí, y el extraño humo flota por los huecos vacíos.

La conmoción emocional golpea a Dusty como una avalancha. Esa sensación desde fuera, ese zumbido, aún la sacude. Hace que se le aceleren los latidos muchísimo, intensificándolo todo.

—Vámonos —suelta.

Aturdida, Dusty observa a Opi aferrar la pila de cartas contra el pecho, y, después, los cuatro juntos salen fuera.

17

Prueba de vida

A medida que Opi se aleja de la casa de JD, el zumbido que ha estado sintiendo en su interior comienza a disiparse. Ha recuperado la habilidad de procesar sus pensamientos. El hecho de que tenga la dirección de su madre en las manos se vuelve una realidad.

Acaricia con los dedos arriba y abajo la pila de sobres con el papel suave y seco. Roza el trazo de unas palabras escritas a mano. Una prueba de vida.

En cierto momento, Dusty la engancha del brazo mientras sus botas crujen sobre la nieve de vuelta a casa. Eli y Will se encuentran en algún lugar a sus espaldas, charlando en voz baja.

—Con todo el tiempo que se ha pasado Dusty buscando —dice Will—, y ahora tienen línea directa con su madre.

Eli guarda silencio unos instantes antes de preguntar:

—¿Alguna vez has querido buscar a tu padre?

—Nah —responde Will—. Mi caso no es igual. No hay ningún misterio, ninguna excusa. Lo dejamos, y es la mejor decisión que ha tomado mi madre.

—Lo siento, tío. Al menos, tú puedes entenderlas. Yo me siento un puñetero inútil con todo ese tema familiar.

En el fondo de su mente, Opi visualiza la manera en la que Eli se arrodilló sin más a su lado, la sensación de su mano en la de él, el

extraño consuelo de la sangre del chico en sus venas.

—No tienes que decir nada —replica Will—. Lo que cuenta es que estés ahí para ellas. —Guardan silencio un rato, y luego el muchacho pregunta—: Entonces ¿toda tu familia está aquí en Black River?

—La mayoría. Pero no es que pase mucho tiempo con ellos exactamente. Se debe más bien a mi padre, la verdad, aunque mi madre y él van, por así decirlo, en el mismo paquete. Por lo que tampoco veo mucho al resto de mi familia. En cierto sentido, el deporte es lo único que mantiene todo… en un plano superficial. Todos han venido a verme jugar al béisbol infantil, al baloncesto y ahora asisten a las competiciones de BMX… Así parece que nos llevamos todos genial, pero yo iba a mi bola, no me sentaba a pasar tiempo con ellos. Me siento mal por mi hermano… Tal vez debería esforzarme más con él. Es mucho más pequeño y…

—Yo antes me fijaba en las familias así —interviene Will—. Siempre me preguntaba cómo sería vivir en ellas. Pero supongo que en todas partes cuecen habas.

—Y que lo digas.

Casi han llegado a la vivienda de los Silver, y a Opi le impacta lo extraño que será estar en casa sabiendo que tiene una línea directa de comunicación con la mujer que ha hecho que ese lugar parezca tan vacío durante años. Aún no sabe cómo debería sentirse al respecto.

Las luces siguen encendidas en la planta de arriba y el olor a humo de leña llena el aire. Están a punto de llegar a la escalera de atrás que conduce al porche cuando Dusty aminora. Se giran para esperar a que Eli y Will las alcancen.

Eli alza la vista hacia la casa mientras dice:

—Os dejo. ¿Estáis bien? —Mira a las dos hermanas, y Opi cree

que nota cómo lo recorre una ligera sensación de tristeza.

—Sí —responde al tiempo que Dusty asiente con la cabeza.

—¿Seguro que no quieres pasar? —pregunta Dusty—. Will lo va a hacer. —Desvía los ojos a Opi y después al muchacho, que confirma con un gesto.

—Nah, haced lo que tengáis que hacer. Os veo mañana en el funeral.

A Opi casi se le había olvidado, y la mera idea la agobia.

—Vale —responde Dusty—. Gracias por estar con nosotras esta noche.

Eli sonríe y se pasa una mano por el pelo.

—Siempre.

El chico vuelve a mirar a Opi, le guiña un ojo y, a continuación, se dirige otra vez al bosque.

La muchacha ignora el modo en el que le cosquillean las extremidades en respuesta, recordándose a sí misma que, hasta hace nada, un guiño de Eli le habría hecho poner los ojos en blanco.

En la casa, parece que hace un calor de muerte. Opi alcanza a escuchar a su padre en el salón y vacila, llevándose a la espalda la pila de cartas que está sujetando. La idea de enfrentarse a su padre ahora mismo la aterroriza. Ellas ya sabían mucho más de su madre que él —ella jamás le había contado a él cómo habían muerto sus padres y mucho menos las razones para marcharse—. Y, ahora, saben dónde se ha encontrado todo ese tiempo. Dónde se encuentra.

Como si pudiera leerles la mente, Will propone:

—¿Por qué no subís y os relajáis? Yo me quedaré aquí abajo con vuestro padre.

Dusty parece tan aliviada como se siente Opi, y juntas suben al dormitorio de la primera. Aquí el aire es mucho más fresco, y

después de que Dusty abra la ventana, se sientan en la cama, donde Opi deja la pila de cartas entre las dos.

—¿Quieres… leerlas? —pregunta Dusty.

—No lo sé —contesta Opi con sinceridad—. Quiero hacerlo, pero ahora mismo no sé si estoy preparada aún. ¿Y tú?

—Igual.

—Vale.

—¿Cómo te sientes?

Opi suspira.

—¿Aliviada? Como si me hubieran quitado un peso de encima. Pero ¿también asustada? ¿Nerviosa, quizá? ¿Y tú?

Dusty sonríe.

—Igual. No me puedo creer que… la hayamos encontrado. No pensé mucho en lo que ocurriría cuando lo hiciéramos.

La realidad de todo el asunto va calando cada vez más profundo en Opi.

—Ya están pasando demasiadas cosas en este momento. No… No sé si me da la cabeza para esto ahora mismo.

—Lo sé —repone Dusty—. Pero no tenemos por qué apresurarnos. Leámoslas cuando estemos preparadas. Y entonces… le podemos escribir. ¿Te parece?

Opi suelta un suspiro pausado.

—Vale. Sí. Tiene sentido.

Dusty se levanta, se pone de rodillas junto a la cama y saca una caja de debajo. Es una caja que Opi reconocería en cualquier parte, porque es en la que guardó todas las fotos de su madre cuando se marchó. La que guardó en su propio cuarto durante años para poder ver las imágenes casi todas las noches.

Con los dedos temblorosos, Opi coge las cartas de la cama y las mete dentro.

Después de que Dusty haya deslizado la caja bajo la cama, alza la vista hacia su hermana y pregunta:

—Lo de que papá haya visto la sombra… no puede ser una coincidencia, ¿verdad? No iba a preguntarnos por una sombra normal y corriente. Ha debido de tener un impacto auténtico en él.

Opi asiente.

—Estoy de acuerdo. Podría correr peligro.

—Quizá es hora… —empieza a decir Dusty, titubeante—. Quizá deberíamos pensar en decírselo.

El pánico invade a Opi ante la idea; el recuerdo de cómo la miró cuando se abalanzó sobre él esa noche se le quedó grabado en la memoria.

Dusty la observa con atención, evaluando el espacio que rodea a Opi; es evidente que ve el pánico en sus colores.

—Podríamos dejarlo sobre el montón de cosas en las que pensar durante unos días.

Opi asiente.

—Vale.



No ocurre muy a menudo últimamente, pero Opi se queda dormida. No por mucho tiempo, porque, cuando mira el móvil, solo es medianoche.

Lo último que recuerda es oír a su padre subir las escaleras a su habitación y los murmullos silenciosos de Dusty y de Will al otro lado del pasillo, en el cuarto de su hermana. Se pregunta si Will seguirá allí y si Dusty se habrá quedado dormida también.

Ahora, la casa está en silencio.

Sabe que no debería salir. Dusty se preocuparía o, peor aún, ella

o Eli se verían obligados a acompañarla. Pero, conforme la brisa se cuela dentro, llevando oleada tras oleada de la fragancia de distintas plantas, le resulta prácticamente imposible detenerse.

Despacio y en silencio, se escabulle en la noche.

Sube un poco por la montaña para que Dusty no la oiga y se gira hacia el otro lado. Ahora que sabe que es posible, escucha a todo el bosque susurrarle. Cada planta junto a la que pasa reacciona, inclinándose, estremeciéndose; las colonias de hongos que crecen bajo sus raíces relucen entre el suelo y la nieve. Es como si su sueño más salvaje se hubiera hecho realidad. Cuanto más tiempo está allí fuera, cuanto más toca y huele —vida, por todas partes, justo al alcance de sus dedos—, más eufórica se siente.

Comienza a explorar, deteniéndose ante diferentes plantas, aguardando el susurro que desde dentro de su cabeza le contará cómo podrían ayudarla. Ahí está la pirola, cuyas hojas basales perennes apenas son visibles entre la nieve. Los hongos sugieren que pueden reducir la inflamación y los hematomas. Cuando alarga la mano hacia las bayas de un arbusto de gaulteria, se acuerda de su efecto calmante para la garganta o el estómago.

Al acercarse al pie de la montaña, divisa los tallos delgados y dormidos de un arbusto de saúco que sobresalen de la nieve. En el pasado, utilizaba las flores y las bayas de la planta, pero cuando lo toca, se forma un brillo azul en torno a sus raíces y los hongos le susurran su habilidad para aliviar los pies hinchados y adoloridos. Tras haber caminado mucho las dos noches anteriores, decide ponerlo en práctica y empieza a excavar con las manos entre la nieve y la tierra.

Un movimiento justo delante de ella la congela en el sitio.

—Iba a decir que no estoy aquí como niñero, pero, en vista de lo que haces, igual sí debería.

Opi siente el tirón de una sonrisa en los labios y se gira.

Eli pasea los ojos entre las manos cubiertas de tierra y el camisón blanco sin mangas de ella.

—¿Quiero saberlo?

La chica alza el mentón.

—Raíces de saúco rojo. Me duelen mucho los músculos de los pies de haber corrido anoche. Resulta que esto ayuda.

—¿Te lo han dicho las plantas?

Busca el sarcasmo en el tono, pero no hay ni rastro. Tan solo curiosidad genuina.

—Creo que en realidad son los hongos micorrícicos.

—Claro, por supuesto que sí.

Opi sonríe, y, cuando Eli también lo hace en respuesta, la deja del todo desarmada. Le provoca una especie de calor extraño que se le acumula en el fondo de la garganta. Intenta tragarlo, pero solo consigue extenderlo más. El chico abre los ojos sorprendido, como si lo notara, y ella se da la vuelta para limpiarse las manos en la nieve.

—En serio, ¿mico qué? —pregunta.

—Es la red fúngica que conecta las raíces de distintas plantas —explica ella—. Distribuye nutrientes, aumenta sus probabilidades de sobrevivir y ayuda a que se comuniquen unas con otras. Y supongo que ahora también conmigo.

—Joder, qué guay.

Cuando la chica alza la mirada hacia él, este tiene los ojos verdes sobre ella, brillando de fascinación a la luz de la luna sobre la nieve.

Opi apenas puede pensar. De pronto, es demasiado consciente de lo que hicieron la noche anterior, de lo que son el uno para el otro ahora. Aunque ya no tiene demasiada hambre, está convencida de que, si él le ofrece su sangre, sería incapaz de rechazarla.

—Oye, el jengibre silvestre… —suelta él, acercándose a ella—.

No hemos tenido ocasión de hablar… de verdad.

—Mmm. —Asiente, poniéndose de pie mientras se aclara la garganta. Cuanto más cerca están, más fuerte siente la conexión—. Ahora que ya sé lo que puedo hacer —añade—, no puedo ignorarlo. Quiero aprenderlo todo.

El muchacho sonríe; los ángulos de la cara reflejan la luz de la luna.

Opi siente una oleada de orgullo en su interior, pero no está segura de si es de ella o de él.

—Bueno, te dejaré tranquila para que… juguetees —comenta él —. No andaré lejos. Ignora que estoy aquí.

Opi suelta una risa por la nariz.

—No creo que eso sea posible.

La sonrisa de Eli se torna maliciosa.

—No lo decía en ese sentido —responde ella, nerviosa. Pasa junto a él para empezar a subir de nuevo la montaña.

—Ah, ¿no? —pregunta él, alcanzándola—. Ah, vale, entonces vamos a fingir que no puedo sentir todo lo que tú sientes y que tú no puedes sentirme a mí también, ¿verdad?

El calor que se propaga de las mejillas de Opi hacia el cuello hace que le resulte muy difícil contestarle. Antes de tener ocasión, él añade:

—Supongo que no pasa nada. Después de lo de hoy, no tardarás mucho en alimentarte del *quarterback* y yo estaré fuera de tu organismo.

Opi se detiene en seco.

—Me has pillado —suelta en tono plano—. Soy una maestra de la manipulación, como tú.

—No es eso lo que quería decir.

—Ah, ¿no? Porque ha sonado a que crees que solo le he pedido

salir para que confíe en mí lo suficiente para poder alimentarme de él.

Eli niega con la cabeza.

—No sé por qué se lo has pedido y, la verdad, no es asunto mío. Pero no puedes negar que hay un desequilibrio de poder ahí.

Opi lo fulmina con la mirada.

—No soy una flor delicada a la que…

—No hablo de ti —se burla—, sino de él. En verdad, es adorable lo nervioso que lo pones.

—Conque observando de cerca, ¿eh?

—Sí —responde con determinación—. Así que no niegues cómo te has sentido por tener esa clase de poder sobre alguien.

Opi mantiene la barbilla en alto para aguantarle la mirada.

—Vale. Me ha gustado. Me has pillado. Pero tú sabes que solo lo hago sentir así por lo que somos, ¿verdad? —Lo señala a él y luego a ella misma—. Porque, en el fondo, lo sabe de algún modo, y me tiene miedo.

Eli frunce el ceño con escepticismo.

—No, no pienso eso. Creo que lo haces sentir así porque eres tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

Los ojos de él deambulan por la cara de ella, dejando un rastro de ese calor que se extiende por la piel de Opi. De alguna manera, ahora están mucho más cerca, y una oleada de sed impacta a la chica. Repentina. Estremecedora.

—Tú sabes que yo tampoco soy ninguna flor delicada —replica él con voz áspera—. No necesito esperar otra semana para que te vuelvas a alimentar de mí. Tu sed… Tu hambre. Conmigo, no tienes por qué preocuparte por ello. Puedes tenerme cuando quieras, porque yo puedo recuperarlo de ti justo después.

Opi traga, callada mientras la sangre de Eli, aún caliente en las

venas de ella, le recorre todo el cuerpo. Siente como si la sensación le alterara la química cerebral y difuminara la línea entre lo que sabe y lo que siente.

Eli dirige de pronto la vista de los ojos de Opi a sus labios.

La muchacha abre la boca para soltar algo, lo que sea; no obstante, conforme lo hace, se da cuenta de que algo bajo sus pies susurra, tratando de decirle algo. Tarda un momento en apartar la mirada de Eli; pero, cuando la desvía, una red de luz azul surge desde donde se encuentra y forma un camino serpenteante hacia el bosque.

Eli carraspea.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Ella frunce el ceño.

—Es la red. Es como si intentara… —Se aparta de Eli, siguiendo el tenue resplandor unos cuantos pasos, y luego se detiene de nuevo—. Creo que quiere que vaya por aquí. Quiere enseñarme algo.

—Bueno, si tenemos en cuenta lo que ocurrió anoche, creo que vale la pena hacerle caso. Vamos, Ophelia.

—Ophelia —repite ella en voz baja, girándose para seguir el camino resplandeciente. Por primera vez, le gusta el modo en el que suena su nombre completo. Como si ahora le pegara más.

Se dirigen colina arriba, después la rodean un poco, serpenteando entre rocas dispersas y matorrales cubiertos de nieve. Los árboles filtran la luz celestial que desciende desde el cielo, formando patrones sobre la nieve brillante.

—Allí —dice la muchacha, entrecerrando los ojos en la oscuridad. Hay un punto donde acaba el resplandor azul que solo ve ella. Algo se alza imponente por encima, oscuro y ominoso: un saliente enorme que sobresale de la montaña.

Al llegar al saliente, una extraña fragancia le llama la atención a Eli. Es pegajosa, rancia, húmeda y la transporta un aire más cálido que la noche que lo rodea.

Observa a Ophelia, que está mirando por el suelo del bosque lo que intuye que es la red que le habla. Él sigue la fragancia y pasa los dedos por la superficie áspera del saliente, a los lados, trazando el borde más allá colina arriba, donde nota la manera en la que las capas de musgo y liquen comienzan a espesarse conforme la fragancia se acentúa. Entonces, la montaña se traga el saliente y este desaparece hacia la ladera cuando Eli se eleva por encima; a continuación, se sitúa en la cumbre, donde el olor se desvanece. Se abre paso hacia el otro lado y la fragancia se vuelve aún más tenue.

Pasa junto a Ophelia, volviendo del saliente hacia donde el aire húmedo y rancio es más fuerte otra vez. La chica lo sigue. Lo mira con aspecto interrogante y luego él contempla cómo ella inhala, notando también el olor.

—¿De dónde procede? —pregunta ella.

—No lo sé. He dado toda la vuelta, pero es más fuerte aquí.

Ella se dirige hacia el saliente y alza la mano para acariciar el musgo, al igual que ha hecho él. Se queda quieta y entonces baja la mirada. A sus pies, unos helechos bajos están apiñados en la base del saliente.

—No hay nieve —comenta, y, en efecto, es como si la nieve hubiese evitado el suelo alrededor de los helechos y hubiera dejado solo rocas, agujas de pino y hojas marrones.

Ophelia se agacha para tocar los helechos, pero antes de poder rozarlos siquiera con los dedos, estos se estremecen y se agitan en el aire quieto.

—Venga ya —musita Eli, observando asombrado cómo una oleada nueva de fragancia húmeda le llega. Frunce el ceño y después se agacha para echar un vistazo más de cerca. Ophelia se pone en cuclillas a su lado. Eli juraría que los helechos se inclinan hacia ella.

—Mira —dice ella, pasando las manos por las frondas.

Eli entorna los ojos y, en la oscuridad, apenas puede divisar que el saliente no está del todo incrustado en la montaña. Hay un hueco entre el suelo y la roca, solo unos metros por encima, y el aire que sale de allí es húmedo y rancio. Ella se mueve, bajando las frondas hasta que ven cómo el saliente se curva hacia abajo por la ladera. El hueco tiene solo unos cuantos metros de ancho. Dentro, no hay nada más que negrura.

—¿La… micorred se adentra ahí? —pregunta él.

Ophelia sacude la cabeza.

—Solo rodea el saliente. Pero debe de ser esto, debe de ser lo que quieren que vea.

—¿Por qué?

Ophelia se queda pensativa por un instante; entonces, a la luz de la luna, Eli observa cómo se le agrandan los ojos con una chispa de emoción.

—¿No dijo Will que creía que podría haber algo especial en la geología de la montaña? ¿Que podría estar conectado con el motivo por el que la presencia se vio atraída hacia aquí en un principio?

Eli se encoge de hombros.

—Sí, pero es muy poco probable, ¿no?

—Ya, pero ¿ahora mismo no es todo muy poco probable hasta que deja de serlo?

Él sonríe.

—Tienes razón.

—Y no es un simple saliente.

Eli niega con la cabeza, inhalando el olor otra vez.

—No. Es más profundo. Mucho más.

—Podría ser una entrada al interior de la montaña —sugiere Ophelia.

Su entusiasmo es contagioso. Literalmente. El chico lo puede notar recorriéndole el cuerpo.

—¿Quieres ir delante o voy yo? —pregunta ella.

—¿Adentro? —Él hace una mueca y ladea la cabeza para tratar de ver por la entrada. En la oscuridad, parece como una boca abierta que conduce a las profundidades del infierno.

—Sí, claro —contesta ella—. Si hay algo ahí dentro que pueda ayudarnos a comprenderlo mejor todo o la razón por la que la presencia vino aquí en un principio, debemos descubrirlo, ¿no?

—Sí —responde Eli—. Vamos. Me muero por meterme ahí. Me encantan los lugares claustrofóbicos y sobrenaturales.

Atisba la sonrisa que se le extiende a Ophelia por la cara cuando se gira hacia los helechos y luego se cuela por el espacio oscuro y estrecho.

18

Dentro de la montaña

Opi se roza la cabeza con la roca sólida que tiene encima y el pelo se le enreda en los salientes y las muescas conforme se adentra más usando los codos. Arrastra las caderas contra el suelo cubierto de hojas y luego se le raspan cuando la amortiguación da paso a piedra maciza. El aire más cálido empieza a consumirla; el olor a piedra y a minerales rezuma de la oscuridad más allá de ella.

Eli suelta una sarta de palabrotas a medida que la sigue muy cerca, y ella hace un gesto de dolor al imaginarse lo estrecho que debe de parecerle el hueco a él.

La leve cantidad de luz de la luna se desvanece rápido a medida que se va adentrando en la montaña, lo que le dificulta que se le adapte la vista. La roca sobre ella comienza a bajar centímetro a centímetro, haciendo que le crujan los huesos y que se le arañe la piel. Está a punto de decirle a Eli que no podrán avanzar mucho más cuando el aire cambia, gira a su alrededor como una aspiradora y el peso aplastante de las piedras de pronto se retrae y no deja nada más que aire húmedo. Se lleva las rodillas debajo de ella y, despacio, empieza a erguirse con las manos por encima de la cabeza a medida que se prepara para chocarse contra el techo. Cuando está totalmente de pie, siente un vacío por encima de ella. Baja las manos.

Debajo de sus pies descalzos hay una capa fina de tierra húmeda sobre un lecho de roca.

—Me cago en todo, ¿es broma? —Eli se levanta junto a ella; el olor de su sangre la golpea como una bofetada en la cara.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, pasándose los dientes por el labio inferior para calmar la palpitación repentina.

—Sí —refunfuña Eli—. La piedra me acaba de rallar la espalda como si yo fuera queso, pero nada más.

De pronto, hay luz.

Entornando los ojos, Opi mira hacia abajo y ve que Eli tiene el teléfono en la mano con la linterna encendida.

—¿Quieres que le eche un vistazo a la espalda? —pregunta, deseando que él le diga que no, porque su sangre huele mejor a cada segundo.

—Luego —contesta—. No es nada. —Sin embargo, ha deslizado la vista a algún lugar cerca de las caderas de ella. Se queda mirando quizá demasiado tiempo, y cuando Opi busca el motivo, descubre que tiene el camisón rasgado. La tela blanca de alrededor está manchada de sangre.

Aclarándose la garganta, Eli sube el teléfono para examinar el espacio a su alrededor.

A su derecha y justo delante del hueco bajo por el que han venido, no hay nada aparte de paredes de roca escarpada que forman un arco a unos metros por encima de ellos y continúan hasta el hueco. A su izquierda, el espacio se abre un poco, como una fractura en la piedra de varios metros de ancho en la base, que después se estrecha centímetro a centímetro hasta su pico. Solo ven unos tres metros o así antes de que se desvanezca todo a negro.

—Guau. Esto es precioso —dice Eli, destilando sarcasmo en su voz—. Me alegro mucho de que lo hayamos encontrado. Quizá

podría ser nuestro nuevo punto de encuentro.

—Al menos, solo hay una forma de entrar —contesta Opi, acercándose a la grieta.

—Déjame a mí —suelta él, manteniendo la luz del teléfono en alto mientras se desliza por delante de ella para liderar el camino.

Hay suficiente luz para que Opi vea cómo Eli tiene la parte trasera de la camiseta desgarrada. Los rasguños irregulares le cubren la piel debajo, y es peor allí donde tiene los músculos más definidos. A pesar de que él le haya ofrecido tomar su sangre siempre que la necesite, se recuerda que aún hay una línea entre ellos, y debe tener cuidado de no sobrepasarla.

No obstante, rememora la sensación de su mano callosa envuelta alrededor de la de ella mientras descubría lo de su madre. La manera en la que lo percibió en su sangre, lo sólido y sereno que era su apoyo hacia ella. ¿Dónde se encontraba la línea en ese momento? Entonces, se recuerda que él no es más que una persona decente y que tal vez solo se acercara a ella porque Will estaba ahí para Dusty y era evidente que Opi se estaba desmoronando. Estaba actuando como un buen amigo, si es que es eso es lo que son ahora.

—Estoy empezando a cuestionarme la seguridad de esto —dice él, manteniendo la linterna más cerca de la pared.

Es parecida al granito, y da la sensación de que cada centímetro de ella brilla, como si estuviera empapada de sudor. La tierra esparcida que había en el suelo cuando entraron al principio ha desaparecido y ha dejado solo piedra fría y húmeda.

Eli ralentiza el ritmo y Opi mira más allá de él y descubre una capa de piedra sólida. Parece como si hubieran llegado a un punto muerto, pero la luz de la linterna proyecta una sombra negra, y, cuando se acercan, aparece una nueva grieta que conduce más

adentro de la montaña. Es un poco más estrecha que en la que están, aunque lo bastante ancha para que quepan si andan de lado.

El muchacho vuelve la vista para mirarla.

—Iba a decir que habíamos llegado al final del camino, pero supongo que quieres continuar, ¿no?

Opi vacila. Ahora que ambos están ahí quietos, el silencio del espacio es abrumador. La recorre un escalofrío y se cruza de brazos. Sin embargo, entonces recuerda las corrientes de consciencia azul resplandecientes que la llevaron allí. Debe de haber un motivo.

—Solo un poco más —responde—. Veamos hasta qué profundidad podemos llegar.

Eli suspira, pero asiente al tiempo que se gira para encajar en la nueva grieta y, a continuación, se adentra en ella.

Continúan durante unos minutos. Opi está a punto de decir algo para llenar el silencio cuando él pregunta:

—¿Cómo te sientes? Por lo de las cartas.

Ella no sabe qué contestar.

—Perdona —se disculpa él—. Eso no es de mi…

—No, no. Está bien. Me siento bien. Es que… no me esperaba salir de esa casa con algo así.

Es capaz de sentir la forma en la que Eli lo procesa, de manera profunda y deliberada.

—Sí, sin duda.

—Oí que Will te preguntó sobre tus padres. ¿No estáis… unidos?

—No. —Se queda callado un momento antes de añadir—: Durante mucho tiempo, creo que ni siquiera era consciente de cómo me hacían sentir. Esta rabia cociéndose a fuego lento siempre ha estado bajo la superficie. La vida era tan solo… normal. No conocía algo distinto. No es que abusen de mí ni nada de eso, y sí, mi padre es un capullo, pero no fue hasta que fui a tu casa por primera vez

que comencé a percatarme. Todo en ellos es… superficial. Todo se basa en la apariencia que dan a los demás, en lo que mi hermano y yo les parecemos a los demás. Siempre y cuando estén contentos con ello, están bien. No obstante, Dusty, tu padre y tú, vuestra casa…, todo es muy personal. Significativo. Real.

Eli hace una pausa antes de proseguir.

—Aunque él no sea mi mayor fan, siento un montón de respeto por tu padre. Parece uno de los hombres más sólidos y pacientes del planeta, y está claro que haría cualquier cosa por Dusty y por ti.

Opi percibe que se le forma un nudo en la garganta y le entran náuseas, como siempre, al acordarse de cómo se alimentó de su padre. «Y Eli lo vio».

—Tienes que dejarlo estar —comenta Eli sin girarse para mirarla —. El pasado, pasado está.

Por lo general, la horroriza la manera en la que ve a través de ella, pero, ahora, sus palabras hacen que sienta algo más parecido a la absolución.

—Gracias —dice—. Por lo de esa noche.

—No hay de… —se detiene cuando la luz de la linterna comienza a temblar.

Mantiene la pantalla en alto, y Opi ve unas líneas de colores que indican que hay un problema técnico en ella.

Entonces, todo se queda negro.

La mano de Eli le rodea la cintura antes de que el miedo la invada por completo. Sin la luz, siente el aire más húmedo y cálido. Como un aliento.

De pronto, Opi se percata del zumbido que se le extiende otra vez por la piel, el que había sentido en la casa de JD. Desorientador. Vigorizante.

Sin ser capaz de ver lo que tiene delante en verdad, la visión de

Opi empieza a llenarse de pequeños puntos de luz brillantes. Resplandecen al mismo tiempo que la energía vibrante y palpitante que le está consumiendo poco a poco el cuerpo.

Ambos corazones repiquetean como tambores. La chica coloca una mano libre en la pared delante de ella para intentar centrarse en la realidad. Está a punto de comenzar a retroceder de lado el camino que han hecho cuando Eli la agarra con más fuerza de la cintura y dice:

—Espera.

Al principio, no es capaz de sentirlo, pero luego empieza a notar que el aire parece moverse en una dirección. De hecho, el aliento es una corriente de aire.

Oye a Eli hurgar, y con una mano todavía en ella, alza una luz con la otra. Ha vuelto a encender el teléfono.

—Vamos —dice, y ahora Opi es la que no está segura. Quiere retroceder. Desea correr a casa. No obstante, él comienza a moverse, y ella se siente como un imán cuando su cuerpo la lleva tras él al mismo tiempo que aspira su aroma. Tierra, rayos de sol y sangre fresca.

La piedra fracturada entre la que están apretujados empieza a estrecharse, y Opi oye la ropa de Eli rozar las paredes a medida que a ella se le engancha el pelo y el vestido en la superficie áspera. Se le acelera la respiración. Casi no lo aguanta, pero entonces se cuelan por la esquina de la grieta y salen a un espacio más amplio.

Opi siente cómo su cuerpo se estira hacia la oscuridad; su claustrofobia desaparece en el aire que la rodea.

Eli sostiene el teléfono con la luz encendida en alto. El espacio es grande. El techo áspero se encuentra a unos cuatro metros por encima y las paredes se expanden aproximadamente el doble de eso.

—Es una cueva —susurra Eli, recorriendo con la luz del teléfono las paredes rocosas—. Es…

Opi se gira hacia Eli, pero cuando abre la boca para decir su nombre, es como si le hubieran denegado el acceso a su propia voz. La palabra muere en su garganta al mismo tiempo que sus ojos reparan en lo que él acaba de ver. Más tarde, le parecerá que su cuerpo se había dado cuenta de lo que la cueva contenía antes que ella. Porque justo ahí, en medio del espacio ante ellos, hay un bloque de piedra enorme. Es tosco y natural, como cualquier peñasco que ves en el exterior, solo que no hay nada de natural en este.

Cuando Eli apunta la luz hacia abajo, Opi repara en que, bajo el monolito, no hay nada más que aire.

La cosa entera está flotando sobre el suelo.

Ella intenta entender lo que está viendo, pero su cuerpo comienza a vibrar a un ritmo casi doloroso. Le late el corazón a mil; la sangre se le estremece en las venas mientras las células parecen encogerse. Es agotador. Es incapaz de moverse. Lo único que puede hacer es quedarse mirando el monolito al mismo tiempo que su frecuencia silenciosa la impregna de arriba abajo.

Sin previo aviso, la frecuencia cambia. Es como si hubiera bajado el volumen, lo suficiente para liberar a Opi de su agarre.

Se giran el uno hacia el otro, pero no necesitan decir nada para comprender el asombro que sienten ambos en este momento. Eli se da la vuelta y apunta con la luz más cerca de la colosal piedra para poder ver.

—Es más grande que mi camioneta —suelta, rompiendo el largo silencio.

Opi quiere reírse porque la comparación se le queda corta, aunque todavía sigue embelesada. Da un paso adelante,

examinando las diferencias de la inmensa piedra con las paredes de granito. Su textura también es áspera, pero más cristalina. Sus colores van del gris claro al oscuro, con destellos de negro y un leve verde musgo alrededor de los bordes que solo es visible cuando la iluminan desde cerca. Todo refleja fractales de un haz de luz intenso, y cuando Eli mueve su teléfono, el tono verde musgo parece resplandecer, cambiando a un verde oscuro y después a un azul.

Sin pensarlo, la muchacha empieza a alargar la mano para tocarla. Le hormiguean los dedos cuanto más los acerca.

Se detiene. Se siente demasiado poderosa, demasiado etérea. El mero hecho de que eso exista, dentro de la montaña en la que ella nació, bajo los senderos que había pasado toda su vida explorando, es suficiente para hacer que se sienta aturdida.

—¿Crees que esto es lo que sentíamos en la casa de JD? —pregunta Eli.

A Opi se le ha pasado lo mismo por la cabeza.

—Tiene sentido —contesta—. Creo que solo estamos un poco más abajo en la montaña, y aunque estábamos al otro lado, nos hemos adentrado lo suficiente en ella como para estar bajo su propiedad ahora mismo.

Eli continúa apuntando con la luz al monolito, inclinándose hacia el brillo debajo de este, asegurándose de que está de verdad suspendido en el aire. Mientras lo hace, a Opi se le ocurre otra cosa.

—El recuerdo que Dusty tuvo de nuestra madre… Oyó un taladrado, sintió la montaña vibrar y después siguió el sonido hasta la casa de JD.

—Mierda —suelta Eli, irguiéndose ahora. Se lleva la mano libre a la nuca, y Opi nota cómo trata de dar sentido a las cosas también. Entonces, comienza a asentir—. ¿No dijo Dusty que creía que era la primera vez que vuestra madre se desorientaba? ¿La primera vez

que experimentaba un salto extraño en el tiempo?

—Sí. —Opi suspira, sintiendo que una pequeña pieza del rompecabezas acaba de encajar en su sitio.

—Quizá el taladrado causó una interrupción de la frecuencia que esta cosa emita. No sabemos si han pasado cosas raras en la montaña antes de ese momento, pero si fue la primera vez para mi madre… Y mi padre jamás ha mencionado nada extraño. No hasta la sombra. Así que tal vez la construcción de esa casa… Igual ese fue el instante en el que empezó todo.

—Joder —suelta Eli—. A lo mejor tienes razón, pero ¿por qué no ocurrió nada más que sepamos hasta que cambiamos? ¿Eso fue hace cuánto? ¿Cinco años?

Opi asiente, aún sin poder apartar los ojos de la vista extraña delante de ella.

—Tal vez esa es la pregunta del millón.

Ambos se quedan allí durante otros cuantos minutos, asimilándolo.

—Vamos —dice Eli—. Salgamos de aquí.

Ella piensa en el mundo exterior, en toda esa vida, en las estrellas en el cielo, y de pronto está desesperada por marcharse.

Asiente, y se dirigen a la entrada de la sala.

—¿Lista? —pregunta Eli.

—Lista —responde, deslizando los dedos entre los suyos y aferrándose a él con fuerza.

Eli vuelve a liderar el camino con el teléfono sostenido en alto delante de él. La luz parpadea unas cuantas veces. Opi reza por que no se le estropee otra vez.

Los sonidos de sus latidos, la respiración rápida y los pasos resuenan a medida que la ropa se queda enganchada en el granito a su alrededor.

—¿Por qué no me llamas Opi? —pregunta, desesperada por oír cualquier otra cosa.

La linterna parpadea otra vez, y ella se agarra a la mano de Eli con aún más fuerza.

Aceleran el ritmo.

—Si lo prefieres, puedo llamarte así —contesta él.

Opi se ha vuelto a distraer por la forma en la que huele; sus dientes y su lengua son conscientes de la sangre que ahora tiene él seca en la espalda.

—¿Eh? —pregunta.

—Opi. Te llamaré Opi si quieres. No sé por qué me quedé con Ophelia.

Agradecida por la distracción, ella frunce los labios.

—Hum, estoy bastante segura de que es por el coraje que me da.

Él suelta una carcajada.

—Puede ser. Perdona.

—No pasa nada. Puedes seguir llamándome así si quieres.

—¿En serio? —pregunta, sorprendido.

Opi se encuentra sonriendo.

—Sí.

—Genial. Porque, en realidad, creo que comencé a llamarte así porque es el nombre más bonito que he oído jamás. ¿Opi? —pregunta—. Pfff, menuda mierda.

—¡Oye! —replica, tratando de ignorar el calor en las mejillas—. Opi es bonito.

—Claro. Tal vez para una niña de siete años.

Ella sabe que la está provocando, pero aun así toca una fibra sensible.

—Antes de cambiar era, bueno, la chica de dieciséis años más

infantil.

—Puede —responde, meditando por un momento—. Pero también eras la más adulta. Incluso Dusty lo dijo: los últimos años, tú eras el pegamento que mantenía a vuestra familia unida. No era difícil ver lo mucho que cuidabas de tu padre y de tu hermana. El modo en el que eras un soplo de aire fresco en esa casa.

—Últimamente no —murmura, un poco avergonzada.

—Has tenido una buena excusa.

—Quizá. —No obstante, no está tan segura.

Llegan a la esquina que lleva a la grieta más ancha. Ahora pueden andar recto, pero, aun así, ninguno de los dos suelta la mano del otro.

—Hace unas semanas me preguntaste desde cuándo me importaba el planeta —suelta Eli de pronto—. La verdad es que nunca he pensado en ello antes de que cambiáramos. Pero ahora, viviendo una vida en la que es literalmente imposible ignorar cualquier cosa…, ¿cómo podría ignorarlo? Y ya sabemos que este lugar es lo bastante importante debido a una inteligencia descabellada que aparece en el cielo y que hace lo que nos hizo a nosotros… En fin, lo que intento decir es que a ti no te ha hecho falta todo eso para verlo. Tú lo has podido ver todo el tiempo. Si eso no es sabiduría a pesar de los años que tengas, no sé lo que es.

Opi exhala, conmovida por sus palabras y el sentimiento tras ellas. Estaba siendo muy sincero.

—¡Mira! —exclama él, de pronto soltándole la mano y echando a correr.

Ella frunce el ceño, porque encima de sus cabezas parece haber luz solar.

A pesar de su confusión, el alivio la invade; la luz le parece la salvación. Corre para alcanzarlo y, luego, prácticamente se lanzan

hacia la brecha. Opi se aferra al suelo sin importarle lo mucho que le duelan los codos y las caderas mientras arrastra las piernas detrás de ella.

Eli gruñe, pero tampoco se queja, y al fin salen a gatas sobre los helechos y aspiran aire fresco cuando se levantan con las cabezas inclinadas hacia el sol.

Opi tarda un momento en recuperar el aliento. Cuando lo hace, pregunta:

—¿Qué hora dice que es tu teléfono?

Él frunce el ceño.

—¿Qué cojones? ¿Cómo son ya las nueve de la mañana?

La muchacha trata de reproducir la noche en su mente. Se había quedado dormida antes de las diez; después, se había escabullido cerca de la medianoche. Eli la había encontrado en la base de la montaña una o dos horas más tarde y luego habían venido aquí. No podrían haber sido más de las dos y media o las tres. Desde entonces, parecía que no había pasado más de una hora. Dos, si alarga el tiempo que se han quedado observando el monolito.

—No puede ser más tarde de las cinco —contesta la chica, acercándose más para ver su teléfono y asegurándose de que él no se está quedando con ella. Coloca una mano sobre la suya, acercándose el móvil.

Sin embargo, él tiene razón. Son las nueve y siete.

—No debería —comenta Eli—, pero sí. No he visto qué hora era en el teléfono cuando nos encontrábamos dentro; estaba demasiado centrado en la linterna.

La boca de él debe de estar muy cerca del oído de ella, porque su voz parece descenderle por el cuello. La atención de Opi vuelve a centrarse en su olor y en la sangre que le cubre la espalda. Cuando lo mira, él tiene los ojos fijos en su vestido.

La muchacha frunce el ceño, sintiendo cómo la brisa fresca le toca la piel desnuda de las caderas. Los desgarros en el tejido suave son incluso más grandes y revelan rasguños que rezuman unas gotitas de sangre.

—Estás herida —dice Eli. La garganta le sube y le baja mientras alza los ojos verdes hacia los suyos. Los ángulos marcados de su mandíbula cambian cuando aprieta los dientes. No hay duda de lo que quiere, porque Opi también lo desea.

—Tú también estás herido —contesta ella.

La chica le suelta la mano y se coloca detrás de él. Se le hace la boca agua al tiempo que examina su camiseta desgarrada: la sangre fresca, como la suya, le cubre los roces superficiales que tiene por toda la parte alta de la espalda.

—Podría ir a buscar algo que ponerte en ellas. Hacer una cataplasma o algo —se ofrece, sabiendo que hay una manera muchísimo más eficiente.

Eli se aclara la garganta.

—Estoy seguro de que podrías —responde con la voz temblorosa.

Opi no dice nada. Está librando una batalla entre su cuerpo y su cabeza, y trata de resistir la necesidad abrumadora de inclinarse hacia él y lamerlo. No obstante, no es capaz de entender por qué. No hace mucho que se alimentó de él. E incluso antes de eso, cuando había estado hambrienta y Kat había sangrado a borbotones justo delante de ella, no había sentido tanta pérdida de control como en este instante.

Le parece diferente a la sed de sangre. O, al menos, es un tipo de sed distinta de la que había sentido por Ben. Intenta precisar si es por Eli en sí, por así decirlo, o si es tan solo la ausencia de miedo y vergüenza a la que él ha estado dando cabida. Sabe que no podría

hacerle daño. Él es como ella. Y sabe que no la ve como una especie de monstruo. Ya la ha visto en su peor momento, y, ahora mismo, puede sentir solo una emoción extraña que proviene de su sangre y que todavía le corre a ella por las venas.

Sea lo que sea, no importa, porque, antes de que pueda detenerse, dice:

—O podría… Podría usar…

Él la mira por encima del hombro.

—Creo que eso sería lo mejor —responde Eli con la voz más áspera de lo que ella nunca la ha oído.

La chica lleva las manos al bajo de su camiseta y se la sube, desprendiéndola de su piel empapada por el sudor. Él se lleva una mano al hombro para sujetarla, y la espalda se le ondula por el movimiento. Opi le coloca las manos en la cintura, se inclina hacia delante y le pasa la lengua por una gotita de sangre justo detrás del hombro.

Se le cierran los ojos e inspira. Es consciente de que no podría beber totalmente de él justo ahora. Necesitarían más jengibre silvestre para eso. Sin embargo, saborearlo aún le provoca algo. Se obliga a contar hasta diez antes de permitirse lamerlo de nuevo.

Esta vez, sobre un rasguño.

Eli tiembla y ella se aparta.

—Perdona, ¿te ha dolido?

—No —grazna, y ella cree haber oído una sonrisa en su voz—. Sigue.

—Están curándose rápido —añade, distraída.

Se toma su tiempo, centrándose solo en él. No piensa en lo que hay justo detrás de ellos, dentro de la cueva. Tampoco en correr para contárselo a Dusty, en el hecho de que ha pasado muchísimo tiempo, o en nada más que haya sucedido en los últimos días. No

nota el modo en el que el sol se asoma entre las copas de los árboles y hace que el mundo cubierto de nieve a su alrededor brille con una luz dorada.

Solo está esto, y lo desea como si se muriera de hambre, así que cura cada rasguño con la lengua hasta que él tiene la piel lisa y limpia.

Cuando termina, se permite reparar en las pecas repartidas por los hombros y la espalda superior, en lo fuerte que parece su cuerpo. Entonces, a regañadientes, le suelta la cintura y se retira.

A Eli le lleva un momento volver a moverse. Cuando se da la vuelta, colocándose la camiseta despacio, la busca con la mirada. Esboza una sonrisa tímida. Baja la vista hacia los arañazos de las caderas de ella y sonríe mientras pregunta:

—¿Te toca?

19

Solo pasa por aquí

Opi enrolla la tela de la parte delantera de su camisón, consciente de pronto de sus caderas expuestas.

Sabe que ella es la que ha empezado, pero las caderas son algo mucho más íntimo que la espalda. Al menos, así lo cree.

Sabe que podría esperar hasta regresar a casa y ponerse una cataplasma de milenrama sobre las heridas. También sabe que su nuevo cuerpo se cura con relativa rapidez. No obstante, no sabe si su padre estará en casa o en el trabajo esa mañana, y Dusty ya debe de estar preocupada por dónde se encontrará…

—Vale —responde ella—. Pero no me voy a subir el camisón. Tendrás que lamer por…

Vuelve a mirar a Eli y ve que se le ha borrado la sonrisa. La observa con fijeza, con cara de póker, y la sensación que percibe a través del vínculo de sangre que comparten hace que una nueva oleada de calor le suba por el cuello hasta las mejillas.

—Era una broma —replica él—. No pensaba que tú me dejarías en serio…

—Ah, perdona, no. Sí, no te preocupes.

Al chico le vuelve la sonrisa, pero esta vez más suave y traviesa.

—No —repone, acercándose y arrodillándose ante ella—. Déjame.

Eli alza los ojos, pidiendo permiso con la mirada.

Despacio, Opi suelta el camisón recogido, dejando que caiga y sus caderas queden expuestas a través de los desgarros una vez más. Asiente con la cabeza.

Eli coloca las manos a cada lado de los muslos de ella, sujetándola con firmeza, y luego se acerca. A través de los rotos de la tela, lame.

Opi nunca se ha sentido más en su cuerpo. Es extraño, dado el hecho de que, en ese instante, es como si lo compartiese con alguien más; una consciencia casi constante de la vida de él colándose dentro de ella. Pero no puede evitar disfrutar de las sensaciones: de las manos de Eli agarrando sus piernas para que dejen de temblar, del cosquilleo de su lengua, del modo en el que alivia el escozor de los cortes con sus lametones, haciendo que se sienta completa de nuevo.

Se termina demasiado rápido. La está soltando, mirándola con los ojos entrecerrados y adormilados, y una ligera sonrisa cómplice le asoma a los labios.

«Mierda», piensa ella, mordiéndose el labio.

Opi se gira y se adentra en el bosque.

Camina a buen ritmo mientras regresan a través de la nieve hacia su casa. Una brisa se cuela por los desgarros del camisón, besándole la piel suave y curada. Hace que sea imposible olvidar lo que acaba de ocurrir.

En retrospectiva, sabe que era del todo innecesario. Los rasguños no eran tan graves. Pero se lo había justificado de todas formas.

Siente una barrera defensiva alzarse en torno a ella.

«Eli solo está a tu alrededor porque Dusty tiene a Will —se dice para sus adentros—. Dusty le ha pedido que haga esto por ella. Solo

hace lo que le han obligado a hacer. Se le insinúa a todo el mundo. Solo es humano».

Aunque parecía que le gustaba tanto como a ella, está segura de que todo estaba relacionado con la sangre, no con ella. Porque no hay ningún mundo en el que Opi vea cómo puede compararse con Dusty, la primera opción de Eli.

De repente, las piernas desnudas le parecen demasiado desgarbadas, y el pelo, de un castaño apagado, no intenso, como el de su hermana. No le apetece estar cerca de alguien que la hace sentirse así, aunque no sea a propósito.

Alza la barbilla más alto, acordándose del modo en el que Ben se sonrojó cuando le pidió que fuera con ella al baile de invierno. Le encantó cómo la hizo sentir. Fuerte, poderosa.

No como la hermana pequeña de alguien. No como la segunda opción de alguien.

No pronuncian ni una palabra más hasta que regresan a la casa, donde el aroma persistente de la comida de su padre sobresale de la cocina. Además de eso, está el humo de leña.

Eli aminora.

—Mejor me voy a casa. —Hace un gesto por encima del hombro.

—Vale —responde Opi, aturullada de nuevo bajo su mirada.

—¿Nos vemos luego?

—Sí.

El muchacho asiente, vacilante, y después se gira sobre sus talones y se adentra en el bosque.

—¿Dónde coño te habías metido? —medio grita medio susurra Dusty cuando irrumpe en el dormitorio de Opi.

Esta todavía está entrando por la ventana, recogiéndose el camisón a su alrededor con una mano mientras se cuela en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Dusty, cerrando la puerta tras ella y apresurándose hacia su hermana. De inmediato, le impacta el aroma, la sangre y la saliva de Eli, pero también algo más, una humedad extraña y rancia—. ¿Opi? —insiste.

—Lo siento —contesta ella, aferrada aún al camisón—. Ha sido… una locura. Pero estoy bien. Eli también está bien.

—No, lo siento yo. Solo me di cuenta de que no estabas aquí cuando se marchó Will. Habría ido a buscarte antes.

—¿Por qué no te has levantado antes? —pregunta Opi, confusa —. Papá está en casa, ¿no? ¿No se estará preguntando por qué no hemos ido a clase?

—Hoy no hay clase, ¿recuerdas? —replica Dusty—. El funeral de Kristen es a las diez y media.

Opi baja la vista al vestido negro de manga larga de Dusty y arruga la cara.

—Se me había olvidado. Deja que me dé una ducha rápida y luego te contaré lo de anoche, ¿vale? Pero no creo que pueda… ¿Pasa algo si no voy hoy?

Dusty estudia a Opi un buen rato, percatándose de lo aturdida que se ve.

—No te preocupes.

Diez minutos después, se encuentran sentadas sobre la cama de Opi mientras esta le cuenta a Dusty lo sucedido. Su hermana ve cómo se pasa los dedos por el pelo, que se le está secando, conforme habla, maravillada ante el descubrimiento, pero, en cierto modo, no sorprendida.

—Sabía que tenía que haber algo en la montaña —suelta cuando

Opi acaba de describir el monolito flotante. Su primer pensamiento es que se muere de ganas por contárselo a Will, y el siguiente es que Opi tiene razón: eso debe explicar la sensación que tienen alrededor de la propiedad de JD y cuadra con el recuerdo de su madre al mirar a través de la valla de la obra.

—Lo otro es que, cuando nos adentramos en la montaña, no debían de ser más de las tres de la madrugada. Como mucho. Y no estuvimos dentro más de una hora, quizá dos si pienso en cuánto tiempo nos quedamos… mirando. Pero ¿salir a las nueve?

—Perdisteis la noción de tiempo —dice Dusty, asintiendo—. Como le pasó a mamá. Como nos pasó a nosotras justo antes de que yo cambiara.

—¡Chicas! —las llama su padre desde abajo—. ¡Hora de irse!

Opi todavía no ha explicado por qué apestaba a Eli cuando llegó, pero Dusty se da cuenta de que seguramente lo haya hecho adrede. No quiere presionarla. Sabe que algo ocurre entre su hermana y Eli, y sabe que tienen derecho a mantener en privado lo que sea que esté sucediendo el tiempo que necesiten.

—¿Papá va al funeral? —pregunta Opi.

—Sí. ¿Quieres que le diga que te has resfriado o algo así?

—Sí, porfa. No me veo capaz de aguantar a una multitud hoy.

—Es que menuda noche has tenido —suelta Dusty, y las dos sonríen ante el eufemismo del siglo.

En la ducha, Eli oye un ruido a través de la pared. Creía que no había nadie en casa. Cierra el grifo y coge una toalla que se envuelve en torno a la cintura.

Asoma la cabeza por el pasillo y escucha.

Percibe unos ligeros pasos sobre la moqueta y se gira para seguir el sonido. Procede del dormitorio de su hermano, al otro lado del pasillo. Escucha de nuevo, pero el resto de la casa está completamente en silencio.

Es media mañana. Eli había decidido que no era capaz de aguantar el funeral de Kristen tras la noche que ha tenido y había escuchado a su madre marcharse poco después de haberse metido en la cama. Su padre ya debía de estar en el trabajo. Frunce el ceño cuando oye el sonido del plástico y un chasquido, y, a continuación, comienza a sonar música de rock duro.

Tras ir a su cuarto a ponerse unos pantalones cortos y una camiseta, se dirige al de su hermano.

—¿Noah? —lo llama, golpeando la puerta mientras la abre.

Allí en el suelo, mirando la tele con un mando en la mano, se encuentra su hermano de once años. Todavía lleva el pijama.

Noah alza la vista hacia Eli.

—Hola —responde, y vuelve a atender a la partida.

—¿A qué estás jugando? —pregunta Eli, consciente de la sensación de culpa que siempre siente con su hermano. Sabe que no pasa suficiente tiempo con él, y eso que es perfectamente consciente de que sus padres no son la mejor compañía.

—Al *Call of Duty* —contesta.

—¿Por qué no estás en el colegio? —pregunta Eli.

Noah no responde. En lugar de ello, sigue concentrado en el juego; su personaje avanza en silencio hacia un edificio en la oscuridad de la noche.

—¿Dónde está mamá? —prueba a preguntar Eli, sentándose junto a él.

Noah se encoge de hombros.

Eli lo mira y se da cuenta de lo joven que aún parece su

hermano. Al contrario que él, Noah tiene el cabello rubio arena y solo unas cuantas pecas sobre la nariz. A su lado, es enano; la coronilla ni siquiera le llega al hombro.

—¿Te ha dejado aquí sin más? ¿Solo?

—Tenía que ayudar a papá con algo del trabajo. Me ha dicho que podía quedarme en casa si no me movía de mi cuarto y no intentaba calentar nada en la cocina.

—Y no has ido a clase porque…

—Estoy malo.

Eli entrecierra los ojos, mirando al chico.

—No tienes pinta de estar malo.

Noah se calla otra vez y se lleva la lengua a la mejilla mientras se concentra en disparar a alguien.

—¿No te gusta el cole? —pregunta Eli.

De nuevo, Noah se encoge de hombros.

—Solo estoy cansado.

—¿Por qué?

—A veces tengo pesadillas —responde, errando el tiro por tercera vez.

—¿De qué van? —quiere saber Eli mientras le quita el mando de las manos a su hermano para probar él mismo.

A Noah no parece importarle o sabe que no tiene sentido protestar.

—No son más que…

Por el rabillo del ojo, Eli nota que su hermano pequeño sacude la cabeza.

—¿Que qué? Puedes contármelo. A veces contárselo a alguien ayuda.

Noah guarda silencio un momento antes de añadir:

—Hay una… sombra.

Eli se envara y luego se gira hacia su hermano.

—¡Has fallado! —exclama Noah.

—¿A qué te refieres con una sombra? —pregunta Eli; un escalofrío inquietante le baja por la espalda.

Noah mira por fin a su hermano con la cara seria.

—La suelo ver de noche —explica con un tono de voz dolorosamente bajo ahora—. Pero una vez la vi fuera, detrás del árbol del jardín.

—¿Qué hace? —interroga Eli.

—A veces solo pasa por aquí, como si fuera a alguna otra parte. Pero otras… me observa.

De repente, a Eli le vuelve a palpitar la cabeza; el cansancio lo impacta con fuerza.

—¿Cómo es?

—Como una sombra —responde Noah—. Pero luego, bueno…, se separa de la superficie. Como si se hiciera real. En una ocasión, estaba en la pared justo allí. Como la sombra de una persona. Y entonces salió de la pared. Como si fuera humo, supongo. Aunque más denso. No me gustó.

Al instante, Eli se acuerda de Ophelia y de aquella vez que una figura había estado en su dormitorio y la había arrastrado hacia los pies de la cama.

—¿Alguna vez te ha… tocado? —pregunta Eli—. Quiero decir, ¿la sientes? ¿Podía mover cosas?

Noah asiente.

—En una ocasión, me quitó el gorro de la cabeza. Y me abrió la puerta. Pero jamás me ha… hecho daño. Una vez, pasó tan cerca que la vi, negra contra mi piel, aunque no sentí nada. Por eso sé que no es solo una pesadilla.

Eli exhala despacio.

—Lo siento, coleguita —replica, revolviéndole el pelo con cariño —. La próxima vez que la veas, dímelo, ¿vale?

Noah arruga la frente.

—Si nunca estás aquí.

Su respuesta es como un puñetazo en el estómago.

—¿Tienes mi móvil? —pregunta Eli.

Noah asiente.

—Pues úsalo —contesta Eli, y después le devuelve el mando a su hermano—. Ahora, enséñame tu mejor tiro.

Noah sonríe, y le parece otro puñetazo más. Eli se inclina hacia atrás con los codos en el suelo, acomodándose junto a su hermano. Desearía estar mucho más presente, pero tiene la cabeza a mil tratando de comprender qué cojones está pasando.



La nave de la primera iglesia presbiteriana de Black River está a reventar. Los dolientes se extienden desde los bancos hasta los pasillos laterales y la parte trasera, bloqueando el vestíbulo, por lo que las puertas de la entrada permanecen abiertas. Unas gélidas ráfagas de aire se cuelan por el espacio, haciendo que la estructura de madera cruja.

Mali alza la vista hacia la vidriera, que refleja luz ámbar, roja y amarilla sobre las paredes de color crema y los elementos de madera oscura de la iglesia, creando una ilusión de calidez.

Esperaba romper a llorar en el instante en el que pusiera un pie dentro. Su madre y su padre la flanqueaban, sujetándole las manos como si ellos también lo hubiesen esperado. Sin embargo, hoy no ha derramado ni una sola lágrima. Se pregunta si es porque su mente se ha insensibilizado para evitar pensar en lo que hay en el interior

del pequeño ataúd bajo el altar. O quizá es porque ya ha llorado a Kristen. Aquellos que saben la verdad ya la habían enterrado hace unos meses.

Mali duda de que esto le sirva de cierre a los padres de Kristen. Los ve en el primer banco sacudiendo los hombros como si llorasen en silencio por su única hija, aún sin saber nada de lo que le ocurrió.

El órgano empieza a susurrar un cántico melancólico y la congregación se pone en pie. A medida que las notas suaves y profundas recorren la estancia, los sollozos y los jadeos de angustia atraviesan el aire como cuchillos. Mali sigue con la mirada los sonidos de los amigos más cercanos de Kristen, que se apoyan entre sí y en sus padres. El dolor es casi tan palpable que Mali prácticamente puede sentirlo también. Niegan con la cabeza en señal de incredulidad, como si se preguntasen cómo es posible que haya ocurrido eso y quién puede haber hecho algo así.

«Si supieran…».

A sus espaldas, se encuentra Dusty entre su padre y Will. Ella le ha contado a Mali enseguida lo que Opi y Eli habían descubierto la noche anterior. Por muy interesante que pueda ser, justo hoy, eso solo hace que Mali anhele un mundo en el que sus amigos sean solo eso, sus amigos, y no seres sobrenaturales. Sabe que ellos no tienen la culpa, pero a veces no puede evitar molestarse porque los problemas de ella, así como sus pérdidas, jamás serán tan importantes como lo que está sucediendo en la White Mountain.

Conforme observa a la multitud, se sorprende al ver a Amber. Tiene la expresión vacía y la piel tan pálida que parece un fantasma en contraste con la ropa negra. Sus padres están a su lado. Mali no puede evitar notar lo mucho que han envejecido en los últimos meses. Le recuerda que las acciones de JD han afectado a cada persona de esa estancia de un modo u otro. Y que sigue ahí fuera,

yéndose de rositas.

Mali nota un cosquilleo en la nuca, lo que le indica que alguien la observa. Lo primero que piensa es que debe de ser Kat, pero, al girarse para mirar la sala, ve a una mujer al fondo de la habitación. Parece como si tuviera treinta y pico, es negra y lleva el pelo recogido hacia atrás en un apretado moño y la impresionante cara sin rastro de maquillaje.

La mujer asiente hacia ella y es imposible que Mali no piense que es una advertencia. La inquieta lo bastante como para evitar que le brote cualquier lágrima durante el resto del funeral.

Cuando se termina y los dolientes salen afuera, todo es de pronto blanco y negro. El cielo repleto de nubes brillantes, la fachada de madera blanca de la iglesia, la calle y las personas vestidas de negro que se reúnen en grupos, charlando tranquilamente, todo rodeado de nieve.

—¿Mali? —pregunta una voz suave.

La chica sabe que se trata de la mujer que la ha estado observando antes de girarse hacia ella.

—Soy la agente Ella Reed —se presenta, esbozando una sonrisa mientras les tiende una mano enguantada a los padres de la muchacha y luego a Mali. Cuando esta la coge, nota que su padre le ha puesto la mano sobre el hombro. Su madre se acerca por el otro lado y engancha a Mali del brazo.

—¿Qué podemos hacer por usted? —pregunta la madre de Mali con su tono más apaciguador.

—Solo quiero hacerle unas preguntas a su hija, si no les importa.

—¿Ahora? —pregunta el padre de Mali en un tono claramente crítico.

—Sé que no es el momento —responde la agente—. Quería hablar con ella ayer, pero estaba en clase y luego en atletismo,

según tengo entendido, ¿no?

El hecho de que esté al tanto de sus movimientos le provoca náuseas a Mali.

—Solo será un minuto —añade la agente—. Déjenme que los acompañe al coche.

Los padres de Mali ceden y echan a andar con torpeza codo con codo.

—He oído que se hizo amiga íntima de Kristen antes de que desapareciera, ¿no?

Mali asiente; la garganta se le contrae como si no quisiera que hablara.

—Y su relación era… —La agente vacila.

—Se gustaban en sentido romántico —contesta con orgullo la madre de Mali.

—Al principio —agrega el padre.

A Mali le cuesta contener la mueca de sus labios, que quieren sonreír.

—Pero ¿no funcionó? —pregunta la agente Reed con los ojos sobre Mali.

La muchacha carraspea.

—No. Kristen estaba ocupada, centrada en los exámenes finales. No nos peleamos ni nada, solo es que… aquello no fue a ninguna parte. Después de eso, nos vimos una o dos veces, como amigas.

—Ya veo. Eso suele ocurrir en el instituto.

Cuando Mali mira a la mujer, esta tiene una expresión cálida, empática incluso. Eso la pilla desprevenida.

—A estas alturas, ya se habría marchado a la universidad, de todas formas —responde Mali, sorprendida de estar abriéndose—. Así que dudo mucho que hubiéramos llegado a nada más aunque la relación no se hubiera… roto como se rompió.

La agente asiente, pensativa, antes de preguntar:

—¿Y había alguien más con quien Kristen tuviese algo romántico? ¿Alguien de la White Mountain? ¿Dusty o Eli quizá?

Mali se detiene en seco y frunce el ceño ante la agente.

—No —contesta—. Ellos no… No eran… Ninguno de los dos era su tipo.

Su padre aprieta los dedos sobre el hombro de ella y Mali no está segura de si la está advirtiendo para que permanezca tranquila u ofreciéndole apoyo.

—Lo siento —suelta la mujer—. Los adolescentes pueden ser un poco indecisos, eso es todo. Todavía están descubriendo quiénes son.

—Ya —replica Mali—. Pero le garantizo que ni Dusty ni Eli tenían una relación con ella de ese tipo.

—De acuerdo —repone la agente—. ¿Y qué hay de Jake Deakon?

A Mali le da un vuelco el estómago y siente justo como si se hubiera metido en una trampa.

—¿Saben? No he podido contactar con él ni con sus padres.

—Son, eh… —comienza a decir el padre de Mali—. Son una familia muy cerrada, me temo. Nosotros nunca hemos conocido a los padres de JD, y eso que Mali y él son amigos desde hace años.

—¿Oh? —suelta la agente mientras reanudan la marcha.

Mali se obliga a respirar.

—Nos llevábamos bien —corrige ella—. Antes de que dejara el colegio, se sentaba con nosotras en el almuerzo y nos acompañaba a veces a las fiestas, ese tipo de cosas.

—¿Con *nosotras* se refiere a…?

—Ah, a Dusty, a Amber y a mí.

La agente asiente.

—He oído que Amber y él se habían vuelto muy cercanos. Y que

después todo eso terminó de golpe, como lo suyo con Kristen, ¿no? Más o menos cuando Eli entró en la ecuación, ¿lo hizo también Will? —plantea en tono de pregunta, pero está claro que no ignora nada: esa mujer ha estado hablando con la gente y ha estado haciendo las preguntas correctas.

Mali se encoge de hombros con la esperanza de enmascarar la repentina furia asesina. No es por la agente, pues sabe que solo está haciendo su trabajo. Sino por JD. Por lo que ha hecho, por la forma en la que los ha dejado tirados con toda la mierda y teniendo que luchar por sus vidas mientras entierran a Kristen otra vez.

«Siga preguntando por JD», quiere decir, las palabras se le quedan en la punta de la lengua. Desea soltarle a la agente que lo busque, que haga el trabajo arduo por Dusty, que lo traiga de vuelta, que haga justicia. Pero Mali sabe que no puede. La verdad sobre JD solo la conduciría a Dusty, a Opi, a todo lo que han hecho para ocultar la verdad.

Así que, cuando al fin se aproximan al coche despacio, Mali se traga las palabras y esboza una sonrisa comprensiva y complaciente.

20

Límites básicos

Opi observa cómo Mali abre con cuidado el táper que acaba de sacar de su mochila. Dentro, hay un trozo gigante de tarta de calabaza.

Enfrente de ella, Will la observa.

—¿Es para mí?

Mali se queda mirándolo.

—Pero si tu abuela me dijo que cualquier tarta que haga es para mí. —Junto a Will, Dusty suelta una carcajada.

Opi se siente muy aliviada de haber vuelto al instituto tras los últimos días. Hay mucho ruido en la cafetería, como siempre, pero oír a Mali y a Will discutir la ayuda a tranquilizarse.

—Solo porque ha descubierto que eres hijo de madre soltera sin más familia aquí; y la idea de que no tienes a nadie alrededor para cocinarte literalmente le quita el sueño.

Will parpadea, mirándola con fijeza.

—Uf, está bien —replica ella, deslizando la tarta hacia él.

Will agarra el tenedor y corta un buen trozo.

—Tienes que estar de broma —masculla Mali.

Él se encoge de hombros.

—Estoy creciendo.

Detrás de ella, Opi puede sentir a Eli acercándose antes de olerlo. No han hablado desde ayer después de que descubrieran el

monolito. Desde que se lamieron el uno al otro las heridas.

No ha sido capaz de dejar de pensar en ello, y preferiría no tener que interactuar con él aún, pero Dusty le ha dicho a todo el mundo que debían hablar en el almuerzo, así que aquí están.

—¿Qué pasa? —suelta Eli, retirando la silla al lado de Opi y sentándose con indiferencia.

—Sí, ¿cuál es el orden del día? —pregunta Mali, saboreando un bocado de tarta.

Dusty suspira, dudando por un momento demasiado largo. Su hermana puede sentir cómo aumenta la impaciencia en la sangre de Eli.

—Empiezo yo —salta él—. Mi hermano pequeño me ha contado que ve una sombra.

Opi se inclina hacia delante.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Me lo dijo ayer, pero supongo que lleva un par de meses viéndola. —Se gira hacia Dusty—. ¿Recuerdas que al poco tiempo de que cambiáramos mojó la cama porque tenía mucho miedo de algo que vio?

—Sí… —responde ella—. Me lo contaste en el claro. Joder.

Opi siente una punzada de celos repentina al imaginarse los días y las noches que pasaron Dusty y Eli juntos a solas en el bosque poco después de la transformación.

—Eso no ocurrió mucho antes de que yo viera algo en mi habitación —añade, esperando que Eli repare en las emociones relacionadas con aquello en vez de en sus celos.

—¿Creemos que la sombra es la presencia? —pregunta Mali.

—No lo sé —responde Dusty—. Pero cuando vi la sombra en la premonición, no parecía la presencia. Ver la sombra despertaba el peor miedo imaginable. Sé que yo soy sensible, pero me dolía

físicamente lo aterrorizada que estaba. O… —se corrige, mirando a su hermana— que Opi estaba. Sin embargo, la noche en la que la transformaron, vi a la presencia durante un minuto y percibí esa sensación de… calma. Como si estuviera viendo todas estas cosas descabelladas, aunque de alguna forma confiara que pasaba algo mucho mayor. No se sentía tan… —se detiene, buscando la palabra exacta— tóxico.

—He estado pensando —comenta Eli— en el monolito. Si ha estado vibrando así o lo que coño haga, nos habrá afectado de alguna manera al crecer aquí, ¿no?

Opi asiente.

—Sin duda. Era muy poderoso.

—¿Y creemos que se encuentra bajo la casa de JD? —pregunta Mali.

—Sí —responde Dusty—. Por eso lo sentimos con tanta fuerza allí.

—Quizá por eso él está tan perturbado —reflexiona Mali.

—Tal vez —contesta Opi—. Y creo que ahora sabemos con seguridad que el hecho de que su madre construyera su hogar aquí ha tenido algún efecto en el monolito. Como si hubiera alterado su frecuencia.

—Entonces, digamos que el monolito nos afectó de algún modo al crecer aquí —comenta Dusty—. Igual eso es lo que le ha permitido a la presencia cambiarnos.

Eli asiente.

—Sí, pero ¿no habría transformado la presencia a todo el mundo que vive aquí entonces?

—Tal vez sea por la etapa de la vida en la que estamos —propone Dusty—. Hemos crecido, pero seguimos en desarrollo. Solo ha alterado a los adolescentes, que sepamos. Y ha esperado a que

Opi…

Cuando Dusty mira a su hermana, ya puede sentir cómo se sonroja.

—Lo siento —pronuncia sin decirlo en voz alta.

Por los asentimientos de todo el mundo, es evidente que todos saben que se refiere a que a Opi le llegó su primer periodo.

—¿Creéis que eso significa que la presencia quiere que propaguéis lo que sois, pero poco a poco? —pregunta Mali—. A ver, como vosotras dos ya tenéis la regla, significa que técnicamente podéis tener bebés. Quizá. Algún día. Así que ¿podría ser hereditario? ¿Y la habilidad de JD podría ser solo un extra?

Se produce un largo silencio mientras todo el mundo comprende la gravedad del asunto.

—Tiene mucho sentido —responde Dusty—. Si la presencia estuviera comprometida con la vida aquí, por algún motivo, no solo bajaría y cambiaría a todos los adolescentes del tirón. Sería un caos. No solo significaría que la presencia se revelaría ante todo el mundo, lo que causaría la anarquía. Los gobiernos empezarían a cazar a gente. No querrían que hubiera personas más poderosas que ellos. Sería algo apocalíptico a muchos niveles.

—¿No creéis que si la gente supiera que existen más cosas ahí fuera eso nos uniría? —pregunta Opi.

—Tal vez —contesta Eli—. Si solo se enfrentaran a la existencia de la presencia. Pero ¿nosotros? —Sacude la cabeza—. Dusty tiene razón, nuestra propia gente cazaría a todos los adolescentes y los mataría.

Opi siente que la inunda una profunda oleada de tristeza.

—Aunque —prosigue Eli— también creo que Mali tiene razón con lo de que la presencia ha elegido que esto sea gradual. Somos una especie de rama nueva de la evolución. Al menos, nos han dado

tiempo para adaptarnos y para que el mundo se adapte a nuestro alrededor.

Cuando Opi alza la vista hacia él, se da cuenta de que ha estado hablándole directamente a ella, como si tratara de reconfortarla.

—Me gusta —dice.

—Pero nada de eso explica lo de la sombra y el motivo por el que está acechando a prepúberes y a adolescentes —comenta Mali.

—Y a mi padre —interrumpe Dusty—. Y a Michelle.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —pregunta Mali—. ¿Nos sentamos y esperamos a que JD aparezca y suceda la premonición de Dusty?

—Creo que tenemos que volver a hablar con Michelle —responde Eli—. No sé cómo se contuvo de contarme lo de la sombra, pero sabe más, ¿verdad?

Todo el mundo está de acuerdo.

—Aunque no me gustó la apariencia de sus colores —comenta Dusty—. Era como si apenas estuviera allí. Parecía muy frágil. Vamos a dejarle uno o dos días más, ¿vale? Me preocupa que meternos en su mente pueda acabar con ella para siempre.

Todo el mundo está de acuerdo con eso también.

—Hablando de tu habilidad —le dice Mali a Eli—. Creo que es hora de que tengas una charla con la agente. Me dejó preocupada ayer en el funeral, y esa mujer está demasiado al tanto de las cosas.

—Vale —contesta él.

Todos se quedan mirando la mesa, procesándolo.

Un minuto más tarde, Will suelta:

—Creo que, de todas vuestras habilidades, escogería la de Opi.

Ella sonríe al mismo tiempo que Dusty le da un codazo, fingiendo estar ofendida.

Will agarra el tenedor y está a punto de coger el último trozo de

tarta de calabaza cuando Mali lo pilla de pronto y se lo queda para ella.

Él sacude la cabeza, mirando el táper vacío.

—Tu abuela estaría muy decepcionada contigo.

Mali sonríe y se deleita con el sabor.

—Ahora, ¿podemos hablar por fin del baile de invierno de la semana que viene? Dust, Op, ¿habéis escogido vestido?

Opi siente una presión en el pecho y no está segura de si es de ella o de Eli.



—¿Cómo estás? Creo que no te he visto mucho estos últimos días.

Eli observa cómo Ophelia mira al *quarterback* y aprieta los labios, como si dudara de qué contestar.

—Bien —responde ella—. Sí, he estado muy… ajetreada.

Él juraría que ve cómo se sonroja, a pesar de que se encuentra en la otra punta del pasillo.

Por una vez, no la estaba siguiendo en realidad. Se encontraba en su taquilla, con sus cosas, cuando ha olido a Ophelia viniendo por el pasillo.

Es como si ahora pudiera sentirla más. Más que a ninguna otra persona, incluso a Dusty. Técnicamente, solo se han alimentado el uno del otro una vez. No se puede imaginar lo que la sentirá a medida que continúen. Si es que lo hacen.

Ha notado el modo en el que se ha apartado de él después de lo ocurrido en la cueva y ha temido que ella esté pensando en el *quarterback*. Porque tenga sentimientos en conflicto y todo eso.

Ahora, le dedica al chico una sonrisa amplia y permanente, y Eli

se siente como su extraño secreto, alguien con quien practicar. El *quarterback* es el importante de verdad.

—Ah, ¿sí? —le pregunta el *quarterback*—. ¿Qué ha ocurrido?

Ella vuelve a sonreír.

—Ah, es una historia muy larga. No te preocupes por eso.

Comienzan a andar por el pasillo hacia Eli, charlando. Este último quiere salir de allí, pero tiene los pies plantados en el sitio. Como Ophelia no parece verlo, observa, notando la manera en la que inhala con sutilidad el aroma del *quarterback*, lo similares que parecen: buenos estudiantes, inteligentes y de trato fácil que le caen bien a todo el mundo. Puede ver que el *quarterback* no provoca que se ponga nerviosa o se irrite. En teoría, hacen una pareja perfecta, justo como Will y Dusty. Entonces, se pregunta por qué observarlos le provoca arcadas.

Sabe que se ha pillado. Mucho. Pero también cree que un hombre mejor, alguien como Will o el *quarterback*, sería feliz si ella lo fuera. «Si amas a alguien, déjalo libre», o una tontería de esas.

Está a punto de girarse cuando lo golpea una oleada de hambre. No obstante, no es suya. Sin lugar a dudas, es de Opi. Su cuerpo responde con unos celos rojos y ardientes, a los que les sigue un odio a sí mismo.

«Dale espacio», se dice.

De pronto, algo llama su atención en la dirección opuesta, provocándole un latigazo.

Es capaz de sentir a Dusty en su cabeza, en su pecho, explorándolo.

—Oye —suelta cuando ella gira la esquina—. Para.

—Perdona, no quería…

El chico se aparta de la taquilla de un empujón y pasa por delante de ella, haciendo que Dusty se dé la vuelta para seguirlo.

—Eli, no quería… He sentido que estabas enfadado, y ahora mismo estoy muy alerta. Trato de respetar los límites básicos, pero…

—No pasa nada. —Suspira, y el pecho se le relaja a cada paso que se aleja de Ophelia y del *quarterback*—. Estoy bien, en serio.

—¿Estás enamorado de mi hermana?

Él se detiene de golpe. Despacio, gira la cabeza para mirarla.

—Tía —espeta, mandándole una advertencia a través de su vínculo para decirle que lo deje en paz—, límites básicos.

—Lo siento, solo he creído que sería más fácil soltar la pregunta como si arrancara una tirita. O puedo seguir fingiendo que no ocupa todo el espacio de tu cerebro si quieres. —Le dedica una ligera sonrisa que se parece muchísimo a la lástima.

—Da igual cómo me sienta —dice, sin dejar de recorrer el pasillo.

—Eli, por supuesto que no da igual.

—Lo superaré. Es solo que… me estoy adaptando a todo, a lo de compartir sangre y eso.

—Vale —contesta ella, pero Eli nota que no se lo traga.

—Bueno —prosigue el chico—, tú eres como mi hermana, así que ¿eso no hace que ella lo sea también? Es un follón.

Dusty suelta una carcajada.

—No creo que cuente. Puedo sentir el vínculo entre vosotros dos —explica con delicadeza—. Lo veo en vuestros colores. Lleva semanas ahí. Incluso antes de que os alimentarais el uno del otro.

Eli se pasa las manos por la cara.

—No me digas eso.

—¿Por qué? Lo siento. Solo quiero dar a entender que… no te lo estás imaginando.

—Eso díselo al *quarterback*. —Intenta sonar sarcástico, pero las palabras salen claramente amargas.

Mali encuentra a Kat sola en la sala de música después de las clases.

Se halla sentada en una silla, de espaldas a la puerta, mientras toma nota en hojas de pentagramas apoyadas en un atril. Su violonchelo, como siempre, está en la funda a su lado.

Hay otras sillas y atriles dispersos por la habitación, justo como cuando Mali y Dusty se escondieron aquí cuando todo comenzó a enrarecerse. En aquel entonces, se encontraba asustada por lo que Kristen le había hecho en la hoguera. Tenía muchísimas preguntas. Ahora, está empezando a preguntarse si alguna vez habría respuestas. Era complicado creer que sus amigos descubrirían alguna vez lo que está sucediendo. Todo parece muy inmenso, muy fuera de su control.

Por lo tanto, había decidido vivir el momento, y, justo ahora, lo que quería era ver otra vez a Kat.

Esta da golpecitos con el pie mientras se concentra, como si estuviera llevando el ritmo de una melodía reproducida en su cabeza. Mali sonríe.

Sin embargo, entonces se detiene, y Mali oye cómo sorbe mientras se pasa las manos por la cara.

—Oye —dice Mali con delicadeza a medida que se acerca—. ¿Te encuentras bien?

Kat vuelve a sorber.

—Hola.

Tiene los ojos rojos y las mejillas sonrosadas, y Mali se apresura a acercar una silla a ella.

—¿Te importa que me siente?

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Te puedo ayudar con algo? —pregunta—. ¿Es por lo de la solicitud de tu beca?

—No —responde, secándose los ojos. Sacude la cabeza, pero no dice nada más.

—Bueno, se me da bien escuchar —se ofrece Mali—. En serio, Kat, puedes contarme cualquier cosa.

La chica suelta un largo suspiro.

—Esto no. Parecerá que estoy loca.

—No pasa nada —contesta Mali—. En realidad, estoy muy acostumbrada a las cosas locas.

Kat la mira a los ojos y le dedica una ligera sonrisa.

—No de este tipo, créeme.

Mali se queda quieta y, entonces, pregunta con cautela:

—¿Es por lo de la otra noche? ¿Cuando te caíste?

La chica cierra los ojos con fuerza, pero asiente.

—Kat, en serio, me lo puedes contar.

Cuando abre los ojos, inhala hondo.

—Te juro que… Sé que necesito contárselo a alguien, pero tengo este deseo irrefrenable de no hacerlo. No sé explicarlo.

Mali aguarda, paciente.

—Cuando me encontraba fuera de la casa de JD, justo antes de caerme… —Vuelve a sacudir la cabeza y empieza a rebotar el pie contra el suelo.

—No pasa nada —murmura Mali, alargando el brazo para frotarle el hombro—. Tómate tu tiempo.

Kat suspira.

—Cuando estaba mirando por la valla, vi una… figura. Era negra, como una sombra al principio, pero luego como que… tomó forma. Como una persona, quizá. Aunque la manera en la que se movía… No puedo… No sé cómo explicar el miedo que sentí cuando la vi.

Sabía que quería algo de mí. Era un ser consciente. La sentí examinarme. —Nuevas lágrimas empezaron a acumulársele en los ojos y las pestañas se le pegaron en montones densos—. Me acojonó muchísimo, Mali.

A la otra chica le entra un escalofrío. «No —piensa—. Ya basta. Otra vez no».

—Como te he dicho —añade Kat, temblorosa—, sé que parece que estoy loca.

Mali se muerde el labio inferior.

—No pareces estar loca —responde al fin—. ¿La has visto desde entonces? ¿A la sombra?

Kat asiente.

—Eso creo. No lo sé, es como si siguiera viéndola por el rabillo del ojo. Como si estuviera cazándome, joder. Creí verla en mi garaje la otra noche cuando estuviste allí. Sin embargo, no era tan… visible como cuando la vi en la casa de JD. Por eso estoy actuando de modo tan raro, perdona.

—No —contesta Mali—. Ni siquiera lo había notado. —No se puede creer que haya estado tan absorta en sus pensamientos que no se haya percatado—. Yo he sido la que ha estado actuando… Da igual, no importa. La cuestión es que te creo.

—Gracias —responde la chica, sorbiendo por la nariz.

Aún sorprendida, Mali espera que un nuevo miedo, preocupación o irritación la invada. No obstante, la ira que sentía hacia JD ayer todavía prevalece y una necesidad aguda de proteger a Kat le da fuerzas. La idea de perderla de vista, de permitir que algo le pase, de pronto no es una opción.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —pregunta.

Kat suelta un suspiro tembloroso.

—No tengo planes —dice, llorando cada vez menos. Parece un

poco más liviana.

—¿Quieres ir a mi casa a ver la tele o algo? —pregunta Mali—. ¿Algún programa para desconectar?

Kat se queda mirándola con los ojos entrecerrados, como si le costara creerse la invitación.

Mali siente que su determinación flaquea al verla, y por mucho que desee proteger a esta chica, quiere animarla también. Hacerla feliz.

—Mi abuela ha hecho tarta de calabaza —añade con las cejas alzadas—. A menos que prefieras…

—No —responde Kat—. Me encantaría. De verdad.

21

Él también tiene una vida

Eli deambula por el vestíbulo, arrastrando los pies por el suelo de granito. Espera que la agente llegue pronto. La ha llamado hace más de media hora y le ha dicho que iba de camino. No quiere que haya nadie más cuando él hable con ella.

Su padre sigue trabajando y su madre está con Noah en el entrenamiento de baloncesto. Su hermano se lo confirmó la noche anterior. Por suerte, lo encontró durmiendo a pierna suelta. Aun así, se quedó echándole un ojo un rato, solo por si acaso. Después, antes de irse a clase hoy, fue a la habitación de Noah a ver cómo estaba. Hablaron y resulta que el crío es un diablillo, mucho más de lo que Eli se creía.

El timbre de la puerta principal suena y el muchacho se sobresalta. Hoy ha estado sumido en sus pensamientos más de lo habitual, y se le pasa por la cabeza que ojalá le hubiera echado sal al camino para poder salir con su vieja bicicleta en cuanto todo aquello haya acabado. Pero antes tiene otras obligaciones.

Presiona el botón para que la agente Reed entre y, cuando le abre la puerta principal, se siente aliviado al ver que el ayudante Brookes no está con ella, justo como deseaba.

—Eli —lo saluda, bajándose del coche. Lleva el traje gris con un plumífero grueso negro y botas de nieve. Tiene una sonrisa sutil en

los ojos que no se le refleja en ningún otro sitio de la cara.

—Gracias por venir —le dice él, sujetándole la puerta para que pase.

Cuando entra, mira alrededor con curiosidad. A Eli no le cabe ninguna duda de que está analizando cada detalle.

—No pasa nada —responde ella mientras comienza a quitarse el plumífero.

Eli alza una mano.

—Ah, no se moleste. Será rápido.

Ella frunce el ceño y lo observa.

—Ayer no estaba en el funeral.

«Directos al grano, supongo».

—Me surgió algo —explica él, mirándola ya fijamente a los ojos en busca de un hilo de conexión.

Tarda un segundo más de lo que le habría gustado, pero ahí está. Lo agarra, da un paso más cerca y no vacila.

—En realidad, no cree que la White Mountain tenga nada que ver con la muerte de Kristen. Trasladaron el cuerpo aquí, y cualquier corazonada que tenga de los lugareños o de sus compañeros de clase ya no le parece relevante. Hará lo que sea para buscar respuestas alternativas, manteniendo a sus superiores contentos, pero en el fondo sabe que no resolverá este caso, y no pasa nada. No la perseguirá durante el resto de su carrera. Se marchará de Black River; apenas volverá a pensar en ello de nuevo.



Una oleada de alivio inunda a Dusty cuando Eli le muestra lo ocurrido en su casa: a la agente Reed marchándose, despidiéndose con educación y todas las sospechas, al parecer, borradas de un

plumazo.

Por fin han resuelto un problema.

Se recuesta en el sofá, disfrutando de la fría brisa que la recorre a través de las ventanas abiertas. Sin embargo, la puerta principal se abre y oye las botas pesadas de su padre irrumpir en la cocina.

—¡Jesús! ¡Esto está helado! ¿Chicas?

Dusty se acerca en silencio a cerrar las ventanas.

—¡Acabo de llegar también! —exclama—. ¿Quieres que encienda las chimeneas?

—¡Sí, hazlo! La cena estará lista en media hora.

Dusty suspira. Sabe que no cuestionará nada cuando ellas le digan que comerán más tarde o cuando tampoco toquen las sobras del frigorífico. Eli se ha asegurado de ello. Aun así, con lo que está ocurriendo ahí, la intranquiliza cada vez más el hecho de que su padre vaya a ciegas.

Se toma su tiempo encendiendo las dos chimeneas, abrazándose por el calor abrumador, y luego se une a su padre en la cocina.

Él le sonríe, y una parte del corazón de la chica se rompe mientras se pregunta cómo es posible que su mera presencia sea suficiente para que parezca tan feliz. Se deja caer en una silla en la mesa del salón y lo observa empezar a cortar verduras.

—¿Qué tal las clases? —pregunta él.

—Bien —responde ella con un poco de entusiasmo de más—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo ha ido el trabajo?

—No muy mal.

—Oye, papá.

—Dime, cielo.

—¿A qué te referías cuando me preguntaste si había visto una sombra?

Él deja de cortar las verduras.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Has visto algo?

—Puede —miente.

Los colores de él se arremolinan, aterrados.

—¿Dónde?

—Seguro que no es nada —responde ella, insegura de hasta dónde está dispuesta a llegar.

El hombre permanece inmóvil un buen rato y después continúa cortando verduras.

—¿Dust? —la llama Opi desde la planta de arriba—. ¿Puedes subir?

La muchacha mira a su padre, pero está sumido en sus pensamientos, muy lejos de allí. Sube las escaleras trotando hasta el cuarto de su hermana.

Opi está sentada en el borde de la cama, retorciéndose las manos. Sus colores sobrevuelan a su alrededor, densos, cambiantes como una tormenta a punto de desatarse sobre la tierra. Dusty se dispone a preguntarle si necesita hablar de algo cuando su hermana se levanta de pronto.

—Tengo que recolectar algunas plantas.

—¿Ahora?

—Esta noche —responde Opi; salta a la vista que intenta sonar distendida—. ¿Me acompañas?

—¿Yo? —contesta ella, lamentándose al instante por el tono de sorpresa.

—Sí, bueno, cada vez que trato de irme de casa sin ti, Eli aparece para vigilarme. Él también tiene una vida. No debería tener que hacerme de niñero todas las noches.

La culpa azota a Dusty, caliente y veloz. Siente el peso del papel que ha representado ella en los sentimientos de Eli por su hermana y desearía haberse esforzado más por intervenir antes, antes de que

uno de los dos resultara herido. Opi lleva razón: el bienestar de su hermana no es responsabilidad de Eli, sino suya.

—Sí, claro —responde—. ¿Ya tienes… hambre?

Opi desvía la mirada, avergonzada de pronto.

—Entonces ¿vendrás? —pregunta, ignorando lo que ha dicho Dusty.

Esta última asiente, pensando si Opi estará hambrienta porque la sangre de Eli es distinta, como la suya, y necesita más con más frecuencia de la que necesitaba con Mali. O tal vez sea más que eso, se da cuenta. A lo mejor tiene más que ver con el apetito de ella y con una necesidad contra la que ha estado batallando en silencio todo ese tiempo.



Eli baja la mirada hacia Amber, que tiene el rostro oculto por la oscuridad del callejón. Están a la espera, apoyados contra un muro de ladrillos al que no le llega la luz de la calle. Por suerte, las temperaturas más frías de lo normal han hecho que el olor a basura sea en cierto sentido más soportable.

Cuando el muchacho la llevó ahí por primera vez hace meses, sabía que no era lo ideal, pero no tenía muchas opciones más. No había precisamente una cola de voluntarios para saciarla. Después de que Ophelia descubriera el jengibre silvestre, se ha preguntado si debería ofrecerse a alimentar a Amber también. Sin embargo, sabe el efecto que alimentarse tiene sobre el organismo de otro sangredependiente, la conexión que se ha desarrollado entre Ophelia y él, y no le parece que sea la mejor de las ideas.

No quiere hacer eso con nadie más que con ella, incluso aunque le duela.

Así que, si a Kristen le valía de ese modo, también tendrá que valerle a Amber.

Por ahora.

—Bueno —suelta Eli, con cuidado de no lanzarse demasiado rápido—, ¿cómo has estado?

Ella se encoge de hombros como única respuesta.

—¿Todavía sigues… sintiendo a JD? ¿Como si te llamara?

La chica asiente.

—¿Ha…? ¿Sabes si ha convertido a más como nosotros?

Eli vacila.

—Sí. Ya hay cuatro. Creemos.

La respiración de ella enseguida se vuelve pesada y la cara se le contrae de dolor, como si le afectara físicamente no estar con él mientras otros sí.

—¿Cómo fueron esas primeras semanas cuando asimilaste lo que te había hecho? —pregunta él.

Ella cierra los ojos con fuerza.

—Cuando me cambió, no creo que él supiera lo que estaba haciendo ni siquiera mientras ocurría. Fue más bien… instintivo. Como si hubiera hecho lo que su cuerpo le pedía.

Se detiene.

—No estoy segura de si sabes esto, pero mi relación con la comida no ha sido la mejor. Es algo con lo que he luchado toda mi vida. JD lo sabía, y cuando se percató de lo que había hecho, de en lo que me había convertido, solía usar ese dato para justificarlo. No ayudó el hecho de que yo le reconociera que me gustaba no tener que comer. Y así fue, hasta que me sentí verdaderamente hambrienta. Él contaba con su madre, aunque para mí… siempre ha sido así. Siempre me he alimentado de extraños. Recordándome que, al menos, ya no tenía por qué obsesionarme por las comidas,

que no necesitaba alimentarme todos los días, que no tenía por qué hacerlo en público, solo aquí…, en la oscuridad…, en secreto…, con él ahí. Yo también me lo justifiqué a mí misma. Eso hacía que lo viera como una especie de salvador, y él lo percibió. Le encantaba. Creo que por eso creíamos de verdad que éramos inmortales. Como que, si podía concederme un regalo así…, era como si se hubiera elevado por encima de los demás. Se le fue la cabeza igual que se me fue a mí. Solo me di cuenta de lo jodida que se había vuelto la situación cuando… mató a Kristen. Fue como si fuera una ramita. Como si no le importara. Al igual que el resto de nosotros. Excepto su madre, claro.

Eli trata de pensar en qué narices responderle cuando la puerta trasera del bar se abre. Un hombre sale tambaleándose y fumando de un cigarrillo electrónico como si fuera el aire puro que necesitaba; acto seguido, se dirige a los tres escalones que conducen a la calle. Se salta uno y se cae sobre el camino cubierto de sal.

—Lo conozco —susurra Amber—. Acabó el instituto hace unos años. Quería trabajar para mi padre, hacer paisajismo. No dejaba de presentarse apestando a alcohol, así que mi padre le dio un ultimátum. Supongo que eligió… esto.

—Qué duro —comenta Eli—. Podemos esperar a alguien más. A alguien…

—Servirá —repone ella en tono plano, y se aparta del muro.

—Estaré aquí mismo —responde él mientras ella se aleja.

Amber no necesita aproximarse con sigilo. El hombre todavía está intentando levantarse del suelo. Eli huele cómo el sudor acre y tóxico le rezuma por los poros.

—Deja que te ayude —dice Amber, tirando de él para levantarlo.

Le fallan las rodillas, pero, de alguna manera, consigue llevarse el cigarrillo electrónico a la boca y toma otra calada larga incluso

mientras Amber lo aleja de la luz y le hunde los dientes en el cuello.

Eli está junto a ellos conforme Amber se detiene y él agarra despacio al hombre aturdido cuando ella lo suelta. El chico le sujeta al hombre la cara con las manos, buscando sus ojos confusos e idos. Cuando hace contacto con los suyos y le atrapa la mirada, dice:

—No vas a recordar nada de lo ocurrido desde que te caíste hasta que volviste dentro. A partir de entonces, vas a dejar de beber. Vas a descubrir lo que de verdad te importa. —El hombre empieza a repetir las palabras en voz baja, y Eli lo suelta y se gira hacia Amber —: Vamos, te acompaño a casa.

Aún tiene otra cosa más que hacer antes de regresar a la montaña.



—¿Qué tal la fiesta? —pregunta Eli, haciendo que Jesse se sobresalte cuando sale del coche.

—Joder, tío, no me hagas eso.

—Perdona, creía que me estabas esperando.

—Sí, en la fiesta. Pensaba que al menos querrías pasar el rato primero. Ya sabes, ir poco a poco.

Eli sabe que Jesse está de broma. Más o menos. Pero eso no evita que lo invada un temor.

—Estoy muy liado —explica Eli—. En realidad, tenemos que hablar.

Jesse compone una expresión de curiosidad en la cara y no se mueve para invitar a Eli a entrar. Tras un rato, dice:

—Has encontrado a otra persona, ¿verdad?

A Eli se le forma un nudo en la garganta. Más que nunca, se siente como un drogadicto. Como si hubiera sacrificado su amistad

por sus propios intereses egoístas.

Considera contarle a Jesse que no es lo que cree, explicarle lo de Ophelia y su poder. Pero no tendría sentido. Unos minutos después, Jesse no recordará nada de lo que han estado haciendo, ni siquiera sus propios sentimientos; todo será borrado. Quedará libre. Así que, en vez de eso, Eli se limita a asentir y, a continuación, se acerca a su amigo.

Jesse retrocede.

—No —replica—. No me hagas eso. No, a menos que te lo pida.

Eli suspira y baja la cabeza.

—Lo digo en serio, Eli.

Este alza la vista e inclina la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sí. No es que esperase que esto durara para siempre. Me voy a la universidad el año que viene. Tú viajarás por el mundo. Me… Me alegra haber podido ayudar.

—Jess… —Eli exhala—. Gracias…

—No pasa nada, tío. —Esboza una ligera sonrisa y, por un segundo, Eli recuerda cómo era su amistad antes de que todo cambiara.

Opi sujeta la botella de cristal de agua del desfiladero con una mano, y, con la otra, la bolsa llena de raíces de jengibre silvestre y las hojas restantes que Dusty y ella han cogido de las paredes de pizarra.

—Toma —le dice a su hermana, entregándole la bolsa—. Cuando llegues a casa, métela en el frigorífico. Mañana me encargaré de ellas.

Dusty asiente e intercambian otra mirada, conscientes de lo abrumadas que se sienten las dos. Mali le había enviado un mensaje a Dusty antes de que se marcharan de casa para decirle que Kat había visto también a la sombra.

Todo parece estar haciéndose una bola de nieve y nadie sabe cómo pararla.

Se encuentran ahora entre los árboles, justo detrás de la casa de Eli. Han tardado apenas unas horas en llegar al desfiladero, recoger lo que han podido y regresar. En esos instantes, Opi está mucho más que dispuesta a saciar su hambre voraz. Ha estado fraguándose todo el día en su interior.

—¿Seguro que no quieres que entre? —pregunta Dusty.

Opi niega con la cabeza, intentando ocultar lo desesperada que se siente por ver a Eli.

—Creo que estaremos bien —contesta con la voz tensa.

—Vale —responde Dusty, estudiándola unos segundos demasiado largos antes de girarse al fin y marcharse.

Cuando Opi se acerca a la casa de Eli, él ya la está esperando en su ventana abierta, bañado por una suave luz cálida. Ella trepa hasta llegar a él. Antes de que Opi pueda detenerlo, él alarga la mano y la levanta por la cintura. En cuanto la deja en el suelo, ella se aparta, rozándose la zona en la que le ha tocado con las manos, donde le hormiguea la piel.

—Podía haber subido yo sola.

—Lo sé —replica él, receloso de pronto.

Ella suspira.

—Perdona, solo tengo…

—¿Hambre? —pregunta él, bajando la vista hacia la botella de cristal que lleva en la mano.

La muchacha asiente y él retrocede.

—Ahora sé cómo debe de haberse sentido Jesse —farfulla Eli.

—¿Qué? —pregunta Opi mientras las frustraciones de los dos corren por sus venas.

—Ya me has oído. Solo estás aquí por una cosa, y no pasa nada, lo pillo. Lo he vivido en carne propia.

Opi nota que le comienza a temblar la barbilla. «No llores —se dice a sí misma—. Por favor, por favor, no llores».

—Hoy te he sentido en el pasillo con el *quarterback* —suelta él con un tono gélido—. He percibido lo hambrienta que estás por él. Así que perdona si eso me pone…

—No estaba hambrienta por él, imbécil —replica ella.

Eli frunce el ceño, sin comprender.

La muchacha gime, odiando que la obligue a decirlo.

—Lo que sentía… era por ti. —La primera lágrima, húmeda y cálida, le corre por la mejilla, y se gira deprisa hacia la ventana.

—Espera —responde Eli, agarrándola de la muñeca.

—No, llevas razón. —Opi intenta soltarse, hecha un mar de lágrimas ahora. Siente como si estuviera en una montaña rusa emocional desde hace días y esto, de algún modo, ha provocado que llegue al límite. Se aparta de nuevo—. Me he pasado de la raya. Debería irme. No sé en lo que estaba pensando.

El chico suspira y afloja un poco la mano, no lo bastante para dejarla ir, pero sí lo suficiente como para deslizarla unos centímetros por su piel.

Justo ese pequeño movimiento desata una serie de escalofríos en cada parte de ella.

—Literalmente, te dije que podías alimentarte de mí siempre que quisieras —le recuerda—. Te dije que no deberías avergonzarte de tu apetito. Que deberías dejarte llevar por tus necesidades. —La agarra del brazo otra vez, con más suavidad, y Opi siente que una pequeña

parte de ella se ablanda—. Solo estoy… cansado —añade—. No físicamente, pero… Ha sido una noche movida.

—Con mayor razón para que te deje en paz —repone Opi, soltándose al fin al dar otro paso más hacia la ventana.

—Por favor, Ophelia. —La voz de él suena rota y desesperada—. Quédate. Sé que han sido unos días movidos también para ti. Para ti más que para nadie. Por favor, quédate.

—No estoy aquí solo por tu sangre —admite ella, dándose la vuelta. Le cuesta mirarlo a los ojos, aunque lo hace igualmente—. Yo… Yo… —Sacude la cabeza, al parecer incapaz de encontrar las palabras. No sabe el motivo, pero lo que ha dicho es verdad: sabe que ya no se trata de la sangre.

Eli asiente como si lo entendiera.

—Lo sé. —Se pasa las manos por el pelo y luego se las deja en la nuca.

A Opi le resulta prácticamente imposible no quedarse embobada ante la forma en la que se le flexionan los músculos bajo la camiseta. En cierto modo, se siente aún más vulnerable ahora, allí de pie, mirándolo, con la verdad asomando entre ellos.

Lo rodea y se adentra en la habitación. El espacio es casi justo como se lo había imaginado, grande y lleno de tonos azules, blancos y beis. Sin embargo, al igual que el dormitorio de ella, la chica se fija en las marcas de las paredes desnudas donde antes había pósters colgados y en las superficies vacías que parecen haber estado ocupadas en otro momento. Opi reconoce el limbo en el que Eli se encuentra cuando el olor de él cae sobre ella como la lluvia.

—Entonces ¿has ido al desfiladero? —pregunta el chico.

—Con Dusty. Tendremos bastante… durante un tiempo.

—Bien.

Ella se gira hacia él.

—¿Lo haces tú primero esta vez? —le pregunta.

Eli le sonríe con los ojos antes de que el resto de su cuerpo lo haga, y es tan contagioso que Opi se encuentra sonriendo también mientras se muerde el labio inferior intentando contenerse.

La chica quiere mantener las distancias emocionalmente, pero cuando ve cómo le quita la botella, no puede negar lo aliviada que se siente al estar allí con él. Ahora está convencida de que no se trata solo de su hambre.

El muchacho se lleva la botella a los labios. A medida que se traga el líquido, Opi desvía los ojos por su garganta, sus hombros y baja por los pantalones de chándal grises hasta los pies descalzos.

Eli aparta la botella y después se acerca a ella.

—¿Dónde? —pregunta.

Sin pensárselo demasiado, Opi se aparta la larga melena del hombro, ladea la cabeza hacia un lado y deja al descubierto el cuello.

Un sonido reverbera desde el fondo de la garganta de Eli; acto seguido, cierra la distancia entre los dos, alza una mano hacia la nuca de ella y le agarra del hombro con la otra; entonces, la muerde.

Se siente tan bien como la última vez, quizá incluso mejor porque ella sabe qué esperar. Es más consciente de él, de su propio cuerpo. Y saber que después le toca a ella hace que el corazón le palpite con tanta fuerza que parece como si se le fuera a romper dentro del pecho.

Cierra los ojos de golpe y Eli la suelta con cuidado. Le lame la herida, provocándole un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta sin aliento, con las manos aún sobre ella, sosteniéndola de pie.

Opi asiente, pero las rodillas se le aflojan un poco.

—¿Podemos sentarnos? —pregunta ella.

—Claro. —La ayuda a ir hasta el sofá y la sienta con delicadeza antes de tomar asiento justo a su lado—. Rápido —añade, y luego le acerca la muñeca a la boca.

Se le curva hacia arriba el labio ante el olor de su piel, le roza el pulso con los dientes y presiona la lengua contra él mientras lo muerde.

El alivio es instantáneo, como respirar después de contener el aliento debajo del agua el máximo tiempo posible.

La sangre de él es lo mejor que ha probado en la vida.

Se deja llevar un momento. Cierra los ojos y el mundo a su alrededor desaparece. Lo único que existe son los latidos de sus corazones, palpitando al unísono, su sangre infusionándose, mezclándose. Cuando percibe una mínima vacilación en él, recuerda por qué.

Abre los ojos, despacio al principio, y, de repente, se da cuenta de que algo ha cambiado.

En lugar de estar sentada junto a él, ahora se encuentra encima con las piernas a horcajadas sobre sus muslos y las manos aferradas a la muñeca de él entre los dos.

Percatándose de la sorpresa de sus ojos, Eli se apresura a decir:

—No pasa nada.

Ella se baja de él, sujetando todavía la muñeca para poder lamerle enseguida la herida del modo menos sensual posible.

—Perdona. No me había dado cuenta de que…

—No pasa nada —repite él. Una sonrisa inmensa le reluce en la mirada, pero hace un buen trabajo al no mostrarla en la cara.

Opi se levanta de pronto, buscando algo, lo que sea, para cambiar de tema. Se fija en un montón de paquetes sin abrir y cajas apiladas en la esquina de la habitación junto a la cama. Al lado, hay

varias cestas de regalo con el papel celofán roto.

—Había comida en ellas —explica Eli—. La llevé a la cocina y luego intenté tirar lo demás, pero mi padre me ha dicho que tengo que considerar todas las ofertas.

—Espera, ¿eso es de los patrocinadores? —pregunta Opi.

Eli asiente.

—Perdona por no haberte preguntado más al respecto. Sé que lo ocurrido ha sido importante para ti, pero…

—No. Si te soy sincero, la verdad es que no tengo ni idea de qué decir. Ni siquiera sé todavía si quiero seguir haciéndolo.

—Eli —interviene Opi—, no pasa nada por ser el mejor, ¿sabes? Sé que dijiste que para ti era como hacer trampas, pero, si eso es lo que te gusta, si eso es lo que te encanta, encuentra la manera de igualar las condiciones. O no compitas… También podéis ir por libre, ¿no?

Eli asiente, riéndose un poco entre dientes.

—Así es.

—Vale —responde ella, aún sorprendida por la cantidad de paquetes—. Entonces, de momento, mientras te llueven las oportunidades, tal vez no sea la peor idea del mundo considerarlas, ¿no? Yo te podría ayudar…

Parece que Eli va a rechazar la oferta, pero cuando cruza la mirada con Opi y ella sube y baja las cejas, alentándolo, él se rinde.

Conforme los revisan uno a uno, llenos de todo tipo de cosas, desde ropa deportiva hasta relojes para personalizar esto y aquello con Eli Blake escrito en ello, la respiración y el corazón de Opi empiezan a recuperar un ritmo más tranquilo.

—Esto es increíble, Eli. Hasta yo conozco la mayoría de estas marcas, y eso que no he visto nunca ni un segundo de deporte en mi vida.

—¿Aparte del fútbol americano?

La muchacha aprieta los labios con los ojos muy abiertos, sorprendida de haberse olvidado.

—Aparte del fútbol americano —admite.

—¿A quién crees que debería escoger? —pregunta él, desviando la vista hacia el montón ordenado.

—No sé mucho sobre ellas. ¿Cuál… te encaja más?

Eli suelta una risita y menea la cabeza.

—¿Ves? Antes de conocerte, no lo habría dudado dos veces. Me habría decantado por la que ofrecía más. La mayoría de la gente a la que le habría preguntado diría lo mismo; mis padres lo han hecho.

—Bueno, a ver, el dinero es importante —acepta Opi—. Pero todas son buenas ofertas; seguro que te puedes permitir elegir una que…, no sé…

—¿Sea moralmente ética? ¿No produzca basura?

Ella sonríe.

—Ese es un buen punto de partida.

Continúan clasificando cosas, y, por un rato, le sienta bien estar haciendo algo que podría considerarse típico de amigos, si se ignora el hecho de que son las dos de la madrugada. Pero el cerebro de Opi se corrige. «Eli no es solo un amigo». Y, con eso, nota que vuelve a alzar las defensas y que su inseguridad se pone por las nubes al recordar que Dusty le contó que él había intentado alimentarse de ella una vez en esa misma habitación. Que se habían decepcionado cuando no había funcionado, al igual que le ocurrió a Eli al darse cuenta de que los sentimientos que tenían el uno por el otro eran más bien platónicos. O, al menos, los de Dusty.

Se pone de pie.

—Debo irme.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —pregunta él.

—¿El qué?

—Cerrarte en banda conmigo. Estamos bien un momento y luego sales huyendo. Entiendo que los dos estemos un poco… confundidos. Las cosas han cambiado para nosotros a lo bestia…

—Es tarde, Eli. —Ella suspira—. En serio, no estoy huyendo.

—¿De veras vas a seguir diciéndote eso?

Opi traga saliva y, aunque sabe que se morirá de vergüenza más tarde, se esfuma por la ventana y se va corriendo a su casa.

CUARTA PARTE



22

¿Qué recuerdos?

El sol de la mañana resplandece por la ventana del estudio del abuelo de Dusty, iluminando una ilustración en blanco y negro de un ser alado que desciende sobre la tierra de los cielos estrellados. Lucifer, la estrella más brillante, cae al mismo tiempo que se transforma en Satán.

Lo había descubierto en algún momento de la noche mientras investigaba para un trabajo de Inglés sobre epopeyas que tenía que haber entregado hacía días. Había recordado que a su abuelo le encantaba la poesía, y, como era de esperar, en las estanterías que cubren las paredes de su estudio se había encontrado una edición encuadernada en tela de *El paraíso perdido* impresa en 1901.

No obstante, en lugar de continuar con su tarea, la imagen la había incitado a meterse en un pozo sin fondo de historias de diferentes culturas y religiones de todo el mundo que hablan de seres conscientes procedentes de más allá de las estrellas y que han venido a la Tierra a crear, interferir u observar. Todos comprometidos con la vida humana. Algunas veces, se llaman ángeles, y, otras, dioses o criaturas. Buenas o malas, todas tienen un motivo para actuar más allá del entretenimiento. Un propósito. Una necesidad.

Entonces, Dusty se pregunta por millonésima vez por qué la presencia había ido a la White Mountain y había hecho lo que les

había hecho. Necesita saber por qué su vida se ha alterado de forma tan drástica. Necesita que haya una razón.

La muchacha cierra el libro y se pone de pie, decidida. Todo está conectado de algún modo: la sombra, la presencia, todo lo que ha ocurrido y todo lo que sus premoniciones le dicen que va a suceder. Y el monolito tiene que ser la clave. Ha de ser lo que conecta todo.

A medida que anda hasta la puerta, pasando por encima de pilas de libros abiertos en los que ha rebuscado durante toda la noche, siente un hormigueo en la coronilla.

La cabeza le da vueltas y cierra los ojos.



No hay ni una nube en el cielo nocturno. Las estrellas brillan a través de las copas de los árboles sobre él, iluminando la amplia pendiente hacia arriba de césped cubierto de nieve que rodea la casa. Su casa.

Eufórico y aliviado, JD sonríe.

Se encuentra junto a la valla, observando entre los árboles el lugar en el que ha pensado todos los días desde que se marchó. No se aflige por el hombre que había hecho de su vida un infierno, ahora enterrado en la arboleda a su izquierda. Está demasiado centrado en la mujer que sabe que se encuentra dentro de la casa y en los seis nuevos miembros de la familia que se hallan a su lado. Los mira, sonriendo a sus rostros asombrados.

—Bienvenidos a casa —dice.



Chris está emocionado por el día que se le presenta. No solo tiene la

oportunidad de sacar la moto de nieve por primera vez esta temporada, sino que también es su primera patrulla de captura, un deber que siempre disfruta.

Cuando tenía la edad de sus hijas, su lugar favorito para pescar se encontraba en un humedal de un afluente del Black River, justo al sur de su casa. Su padre lo había llevado allí desde que tenía uso de razón, y le había explicado que los humedales, en realidad, los habían creado los castores, que desviaban agua con sus presas durante generaciones, diseñando estanques y arroyos, creando piscinas naturales ricas en plantas acuáticas, insectos y peces de pesca deportiva. Parecía una utopía: todo funcionaba en armonía y prosperidad gracias a los castores.

Entonces, un día, bajaron y todo era distinto. La mitad del humedal se había secado y la otra mitad se había inundado. Los pájaros se habían marchado todos, entre los juncos no se oían los grillos y las ranas, y las presas de los castores se habían desmoronado y no habían dejado zonas para que los peces se refugiaran. Parecía apocalíptico. Un día, había todo un ecosistema entero, y, al otro, había desaparecido.

Más tarde, descubrieron que había decenas de trampas ilegales colocadas para los castores y que habían atrapado a casi toda la población, los habían matado y habían vendido sus pieles a los comerciantes de pieles.

Eso fue lo que lo hizo decidir convertirse en agente medioambiental.

Con el uniforme puesto y el arma enfundada, baja las escaleras desde su habitación y va andando por el pasillo en dirección al baño cuando, de pronto, siente una gran presión en el bíceps y lo lanzan a la derecha.

La presión alrededor de su brazo se desvanece, pero se golpea el

cuerpo con una puerta cerrada tan fuerte que el impacto la arranca de las bisagras.

El dolor le atraviesa el hombro derecho, que debe de haberse llevado la peor parte del impacto, a medida que se levanta del suelo para mirar a sus espaldas al quicio de la puerta ahora abierta. Desliza las manos sobre un libro antiguo que se encontraba en el suelo, pero solo consigue atisbar una voluta negra retirándose al pasillo.

Retrocede arrastrándose por el suelo mientras el cuerpo se le inunda de sudor frío y húmedo. Se topa con más libros, derribando las pilas desperdigadas. Es entonces cuando se percata de que se encuentra en el estudio de su padre y de que sus libros se hallan por todo el suelo.

—¿Papá? —suelta Opi, de pronto en el quicio de la puerta. Lo mira con el ceño fruncido, confundida. No obstante, desliza la vista detrás de él y la levanta. Se queda en blanco.

Él se gira para echar un vistazo, pero se encoge de dolor y se lleva la mano al pecho a la par que se percata de que Dusty se encuentra justo detrás de él.

Su hija está delante del escritorio, aunque tiene los ojos cerrados y los brazos lacios a los lados.

La adrenalina hace que se levante en un instante.

—¿Dust? —pregunta con la voz tan quebrada que parece que es la primera vez que habla en meses.

Ella no responde. Lo único que mueve son los ojos, que se agitan bajo los párpados cerrados.

—Dusty —repite con firmeza, estirando los brazos para sacudirla por los hombros—. Dusty.

Aun así, nada.

Aferrándola por los hombros, examina su rostro, su cuerpo, y

trata de comprender por qué no responde. Vuelve a mirar a Opi, que parece más contrita que preocupada.

—¿Opi? —pregunta con cautela—. ¿Qué le ocurre?



—¿Opi? —Oye Dusty a su padre preguntar a medida que abre los ojos—. ¿Qué le ocurre?

Baja la vista a las manos de Chris, que la está agarrando de los hombros, y luego la vuelve a alzar para descubrir que él está mirando a Opi, que se encuentra detrás de él.

Su hermana lo ignora.

—Estaba en el suelo —responde ella, hablándole a Dusty—. Me hallaba en mi habitación cuando he oído un golpe. Ha sido fuerte. He venido corriendo y se encontraba aquí. La puerta estaba rota, y tú…

—¿Qué ha sucedido? —le pregunta Dusty a su padre.

Él alterna la vista entre sus hijas, confundido. Al final, se centra en Dusty.

—¿Me lo estás preguntando a mí?

Asiente.

—La puerta, papá. ¿Qué ha pasado?

Él sacude la cabeza.

—No, cariño, ¿qué estabas haciendo tú? Te encontrabas ahí de pie, pero no… No estabas…

—No pasa nada, papá —lo tranquiliza—. Estoy bien.

—¿Has echado la puerta abajo porque estabas preocupado por ella? —pregunta Opi.

Chris no se gira para mirarla ni tampoco responde.

—No se encontraba cerrada con pestillo —contesta Dusty—. No

lo habría necesitado. Papá, ¿qué le ha ocurrido a la puerta?

Él arruga el ceño.

—Papá —insiste Dusty, alzando una mano para tocarle el brazo.

Él compone una mueca.

—¿Estás herido? —pregunta Opi, acercándose a él.

—No es nada —responde con la voz tensa.

—Cómo que no —replica Opi—. Has derribado una puerta con el hombro, supongo. Déjame ver.

Chris niega con la cabeza.

—Eso no… Estoy bien.

Ni siquiera él parece convencido.

—Déjame ver —repite ella—. Tal vez pueda ayudar. Pero igual necesitas ir al médico a que te hagan una radiografía.

—No —espeta.

Las hermanas intercambian una mirada de desconcierto.

—Muéstramelo —insiste Opi.

Después de intentar convencerlo un rato más, al fin consiguen que acceda a quitarse la funda, la pistola y la camisa para que le echen un vistazo. Aún lleva una camiseta interior, pero son capaces de verle el hombro derecho rojo y ya con cardenales.

—Por lo menos, no te lo has dislocado —comenta Opi.

No obstante, Dusty se ha percatado de algo más. Allí, grabadas en ambos bíceps, hay más marcas rojas. Tienen la forma perfecta de huellas humanas.

Eli sube corriendo los escalones de la casa de los Silver, pues la alarma de Dusty y Ophelia lo inunda desde diferentes direcciones, sintiendo cada uno de sus vínculos de manera distinta.

Desde que Ophelia se marchó de su habitación anoche, su consciencia de ella ha permanecido muy desarrollada. La distancia entre sus dos casas no parece sofocarla. Si acaso, le provoca dolor. Ha sentido el cambio en los latidos del corazón de ella hace unos minutos, cuando se estaba preparando para ir a clase. La respiración acelerada de ella ha hecho que se le oprima más el pecho a él y que la sangre le fluya de modo turbulento.

No ha sentido a Dusty hasta que ha saltado por la ventana y ha subido la montaña a toda prisa. Una corriente de energía en su pecho ha causado que se le llene la cabeza de imágenes de lo que ella estaba viendo: a su padre agarrándola de los hombros, mirándola con fijeza, el miedo en sus ojos, sus dudas al explicarse, las huellas alrededor de sus brazos.

No está seguro de si la puerta trasera está cerrada con llave o no, ya que gira el pomo con tanta fuerza que se sale y permite que la puerta se abra de par en par. Cruza la cocina, sube las escaleras y, al final del pasillo, se los encuentra en una habitación en la que jamás ha entrado. Un estudio con muebles de madera grandes rodeados de estanterías. En el centro, Ophelia, Dusty y su padre se encuentran de pie, todos mirándolo con los ojos abiertos como platos. Chris lleva una camiseta de tirantes blanca metida por dentro de los pantalones. La camisa de su uniforme y el arma se hallan sobre el escritorio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Eli sin aliento.

—¿Qué hace él aquí? —inquiere Chris, destilando una mezcla de furia, miedo y aprensión.

—No nos lo va a contar —dice Dusty, ignorando a su padre. Le muestra a Eli partes de la premonición que ha estado teniendo cuando su padre ha debido de echar abajo la puerta: la noche, JD y sus transformados en el exterior de su casa.

Se percata de que Ophelia le está inspeccionando los brazos a su padre y, cuando sigue su mirada, ve que tiene marcas rosas alrededor de los bíceps. Frunce el ceño y repara en que esas marcas parecen huellas.

Ophelia alza la vista hacia Eli.

—Oblígalo a que nos lo cuente —le pide.

—¿Qué estás…? —comienza a decir Chris, impaciente. Libera a Ophelia y se gira hacia Eli, aunque, antes de que este se acobarde, se acerca al hombre y lo sujeta para sostenerle la cara entre las manos para mirarlo a los ojos.

Eli es unos cuantos centímetros más alto que Chris, pero el hombre levanta la vista hacia él, indignado, mientras intenta apartar el rostro del agarre de Eli de un tirón.

Es demasiado tarde.

—¿Quién le ha hecho esto en el brazo? —pregunta.

Chris abre la boca como si estuviera a punto de responder, pero entonces la cierra y se limita a quedarse mirando a Eli a los ojos, distante. Sin embargo, este puede sentir cómo forcejea con algo en los recovecos más profundos de su mente.

—¿Quién le ha hecho esto en el brazo? —repite el chico con más firmeza y determinación.

Se encuentra con un ligero temblor de la cabeza de Chris.

—Esto no me gusta —suelta Dusty—. Sus colores… Cuanto más lo retienes, más grandes se vuelven los huecos vacíos.

—Date prisa —insiste Ophelia con urgencia.

Eli se dispone a preguntarle por las marcas en los brazos a Chris una vez más cuando los ojos marrones del hombre de pronto se convierten en negros. Como si se hubiera derramado tinta, la oscuridad empieza a extenderse, rebasando el espacio blanco hasta que no hay nada más que un abismo negro devolviéndole la mirada.

—¡Para! —grita Dusty.

Eli lo suelta y se da la vuelta; le duele la cabeza por haber soltado el agarre con tanta rapidez.

—Lo he vuelto a ver —explica Dusty—. Ha sido como cuando controlaste a Michelle… Un negro ahumado ha comenzado a llenar las partes vacías de sus colores, como si tratara de hacerse con el control.

—¿La sombra? —pregunta Ophelia.

—¡¿Qué sucede?! —inquiere Chris, que se ha llevado las manos a la cabeza como si le doliera.

—Eso creo —responde Dusty, aún ignorando a su padre.

—¿Qué debería hacer? —pregunta Eli, alarmado.

Dusty y Ophelia se giran la una hacia la otra, buscando respuestas en los ojos de su hermana.

Chris recoge su camisa del escritorio y empieza a ponérsela; sus movimientos son bruscos y caóticos.

—Dusty, Ophelia, lo digo en serio, contadme lo que está pasando.

Eli ve que el hombre está cabreado, pero también muy preocupado por algo que ha visto. Conforme se ata la funda y se asegura de que tiene la pistola en su sitio, mira a Eli.

Al chico se le acumula un calor detrás de los ojos que amenaza con desbordarlo de emociones por las que raras veces se deja llevar. Se encuentra confundido por una mezcla de culpa, rabia y respeto. Entiende las conjeturas de Chris sobre él, pero son muy injustas; es un rechazo que cala hondo. Sin embargo, más que eso, está aterrado porque su habilidad ha puesto en peligro al hombre de alguna forma. Porque la aversión de Chris ha estado justificada todo este tiempo.

—Tiene que saberlo —dice Ophelia. Está observando a Dusty con

una expresión seria—. No solo la verdad sobre lo que somos y lo que nos ha ocurrido, no solo para que pueda estar más preparado para lo que sea que vaya a pasar o lo que quiera que la sombra desee de él… —Se gira hacia Eli—. Tiene que saber lo que le hice esa noche también. Tiene que recuperar todos sus recuerdos. Tenemos que intentar cerrar los huecos. ¿Crees que puedes hacerlo, Eli?

—¿Qué recuerdos? —pregunta su padre, acercándose a su hija con los ojos entrecerrados—. ¿Qué verdad?

Eli traga saliva, sintiendo cómo el peso de las emociones de todo el mundo estalla en la habitación. Está comenzando a entender que puede que le haya estado haciendo daño a todo aquel con el que ha usado su habilidad. Se le revuelve el estómago cuando mira a Ophelia a los ojos. Por encima de todo lo demás, no quiere que su padre la vea sino como es: perfecta.

Se le eriza el vello de la nuca en una actitud defensiva. No quiere que ella sufra más de lo que ya lo ha hecho. Eli se pasaría toda su vida asumiendo la culpa ante su padre si con eso pudiera prevenir que ella se sintiera rechazada o infravalorada ni tan siquiera un segundo.

Pero entonces siente un tirón de Dusty, y cuando al final aparta los ojos de su hermana, tiene el rostro serio. Ella asiente, confirmándole lo horribles que ve los huecos en los colores de su padre. El miedo que le dan. Lo vulnerable que lo han hecho.

Eli traga saliva y asume que la elección no es suya.

—Puedo intentarlo.

23

Todo sobre la mesa

Opi le busca la mirada a su padre, pero él la evita.

Se encuentran en el salón; la luz del sol se cuela desde el exterior y el sonido del canto de los pájaros es demasiado pacífico para un momento así, lo que lo vuelve todo aún más surrealista. Chris está inclinado hacia delante en su sillón, con los codos sobre las rodillas y el ceño fruncido por la concentración.

Opi y Dusty están en el sofá, unidas; las dos intentan permanecer tranquilas, inocentes. Han pasado unos minutos desde que se lo han contado todo, empezando por el día que fueron a buscar setas y perdieron la noción del tiempo. Lo de Andrew Everett, lo sucedido después, el orbe, sus habilidades, lo que han descubierto de su madre. Todo. Entonces, Eli, que se había esfumado a la cocina mientras las hermanas hablaban, regresó cuando Opi admitía lo mucho que había luchado con el hambre que sentía al principio.

Le hizo una señal a Eli de que era el momento.

—Le voy a devolver algo que le quité —le dijo a Chris, que se estremeció al principio y evitó la mirada de Eli.

—Confía en él, papá —le pidió Dusty—. Yo lo hago plenamente. Míralo a los ojos.

Después de que Eli acabara, Chris se giró hacia Opi y le lanzó una mirada larga y dolorosa. A continuación, desvió la vista al suelo,

donde la mantiene todavía.

Desde entonces, Eli se ha quedado como un centinela detrás de Opi. Ella nota cómo lucha por contener su propia agitación, su culpa. No se ha movido, y es evidente que Dusty siente también su gran lucha interna, porque se gira hacia él y susurra:

—Sus colores se están recomponiendo.

Opi percibe que la inunda el alivio de Eli antes de sentir el suyo propio.

—Ya podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera —dice su padre, con los ojos aún en el suelo.

—Lo siento —se disculpa Dusty, y le hace un gesto con los hombros a Opi—. Quizá… Op, Eli, creo que tenemos que hacerle más preguntas sobre la sombra a Michelle.

Su padre alza la vista al fin hacia Dusty, pero es como si estuviera demasiado abrumado y no supiera qué decir, por lo que baja la cabeza de nuevo y esta vez se la lleva a las manos para frotarse los ojos y la cara, agotado.

—¿Por qué no vais los dos? —dice Dusty a Opi y a Eli—. Tened tacto, sed sinceros y quizá Michelle os cuente algo que sea de ayuda. Venid derechos aquí después. Antes de que comience a anochecer. Lo de la premonición ocurría de noche. No sé cuándo, pero por si acaso es antes de lo que esperamos… Yo me quedaré contigo, papá —añade, mirándolo a él—. Me aseguraré… Es mucho que procesar. Lo sé.

Su padre no responde.

Lo único que desea Opi es que Chris la mire. Que le diga que la perdona, que aún la quiere. No obstante, el peso de su sorpresa parece estar ahogándolo, y ella sabe que no puede esperar su perdón ahora mismo, quizá nunca. Como mínimo, necesita tiempo.

—Vale —replica, levantándose. Y le suelta a Eli—: Vamos.

El chico tiene la mandíbula apretada y el cuerpo rígido y, por un segundo, no se mueve. Opi siente la necesidad de alargar la mano para tocarlo, para decirle que todo está bien, que ella está bien. Su cuerpo parece estremecerse en respuesta, relajándolo. Traga saliva y la acompaña despacio hacia la puerta de atrás.

Nadie menciona que hoy hay clase o que su padre se supone que debería estar trabajando. Ese tipo de cosas parecen triviales ante la verdad que ahora está sobre la mesa.



—Creo que igual es mejor que empiece desde el principio.

Michelle se gira para mirar por la ventana con movimientos pequeños y tan lentos que resultan dolorosos. A Opi le da la impresión de que parece más débil que el otro día que fueron a visitarla. Las ojeras se le han pronunciado más y todavía sigue llevando la misma camiseta y los mismos vaqueros; está más desarreglada.

Ni Opi ni Eli se han molestado en llamar al timbre. Han saltado la valla y han continuado jardín arriba a plena vista; sus cuerpos están electrificados por el zumbido que ahora saben que procede de algún lugar más abajo, en lo más hondo de la montaña.

Divisan a Michelle en su silla junto a la ventana. Al principio, creyeron que estaba en trance de nuevo, pero entonces alzó la mano en un pequeño gesto que le comunicó a Opi que no pasaba nada por que entraran.

Aún no habían recogido los cristales rotos del cuarto de la colada, así que, después de trepar por ahí, Eli encontró una escoba y un recogedor para barrerlo. Murmuró algo sobre que su habilidad para meterse en la cabeza de la gente era peor que la habilidad de

JD para volver a los demás sangredependientes. Es evidente que sigue tocado.

Se lo expusieron todo a Michelle. Le dijeron que sabían que estaba al tanto de lo de la sombra. Que no era solo por ella, que Opi temía por la seguridad de su padre, que pensaba que la podría haber visitado antes de que cambiara, que Kat la había visto allí desde la valla y luego en su casa en el pueblo…, que el hermano pequeño de Eli le había contado que la sombra lo había observado.

Michelle apenas reaccionó, pero, poco a poco, asintió con la cabeza, decidida. Cualquiera que sea el juego al que ha estado jugando se ha terminado.

Ahora, Opi y Eli están sentados en el sofá junto a Michelle, observando su perfil, a la espera.

El muchacho comienza a mover la rodilla con ansias cuando, al fin, Michelle habla:

—Llevo soñando con esta montaña desde que era pequeña —empieza a decir mirando hacia fuera—. Por eso nos mudamos aquí. Durante años, pensé que no era más que un sitio que mi imaginación había creado. Un símbolo de algo, una escapatoria de mi realidad, del centro de Nueva York. En mis sueños, jamás estaba en la montaña. La veía a lo lejos, como si yo fuera un pájaro que volase hacia allí en círculos, vigilando su territorio.

»Estaba tan arraigada en mi mente que conocía cada textura de las copas de los árboles, cada hendidura de cada saliente de la cima. Eso hizo que cada vez que me topaba con algún paisaje similar, me viera atraída hacia allí. Me encontré buscando en libros sobre ecosistemas de montañas y viendo cualquier película o programa con un tema parecido, devorando cada detalle.

»Yo era una niña callada, así que me resultaba difícil… acceder al mundo. Pero, al crecer, me di cuenta de que había pensamientos en

mi cabeza que acababan haciéndose realidad sin que yo tuviera ningún contexto para ellos. Soñaba con la combinación de números que tocaba en la lotería al día siguiente en la tele. Sabía las respuestas a las preguntas de *Jeopardy!* antes de que los concursantes las dijeran sin tener ni idea de la pregunta en sí. Conocía las contraseñas y los códigos pin de mis padres para todo, incluso aunque no me los hubieran dicho nunca. Hasta preveía un terremoto o un ataque militar en alguna ciudad extranjera que luego salía en las noticias. Durante una época, llegué a pensar que era yo la que provocaba esos eventos. Que hacía que existieran por pura fuerza de voluntad. Pero, al final, comprendí que solo veía el tiempo desde el otro lado. No tenía control sobre ello. Lo único que debía hacer era prestar atención.

Se calla un momento, y Opi nota que tanto ella como Eli contienen el aliento hasta que prosigue.

—Fui hija única, y jamás me gustó salir de casa. Iba al colegio porque tenía que hacerlo y, después, cuando era jovencita, a trabajar. Pero el mundo exterior me abrumaba. Lo encontraba… incómodo. Como si yo estuviera apartada. Entonces, un día, cuando me dirigía a casa de mis padres, vi a un joven y me sentí abrumada por ese sentimiento. No era amor…, sino más bien la sensación de que era todo lo que yo no era, y que él era todo lo que yo necesitaba para escapar. Para facilitarme una vida en la que podría esconderme del resto del mundo. Resultó ser un corredor de bolsa seguro, astuto y ambicioso, y que yo tenía las herramientas para darle todo lo que él había soñado. Lo único que debía hacer era prestarle atención a la bolsa de valores y ayudarlo a jugar como si fuera una partida de cartas una vez que yo ya había visto la mano de todo el mundo.

»Me di cuenta de que estar con él me garantizaría la libertad de

vivir del modo que quería. Podría contar con un techo sobre mí del que nunca tendría que alejarme. Podría ser madre. Podría mantener el mundo exterior a raya para poder concentrarme en el mundo que existía en mi cabeza. En los sueños que me llamaban.

Opi observa su perfil mientras esboza una suave sonrisa nostálgica.

—Para entonces, yo sabía que la montaña tenía que ser real, así que le conté a mi futuro marido que solo había una cosa que le pedía a cambio por lo que le había dado: cuando descubriera la montaña, ahí era donde viviríamos.

»No creo que al principio pensara que se lo decía en serio. Le encantaba Nueva York, y, con el tiempo, logré que ganara mucho dinero para nosotros allí. Ninguno de los dos tenía por qué volver a trabajar, pero él era como un adicto. Me percaté de que no era por el dinero, sino por el poder. Por el estatus. Por la manera en la que lo hacía sentir. Tampoco me gustaba lo que el mundo le estaba haciendo a Jake. A JD. Tan joven, pero tan mimado… y creído. Lo tenía todo al alcance de la mano; sin embargo, yo no veía amabilidad en su futuro. A mi marido tampoco le gustaba lo que veía en nuestro hijo, pero era distinto… En fin, revisé hora tras hora de grabación de drones online, esperando que la montaña, mi montaña, apareciera. Entonces, un día ahí estaba. La White Mountain. Lo supe en cuanto la vi. Ya la sentía mi hogar.

»Tardé unos cuantos meses en convencer a alguien de que me vendiera este lugar, y mi marido trató de oponerse. Pero le prometí… más. Le prometí que aquí era donde estábamos destinados a vivir. Que todo conducía a esta montaña. Le conté que podía percibir poder aquí. Y ya le había demostrado que valía la pena escucharme. En secreto, tenía la esperanza de que este lugar fuera bueno para ellos dos. De que su poder los haría sanar, los ablandaría, de que el

bosque les enseñaría lo que de verdad importaba. Pero las cosas no salieron así.

Inclina la cabeza con una sonrisa triste y Opi ve que la mujer desvía la mirada hacia los árboles al fondo de la propiedad. Hacia el lugar en el que está enterrado su marido.

—Todo comenzó a suceder casi enseguida —añade, cambiando el tono mientras se gira para mirar a Opi—. Más o menos cuando empezó la construcción, cuando conocí a tu madre.

La chica siente la cabeza zumbarle de anticipación.

—Estaba en la propiedad un momento, y al siguiente, en algún lugar del bosque. —Se calla y baja la voz—. Resulta que mi propio futuro era más escurridizo de lo que me habría imaginado, porque jamás vi venir a la sombra. Creo que es porque puede doblar el tiempo y el espacio del modo en el que lo hace.

El miedo se apodera de la mirada de Michelle de una forma tan evidente que Opi siente cómo le recorre la piel también a ella.

—Ahí fue cuando la vi por primera vez —continúa Michelle con la voz aún baja—. Siempre se encontraba allí cuando perdía la noción del tiempo, un vacío oscuro y vigilante, desorientador. Tu madre no parecía poder verla, pero a mí no me sorprendió. No cuando yo siempre he visto cosas que los demás no. No tardé mucho en percibir lo que quería. Fue como si me susurrara en el fondo de la mente.

Michelle guarda silencio.

—¿El qué? —pregunta Eli, moviéndose hacia el borde del sofá—. ¿Qué es lo que quiere?

La mujer suelta un suspiro entrecortado mientras vuelve a mirarlos, cansada.

—Almas humanas.

A Opi se le hiela la sangre.

Es como si el aire hubiera desaparecido de la montaña entera.

—¿A qué te refieres? —tartamudea Eli—. ¿Cómo?

—La primera vez que me arrebató algo no sentí más que una exhalación —dice como si nada—. Fue como si me hubiera quitado un simple aliento, la más mínima parte de mí. En aquel momento, supe que la razón de que me arrebatara algo era porque yo era la única que podía verla. Como si yo fuera la única que la hiciera real. Por supuesto, yo estaba preparada para correr, para contarle a mi marido que me equivocaba, que teníamos que cortar por lo sano antes de terminar de construir la casa. Sin embargo, la sombra vino a mí luego y llegamos a un acuerdo. Me dijo: «Quédate, y solo te arrebataré algo a ti».

»Lo que tenéis que entender es lo mucho que la montaña y el sueño de esta casa significaban para mí. La idea de marcharme me rompía el corazón. No sabía adónde irme. Y era consciente de que jamás dejaría de soñar con ella. La montaña nunca dejaría de llamarme. Me convencí a mí misma de que el trato no era tan malo. Darle solo un aliento de mi alma aquí y allá para que yo no tuviera que cambiar de rumbo. Para que pudiera quedarme al fin aquí. Y me dije a mí misma que aún seguía teniendo libre albedrío. Podía acabar y dejarlo en cualquier momento si quería.

Opi se da cuenta de que hace mucho que no respira. Jadea, inhalando el aire de manera temblorosa. Eli hace lo mismo, como si se le hubiera olvidado también.

—No me pareció tan malo después de que me arrebatara un poco otra vez. Me dije que no era nada. La había visto rondando la casa algunas veces. Era como una huésped que solo yo conocía. También la vi rondando a Jake en alguna ocasión, pero tenía la sensación de que, incluso aunque él pudiera verla, era demasiado joven para que la sombra le arrebatara algo. La sombra solo

parecía… curiosa.

»Lo que yo no sabía era que yo la estaba fortaleciendo poco a poco. Mi deterioro comenzó de forma muy gradual, aliento a aliento. No fue hasta que estuve demasiado débil para hacer nada al respecto que me percaté de que suponía un peligro para los demás. Yo era una cáscara vacía. Mi marido pensó que era la progresión natural para mí, teniendo en cuenta cómo había sido yo siempre. Como si tuviera más bien una depresión.

»En fin, un día, no mucho después de que Jake cambiara, me preguntó si yo también veía a la sombra. La pregunta… me aterró. Pero yo estaba muy débil, muy cansada. Notaba la intención de la sombra. Necesitaba más. Yo ya no era suficiente para servirle de sustento.

Opi asiente, interiorizando cómo encaja la línea temporal.

—Fue la sombra lo que Dusty y yo sentimos cuando fuimos a recolectar —murmura.

—Lo siento, cielo —se disculpa Michelle con un tono desgarradoramente maternal—. No lo sabía. Pensaba que solo era Jake, por su conexión conmigo y con esta casa. Creo que le arrebató algo. Una o dos veces, tal vez. Me disponía a contarle a mi marido que necesitaba su ayuda, que debíamos marcharnos, cuando… me di cuenta de que Jake estaba distinto en cuanto lo vi. Al principio, creí que era por la sombra, pero, en cierto sentido, supe… que era algo todavía más escurridizo lo que lo había cambiado. Después, cuando le pregunté si había visto a la sombra otra vez, se lo tomó a la ligera, como si no fuera nada. Como si se hubiera convencido a sí mismo de que todo había sido un mal sueño. Y, cuando me encontré a la sombra en la misma habitación que él, este ya no la veía, y la sombra actuó… Era como si le tuviera miedo. Como si lo odiara. Como si no pudiera tocarlo.

Suspira.

—Sentí tanto alivio que me dio igual en qué se hubiera convertido Jake. No comprendía… Aún no lo hago. Pero él ya no estaba en peligro. Eso era lo único que me importaba. Nunca pensé… —Los ojos le relucieron de dolor y sincero pesar—. Sabéis que él ignoraba lo que era cuando… mató a su padre. No lo hizo a propósito. Solo… reaccionó.

Ahora se queda en silencio y vuelve a mirar la nieve a través de la ventana.

Eli carraspea.

—¿Por qué crees que la sombra observa a mi hermano? ¿Por qué…? ¿Por qué fue a por Ophelia antes de que… cambiara?

—Creo que se ha vuelto lo bastante fuerte como para que los jóvenes puedan verla —contesta Michelle, con la mirada perdida en algún punto—. Pero, como he dicho, no puede arrebatarles nada… No hasta que se hayan desarrollado físicamente.

—Supe que iba a volver a por mí —replica Opi, acordándose—. Lo noté. Pero luego… cambié, y jamás la vi de nuevo.

Michelle asiente despacio y, a continuación, mira a Eli.

—Tu hermano no está en peligro. Todavía no. Y vuestra amiga… ¿Kat? Creo que la sombra es lo bastante fuerte para ser vista en esta propiedad, pero nadie viene aquí en realidad, excepto vosotros…, los que habéis cambiado. No sé cómo la habrá visto en el pueblo. —Frunce el ceño y se queda pensativa un buen rato. Luego se gira hacia Opi—. En cuanto a tu padre, pensaba que yo era la única adulta que podía verla fuera de la propiedad… Creía que la sombra no era lo bastante fuerte.

—¿Y si… mi habilidad…? —interviene Eli—. La usé con Kat, ¿quizá por eso la sombra ha podido encontrarla después? Mierda. —Sacude la cabeza, cerrando los ojos y apretándolos—. La noche que

le borré a tu padre la memoria, lo debilité. Lo suficiente para ver a la sombra, al menos.

A Opi le dan náuseas.

—¿Crees que se alimenta de ellos? —pregunta, mirando alternativamente a Michelle y a Eli.

El chico solo sacude la cabeza; no obstante, la mujer responde:

—No lo sé. Pero no se me ocurre por qué más los iba a rondar.

—Joder —maldice Eli, pasándose las manos por el pelo y llevándoselas después a la nuca.

Opi percibe la angustia del muchacho. Extiende la mano para cogerle la suya y se la aprieta. Él no podía saberlo, y las dos veces que lo ha hecho ha sido por cubrirle las espaldas a ella.

Al parecer, la sombra ha estado aquí todo este tiempo, marcando el rumbo del futuro, lo quisiera o no: la ausencia de su madre, la presencia y lo que los cambió a ellos.

Por fin, Opi es capaz de ver cómo las piezas del rompecabezas encajan en su lugar.

24

En el mismo momento

Mali se sienta junto a Will en el banco de metal congelado fuera de la cafetería. Es donde empezaron a conocerse el uno al otro, pero dejaron de ir cuando hace un mes más o menos comenzó a hacer demasiado frío. A Dusty le hubiera encantado seguir yendo; sin embargo, se ha sacrificado por el bien del equipo y se queda dentro como el resto de la gente normal y corriente.

Mali puede ver la ironía que hay en que, justo hoy, cuando Dusty le ha mandado un mensaje diciéndole que Eli, Opi y ella no iban a ir a clase, Will y ella hayan salido. Dusty les ha asegurado que todo va bien. «¿Con respecto a qué? —se había preguntado ella—. ¿Igual de bien que se encuentra Kat, aunque haya visto también a la sombra?». De todas maneras, como sabe que tal vez estén ocupados con algún drama nuevo y horripilante, ni a Mali ni a Will les ha apetecido mucho quedarse en clase.

Detrás de ellos, las casitas para abejas de Will están cubiertas de nieve. Al principio, Mali se había espantado por él, pero este le aseguró que habría crisálidas y larvas dentro esperando salir. Esa idea no había hecho que ella se sintiera mejor.

—Creo que tengo una mala relación con la nieve —le explica ahora, mirando por encima del cuello del plumífero abrochado con cremallera—. Es tóxica, en serio. Algunos días, me gusta más que

nada, y otros, la detesto.

—¿Y hoy? —pregunta Will con la voz amortiguada. Tiene la mitad de la cara tapada con su propio chaquetón.

Mali entrecierra los ojos.

—Es una mezcla.

Will se ríe por la nariz.

—Te pareces a mi madre.

—Ah, ¿sí?

Él asiente.

—Cuando nos mudamos aquí las últimas navidades, le encantaba la nieve. Jamás habíamos vivido tan al norte, y aunque la habíamos visto antes, este lugar parecía un paraíso invernal. Hacía que todo pareciera… puro.

—¿Y ahora?

—Creo que las primeras nieves la asustaron. Supongo que unos pocos de los otros camareros de la cafetería le contaron que tal vez sería un invierno malo, lo que significaría días de nevadas y turnos cancelados.

—Joder —responde Mali. Lleva sin nevar unos cuantos días, pero no hay duda de que volverá a empezar pronto.

—Aunque no es solo que la asuste —añade Will—. Creo que… llevamos aquí casi un año ya, así que enseguida llegará el momento en el que suele comenzar a desear mudarse.

—¿Te refieres a… dejar Black River? —pregunta ella, sorprendida.

—Sí —contesta él con indiferencia—. Siempre estamos mudándonos. Al principio, era por mi padre. Tenía mucho miedo de que nos encontrara. Yo también. Pero la verdad es que dudo de que siga buscándonos después de un año. Seguro que ha encontrado a otra mujer a la que joder con sus mierdas… E hijos nuevos a los que

dar una paliza. Pero seguimos moviéndonos de todas formas. Ahora, es como si el modo de supervivencia fuera su zona de confort y no sabe cómo parar. Se quita la presión de asentarse o tener amigos de verdad, incluso conocer a alguien. Las cafeterías son la única constante para ella. Y para mí. No creo que se haya parado nunca a preguntarse si hay algo más que le pueda gustar hacer o a buscar algo que le entusiasme. Solo quiere… seguridad. Es lo que conoce.

Mali se siente afligida. Aunque ella también se marchará el año que viene, no se imagina su vida aquí sin Will. Y mucho menos cómo se sentirá Dusty al respecto.

—Dios, Will, lo siento.

—¿Por qué? —pregunta.

—Bueno —contesta, sorprendida por su indiferencia—. Por una vez, te encanta estar aquí. Y…, a ver…, las clases…, Dusty…

Él se encoge de hombros.

—No creo que ella se marche hasta que yo termine. Aunque luego… sí. —Frunce el ceño a la par que añade—: Pero que mi madre se marche no significa que yo también.

—Ah —suelta, sintiéndose un poco infantil por asumir que él se iría adondequiera que su madre se fuera. La idea de que sus padres cojan y se vayan es… Bueno, no pasaría y ya está. Black River es su hogar porque es el de ellos—. ¿Y te parece bien? —pregunta.

—A ver, sí. —Se saca las manos de los bolsillos, se echa el aliento sobre ellas y las frota entre sí—. Ella es ella —explica—. Y yo soy yo. Siempre podré ir a verla adondequiera que esté. Y mi madre siempre podrá venir a visitarme también. Tú te marchas a la universidad. En realidad, no hay mucha diferencia. Solo que ella es la que se va.

A Mali siempre le conmueve la madurez de Will. Es muy seguro de sí mismo. Todo el mundo asume que ella también es así, pero, en

realidad, no.

—No he hablado de ello con Dusty —añade—. Sé que no es lo mismo que cuando pasó por lo de su madre, pero… le cae muy bien mi madre, y no quiero removérselo todo otra vez. En especial, ahora.

Ella asiente.

—Vale —responde—. Pero, para que lo sepas, desde que se transformó y desde que te conoció… creo que ya es capaz de soportar cualquier cosa.

Will asiente, pensativo.

—Mientras tanto, si quieres hablar de ello…, estoy aquí.

—Lo sé —contesta, dándole un golpecito con la rodilla. Tras un instante, añade—: Y hablando de hablar…

—¿Qué? —pregunta, alzando la vista hacia él. Will la mira con tranquilidad y paciencia, como siempre. Mali suspira—. ¿Kristen?

Él asiente.

—Creo que, antes de su funeral, era capaz de compartimentar lo que sucedió. A ver, me afectó, y fue horrible en su momento, pero, entonces, todo pareció un sueño, y yo casi que… seguí adelante.

—¿Y ahora?

—Ahora me siento culpable por vivir cuando ella no puede. —Se le forma un nudo en el estómago y siente de pronto un gran peso en el corazón—. Ni siquiera la conocía tanto. En realidad, no. Y creo que es que… ahora es muy oficial. Ella no tiene ningún futuro, mientras que yo haré las maletas y me marcharé a la universidad.

—Supongo que así es la vida, ¿no?

Ella lo mira de reojo.

—¿A qué te refieres?

—A que lo que le pasó a Kristen en concreto no era justo ni correcto, pero la muerte es parte de la vida. Creo que estamos muy

programados para temer a la muerte, para no pensar en ello por todo lo… desconocido. Sin embargo, me parece que, una vez que aceptamos que existe, la vida resulta más valiosa aún.

—Joder, Will —replica, medio riéndose, aunque con lágrimas en los ojos—. Dust y tú estáis hechos el uno para el otro, en serio.

—¿Por qué? ¿Porque soy tan oscuro como ella se ha vuelto?

Mali le da un empujoncito en el hombro.

—No. Porque eso es lo que ella necesitó oír durante años después de que murieran sus abuelos, pero yo jamás pude encontrar las palabras para decírselo.

Él suelta una risita y, a continuación, se queda un rato pensativo.

—De todas formas, lo siento mucho —dice—. Lo de Kristen. Que la muerte sea inevitable no significa que lo que le sucedió estuviera bien o que tú no puedas estar triste por ello o preguntarte lo que habría ocurrido.

Se quedan callados durante un momento, contemplando el paisaje blanco y reluciente lejano, y, luego, Will pregunta:

—¿Y Kat?

Por primera vez, Mali no siente una punzada de culpa. Es como si las palabras de Will le hubieran dado el permiso de sonreír y pensar en lo bien que se había sentido pasando tiempo con Kat anoche.

—¿Qué? —pregunta, mirándola por el rabillo del ojo.

Mali ensancha la sonrisa.

—Creo que le voy a pedir que venga conmigo al baile de invierno.

Mali ve que la sonrisa de Will iguala la suya por encima del cuello del chaquetón.

—Estoy intentando tomármelo con calma —comenta, sintiéndose inusualmente tímida—. Pero, sí, es muy mona y guay, y yo… no

quiero hacerme ilusiones.

Will asiente.

—Sí que parece guay. ¿Y has visto qué coche tiene? —Alza las cejas, haciendo que Mali suelte una carcajada.

No obstante, ambos se ponen serios, y Mali piensa en la sombra y se pregunta cómo su vida amorosa la ha arrastrado al medio de todo lo que estaba sucediendo en la White Mountain otra vez.

—No permitiremos que le pase nada —dice Will, como si le estuviera leyendo la mente—. Te lo prometo.



—Tengo que devolverle los recuerdos a Kat también.

Opi mira a Eli al tiempo que se dirigen a la casa. Él tiene una línea marcada entre las cejas y los músculos de la mandíbula tensos.

—Espero que la madre de JD estuviera en lo cierto —añade—. Que la sombra solo tome un aliento cada vez o algo así. Igual ella… Tal vez no tenga ninguna secuela. Aparte de, ya sabes, las mentales por ver a una puta sombra devoradora de almas.

Opi se detiene de golpe, sintiendo que a él se le desborda la angustia. Es como si él hubiera decidido que la carga de todo de pronto fuera suya.

—Eli.

Se vuelve hacia ella con reticencia.

—Esto no es culpa tuya —afirma—. No lo sabías.

—¿Igual que lo que JD está haciendo no es su culpa? ¿Ni lo que ha hecho ya?

—No, eso sí lo es. Él entiende de sobra lo que está haciendo ahora. Y sigue haciéndolo. A eso es a lo que me refiero. Tú no lo sabías. Y nosotras hemos sido las que te hemos pedido ayuda. Las

que la necesitábamos. Todos somos responsables, pero también seguimos aprendiendo lo que somos y de lo que somos capaces. Todos hemos cometido errores, y sé que cometeremos más. Sin embargo, ahora mismo lo que importa es la intención, ¿vale?

Eli gruñe al mismo tiempo que alza la cabeza para ver el cielo.

—Pero tienes razón. Le devolverás los pequeños recuerdos que le arrebataste a Kat, y estoy segura de que no quedará daño a largo plazo. Dusty dijo que los colores de nuestro padre empezaron a volver a unirse al momento, y él lleva meses expuesto. Con suerte, eso significa que no será capaz de ver a la sombra más y esta no podrá robarle nada.

Él le da una patada a un montón de nieve y, a continuación, comienza a andar.

—¿Y Michelle qué? —pregunta.

Opi visualiza a la mujer tal y como la dejaron, mirando por la ventana. Por cómo estaban las cosas cuando la encontraron, no cree que Michelle sea capaz de cuidar de sí misma mucho más.

—Quizá puedas ayudarla a ella también. Tal vez puedas usar tu habilidad para…

—¿Restaurar su alma? —inquiere Eli en un tono seco—. Nop, gracias. Creo que ya he hecho el daño suficiente.

—No, piénsalo. Dusty dijo que sus colores se encontraban tan rasgados que casi habían desaparecido. Eso significa que los colores que ve son… una expresión de nuestra alma, ¿no?

Eli suspira, como si se hallara demasiado abrumado para asimilar cualquier nueva información.

—Y si, cuando usaste tu habilidad con mi padre —insiste ella—, se crearon estas burbujas, huecos en sus recuerdos, agujeros en lo que hace que él sea él, ¿no significa eso que puedes hacer lo contrario con ella? ¿No serás capaz de rellenar lo que ha perdido?

Él sacude la cabeza.

—Pero yo no le arrebaté esos trozos a ella. No los tengo para devolvérselos. Además, por lo que vi a través de Dusty, los colores de Michelle son… gasas deshilachadas. Y ahora que sabemos más sobre la sombra, creo que el humo negro que ha estado entretejiéndose en los colores de Michelle era la propia sombra. Como si no solo le hubiera arrebatado algo, sino que también la hubiera poseído. —Sacude la cabeza—. Ophelia, los ojos de tu padre se pusieron negros. La sombra se encontró… dentro de él un segundo. Por mi culpa. No quiero meter mano a la cabeza de alguien nunca más. En especial, a la de Michelle. Es demasiado frágil. Hay mucho que…

—Pero tal vez no tengas que restaurar todo para ayudarla, solo un poco. Lo suficiente.

Eli frunce el ceño, mirando el suelo a medida que camina pensativo.

No tardan mucho en llegar a la casa. Cuando ella la ve, rodeada de árboles cubiertos de nieve y el humo saliendo de dos chimeneas, siente una sensación de alivio sobrecogedora. A pesar de la revelación de Michelle sobre la sombra, han cambiado muchas cosas para Opi en los últimos días. Está el hecho de que sabe dónde se encuentra su madre, un misterio que ha absorbido cada recoveco de su mente durante años. Su amor por las plantas ha vuelto y, con él, la idea de un futuro. Además, ahora su padre también lo sabe todo. Cómo vaya a tomárselo es otra historia, pero, al menos, ya no hay secretos entre ellos.

Exhala lento a medida que se acercan, lista para afrontar lo que sea que la espere dentro con un optimismo renovado.

—¿Cómo coño haces eso? —pregunta Eli.

Ella no se ha percatado de que la ha estado observando.

—¿El qué?

—Hacerme sentir que todo va a ir bien. Te juro que acabo de sentir arcoíris y unicornios surgiendo dentro de mí.

Opi tuerce la boca al tiempo que intenta no sonreír.

—¿Cómo haces eso?

Él entrecierra los ojos.

—¿El qué?

—Que sea difícil adivinar si te estás metiendo conmigo o me estás haciendo un cumplido.

Eli sonríe.

—Bueno, ¿cuál de las dos es? —pregunta, curiosa.

—Casi siempre te hago cumplidos, Ophelia. Creía que a estas alturas lo sabrías.

Enfrente de ellos, la puerta del porche trasero se abre. Dusty sale corriendo a su encuentro dentro de la linde del bosque.

—¿Cómo está? —pregunta Eli.

—Sus colores vuelven casi a estar completos —responde con los ojos relucientes de esperanza.

Eli suelta un suspiro y Opi se queda mirando cómo el cuerpo de él se destensa.

—¿Y cómo lleva… todo lo demás? —pregunta Opi.

—Creo que se encuentra en shock. Sigue sentado en su silla, mirando el fuego. Pero le he hecho uno de tus tés y se lo ha bebido. Y me ha prometido avisarme si vuelve a ver a la sombra. La única cosa que ha dicho es que no se puede creer que mamá haya pasado por eso. Que ella creyera que estuviera perdiendo la cabeza y no se lo contara y que él no se diera cuenta. Por sus colores, creo que sobre todo está luchando con la culpa.

—Vale —contesta Opi, asintiendo. Es lo único que había esperado por ahora—. Cuando esté listo, podremos decidir todos

qué queremos hacer con lo de mamá.

Dusty le da la razón.

—¿Y Michelle? —pregunta, mirando a Opi y a Eli. No obstante, entonces, deposita toda su atención en Eli y una conversación silenciosa se produce en su lenguaje propio, uno del que Opi jamás formará parte.

Sabe que el vínculo entre ellos es la manera más eficiente de contar eventos, así que intenta fingir que la molesta picazón de su pecho no son celos.

—Joder —espeta Dusty a la par que se lleva una mano a la boca para tapársela con dedos temblorosos.

—Lo sé —contesta Eli—. Pero Ophelia me ha dado una idea. —Esa línea entre sus cejas vuelve a aparecer—. No me gusta que Michelle esté… ahí sola, sufriendo, alimentando a esa sombra asquerosa con su alma. Y sí, no me puedo creer que acabe de decir esa frase tampoco.

—Es horrible —replica Dusty—. Entonces ¿cuál es el plan?

—Bueno, no tengo muchos recuerdos que darle que digamos —responde, encogiéndose de hombros—. Pero JD sí.

Tanto Dusty como Opi fruncen el ceño.

—Escuchadme. JD la conoce mejor que ninguno de nosotros. Y sabemos que la quiere. Quizá sea la única cualidad que tiene, joder. Así que ¿y si Dusty pudiera ver los suficientes recuerdos de él de su madre, y tal vez incluso algunos de la propia Michelle, si está dispuesta a ello, y luego Dusty me los enseña a través de nuestro vínculo y yo se los devuelvo? Puede que, si hacemos eso, sea lo que sea lo que haya planeado JD, sea lo que sea que le pase a Ophelia en las premoniciones…, tal vez ayudemos a su madre y las cosas cambien. Igual así podemos concertar una especie de tregua. Alguna serie de reglas o código moral en los que todos podamos estar de

acuerdo.

Dusty abre la boca para hablar; sin embargo, él alza una mano para detenerla.

—Y antes de que digas que JD es incapaz de tener un código moral…, recuerda que lo otro que sabemos sobre él es que su padre era un capullo. Era un controlador, un abusador emocional, un avaricioso…, elige lo que quieras. Por el contrario, su madre, con todos sus defectos, es más complicada. Lo quiere con locura, y no me creo que vaya a decir esto, pero quizá eso es lo que JD necesita. A ver, a menos que estemos dispuestos a matarlo de verdad y cargar con las consecuencias de sus transformados después de ello… Tal vez su madre pueda ayudarnos…, allanar el camino.

Ni Dusty ni Opi responden. Se quedan calladas, asimilando la idea de Eli. El sol brilla entre las nubes esponjosas por encima de las copas de los árboles y solo se oye el goteo de la nieve derritiéndose.

—A ver —añade Eli—, igual el optimismo de Ophelia ha vuelto y me está nublando la mente, pero es un plan, y, a menos que se nos ocurra otro mejor, estamos aquí parados aguardando a que las premoniciones se hagan realidad.

Opi no se lo puede creer, aunque comienza a asentir. Dusty también.

Mali se pasa por el garaje de Kat después de clase. Se escucha música que proviene de dentro y el sonido de unas herramientas de metal.

Llama y, cuando Kat le sube la puerta, Mali sonríe al ver el mono de mecánico clásico que lleva. Tiene hasta una mancha de grasa en la frente.

No obstante, se le cambia la expresión al recordar por qué se encuentra aquí.

Se sientan en el sofá.

—Creo que puedo ayudarte a que dejes de ver a la sombra —empieza a afirmar Mali—. Explicarte las cosas extrañas que han estado ocurriendo en la White Mountain sería quedarse corto, por así decirlo. Lo que te voy a contar ahora es lo esencial. Tendrás un millón de preguntas que te iré respondiendo con el tiempo. Pero, por ahora, te contaré lo que necesitas saber para entender por qué Eli Blake viene de camino y va a arreglar algo que te hizo sin intención de hacerte daño.

Kat parece muy confundida, aunque la forma en la que se le cambia la cara ante la mención de la sombra hace que Mali tenga la certeza de que, al menos, se va a tomar en serio la locura que va a soltarle.

Exhala y, entonces, comienza:

—Algo… paranormal… les ha sucedido a los adolescentes de la White Mountain.

Para cuando le ha explicado tanto como cree necesario, incluidas las habilidades que Eli y Dusty han desarrollado y lo que Michelle les contó que quiere la sombra, Eli está fuera esperando. Ha traído a Dusty.

—Joder, Kat —dice Eli cuando echa un vistazo al garaje, tanto sorprendido como impresionado.

Sin embargo, en vez de su fanfarronería habitual, es obvio que quiere arreglar las cosas cuanto antes.

Ocupa el asiento de Mali en el sofá junto a Kat y le pregunta si está lista. Ella asiente, claramente asustada por lo que ha visto al respecto, sin importar lo inverosímil que pueda parecer.

Él vuelve a contarle a Kat qué pasó cuando se cayó, tejiendo de

nuevo la verdad en la historia, incluido lo que Opi hizo para curarla.

Cuando termina, Kat se encuentra con los ojos como platos. Se recuesta en el sofá y procesa el recuerdo devuelto.

Mali mira a Dusty a los ojos y, cuando esta asiente de modo alentador, sabe que ha funcionado. Se permite suspirar y recupera la tranquilidad.

—¿Cómo hizo Opi para…? —empieza a preguntar Kat, que parpadea una y otra vez al tiempo que frunce el ceño, muy sumida en sus pensamientos—. ¿Qué…?

—Como ya te he dicho, te lo explicaré todo a su debido tiempo. Por ahora, lo único que necesitas saber es que no creemos que vayas a ver a la sombra de nuevo. Al menos, no aquí o en los alrededores de la propiedad de JD. Y si no la ves, no podrá hacerte daño.

Kat mira a su alrededor, a Eli y a Dusty, antes de volver la vista a Mali. Asiente despacio.

Eli y Dusty se marchan tan rápido como han llegado y dejan a Mali a solas con Kat una vez más.

—Dios —suspira Mali—. Estoy deseando irme a la universidad.

Kat no reacciona por un momento, aunque luego se le extiende una amplia sonrisa por el rostro al tiempo que comienza a reírse.

Mali no lo puede evitar y se ríe también.

—No me malinterpretes —consigue responder cuando se ha recompuesto un poco—. Los quiero, son como mi familia. Pero necesito no tener que lidiar con esta mierda durante un tiempo. Necesito que me recuerden que no todo siempre es cuestión de vida o muerte y que, en general, las cosas suelen ser normales.

—Me lo puedo imaginar —contesta Kat, que es evidente que sigue desconcertada.

—¿Me avisarás si vuelves a ver a la sombra?

Kat asiente y se pone seria una vez más.

—Sí. Y gracias. Jamás me imaginé que alguien me creería, y mucho menos que fuera capaz de ayudarme… Me alegro de que hayas sido tú.

Cuando se miran a los ojos, Mali siente un cosquilleo cálido que se le extiende por el pecho. Kat esboza una ligera sonrisa con la comisura de la boca.

Mali va a hablar, pero, en ese mismo instante, Kat también, y ambas se sueltan la una a la otra la misma pregunta en el mismo momento:

—¿Quieres venir al baile de invierno conmigo?

25

Baile de invierno

Opi mueve las manos por su cuerpo, contemplando su reflejo en el espejo del armario. Cuando vio el vestido en internet, la modelo que lo llevaba tenía muchas más curvas que ella. Los hombros no eran tan anchos ni huesudos y el contorno de su pecho era notablemente más voluminoso. Sin embargo, el chifón de seda amarillo pálido y el delicado ribete con volantes que le cruza el pronunciado escote y se le desliza por los hombros hace que Opi piense en flores silvestres, y eso a ella le basta.

Ha pasado una semana y media desde que su padre se enteró de la verdad. Desde que Eli les devolvió a él y a Kat sus recuerdos. Por suerte, ninguno ha visto ni un leve indicio de la sombra.

Eso no quita que Opi continúe preocupada. Eli ha seguido vigilando a su hermano, que había visto a la sombra dos veces, pero solo cuando Eli no estaba allí.

Dusty fue al interior de la montaña el otro día. Tenía la esperanza de que tocar el monolito podría desencadenar algo, lo que fuera, que tal vez le mostrara cómo eliminar a la sombra para siempre, de dónde procedía y cómo o si la presencia estaba relacionada con todo eso. Will la había acompañado, y aunque no hubiera habido ni recuerdo, ni visión, ni premonición, al menos habían vivido la experiencia trascendental de presenciar algo tan

increíblemente sobrenatural.

La muchacha había dicho que quería enseñárselo a su padre un día, pero que, de momento, como ya le habían descubierto una nueva realidad de golpe, habían decidido tomarse las cosas con calma. Chris aún parece abrumado por todo e incapaz de decir más de una o dos palabras en cualquier conversación, por lo que resulta sorprendente cuando toca a la puerta de Opi con su familiar modo de llamar.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Opi se apresura a dejarlo entrar con el corazón a punto de salírsele por la boca.

Cuando ella abre la puerta, a él se le ensanchan los ojos por la sorpresa y se le extiende una ligera sonrisa por la cara al mirarla.

—Qué bien te queda, chica.

Opi no puede evitarlo. Se lanza hacia él, envuelve los brazos en torno a su cintura y lo atrae para darle un fuerte abrazo.

Ignora la manera en la que se estremece apenas un poco, porque solo tarda un segundo en relajarse y en rodearla con los brazos. Le planta un beso en la coronilla.

—Solo quería verte antes de que te fueras esta noche, y no quería que te marcharas sin saber… —apoya la mejilla sobre el pelo de ella— que no te culpo. Lo sabes, ¿verdad? Siento que me haya costado tanto hablar, pero, sobre todo, es por lo de tu madre y…

Opi escucha mientras él traga saliva, debatiéndose por encontrar las palabras.

—No pasa nada, papá —replica—. Y lo siento.

—Cielo, no tienes que…

—Sí tengo. Y no solo por lo que hice. Sino por ocultártelo todo. Es que no sabíamos por dónde empezar. Supongo que los Silver necesitamos procesar las cosas a nuestro ritmo, ¿no?

Su padre retrocede y la agarra de los hombros al tiempo que la mira con los ojos cargados de comprensión.

—Creo que tienes razón, Op.

La muchacha sonríe, y él la vuelve a contemplar, sacudiendo la cabeza mientras la sonrisa se le extiende a una enorme. Entonces, sin decir palabra, se gira y sale al pasillo a llamar a la puerta de Dusty.

Opi irradia calidez cuando regresa frente al espejo y se permite a sí misma disfrutar de la sensación de paz que su padre le ha dejado. Porque sabe que no durará mucho. Después de todo, siguen esperando a que JD vuelva.

La chica desestima el pensamiento y se gira para comprobar cómo le queda el vestido por detrás.

Se sorprende por la forma en la que la hace sentir. Sí, seguirá siendo huesuda; sí, tendrá extremidades largas y desgarbadas, y el vestido, si acaso, acentúa todo eso: desde su pequeño pecho hasta donde se encuentran sus caderas bajo la tela, hacia abajo, donde cae sobre las sandalias de tiras de color amarillo pastel con tacón bajo que la hacen aún más alta. Pero, esta noche, en lugar de desear lo que no tiene o preocuparse por lo que cierta persona de la que se ha estado alimentando con regularidad pueda pensar cuando la vea, reconoce que se siente bien. Se siente ella al cien por cien. Se le había olvidado cómo era eso. Y era lo que más había echado de menos.

Todavía no se ha terminado de arreglar el pelo, solo se lo ha lavado y cepillado, así que le cae esponjoso y suave por la espalda. Se lo pone detrás de las orejas y luego se dirige a la cómoda y saca una paleta pequeña de colorete que se aplica por encima de la nariz y las mejillas. Tras delinearse los ojos con un sutil tono marrón, decide que ha acabado y cruza el pasillo hacia la habitación de su

hermana. Ha escuchado que su padre ha subido las escaleras a su cuarto hace unos minutos y ha dejado a Dusty para que se prepare a su aire.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta cuando llama a la puerta abierta de Dusty.

—Hum, sí, seguramente. —Su hermana se ríe—. Mali suele…, bueno, asegurarse de que me esfuerzo. —Se está poniendo un vestido azul claro por la cabeza. No hay espejo en su cuarto, así que después de meter los brazos por las largas mangas acampanadas y alisarse la falda de seda que le llega hasta los pies, de modo que cae al suelo, se gira hacia Opi en busca de aprobación.

Las dos muchachas abren los ojos de par en par.

—Op, guau. Estás… Guau.

—Dust, qué bonito. —Las dos se ríen.

—Da una vuelta para mí —le dice Dusty.

Opi se gira, incapaz de ocultar una sonrisa orgullosa, y, cuando mira a su hermana otra vez, ve lágrimas en los ojos de Dusty.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada, nada. Es que… pareces… más brillante. Tus colores, tu sonrisa… Solo… Con todo lo que ha estado ocurriendo, y con la premonición que no se me va de la cabeza, parecía que las cosas solo iban a peor. Simplemente, es genial verte vivir este momento.

A Opi le da un vuelco el corazón y corre a abrazar a su hermana, sorprendida al no encontrar tela en la espalda de Dusty.

—Hum, te toca dar la vuelta —suelta, apartándose.

Dusty pone los ojos en blanco y sonríe. Cuando se gira, Opi se queda boquiabierta con el vestido con la espalda al aire de Dusty, que va desnuda hasta debajo de la cintura, salvo por su cabello oscuro, que le llega hasta la mitad.

—Sí que te lo tenías callado, Dust.

Su hermana se vuelve.

—Bueno, es mi último baile de invierno.

—Y el primero con una cita —añade Opi.

Dusty sonríe, pero después busca a su hermana con la mirada, pensativa.

—¿Qué? —pregunta esta última.

—¿Estás segura…? De verdad que no quiero ser chismosa ni parecer avasallante…, pero, Op, sabes que lo veo, ¿verdad? El modo en el que Eli y tú os comportáis entre vosotros.

—Dusty, solo es por la sangre.

Eso es lo que se ha estado diciendo a sí misma cada vez que se ha alimentado de él la semana anterior. Tres momentos en los que, básicamente, ha tenido que obligarse a disociar porque la intensidad, la necesidad y el placer que sintió podían quemarla viva.

—Solo es algo con lo que tenemos que lidiar hasta que los dos… Hasta que los dos encontremos a nuestro Will.

Dusty entrecierra los ojos.

—¿Y por qué no puede ser Eli tu Will? ¿Crees que lo es Ben?

Opi duda antes de responder. Durante la última semana, ha estado hablando con Ben en clase, claro, y el chico le ha enviado mensajes unas cuantas veces. Aunque, con todo lo que está ocurriendo, no ha tenido mucha ocasión de conocerlo mejor.

—Quizá —contesta—. Por ese motivo estoy tan entusiasmada por ir con él esta noche. A ver, lo que sí sé es que es majo, listo y, sí, a mí me huele muy muy bien. Pero, además, con él sé que no viene conmigo por mi sangre. Y sé que nunca ha tenido un flechazo por mi perfecta hermana mayor antes que por mí.

Dusty la mira confundida.

—¿Crees que Eli tuvo un flechazo conmigo?

—Dust —replica Opi con cara inexpresiva—. Las dos sabemos

que sí.

—No, Op, no es así. A lo mejor él lo pensó durante un minuto…, cuando se cuestionó si nuestra conexión, nuestra amistad, podía ser algo más. Pero, la verdad, creo que los dos estábamos muy confundidos con lo que nos estaba pasando y muy… unidos en todo eso. Aunque cuando comprendimos que éramos más como familia, a ninguno nos extrañó nada. Tenía mucho más sentido. Eli jamás ha pensado otra cosa sobre nosotros. Hazme caso, lo habría sabido.

Opi va a hablar, pero Dusty la interrumpe.

—Y antes de que digas que vuestro vínculo tal vez sea así… Yo puedo sentir literalmente lo distinto que es. Estoy casi segura de que, conmigo, nuestro vínculo sobre todo se debe a nuestras habilidades y a cómo estas interactúan entre sí. Pero contigo… Bueno, tú sabes qué es y qué…

Dusty se detiene y se gira hacia la ventana justo al mismo tiempo que Opi siente algo también. Eli. Con los latidos acelerados y la respiración entrecortada.

Los ojos de Dusty se vuelven distantes.

—¿Qué pasa? —pregunta Opi, impaciente.

Su hermana levanta una mano para pedirle que espere.

Por la mente de Opi pasan todos los escenarios posibles e imposibles; la preocupación se ha apoderado de ella y se muere por saber qué está sucediendo.



—Agente Reed —suelta Eli, corriendo al encuentro del coche de ella.

El chico lleva un traje negro y zapatos de vestir, y su madre aguarda en la puerta de su casa a sus espaldas, estirando el cuello,

pero sin ganas de salir a la calle en zapatillas.

—Si no le importa —replica la agente, saliendo del coche—, quizá deberíamos ir adentro.

Eli está desconcertado por completo y se pregunta cómo es posible que esté ahí otra vez. Ha pensado en ella y en las repercusiones de haber usado su habilidad con la agente. Pero también estaba seguro de que no regresaría a la montaña. Que no se acercaría a la sombra.

—Por su tono, si vamos adentro, mi madre insistirá en llamar a un abogado. ¿Es eso lo que quiere? ¿O podemos quitarnos esto de encima de una vez?

La agente lo estudia.

—No, Eli, creo que deberíamos ir adentro.

Tiene menos de un segundo para hacer una llamada. Es evidente que la mujer se encuentra allí porque, o bien recuerda lo que hizo con su memoria, o bien ha descubierto algo nuevo. Algo malo.

La agente lo mira a los ojos y él la atrapa.

—¿Por qué está aquí?

La mujer no titubea.

—Estaba convencida de que no había pistas sobre el caso de Kristen King. Me encontraba rellenando papeleo, preparada para marcharme, cuando un testigo ha venido diciendo que había visto a la señorita King en el callejón de un bar en el pueblo no mucho antes de que desapareciera. Las imágenes de las cámaras de seguridad lo confirman y, es más, estuvo allí en varias ocasiones. Pensaba que quienquiera que la matase podría haberse tratado de alguien que hubiera conocido allí o con quien se veía, así que he comprobado imágenes más recientes para ver quién aparece en un callejón así, y, para mi sorpresa, ahí estabas tú, Eli. Y Amber Rivera

también.

—¿Eli? —lo llama su madre desde la casa—. ¿Vas a invitar a pasar a tu invitada?

—¡Ya se va!

La agente frunce el ceño.

Eli desea que Dusty se encuentre allí, desea poder ver los colores de la agente, lo que le está haciendo, hasta dónde puede llegar. No le aparece negro en los ojos como a Chris, así que decide que puede adentrarse más en su mente mientras dice:

—Una vez que se vaya de aquí, va a destruir esas grabaciones. Luego, le va a decir a todo el que esté al tanto de esto que no era más que otro callejón sin salida. Ha hablado conmigo y con Amber, y resulta que solo pasábamos por ese callejón algunas noches tras estudiar. No tuvimos nada que ver con la muerte de Kristen, y jamás sabrá lo que le ocurrió. Pero no pasa nada, porque se irá de aquí y nunca volverá a Black River. No volverá a poner un pie en la White Mountain después de esta noche.

—¡Eli! —lo llama de nuevo su madre. La oye ponerse el abrigo, preparándose para salir.

—Váyase —ordena Eli—. Ahora.

La agente Reed asiente con los ojos un poco vidriosos. Para cuando la madre de Eli está junto a él preguntándole quién es, la agente ya está dándole la vuelta al coche y yéndose por el camino de entrada.

—¿Quién era, Eli?

—Se ha equivocado de casa —responde, y luego se vuelve para darle un beso a su madre en la mejilla—. Me tengo que ir, ¿vale?

—¿Vas a ir con una de las hermanas Silver hoy? —pregunta con los ojos brillándole de emoción.

—No —responde en tono plano. Acto seguido, se sube a la

camioneta y se dirige hacia la montaña.

Cuando entra por el camino de acceso, siente a las muchachas esperándolo en el porche trasero. Sale y oye a su padre arriba en la ducha. Conforme rodea la casa, le llega el olor de Ophelia. Los dientes le palpitan al instante —su necesidad de acercarse a ella, de saborearla, de sostenerla—, haciéndole meter las manos en los bolsillos del pantalón y apretar los puños con fuerza.

—¿Crees que ha funcionado? —susurra Dusty en la noche.

Cuando Eli llega al final de los escalones, alza la vista hacia ellas. Ahora siente que se le ha olvidado cómo respirar.

Es consciente de que Dusty lleva algo largo y sedoso, pero solo la ve de reojo, porque su mirada está clavada en Ophelia.

Las ramas de los árboles a sus espaldas parecen crujir y gemir como si estuvieran alargándose hacia ella, queriendo acercarse lo máximo posible, al igual que Eli. Este pasea la vista por el vestido claro y luego la vuelve al rostro iluminado por la luz cálida de la casa.

Nota una repentina oleada de hambre. «Suya», piensa él.

«Solo es por la sangre —se dice para sus adentros—. Ella solo quiere tu sangre».

Pero recordárselo no cambia el hecho de que esté tan guapa que resulte doloroso a nivel físico.

«Tranquilo», siente la urgencia de Dusty.

Aprieta los puños con más fuerza, tratando de liberarse de cualquier hechizo que la chica le hubiera lanzado.

—¿Eli? —lo llama, dando un paso hacia él—. ¿Estás bien? Dusty me ha contado… ¿Ha funcionado lo que le dijiste a la agente?

Él asiente y carraspea.

—Eso creo. Perdonad, sé que lo más probable es que no haya sido la decisión correcta. Tal vez le haya hecho daño. Tal vez su

alma… —Se lleva las manos al cuello en un intento de liberar la tensión—. Es increíble que no se me haya ocurrido lo de la conexión con el callejón. Me siento tan estúpido, joder. Pero me preocupaba que, si la dejaba marcharse, se lo preguntase después a Amber y ella pudiera… No me fiaba de que no condujera a los polis a vosotras. Lo siento much…

—No —lo cortan las hermanas al unísono.

—Creo que has hecho lo correcto —añade Dusty.

—Ella no vive aquí —agrega Ophelia—. No es de ningún sitio cercano. Se irá. No volverá jamás. Seguiremos con el plan.

La voz de la muchacha resuena de una forma concreta en la mente de Eli, y este tiene que girarse para mirar hacia el bosque, decidido a no quedarse con la vista clavada en ella. Es demasiado duro. Está empezando a doler demasiado.

Inhala una bocanada de aire fresco, esforzándose por calmarse. No obstante, eso no impide que sienta a la chica o sea consciente todo el tiempo de albergar dentro de él la fuerza vital de ella. Está en sus venas, en cada aliento y en cada latido, tan poderoso que resulta tan esencial como respirar.

—¿Debería comprobar otra vez dónde se encuentra JD? —pregunta Dusty—. Esta mañana, estaba en una cabaña con sus transformados. No sabría decir dónde.

—Compruébalo mañana por la mañana —replica Ophelia.

Eli oye acercarse un coche por el camino de entrada y le da un vuelco el estómago.

—Vale —suelta. No vuelve la vista atrás mientras baja trotando las escaleras y luego rodea la casa. Se dispone a meterse en su camioneta cuando una furgoneta azul de un tamaño similar al suyo se detiene a su lado. Ben Garrett se baja y su cara compone una expresión confundida cuando ve a Eli.

Will se baja por el otro lado y saluda a Eli con la cabeza.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí. Todo bien. Yo ya me iba.

Ben se aclara la garganta y se acerca a Eli con la mano extendida.

—¿Qué tal, Eli?

—Tirando —responde Eli, estrechándole la mano a regañadientes —. Que os lo paséis bien, ¿vale?

Will frunce el ceño.

—¿No vienes?

—Igual luego —contesta Eli, y, acto seguido, se mete en su coche y se marcha.



El pasillo principal del instituto de Black River está repleto de tela blanca vaporosa. Tras el delicado material, hay diminutas guirnaldas de luces brillando y alumbrando un camino hacia el gimnasio.

Detrás de Dusty y de Will, Opi y Ben caminan de la mano. Opi intenta ignorar lo mucho que está sudando y lo mucho que a Ben le había sorprendido notar el calor corporal de ella. La seguridad que había sentido antes se ha esfumado y ahora solo hay aprensión y vértigo.

Trata de decirse a sí misma que se debe a la creciente presión del inminente regreso de JD o al susto de Eli con la agente. Hasta intenta echarle la culpa al vestido y al modo en el que todos los miran cuando avanzan por el pasillo, sonríen y susurran. Pero, en algún lugar más allá del caos de sus pensamientos, es consciente de que es por Eli, que se encuentra solo en alguna parte, y la manera en la que se ha sentido cuando él se ha presentado en su casa en

traje.

Se estremece al tiempo que recuerda los ojos de él sobre ella.

—¿Seguro que no necesitas mi chaqueta? —le pregunta Ben a su lado.

—Ah, no, pero gracias.

El chico le sonríe. Hace unas cuantas semanas, lo único que Opi había deseado era que la mirase de esa forma. Ahora, solo la llena de pánico.

Entran en el gimnasio con el cuello estirado hacia atrás para contemplar el increíble esfuerzo que ha realizado el equipo de decoración. Lo que parecen millones de guirnaldas de luces cubren el techo, formando olas como el océano un día de viento. Unos copos de nieve plateados cuelgan en el aire, centelleando cuando se balancean con el movimiento de los estudiantes de abajo.

A lo largo de la pared del fondo, Opi divisa una mesa enorme cubierta con manteles blancos, candelabros plateados, platos llenos de aperitivos y ponche. En la pared contraria a las gradas, hay un equipo de DJ con altavoces gigantes que reproducen una música sorprendentemente suave. Opi imagina que cambiará después de que llegue el grueso de los estudiantes.

—Qué chulo —comenta Ben, y ella asiente con entusiasmo.

Se oye un grito en algún lugar cerca de ellos y, acto seguido, las pisadas de unos tacones altos sobre el suelo.

—Perfecta. Impresionante. Diez de diez —le dice Mali a Dusty con la boca abierta mientras la mira. Se vuelve hacia Opi y suspira mientras un sinfín de emociones se le reflejan en el rostro—. Y tú, querida Ophelia… —La rodea con los brazos y le da un abrazo fuerte al tiempo que se gira hacia Will y hacia Ben y les dice—: Sabéis que sois los tíos más afortunados de aquí, ¿verdad?

Los dos asienten y se ríen mientras lo afirman.

—Perdona, ¿y tú qué? —suelta Dusty, y cuando Mali retrocede, Opi al fin puede ver su atuendo también.

Lleva un top con cuello *halter* de seda color crema con pantalones a juego y, al girarse, muestra que el corte deja al descubierto la parte media del abdomen y la espalda.

—Hola, chicos —los saluda Kat con una sonrisa tímida al lado de Mali. Luce un vestido negro sin tirantes que abraza su exuberante figura, y lleva un ahumado negro en los ojos que destaca contra su melena rubia. Por el modo en el que Mali la mira, es evidente que Opi no es la única que opina que Kat está despampanante.

—Estáis estupendas —les dice Dusty a las dos.

La música se detiene de pronto y todo el mundo mira por la sala poco iluminada, murmurando, hasta que *Talk* de Selena Gómez retumba por los altavoces con el sonido a todo volumen. Los gritos y los vítores fuertes hacen que Opi se estremezca y se cubra los oídos; en cuestión de segundos, se ha formado una pista de baile delante del DJ y Mali los está llevando a Kat, a Dusty y a Will hacia ella.

Dusty mira hacia atrás como disculpándose. Opi le dice con la mano que no pasa nada y esboza una sonrisa forzada mientras siente un nudo en el estómago.

Al final, suena una canción más lenta y Dusty tiene un momento para relajarse.

Will desliza las manos por la cintura de la chica y ella lleva los brazos a los hombros de él con una sonrisa. Es la primera vez que lo ve con traje y no tenía ni idea de lo mucho que le iba a gustar. Sin embargo, al levantar el rostro hacia su cara serena y ver los oscuros mechones sueltos que le caen sobre los ojos, está segura de que es

la persona más perfecta que ha conocido nunca. Los tonos azules se arremolinaron en torno a Dusty en cuanto llegaron, una barrera más que bienvenida entre ella y la sobreestimulación del resto de la sala.

—Mi madre se va —le cuenta Will.

La muchacha siente como si el corazón hubiera dejado de latirle. Su mirada busca la de él, preguntándose cómo puede estar tan entero.

—Después del instituto —añade—. Cuando yo tenga tiempo para mantenerme yo solo. Me lo ha dicho antes de que Ben viniera a recogerme. Es por la nieve, o eso afirma. —Se encoge de hombros y Dusty aparta los brazos mientras lo mira, sacudiendo la cabeza.

—Will, no puedes simplemente… Sé que somos jóvenes y que no sabemos lo que nos deparará el futuro, pero no puedes decirme sin más que te marchas y…

—¿Qué? No. —Coge los brazos de ella y los vuelve a poner sobre sus hombros—. ¿Por qué todo el mundo asume eso? No voy a ir a ninguna parte.

—Pero tu madre sí. Seguro que no quieres… Estáis muy unidos.

—Sí, pero también sabía que este momento llegaría. Ella es una nómada, y a mí… me encanta estar aquí, Dusty. Black River tiene todo lo que siempre he querido. Montañas, senderos interminables. Es mi hogar, y no me interesa mudarme otra vez. Ni después del instituto. He visto esa tienda vacía del pueblo, que sería el lugar ideal para poner un taller y vender mis muebles. Podría aceptar pedidos de clientes. Podría… —Se detiene al darse cuenta de que Dusty le está sonriendo.

—Creo que yo tampoco quiero marcharme —replica ella, confirmando en voz alta lo que lleva semanas pensando—. Al menos, no por ahora. No, que yo sepa. Tengo la sensación de que existe esa idea preconcebida, esa presión por marcharse. Por buscar

más. Pero a mí me encanta estar aquí. Quiero hacerme un hueco aquí. Solo necesito encontrar algo, como tú, que pueda ayudarme a que funcione. Y creo…, bueno, hay una cosa que creo que me veo haciendo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Puede que sea una locura, pero, desde que he cambiado, desde que te he conocido, me he vuelto a enamorar del bosque. Me encantaba cuando era pequeña, y ahora es donde me siento casi… libre. Libre para ser yo. Siempre que estoy allí, no puedo dejar de pensar en lo importante que la naturaleza es para mí y lo importante que es que exista en la inmensidad de todo lo demás que hay ahí fuera. Y lo que quiero hacer es protegerla.

Una sonrisa ladeada se le extiende a Will por la cara, haciendo que aparezca el hoyuelo de su mejilla.

—¿Estás diciendo que quieres ser agente medioambiental como tu padre?

Dusty suelta una carcajada.

—Creo que sí.

Will la rodea con el brazo y la atrae hacia él.

—Me parece perfecto. Y puedes ser una de las únicas agentes medioambientales que patrullen de noche.

Ella suelta otra carcajada y se inclina para apoyar la cabeza sobre su hombro, notando como si le hubieran quitado un enorme peso de encima, aunque todavía no sea muy seguro.

Se fija en Opi, que está en la otra punta de la sala. Se encuentra en una postura similar con Ben; la única diferencia es la mirada vacía de su cara y el modo en el que los ojos no paran de desviársele hacia la puerta.

—¿Te parece bien? —Dusty oye que Ben le pregunta.

—Ah, sí —responde su hermana.

Dusty ve cómo Ben asiente con incomodidad por encima de su cabeza.

—Bueno —suelta—, ¿qué hacía Eli Blake antes en tu casa? Es amigo de tu hermana, ¿no?

Opi se pone rígida y Ben baja la mirada hacia ella como si lo hubiera notado.

—Sí —responde—. Solo había ido a ver a Dusty.

—Bien, bien —murmura Ben.

De pronto, Opi alza la vista, con los ojos clavados en la puerta.

Dusty puede percibir ya quién ha entrado en la sala.

Cuando se fija, Eli está paseando la mirada por el baile. Ya no lleva la chaqueta y unos cuantos de los botones superiores de la camisa blanca se le han desabrochado. Dusty observa mientras él se detiene con los ojos clavados en su hermana y el *quarterback*, notando cómo se le parte el corazón.

—¿Me he perdido algo? —susurra Will en el oído de Dusty.

Ella lo mira con cara de «desde luego que sí».

—Después te lo cuento —musita—. Pero me temo que esta va a ser una noche muy larga.



—¡Eli! —lo llama alguien.

Aún sigue con la vista en Ophelia y en la forma en la que las manos de otra persona le envuelven la cintura. Sabe que le debería importar que el *quarterback* lo esté mirando y que Ophelia trate sutilmente de alejarlo. Sin embargo, ahora mismo, le da igual. Se siente muy abrumado por la sensación de que todo eso está mal.

—Eli —lo vuelve a llamar la voz, más cerca ahora.

Se obliga a apartar la mirada.

—Ah, hola, Josie —le dice con una sonrisa a la chica que conoce desde primer año.

—¿No has venido con nadie? —le pregunta.

Él niega con la cabeza.

—Nosotros tampoco. —Le hace un gesto hacia un grupo que está sentado en las gradas. Jesse se encuentra allí, al igual que unos cuantos de sus otros amigos—. ¿Quieres venirte con nosotros?

Pero los ojos de él se han abierto paso de nuevo hacia la pista de baile, como una polilla que, de manera irracional, se lanza hacia la llama.

—O… podríamos bailar —sugiere la chica.

Cuando vuelve la vista hacia ella, la muchacha observa la dirección en la que ha estado mirando él, hacia Ophelia y el *quarterback*, y asiente con complicidad.

Él se ríe por la nariz.

—Claro. Gracias.

Josie lo guía a través de la multitud y encuentra un lugar lo bastante lejos de Ophelia, aunque todavía la tiene a la vista.

Por suerte, la canción es lo bastante lenta y tranquila para que Eli escuche con atención los murmullos del gentío y localice la voz del *quarterback*. Este hace lo posible por charlar, contándole a Ophelia algo que ha dicho Theo, buscando claramente la seguridad de algo en común. Pero, cuando Ophelia no responde ni a la segunda ni a la tercera, el chico baja la mirada y se fija en que ella está observando a Eli.

Este no puede evitar guiñarle un ojo.

—Eeeh, Opi —dice Ben.

—¿Qué? —Ophelia parpadea, y Eli le da vueltas a Josie para mirar en la otra dirección. Aunque no deja de escuchar.

Ben exhala un suspiro entrecortado.

—¿Sabes? Creo que eres estupenda, pero venir conmigo cuando es evidente que te mola él… Yo…

—Ben, no…

—Mira, no puedes evitar lo que sientes, pero quedarte mirando a alguien mientras bailas con otro es un poco rastrero.

Eli suelta a Josie y se gira justo a tiempo de ver a Ben marchándose de la pista de baile y dejando a Ophelia allí sola.

Ella levanta la vista de golpe para mirarlo con las mejillas de un rosa intenso y sin aliento.

No obstante, en el segundo en el que Eli da un paso hacia Ophelia, esta se gira corriendo y sale disparada hacia la puerta.

26

Lo más profundo de su alma

Opi empuja la puerta de emergencia para abrirla y, después, se quita los zapatos y los tira a un lado antes de atravesar corriendo los campos de entrenamiento. Al otro lado, ve un resplandor alrededor de las raíces de la arboleda. Las ramas se mecen en la noche, llamándola, atrayéndola a su abrazo.

A medida que corre, las verdades la siguen, entrelazándose con su piel.

El sonido de la puerta a sus espaldas abriéndose de golpe hace que corra más rápido.

—¡Ophelia! —grita Eli, ya ganándole terreno conforme cruza los campos.

Ella se mete en la arboleda y solo se detiene cuando pega el cuerpo contra uno de los troncos con las manos extendidas sobre la corteza mientras se empapa de su calma inalterable.

—Ophelia —repite él, ahora solo unos metros detrás de ella—. No le hagas caso al *quarterback*. El rastrero es él, no tú. No tiene derecho a dejarte tirada así.

La chica se gira hacia él y, con una mueca en la cara, sacude la cabeza.

—Pero no lo es, ¿verdad? Es inteligente, amable y…

Eli gruñe, pasándose las manos por la cara.

—Estoy harto de intentar seguir demostrándote lo que valgo, Ophelia. Se acabó decirme a mí mismo que no soy lo bastante bueno. Soy quien soy. No te he mostrado nada más ni nada menos. Pero, por favor, no trates de decirme que no sientes que hay algo entre los dos. Algo más allá de la sangre. Porque ya estaba ahí antes. Y puede que eso sea lo que nos haya hecho desear la sangre del otro. Es química básica, y estoy harto de que tergiverses mis palabras, porque creo que he sido lo bastante transparente sobre lo mucho que te admiro y respeto, aparte de pensar que eres como la visión de un puto ángel. Así que no…

Ella se aparta del árbol, alarga los brazos hasta su cuello y, entonces, tira de él para darle un beso.

Eli se queda rígido con los brazos a los lados sin que le respondan los labios. Lo único que Opi puede sentir es el corazón de él latiendo como si existiera dentro del suyo.

Pero, entonces, relaja los hombros, lleva las manos al cabello de ella y le devuelve el beso con fuerza y urgencia.

Opi se deja llevar por el beso. Desliza las manos hacia abajo por su camisa, su pecho y, a continuación, las baja más para rodearle la cintura y pegarlo más hacia ella.

Eli la agarra de la nuca y hace que le entren escalofríos alrededor de la coronilla y, luego, hasta lo más profundo de su ser. Cuando él desliza la lengua contra la suya, ella siente un incendio forestal y tira más de él, necesitándolo más cerca.

Él se ríe contra sus labios, y la chica se aparta para mirarlo a los ojos al tiempo que el sonido vibra a través de ella. Brillan, son puro Eli. Le palpitan los dientes y sus labios encuentran la boca de él otra vez. A medida que el beso le consume el cuerpo, es como si el muchacho se estuviera derritiendo en su interior, alcanzando lo más profundo de su alma.

—¿Tú también quieres ir detrás de ella? —pregunta Will.

Dusty sigue mirando la puerta desde las gradas descubiertas, intentando darle a su hermana y a Eli algo de espacio y no conectar con él para comprobar que todo va bien. Sacude la cabeza.

—Aún no. Esto es entre ellos.

—Vale, es obvio que él está enamorado de ella, pero ¿Opi? ¿De verdad crees que… tu hermana también siente algo?

Dusty sonríe.

—Si pudieras ver la forma en la que sus respectivos colores han estado danzando el uno alrededor del otro desde hace semanas…, cómo los de Opi han estado acercándose a los de él tanto como los de él a los de ella…, ni siquiera te molestarías en preguntar.

Will suelta una carcajada.

—Es verdad. ¿Alguna vez es demasiado? ¿Ver el modo en el que las personas se sienten antes de que ellos siquiera lo perciban?

La muchacha se encoge de hombros.

—Tal vez, pero aquí no. Creo que es otra razón por la que quiero quedarme en Black River. Es como si este pequeño rincón del mundo fuera suficiente para que yo lo gestione.

Will la atrae más y su aroma hace que ella cierre los ojos. Esto, estar con él, le parece su hogar tanto como el bosque. Está a punto de decirlo en voz alta, pero una sensación turbulenta empieza a desplegarse en la base de su columna y la habitación a su alrededor se desvanece; la sensación ya familiar de la mente de JD se apodera de sus ojos.

El bosque está oscuro y tranquilo; solo se oyen sus pasos. Hay charcos de nieve entre los árboles gigantes, y las estrellas relucientes brillan a través de las copas de los árboles. Puede sentir a su familia detrás de él, con sus corazones latiendo como uno solo.

—Por aquí —dice cuando una luz cálida aparece entre los árboles.

Revela la silueta de una valla y una casa de madera blanca más allá.

—Ya casi llegamos a casa —añade cuando siente cómo el zumbido de una vibración comienza a recorrerle el cuerpo. Es más fuerte que cuando se marchó. Mucho más.

Sonríe.

—Bienvenidos a la White Mountain.



—Dust —dice Will cuando ella abre los ojos de pronto—, ¿otra premonición?

Ella sacude la cabeza, aterrorizada.

—Una visión. De ahora mismo. Está aquí.

—¿Va todo bien? —pregunta Mali, sacando a Kat de la pista de baile—. Pareces… ¿Qué has visto?

—JD ha vuelto. Está en la montaña. Tengo que ir. Mi padre se encuentra allí. Necesito asegurarme de que está a salvo antes de que nos encarguemos de JD. —Llama a Eli, intentando mandarle lo que ha visto.

—¿Os habéis dado cuenta de que Amber no está aquí? —pregunta Mali.

Dusty se había percatado, pero no le había extrañado. Amber se ha aislado mucho desde que JD se marchó. Ahora, no le gusta lo

que su ausencia podría significar.

—He de irme.

—Voy contigo —repone Will.

Ella quiere protestar, pero sabe que será para nada.

—No tenemos coche —añade él.

—Yo sí.

Todos miran a Kat, que saca una llave grande de su bolso diminuto y se la tiende a Will.



A medida que Dusty y Will suben la montaña, el ruido sordo del motor de Kat atraviesa la noche silenciosa.

Eli y Opi habían corrido hasta ellos cuando se apresuraban a salir del gimnasio, y ahora van detrás en la camioneta de Eli. Dusty baja la ventanilla, inspira y capta el olor de JD.

Los gases del coche son fuertes y le provocan al momento un dolor de cabeza, pero, cuando cierra los ojos, justo debajo del olor atisba un rastro de él, de JD y de aquellos con los que está, a través del bosque, más allá de las casas.

—Sigue de largo —dice Dusty mientras pasan por el camino de entrada de la propiedad de JD—. Primero quiero ver cómo se encuentra mi padre. Bajaremos luego con Opi y Eli.

En cuanto pasan la casa de JD, su olor se desvanece. Dusty se recuesta en el asiento, más tranquila por un instante.

Cuando llegan a su casa, su padre abre la puerta principal.

—¿Estás bien, papá? —pregunta Dusty a medida que sale del coche.

—¿Qué hacéis en casa? ¿De quién es ese coche?

—Vamos a entrar —responde Dusty.

—¿Dónde está tu hermana? —pregunta su padre cuando cierra la puerta a sus espaldas.

—Con Eli. Pronto llegarán.

—Pareces preocupada —le dice el hombre a su hija—. ¿Es por tus… premoniciones? —La pregunta parece forzada, como si todavía no se creyera que fuera real.

—JD ha vuelto —responde ella—. Aún esperamos detener la premonición.

Su padre se gira y atraviesa a toda velocidad la puerta de la entrada, y Dusty oye cómo abre el armario debajo de las escaleras. Solo unos instantes más tarde, vuelve con su rifle de caza.

—¡Papá!

—Yo voy a hablar con JD con vosotros. Después de lo que ha hecho, ¿de verdad crees que os voy a dejar bajar solos?

Dusty niega con la cabeza.

—Pero, papá, en mi primera premonición había un disparo. ¿Y si es esta arma? ¿Y si al final se desarrolla todo esta noche tal cual? Déjala. Ahora.

Él no mueve ni un músculo.

La chica se gira hacia Will, incrédula, pero él solo le devuelve un encogimiento de hombros sutil en respuesta.

El sonido de la camioneta de Eli acercándose por el camino de entrada hace que todos alcen la vista.

Unos segundos más tarde, Opi y Eli entran corriendo.

Dusty se da cuenta de que Eli mira directamente a su padre, y cuando se gira hacia él, los ojos de Chris están examinando a Opi, sus pies descalzos y, a continuación, la mano aferrada a la de Eli. Se pone blanco.

—Vale —dice Dusty—. El plan es ir a hablar con JD. Debemos ir con calma. Que él nos escuche.

—Si quiere a su madre como pensamos, lo hará —replica Opi.

Todo el mundo le da la razón y empieza a marcharse, pero Dusty mira el rifle en las manos de su padre una vez más y el sonido del disparo en la premonición resuena en sus oídos.

—De verdad, papá, tienes que dejar eso aquí.

—Cariño, no voy…

—Papá, te dejaremos ir, pero si quieres mantener a Opi a salvo, suéltalo.

Él se queda observándola por un momento, como si todavía tratara de comprender que sus hijas son más fuertes que él, que todo esto es real. No obstante, al final asiente y vuelve a guardar el arma en el armario.

27

Confiar en la presencia

Están fuera de la casa de los Silver, debatiéndose entre ir en coche a la propiedad de JD y llamar a la puerta principal o acercarse con sigilo a pie para hacerse una idea de lo que les espera.

Sin embargo, mientras Dusty, su padre y Eli hablan entre sí, Opi siente la repentina necesidad de alzar la vista.

Las estrellas brillan por encima de la montaña y, cuando las contempla, un cúmulo de tres estrellas comienza a caer hacia ella.

Se le entrecorta la respiración.

Eli es el primero en dejar de hablar. Opi percibe que la mira y luego se fija en lo que está observando ella. Dusty, Will y su padre lo hacen también, justo a tiempo de ver cómo las tres estrellas se van acercando, rotando despacio en un triángulo perfecto.

El bosque se queda por completo en silencio conforme descienden y después se sumergen en él, justo al sur de la casa. Orbes pequeños cuyas luces sobrevuelan y deslumbran entre la nieve y los árboles.

A Opi se le pone la carne de gallina al darse cuenta.

La presencia.

Dusty llevaba razón: no es la reacción de lucha o huida lo que siente. En lugar de eso, se ve invadida por una sensación de confianza y una urgencia de seguirla.

Por los latidos de Eli, sabe que él también lo nota.

Cuando lo mira, los ojos de él ya están sobre los de ella. El chico asiente y luego los dos se giran hacia Dusty, que se muestra de acuerdo también.

—Quieren que las sigamos —les dice Dusty a su padre y a Will.

La nuez de Adán de Will sube y baja cuando traga saliva, pero no parece asustado. Opi se pregunta si él también se ha visto afectado por la misma sensación de confianza.

Su padre continúa mirando la luz que reluce entre los árboles.

—¿Estáis seguras? —pregunta con la voz un poco ronca mientras se vuelve hacia sus hijas.

Opi asiente al tiempo que Dusty responde:

—Sí. —Por un momento, se queda pensativa, pero, acto seguido, añade—: Creo que quieren… ayudar. Lo puedo sentir. Por ese motivo quieren que las sigamos.

Se dirigen a los árboles, bordeando el huerto mientras descienden por la pendiente. A medida que se acercan, los orbes rompen la formación y comienzan a moverse. Es difícil decir cómo de grandes o pequeños son o, en concreto, cómo de cerca o lejos están, pero las luces brillantes se mueven una detrás de otra. Sobrevuelan, luego corren a toda velocidad, conduciéndolos más y más lejos abajo y alrededor de la montaña, hacia la entrada a la cueva, donde se detienen.

Planeando a unos cuatro metros y medio por encima del saliente que sobresale de la ladera de la montaña, los orbes regresan a su formación y empiezan a dar vueltas despacio. Opi se encuentra lo bastante cerca ahora como para captar destellos a través de la deslumbrante luz blanca cálida de su superficie cambiante: luminosa, líquida y en la que se difumina la frontera entre la materia y la energía.

—¿Quieres que me meta por ahí? —le pregunta Chris a Opi, muy asombrado. Baja la mirada al estrecho agujero y, a continuación, a Dusty, como si ella fuera a sugerir otra cosa.

Eli y Will sujetan los móviles con las linternas encendidas, alumbrando el camino en ausencia del orbe.

La presencia se ha marchado tan rápido como ha llegado; los orbes han salido corriendo cuesta arriba hacia el pico.

«¿Por qué ahora?», se ha estado preguntando Opi desde el segundo en el que los han visto. La única respuesta que se le ocurre es que está relacionado con las premoniciones. Que esta noche es la noche, que el interior de la montaña es el lugar en el que la presencia desea estar.

Antes de que su padre pueda protestar, Opi separa los helechos y comienza a entrar a gatas.

—No creo que quepa —comenta Chris.

—Yo sí pude —interviene Eli—. Justito. Tengo unos cuantos arañazos en la espalda…

Opi juraría que escucha diversión en su tono.

—Y si yo quepo —añade Eli—, usted también. Hágame caso.

Chris gruñe.

Dentro, Opi aguarda; por suerte, las linternas siguen funcionando mientras todos se meten de uno en uno. El olor a sangre de los rasguños y raspones es intenso en el confinado espacio, sobre todo la de Eli.

—Venga —suelta el muchacho—. Agarraos todos de las manos de los demás, atravesaremos la grieta en fila. Yo iré delante con la mano en la pared por si nos quedamos sin luz. Dusty, tú ve la última y haz lo mismo.

—Vale —responde ella, cogiéndole el móvil a Will.

No obstante, Opi puede oír el temblor en la voz de su hermana. A pesar de la sensación de calma que los orbes les han infundido, ahora estos se han marchado, y la aprensión y la adrenalina cargan el aire entre todos ellos.

Opi desliza una mano en la de Eli, entrelazando los dedos, después, en la de su padre, y luego se ponen en fila con Will detrás y Dusty al final.

La luz de Eli se apaga dos veces y la de Will deja de funcionar por completo, pero no tardan en doblar la esquina que conduce a la cueva.

A Opi le vibra el cuerpo.

Eli le aprieta la mano conforme alza su luz, e incluso entonces a ella le cuesta no pensar en ese beso.

Una vez que todos se encuentran dentro, guardan silencio mientras las linternas iluminan el monolito. Suspendido en el aire, es tan cautivador y desconcertante como la primera vez que la chica lo vio.

El zumbido sigue recorriéndola, ronroneando, haciendo que vea estrellitas al borde de su visión.

Cuando al fin consigue apartar la vista, observa a los demás, que están completamente anonadados. Su padre tiene la boca abierta y los ojos le brillan de emoción. Dusty y Eli se miran las manos como si intentaran también comprender la sensación, mientras que Will sacude despacio la cabeza con incredulidad pese a que ya lo había visto.

—¿Y ahora qué? —pregunta Eli.

Opi no tiene ni idea y se gira hacia Dusty, aliviada al ver que está sumida en sus pensamientos.

—La última vez, traté de tocarlo —responde Dusty—. Pensaba

que como la piedra que había encontrado Opi me había ayudado a dar con JD, algo tan grande provocaría el mismo efecto, quizá incluso pudiera llegar a la presencia. O a la sombra. No lo sé. Pero no conseguí nada. Sin embargo, ahora… Opi, Eli y yo estamos aquí juntos, y me pregunto si eso podría incrementar mi habilidad. Tal vez si lo tocamos al mismo tiempo, ocurra algo. Tal vez nos muestre lo que quiere la presencia. Por qué nos ha traído hasta aquí. Esta noche.

—Podemos probar —contesta Opi, no muy segura. Pero la presencia los ha llevado hasta allí a propósito y es la primera vez que aparece ante ellos en meses. Tiene que significar algo.

—¿Ponemos las manos en la piedra? —pregunta Eli.

Opi y Dusty asienten.

—Papá, Will, igual es mejor que os quedéis atrás —añade Opi—. Puede que no pase nada o…

—Puede que explote —termina Eli.

Su padre resopla.

—Perdone, señor —prosigue Eli—. Quería decir… que no sabemos lo que ocurrirá.

—Ya lo he pillado —replica Chris, retrocediendo.

Juntos, Opi, Eli y Dusty se acercan al monolito con las manos extendidas.

Tan cerca, Opi percibe el zumbido en cada fibra de su ser.

—A la de tres —dice Eli sin aliento.

Opi lo mira y luego dirige la vista a su hermana, aferrándose al amor que siente y rezando para que sea suficiente para mantenerlos unidos, ocurra lo que ocurra.

—Una —cuentan todos al unísono—, dos… —Opi nota que el corazón le late al ritmo del monolito y el modo en el que la sangre se sacude en sus venas— y tres —concluyen, y atraviesan con las

manos el aire que queda, tan denso que debe de haber algún tipo de campo de fuerza. Cuando Opi toca con los dedos la piedra fría y áspera, la cabeza se le echa hacia atrás y, acto seguido, todo se queda a oscuras.

Vuelve en sí mientras se derrumba en el suelo.

Al instante, su padre está junto a ella, apartándole el pelo de la cara y preguntándole si se encuentra bien. A su izquierda, Will comprueba cómo está Dusty; a su derecha, Eli yace con la cabeza en el suelo.

Opi gatea hacia él y ve que tiene los ojos abiertos, mirando al techo.

—¿Estás bien? —pregunta la chica, deslizando las manos por la parte de atrás de su cabeza para amortiguar la dureza del suelo.

Él desvía la vista hacia ella y asiente.

La muchacha suelta un suspiro de alivio y se inclina para besarlo.

—En serio, chicas —ladra su padre—, ¿qué cojones acaba de pasar?

Sintiendo que el chico está bien de verdad, Opi lo ayuda a levantarse.

—No lo sé —contesta Dusty, mirando el monolito, confundida.

—Entonces ¿no lo habéis visto? —pregunta Will, señalando la parte del fondo de la cámara.

Opi ladea la cabeza, observando con atención a través de la luz tenue cuando comienza a notar lo que está mirando el chico. Se trata de una grieta profunda que va desde el suelo hasta el techo. Es de al menos sesenta centímetros de ancho en la base y luego se estrecha poco a poco hasta formar una punta.

—Ha empezado a abrirse en cuanto habéis tocado el monolito —explica—. No ha parado hasta que os habéis soltado.

—¿Cuánto tiempo hemos estado…? Yo me he desmayado —dice

Opi.

—Unos dos minutos —responde Chris—. Joder, han sido los dos minutos más largos de mi vida.

Dusty se apresura a echar un vistazo y traza los bordes con las puntas de los dedos.

—Eli —susurra—, cuando JD te encerró en el sótano esa noche, dijiste que podías sentir una brisa, ¿verdad?

El muchacho asiente.

—Sí, era como un subsótano extraño.

—Chis —chista Dusty, llevándose el dedo a los labios cuando Opi se acerca para unirse a su hermana. Cuando la primera se inclina hacia la grieta, comienza a oír el murmullo de voces—. Apuesto a que ya había una grieta en esta pared —añade en voz baja—. Y que estaba unida con esta sala. Lo que sea que haya pasado cuando hemos tocado el monolito ha hecho que la grieta se agrande más.

—Lo bastante como para pasar —coincide Eli, ahora al lado de ellas.

—Debo de estar soñando —murmura Chris.

—Se ha abierto por una razón —añade Dusty—. La presencia nos ha mostrado el modo de entrar en casa de JD. Creo que debemos pasar.

—Y… ¿confiáis en la presencia? —pregunta su padre—. ¿Después de lo que os ha hecho?

Opi suspira, pero se encuentra asintiendo.

—¿Ahora mismo? Por extraño que parezca, sí.

—Podríamos estar metiéndonos en cualquier cosa, ¿sabéis? —pregunta el hombre.

—No se preocupe —suelta Eli—. Nosotros le cubrimos. —Chris lo fulmina con la mirada, por lo que el chico se aclara la garganta y agrega—: Señor.

Es otro pasaje estrecho. Va mucho más lejos de lo que Dusty imaginaba. Caminan de lado, abriéndose paso entre las dos paredes escarpadas. El murmullo de voces jóvenes se hace más alto y al final llegan al otro lado, donde, por supuesto, se encuentran en el interior de una sala vacía con una puerta enorme de metal.

Por fortuna, la puerta está abierta, pero, cuando Dusty se gira para mirar la grieta mientras los demás salen uno detrás de otro, frunce el ceño.

«¿Cómo es que JD no ha oído que se abría la grieta?», le pregunta a Eli a través del vínculo.

El chico mira hacia atrás, y luego, hacia la puerta, y Dusty se fija en que se le han oscurecido los colores a un gris oscuro. Él se lleva un dedo a los labios para que todos guarden silencio.

Dusty escucha, y, en lugar de las voces jóvenes que ha oído antes, hay una mujer hablando. No es Michelle, y la voz parece cambiar de palabra en palabra; su tono varía entre estallidos abruptos. Al principio, es imposible reconocerla, pero, entonces, hay un momento, apenas un instante, en el que Dusty se da cuenta de quién es.

«¿La agente Reed?», piensa.

Eli asiente.

La chica les hace señales a Will y a su padre para que vayan detrás mientras ella, Eli y Opi lideran el camino hacia fuera de la sala.

Se mueven despacio, de puntillas para no hacer ruido sobre el suelo de cemento. No hay crujidos ni chirridos en esta casa, solo una sensación oscura y enfermiza que burbujea con el zumbido del monolito de abajo.

Dusty percibe que Eli se está cuestionando si su habilidad no funciona con la agente. Le había dicho que se marchara, que no regresara jamás. Y, aun así, ahí está.

Suben hasta la parte de arriba de la escalera, preparándose para darse de bruces con JD, con uno de sus transformados o incluso con la agente en el estrecho pasillo. Pero ninguno de ellos aparece.

A medida que se acercan a la esquina donde el pasillo se abre a la zona del salón, la voz de la agente suena cada vez más rara. Dusty se percata de que no reconoce las palabras que pronuncia. Ni siquiera parecen pertenecer a ningún idioma que haya oído antes. Son confusas; su voz se vuelve grave, y después, frenética.

—Hrrith vaesh uul s'vaar nur'rum krask… th… rrho-skal aek-na…

Cuando Dusty se asoma por la esquina, lo que ve es igual de extraño.

JD, su madre, Amber y otros seis jóvenes están allí callados y sin moverse mientras observan. Ante ellos se encuentra la agente Reed con dos pistolas desenfundadas. Con una apunta hacia JD, y con la otra, hacia su madre. Pero lo más raro de todo son los colores de la agente, o, más bien, la ausencia de ellos.

Del todo negros, se arremolinan en torno a ella, agitados, llenos de huecos que parecen estar intentando volver a unirse. Pero, entonces, el negro la deja, como si se apartara de la nube que habían sido sus colores, formando una sombra que se desliza por la superficie de las ventanas, entremezclándose con la oscuridad del exterior hasta que llega a la pared. En contraste con el blanco puro, parece más sólida. Física. Y su forma llena de humo y oscura se convierte en un borrón humanoide en cuanto se separa de la pared y camina con fuerza, elegancia y deliberación hacia la agente.

La mujer suelta un suspiro; su voz vuelve a ser la suya. Es entonces cuando Dusty se fija en que han regresado sus colores:

una tenue y suave neblina de carmesí oscuro y morado. Unos colores que reflejan un miedo inimaginable conforme ve cómo la sombra se aproxima a ella. Todavía tiene las pistolas en alto, con las manos temblándole.

La sombra se abalanza, y en cuanto entra en el campo de visión de los colores de la agente, estos vuelven a ponerse negros; unas volutas de humo llenan los huecos mientras la figura oscura, casi tangible, comienza a desvanecerse. Lo que queda de la figura empieza a colarse por la boca abierta de la mujer, al tiempo que una voz grave y entrecortada brota de su garganta ronca. Entonces, la sombra ya no está, al igual que tampoco hay rastro de los colores de la agente Reed.

Dusty vuelve a mirar hacia las pistolas, y, en su mente, oye el disparo de su premonición; la sensación de lo que está a punto de suceder le cubre la piel de sudor por el pánico.

—¿Has visto a la sombra también? —le pregunta Dusty a Opi en la voz más baja que puede.

—Sí —responde.

—Todos la hemos visto —murmura Will, y Dusty vuelve los ojos y ve a Eli y a su padre acercándose hacia delante para echar un vistazo, más allá de ella, con las caras blancas por la sorpresa.

Dusty recuerda lo que dijo Michelle. «Si la ves, podrá hacerte daño». No sabe lo que eso implica para ninguno de los sangredependientes de la sala, pero, para su padre y para Will, significa que no están seguros.

Cambia el peso de un pie a otro para ponerse incluso más delante de ellos.

—Creo que… —empieza a decir, pero la garganta se le ha quedado demasiado seca.

—La ha poseído —termina Eli.

—Tú —suelta una voz grave desde la boca de la agente.

Dusty se vuelve y ve que los ojos de la mujer están ahora sobre Eli, al igual que una de las pistolas.

JD, Amber y los otros transformados se han girado también, pero Michelle sigue con los ojos clavados al frente, por lo que Dusty se pregunta si se encuentra en uno de sus trances.

—Ayuda —jadea la agente, y, por un segundo, suena como si fuera ella. Aterrorizada, asustada. Pero, en un instante, las palabras extrañas vuelven a fluir de su boca otra vez, heladas y ásperas—: *Khrask vel'ven sskreth… tull'thar ir'veth krr-tashh rrho'nn saalk…*

Una enfermiza sonrisa malvada se le extiende por la cara a la agente. El blanco de los ojos comienza a desvanecérsele, consumidos por un negro carbón.

—Tú —repite la misma voz, más grave. Como no se le pueden ver los iris, es difícil decir con exactitud hacia dónde está mirando, pero la pistola es señal suficiente. Apunta a Eli—. Gracias… a… ti —suelta, con palabras entrecortadas—. Por… dejarme… entrar.

Eli da un paso, pero Opi lo agarra del brazo, tratando de detenerlo.

—¿De qué está hablando? —suelta JD sin mirar atrás.

La sonrisa del rostro de la agente desaparece, aunque las pistolas siguen apuntando a Eli y a JD.

—Él borra… mentes —explica, comunicándose con más claridad, como si la sombra se estuviera acostumbrando a hablar a través de la mujer—. Deja un vacío. Para que yo lo llene. —Ladea la cabeza, dándose cuenta por primera vez, al parecer, de la presencia de Chris —. Lo intenté —le dice a él—. Te quería a ti. Te habría resultado mucho más fácil matarlos por mí. No puedo permitir que existan. —La agente sacude la cabeza—. No puedo permitir que se hagan fuertes.

—¿De qué coño habla? —insiste JD.

La agente se mueve con rapidez y se planta delante de él con la pistola presionándole la frente; con la otra, continúa apuntando a Eli. La sonrisa se apodera de su cara de nuevo, nada acorde con sus ojos ónice.

—He tenido paciencia —dice—. He estado esperando. No puedo acercarme tanto a ti sin un recipiente que me contenga. Eres demasiado fuerte ahora.

Un gruñido grave brota del pecho de la agente y se gira para mirar a Michelle; la sonrisa amenazadora se le suaviza.

—Tú. Tú apartaste el velo entre nuestros mundos cuando trajiste tus máquinas y empezaste a taladrar. Tú me dejaste entrar en este plano. Tú me has hecho más fuerte.

»He estado sola antes de vosotros. Muriéndome de hambre. —La agente pasea la mirada entre los transformados, que tienen los rostros en blanco mientras la observan con fijeza—. Aquí, algún día, podré hacerme infinita. Pero no con tantos de vosotros en mi camino. —La agente vuelve la cabeza en dirección a JD—: Se suponía que tú serías el siguiente. Cuando fueras lo bastante mayor. Cuando yo fuera lo bastante fuerte para que me vieras. —La sonrisa de la agente decae y su rostro carece de expresión al decir—: Solo he podido probarte una vez. Pero las luces me detuvieron. Te cambiaron antes de que pudiera tener más. Antes de que me hiciera lo bastante fuerte para dejar esta casa. Antes de que se tensara el lazo que me une al antiguo ancla que yace bajo este lugar y pudiera teneros al resto de vosotros. —Mira a Dusty, a Eli y a Opi.

»Las luces se piensan que tienen derechos sobre vosotros. —prosigue la agente con la extraña voz impregnada de veneno amargo ahora—. Sus preciadas almas. Pero yo también tengo derecho a estar aquí. ¿Qué se supone que voy a hacer si necesito

vuestras almas para crecer? —Niega con la cabeza—. Justo cuando me abro paso hasta aquí, hacia el plano de vuestro mundo, las luces intentan alejaros de mí. Os cambiaron para que no pudiera conseguiros. —La sonrisa enfermiza regresa a la cara de la agente cuando se centra en Eli—. Pero tú… No previeron lo que tú podrías hacer. No sabían que serías capaz de hacer algo que, al final, me concedería el modo de destruiros. —Pasea la vista alrededor otra vez, hacia todos los sangredependientes—. No, no, no, no debéis evolucionar. No es justo.

Dusty comienza a entenderlo. La frecuencia del monolito cambió un momento cuando Michelle empezó a construir la casa, permitiendo que la sombra, fuera de donde fuera, accediera a este mundo. Pero estaba atada a la frecuencia y solo podía alimentarse de Michelle porque era la única capaz de verla, tal vez por su habilidad natural. No obstante, cuanto más se alimentaba, más fuerte se volvía, y, pronto, otras personas cuyos cuerpos eran lo bastante mayores aunque aún jóvenes, los adolescentes, podrían verla también y la sombra podría alimentarse, haciéndose más fuerte para poder ampliar su alcance.

JD fue el primero; sin embargo, antes de que la sombra tuviera ocasión de alimentarse de él de nuevo, las luces, la presencia, interfirieron. Por el mismo motivo que la sombra era capaz de alimentarse de ellos, la presencia podía alterar sus cuerpos, cambiarlos para que no fueran la siguiente presa de la sombra. Para que esta última no se hiciera más fuerte y pudiera marcharse de la montaña con el tiempo.

«Pero ¿por qué le importa a la presencia? ¿Por qué está presente también en nuestras almas?», piensa.

—Y, ahora, aquí estamos —dice la agente; la cara se le retuerce otra vez hasta componérsele una sonrisa mientras cambia las

pistolas de objetivo—. Si yo voy a sobrevivir aquí, vosotros tenéis que iros. No podéis seguir reproduciéndoos. No podéis propagaros. No podéis criar. Porque, cuando la siguiente generación de jóvenes esté lista, cuando encuentre a alguien de quien alimentarme que no sea tan débil, querré a todo el mundo. —La discordante sonrisa de la agente desaparece—. Qué pena que las luces no os hicieran inmortales. Pero eso no viene al caso, ¿verdad? Las almas deben seguir un ciclo. —Hilillos de sombra fluyen de sus ojos cuando evalúa a todos por un segundo y le cambia la expresión—. No esperaba teneros a todos juntos aquí. Pensaba empezar con este —apunta el arma hacia JD— y con sus nuevos amigos. Pero ya que os habéis unido a nosotros… —se gira de nuevo, apuntando con las pistolas hacia Dusty y hacia Opi—, solo tengo que decidir a quién de vosotros matar primero.

Con la nueva vuelta que da, apunta a Michelle con un arma y a Chris con la otra.

Dusty y Opi corren a interponerse en el camino de su padre, a la par que JD y todos y cada uno de los transformados saltan para proteger a la madre de este. Una carcajada ronca y antinatural brota de la garganta de la agente. Por el rabillo del ojo, Dusty percibe un destello de movimiento.

Eli ha salido corriendo hacia la agente, pero la sombra de pronto se libera de ella, manando de sus ojos, nariz y boca.

El aire en la estancia se vuelve gélido.

—¡Para, soy yo! —chilla la agente.

Eli se detiene cuando un sonido ahogado justo detrás de Dusty la hace girarse. Unas volutas de humo negro como la tinta se le clavan a Will en la garganta. La chica se lanza hacia él, pero, en un latido, la sombra se ha ido y ha dejado tan solo huellas de manos rojas y en carne viva en el cuello de Will.

Junto a él, Chris empieza a gemir. Dusty se gira para ver a la sombra de pie a su lado, y se le ocurre que su figura espectral cambia en altura y en peso para imitar a quienquiera que tenga su atención.

Los colores de Chris comienzan a moverse en espiral en un remolino que gira hacia un punto en el centro del pecho de la sombra.

—No —grita Dusty, abalanzándose sobre ellos.

La sombra vuelve a desaparecer. La agente, que había estado sollozando, se calla de forma abrupta.

Cuando Dusty se da la vuelta para ver por qué, la mujer alza la vista con el rostro vacío y los ojos negros. Levanta las dos armas y aprieta los gatillos.

El tiempo se ralentiza, y Dusty observa la bala que vuela directa hacia Eli. Este se gira hacia Opi con los colores rojos y caóticos. Sin embargo, cuando la mira, los tonos empiezan a cambiar, arremolinándose en ráfagas de rosa, azul y amarillo que se extienden hacia ella.

Dusty siente como si se le hubiera roto el corazón en pedazos.

Sus ojos encuentran la bala otra vez, a escasos centímetros del corazón de Eli, pero su hermana le agarra el brazo al chico y tira de él hacia abajo.

La bala quema el suave tejido de la parte superior de su pecho mientras gruñe de dolor.

En el siguiente latido, Opi lo gira hacia ella, sosteniéndolo mientras le arranca la tela alrededor del punto de entrada más ancho y luego presiona la boca sobre la herida de la bala y empieza a sorber.

Dos latidos después, retrocede y comienza a lamer; a continuación, escupe la bala, que cae con estrépito al suelo.

Dusty ve que la herida ya está sanando.

El tiempo vuelve a su ritmo habitual mientras la muchacha dirige la mirada a su padre, que contempla a Opi con horror, y luego a Will, quien, se percata, se ha puesto delante de ella, observando con fijeza a la agente.

Entonces, oye el chillido de Michelle. Es una liberación pura y profunda de un dolor agonizante.

No obstante, cuando Dusty alza la vista, no es Michelle la que ha sido alcanzada por la otra bala.

JD yace sin vida entre sus brazos.

Dusty tiene el tiempo justo para centrarse en sus sentidos y escuchar el último latido del corazón del chico. Sus colores se han vuelto más lentos, se han apagado. Pero entonces se levantan, como si los llevara una ráfaga de viento. Se separan de su cuerpo, planeando por encima, mientras Amber y los demás transformados se precipitan hacia él para alcanzar sus extremidades, llorando de pena.

El ónice se arremolina como una tormenta en la periferia de Dusty, que se gira mientras la agente tira las pistolas y echa a correr hacia la puerta principal. Se mueve de manera inconexa, rápida, lenta después; la sombra entra y sale de ella al tiempo que unos sonidos distorsionados brotan de la mujer.

Opi le sigue los talones, corriendo con una expresión de rabia que Dusty jamás le ha visto.

Dusty tarda unos cuantos momentos en recobrarse de la sorpresa, pero se obliga a mover las extremidades y corre tras su hermana, mientras siente que Eli hace lo mismo.

Fuera, el cielo está negro y repleto de estrellas. Una media luna brillante ilumina el suelo lleno de nieve conforme la agente corre hacia la tupida linde de los árboles. Los gritos de una mujer real

llegan entrecortados, sofocados por la posesión de la sombra. El sonido hace que a Dusty se le congele la sangre mientras trata de alcanzar a Opi, que está ganando terreno, cuando la agente se lanza hacia los árboles, serpenteando sin respiración. Aterrada.

Dusty aminora conforme se da cuenta: está viendo cómo la premonición se desarrolla ante sus ojos. Justo como lo había visto. Excepto que no era a través de los ojos de Opi. Su hermana no era la que estaba en peligro.

Opi es el peligro.

La agente Reed es la que está corriendo para salvar la vida.

Opi desaparece en la linde de los árboles. Dusty puede escuchar los continuos gritos de la agente, la sombra apoderándose de ella, pero no lo suficiente como para bloquear sus emociones humanas. No lo suficiente como para que no sepa que acaba de disparar a Eli y que la chica que lo ama va a por ella.

—¡Ophelia! —grita asustado Eli.

Dusty se adentra en el bosque un segundo antes que él, examinando los árboles cubiertos de nieve que brillan a la luz de la luna. Se oye un golpe y un aullido. Dusty y Eli se miran y salen corriendo hacia el sonido.

No llegan mucho más lejos cuando ven a Opi, que está agachada sobre el suelo con el vestido amarillo pálido amontonado alrededor de sus pies descalzos y el pelo largo cayéndole por encima de un hombro. Tiene los ojos cerrados y los brazos alargados delante de ella, y está cavando con los dedos en la nieve.

Unos gemidos en algún punto delante de ella y un movimiento de oscuridad hacen que Dusty se estremezca. Al principio, cree que se trata de la sombra, pero está demasiado cerca del suelo, es demasiado robusto, largo y sinuoso. El sonido de algo quebrándose y partiéndose se escucha por todas partes, y, mientras se le adaptan

los ojos, la chica ve al fin que son las raíces de los árboles. Se alzan de la nieve y de la tierra removida, extendiéndose y agarrando los tobillos de la agente, inmovilizándola.



Opi no sabe cuánto tiempo va a aguantar. Los árboles toman más energía de la red fúngica que otras plantas. Son más viejos y pesados, y, aunque se mueren por ayudar, le supone toda su fuerza evitar que aprieten demasiado a la agente en las piernas y le rompan los huesos.

Unas oleadas de luz azul claro se extienden entre la nieve hacia ella. La muchacha clava los dedos más profundamente en la tierra de abajo, esforzándose por mantener su conexión despejada.

La agente está bocabajo en el suelo, jadeando en busca de aire; la sombra aún se aferra a ella, apareciendo un segundo a su lado, negra contra la nieve, y desvaneciéndose para poseer a la mujer como un parásito demoniaco.

—Ophelia —la llama Eli desde algún lugar cercano.

—Yo también estoy aquí —dice Dusty.

La chica suelta un suspiro de alivio.

Más personas aparecen de entre los árboles, pero Opi no aparta la mirada de la agente. Teme que, si pierde el control, los árboles la maten.

—¿Cómo podemos ayudar? —pregunta una voz.

—¿Amber? —suelta Dusty.

—Dinos lo que tenemos que hacer —añade.

Opi supone que habla por los demás transformados.

—Pueden marcharse —declara Opi, apretando los dientes con cada palabra—. Esta no es su lucha.

—¿Que no es nuestra lucha? —pregunta un chico con tono desolado.

—¡Él nos salvó! —exclama una chica, que continúa sollozando.

A Opi se le viene a la mente el cuerpo inerte de JD y el modo en el que los transformados se congregaron a su alrededor, llorándolo como si lo conocieran de toda la vida.

—Me quedaban menos de seis meses de vida… —añade la chica entre gimoteos—. El cáncer… Él me lo curó.

—Nuestro padrastro nos tenía… —dice otra chica, pero las lágrimas y los susurros de otra para que se calle hacen que no siga hablando.

—Déjanos ayudar —agrega un chico.

El peso de las raíces atrae la atención de Opi. No tiene tiempo de pensar, solo de actuar.

—Debemos encontrar la manera de exorcizar a la sombra —les explica a todos—. No puedo… No puedo inmovilizarla mucho más.

—Igual podemos usar nuestras habilidades —propone Dusty.

Opi asiente.

—Sí. Yo mantendré las raíces donde están para que no se escabulla. Amber, necesito que tú y… nuestros nuevos amigos rodeéis a la agente. Tenemos que darle la vuelta y sujetarla bocabajo para que no se mueva. La sombra no puede haceros daño. Nos ha demostrado que, en el fondo, a las únicas personas a las que ha afectado han sido Will y mi padre. Eli, céntrate en su mente, expulsa a las sombras y devuélvele la verdad. Dusty, observa sus colores. Asegúrate de que la sombra no se cuele por ninguno de los huecos cuando se restauren. Intenta utilizar tu vínculo con Eli y ayúdalo a que ella recuerde quién es mediante su habilidad. Plantad la verdad en su interior hasta que comience a crecer de nuevo. Después, avísanos cuando sus colores hayan regresado y podamos

soltarla.

La chica nota que la recorre una repentina oleada de orgullo. Es de Eli, que vibra por sus venas, circulando con su amor.

Oye a todos los demás aceptar y, a continuación, ve cómo los transformados de JD aparecen en su campo de visión. Rodean a la agente, que sigue forcejeando con las raíces que la constriñen, retorciéndose mientras la oscuridad se arremolina por su cuerpo en la nieve. Amber la agarra de los hombros y le da la vuelta, mientras que Opi se centra en aflojar las raíces para poder girarla y que permanezca sobre la espalda. Un chico va a sujetarle los brazos y los otros van a agarrarla para que no se mueva.

Después, Eli y Dusty se arrodillan a la altura de su cara. Eli le pone a la mujer las manos en las mejillas, que no paran de retorcerse, mientras Dusty apoya una mano sobre el hombro de Eli.

—Ahora —dice Opi con los dientes apretados.

La sombra empieza a revolotear casi de inmediato, frenética, manando de la agente hacia la nieve, intentando evitar a los sangredependientes que se encuentran en cuclillas cerca. Unos chillidos brotan desde lo más profundo de la garganta de la mujer. Opi aguarda y clava los dedos con tanta fuerza que deben de sangrarle. El tiempo parece alargarse, y luego, acelerarse, hasta que, de repente, ve a la sombra comenzar a fracturarse, deshaciéndose en volutas, arremolinándose y, al fin, rompiéndose.

Los sollozos suplicantes de la verdadera voz de la agente le dicen a Opi que casi se ha acabado. Los fragmentos perdidos de la sombra parecen disolverse. Le han arrebatado el poder, no tiene adónde ir, ningún alma a la que atrapar. Solo cuando el último hilillo de oscuridad desaparece, Opi suelta las raíces.

Saca los dedos del suelo y observa que la luz brillante de color azul claro empieza a fluir de ella, junto a las raíces que se retiran,

crujiendo, de vuelta a su lugar en la tierra.

La agente Reed profiere gritos de agotamiento. El grupo trata de calmarla y la ayuda a levantarse. Por encima de ellos, Opi se percata de que ha aparecido una formación de cinco orbes.

—¡Dusty! ¡Opi! —Oye a su padre llamarlas, y los orbes se deslizan entre los árboles, uno a uno, hacia la voz del hombre.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Opi corre detrás.

Sale del bosque y llega al prado cubierto de nieve justo a tiempo de ver alinearse a los cinco orbes, en esta ocasión uno encima de otro, arriba en el cielo.

Su padre, Michelle y Will se encuentran debajo, mirándolos. Una parte de Opi le dice que debería preocuparse por ellos. Pero, de nuevo, no lo hace.

De pronto, Dusty y Eli están junto a ella y puede oír a Amber y a los demás transformados no muy lejos intentando ayudar a la agente a salir del bosque.

Como si esperasen a que todo el mundo estuviera reunido, los orbes destellan de súbito y luego se funden en uno solo al instante.

Es más grande, de unos dos metros y medio de ancho, y tan brillante que resulta casi cegador. Pero, entonces, empieza a cambiar, una miríada de colores palpita en su interior hasta que la superficie se oscurece y se convierte en metal sólido.

Opi inhala.

La frecuencia de la montaña vibra en su interior. Parece que la envuelve en una cálida tranquilidad; el ronroneo de su pecho le relaja el cuerpo entero mientras su mente cede. La presencia trata de decirle algo. Enseñarle algo.

Aún puede percibir a Eli a su lado a medida que el mundo físico parece escurrirse. Está flotando; unas luces cósmicas enormes brillan a lo lejos en algún punto.

Se produce un tirón en su cabeza; entonces, un hilo ligero como una pluma roza su consciencia. La muchacha permite que se entremezcle con ella despacio y con suavidad para que la presencia la ayude a entender su propósito.



Deslizándose entre las estrellas, muy lejos de casa, sienten una frecuencia. Un globo pequeño aparece a la vista, azul y verde, y brilla. Unas columnas de la fuente de la frecuencia se elevan desde cuatro puntos idénticos a su alrededor, torres finísimas de polvo dorado.

Conforme se aproximan, ven pequeños cúmulos de tierra en la superficie del globo entre un vasto océano.

Su reflejo es visible cuando se acercan a la superficie del agua: orbes de luz brillante deslizándose en el aire.

Traspasando una de las relucientes columnas doradas, cambian de forma para poder dar vueltas hacia abajo a través de capas de tierra y lecho de roca hasta su base. Allí, en la cueva, una masa sólida de roca levita.

No saben qué es, pero pueden sentir que algo antiguo lo colocó ahí hace mucho tiempo.

Giran rápido de vuelta a la superficie, donde un cálido sol distante y una luna cercana que asoma vigilan por encima de un océano de grandes mareas. Rebosa de vida microscópica, ya evolucionando, reaccionando a todo lo que lo rodea.

Ese lugar servirá. Allí es donde conseguirán su propósito.

Juguetean y manipulan la vida que cambia despacio, dándole el tiempo que necesita para estar lista. Lista para convertirse en recipientes en los que las almas puedan existir de forma física.

Fragmentos de la fuente de la que emana toda la consciencia.

Allí, las almas pueden experimentar y aprender, reencarnarse una y otra vez hasta que al fin estén listas para unirse de nuevo.

Los océanos cambian y la tierra se eleva, luego cae, y mientras el suelo cambia en torno a los cuatro monolitos, dos se entierran profundamente en el océano y otros dos suben poco a poco a través de la corteza; su poder permanece infinito; sus frecuencias, estables en su mayoría, pero no a salvo de posibles perturbaciones.



El hilo se desliza de la mente de Opi, permitiendo que vea un último atisbo de la vasta extensión de espacio, solo que, esta vez, además de las luces celestiales, hay mil millones de colores brillantes que cambian y se mueven, un inmenso entramado que lo abarca todo.

De vuelta en el prado cubierto de nieve, Opi nota cómo Eli desliza las manos entre las suyas, cálidas y callosas. Se gira y lo ve observando todavía el cielo. Su hermana y Will están al otro lado de él, y, a continuación, su padre, y ella mira de nuevo hacia el cielo para contemplar cómo el orbe metálico tiembla y se convierte en una superficie de luz. Se produce un destello cuando se divide en cinco orbes más pequeños otra vez. Despacio, vagan sin rumbo hacia arriba, ocultos por las estrellas.



Unos suaves sollozos hacen que Dusty desvíe la mirada del cielo. Se da la vuelta y ve a Michelle rodeada por Amber y los transformados, que les pasan las manos por los brazos y los hombros a la mujer,

reconfortándola mientras la pena le sobreviene una vez más.

Michelle sorbe; parece que acaba de fijarse en todo el mundo. Pasea la vista entre las caras jóvenes y busca con los ojos los de ellos mientras sus colores se entremezclan todos como si buscaran consuelo.

Es entonces cuando Dusty se percata de la nube separada de amarillos, violetas y verdes que sobrevuela por encima de ellos.

Respira hondo, pues reconoce los colores al instante.

—JD —susurra, pero nadie parece notarlo.

Sus colores sin ataduras han irradiado desde los primeros momentos que abandonaron su cuerpo en el interior de la casa, y ahora están prácticamente brillando. Comienzan a palpitar como si respondieran al intercambio que se produce abajo y, después, se elevan un rato más. A continuación, justo como los orbes, los colores empiezan a rodar hacia el cielo, fluyendo libres, hasta que Dusty deja de verlos.

—Entremos —le dice Amber a Michelle, que se ha echado a temblar del frío—. Te ayudaremos con Jake.

A la mujer se le contrae el rostro debido a un dolor nuevo y no puede responder por un instante. Sin embargo, al final, asiente, y el grupo de adolescentes la ayuda a atravesar los terrenos cubiertos de nieve, de regreso a la casa en la que aguarda el cadáver de su hijo.

Aún cerca de la linde de los árboles, la agente Reed se está poniendo de rodillas sobre la nieve, con la cabeza caída hacia delante, exhausta.

Chris es el primero en moverse hacia ella. Trata de ayudarla a levantarse, echándose uno de los brazos de la mujer por encima del hombro, pero ella apenas puede sostenerse. Will va por el otro lado, y entre los dos consiguen que se tenga en pie por fin.

La agente Reed mira a Eli, que está agarrado de la mano de Opi,

observándola. La mujer baja los ojos hacia el agujero que tiene en la camiseta; la tela sigue empapada por la sangre. No obstante, no hay nada más que piel suave e ilesa debajo.

—Te he disparado —suelta la agente.

—No, tú no —replica Eli.

Dusty observa cómo los colores de la mujer, ahora completamente enteros y suyos de nuevo, se oscurecen ante el recuerdo que está evocando: la sombra, la manera en la que la sentía dentro de ella, el momento en el que disparó a Eli y a JD con las pistolas, Opi y las raíces de los árboles, y la verdad que Eli ha restaurado. Se le doblan las rodillas al tiempo que frunce el ceño.

—Vamos adentro —propone Chris.

Ella sacude la cabeza, intentando protestar, pero solo puede respirar de forma entrecortada antes de apoyar el peso contra él.

A medida que se aproximan de vuelta a la casa, Dusty siente el zumbido del monolito en la montaña debajo de ella. La intensidad de su frecuencia se ha suavizado. Sigue siendo constante, pero ahora es ondulante y le arrulla el cuerpo. Calma. Los colores de la chica fluyen con suavidad a su alrededor en respuesta.



La luz del sol apenas comienza a rozar la copa de los árboles cuando la agente Reed habla por fin.

Todos se encuentran dentro de la casa de JD. Michelle se ha dormido al final en el suelo, al lado del cuerpo de su hijo, con Amber y los transformados vigilándolos. Opi, Eli, Dusty, Will y Chris están en la otra parte del enorme salón abierto. Han dejado a la agotada agente sobre un sillón, donde se ha quedado dormida casi al instante.

Su padre y Will han estado durmiéndose y despertándose mientras Opi, acurrucada junto a Eli en un sofá, escucha los latidos de los que la rodean y trata de relajarse.

Cuando oye que la agente se despierta, Opi se ve tentada de ir a ver cómo está. Sin embargo, decide esperar y concederle espacio para procesar mientras desvía la vista hacia la ventana y observa el amanecer.

—No sé por dónde empezar —dice al final la mujer, aclarándose la garganta al tiempo que mira a Chris, luego a Opi y, por último, a Eli—: Lo siento —se disculpa con suavidad, con cierto tono de pregunta. Sacude la cabeza como si lo inadecuado de sus palabras fuera casi cómico y, a continuación, dirige la vista al grupo al otro lado de la estancia.

El cuerpo de JD apenas se ve entre los muebles; su madre le rodea el pecho con los brazos mientras duerme.

Opi observa a la vez que Amber cruza la mirada con la agente, ofreciéndole una ligera y triste sonrisa empática.

—Como te dije anoche —repone Eli—, no fuiste tú.

La agente se vuelve hacia él y suelta un aliento tembloroso antes de estudiarlo un buen rato.

—Seáis lo que seáis, sea lo que sea lo que os ha pasado, no se lo contaré a ni un alma si no queréis que lo haga. —Mira a Chris—. Es evidente que las cosas no son lo que parecen aquí. Las cosas… se escapan del control de cualquiera. Creo que eso también incluye a la señorita King —dice, y luego desvía los ojos hacia Dusty—: Y a Andrew Everett, y… todo lo demás que habéis estado aguantando por vuestra cuenta.

Dusty parece conmocionada, pero asiente despacio.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que lo que ha sucedido aquí… nadie quería que ocurriera. Al menos, nadie de los presentes.

—La expresión le cambia como si lo estuviera viendo todo de nuevo. La sombra. La presencia. Se yergue un poco en el asiento—. Solo quiero… Creo que lo único que puedo hacer, lo que tiene sentido, la verdad, es dar por concluida la investigación y pasar página.

—Puedo borrarlo todo —sugiere Eli, echándose hacia delante en el asiento—. Los recuerdos de lo que te ha pasado. Si quieres. —Mira a Dusty para comprobar si está de acuerdo, y añade—: Creo que ahora es seguro, ya que la sombra… se ha ido.

Dusty asiente, aunque la agente ya está negando con la cabeza.

—Gracias, pero no. Si todos podéis perdonarme… por lo ocurrido anoche… Si todos estamos de acuerdo en que…

—Estos secretos pertenecen a la montaña —dice Opi.

La agente asiente; han llegado a un acuerdo. Vuelve a mirar a JD. Michelle se revuelve ahora y Amber y los transformados la ayudan a levantarse.

—Vete —suelta Dusty, observando el espacio en torno a la agente, sus colores—. Si es lo que te apetece —añade.

La mujer asiente con un alivio evidente y se pone de pie sobre sus cansadas piernas. Chris la ayuda a salir y Opi escucha cómo el coche de la agente Reed baja por la montaña, dejando atrás todo lo que nunca sabrá ni comprenderá al cien por cien.

Para cuando Chris ha regresado, la suave luz del sol entra por el cristal de la gran habitación. Al lado de Michelle, el chico más alto y fuerte de los transformados se levanta con el cuerpo lacio de JD entre los brazos. Sin mediar palabra, Michelle se limpia unas lágrimas nuevas de la cara y, acto seguido, se dirige despacio hacia fuera.

Opi y sus seres queridos van detrás mientras Michelle los conduce a través de la nieve hacia el bosque. El canto de los pájaros es suave; las hojas de los árboles apenas se mueven por encima con

la ligera brisa que sopla entre ellos. Justo arriba de la casa, en la parte opuesta a la propiedad y a la tumba del padre de JD, se acercan a un pequeño y hermoso claro rodeado de cicutas. Ahí es donde Michelle aminora.

Nadie habla. Es evidente para lo que están allí.

El chico que sostiene a JD se sitúa junto a Michelle mientras los demás se arrodillan también y se ponen a cavar.

Conforme Opi introduce los dedos entre la nieve y encuentra la tierra fría y dura, se conecta de inmediato con los árboles y las plantas dormidas a su alrededor y les pide que ayuden. La tierra emite un ruido sordo bajo mientras las raíces se mueven y hacen espacio.

Las caras de los transformados, que están alrededor de Opi, son solemnes; sus latidos son palpables por el vigor con el que cavan. La muchacha mira a las más jóvenes del grupo, las hermanas que han mencionado a su padrastro, intentando imaginarse el horror que debieron de haber vivido para cambiar sus vidas por esto. Piensa en la otra chica, la que ha mencionado el cáncer. Todas se ven muy sanas y tienen la piel sonrojada por el calor y los latidos fuertes y firmes.

Eso hace que Opi se cuestione, como curandera, si habría hecho lo mismo de haber desarrollado la habilidad de JD. Supone que eso ya no importa. Ellos son su legado, les ha dado una segunda oportunidad y, ahora, también forman parte de este punto de inflexión. De lo que sea que está por venir.

No parece pasar mucho tiempo cuando ya hay una zanja profunda en el terreno. Amber, Dusty y dos de los transformados se meten dentro, cogiéndole el cuerpo de JD al chico que lo ha estado llevando, y luego lo colocan con cuidado en el suelo. Cuando salen, Opi vuelve a concentrarse y, empezando por las piernas del

muchacho, les pide a las raíces que comiencen a entrelazarse con suavidad a su alrededor. Se detiene para observar a Michelle, pidiéndole permiso con la mirada para continuar. La mujer asiente y posa una mano sobre el hombro de Opi. Esta continúa tejiendo las raíces que se entrelazan con la red que solo ella puede ver. Se da cuenta de que, con el tiempo, el cuerpo de JD será parte de esa red; su sangre, su piel y sus huesos se transformarán. Será por completo y para siempre parte de la montaña.

Epílogo

Opi mira por la ventana de la habitación de Dusty. Las hojas verdes del haya gigante distorsionan la vista de la parte inferior de la montaña, pero puede atisbar la línea reluciente del Black River que atraviesa el valle de abajo. Una brisa cálida se cuela dentro, recogiendo los mechones de pelo de Opi que le caen alrededor de la cara, susurrándole que el verano ya está aquí.

Ha pasado todo un año desde que Dusty y ella fueron a recoger colmenillas. Un año desde que todo comenzó a cambiar.

Junto a ella en la cama, su hermana escribe a mano la última carta a su madre. Han estado escribiéndose desde la primera vez que se pusieron en contacto con ella el último invierno. Su padre también le ha estado mandando sus propias cartas. Cree que pronto su madre estará lista para que ellos vayan a visitarla.

Una vez que se contentan con lo que le han dicho, Dusty se pone de pie y se mete la camisa de su nuevo uniforme por dentro del pantalón.

Opi sonríe.

—Dusty Silver, agente medioambiental.

—Creo que no lo he pensado bien, la verdad —responde Dusty —. No sé cómo seré capaz de llevar toda esta tela el resto del verano.

Opi suelta una carcajada.

—Te van a pagar para pasar los días en el exterior. Ve a nadar,

refréscate, deja de quejarte.

Dusty le devuelve una sonrisa.

—Hablando de trabajo —contesta—. Ayer vi a Charlie. Me dijo que hoy por la mañana venía a recoger el cesto de Michelle.

Charlie es uno de los cuatro transformados que Michelle acabó acogiendo. Uno de los que tenían hogares demasiado peligrosos como para regresar.

Todos han apoyado a Michelle y la han ayudado a pasar el duelo de todas las formas que han podido. En el caso de Opi, ha sido ayudándola a sanar su cuerpo de los años que la sombra le arrebató. Dado el hecho de que la mujer es la única persona en su casa que come, la muchacha se asegura de que esté bien abastecida de productos frescos, tés e infusiones. Incluso le ha llevado algunas tinturas y adaptógenos especializados en los que ha estado trabajando, guiada por las plantas de la red micorrícica de la montaña, que le susurró que era buena para el sistema nervioso, pues ayudaba a que tanto el cuerpo como la mente de Michelle se recuperase.

No obstante, lo que más le ha servido a Michelle ha sido cuidar de los transformados. Ayudarlos a ajustarse a su nueva vida, darles una casa, permitirles mantenerse a salvo y amados. Visita la tumba de JD a diario y recoge las flores silvestres más bonitas que han crecido para marcar su tumba.

La agente Reed ayudó a facilitar la formalización legal del proceso de acogida. Luego, tras completar el resto del papeleo relacionado con los asesinatos no resueltos de Kristen King y Andrew Everett, se había marchado del pueblo, asegurándole a todo el mundo que no existía ninguna relación entre los dos casos y los adolescentes de la White Mountain, y afirmando que no tenía interés en volver jamás.

El móvil de Dusty suena encima de su escritorio. Ella lo alcanza y se le dibuja una amplia sonrisa en la cara al tiempo que mira la pantalla.

—¿Qué sucede? —pregunta Opi.

Ella mantiene el teléfono en alto, revelando una foto de Mali y Kat de la mano mientras saltan desde la parte más alta de una cascada.

—Parece que Jamaica no les está gustando nada —bromea.

—No me puedo creer que se vayan a tirar viajando todo el verano.

—Lo sé —responde Dusty, aún sonriendo—. Pero vendrán a casa unas cuantas semanas antes de marcharse a Texas.

Aunque Opi sabe que Dusty echará de menos a su mejor amiga, es obvio que está contentísima por Mali.

Se oyen murmullos fuera.

—¡Estamos listos! —grita Eli.

Opi se pone de pie y una oleada de emoción la invade. No puede decir si es suya o de Eli.

Él ha estado en Tokio los últimos días en un evento de BMX. Le había pedido a Opi que lo acompañara, pero ella ya había ido a Suecia unas semanas antes y no quería dejar su huerto en este momento tan crucial. Al fin se siente ella misma otra vez.

En cuanto llegó anoche, el muchacho se había colado en la habitación de ella, la había besado y le había dicho cuánto la quería y la había echado de menos. Sin embargo, entonces, había desaparecido fuera y le había obligado a prometer que no saldría y vería lo que estaba haciendo hasta que le dijera que estaba listo.

Opi se había estado volviendo loca intentando fingir que no podía oírlo en su huerto. Y a Will también. Y cuando Dusty había entrado en su habitación para asegurarse de que no iba a ver qué

estaban haciendo los chicos, Opi había decidido que la única forma de matar el tiempo era hacer que Dusty viera toda la adaptación de la BBC de *Orgullo y prejuicio* con ella.

—¡Venga! —vuelve a gritar Eli, cada vez más emocionado.

Al fin, las hermanas bajan corriendo, pasan por al lado de su padre, que se encuentra bebiendo en la cocina su café mañanero. Le hace un guiño cómplice a Opi y, después, señala con la cabeza la puerta trasera. Justo cuando la chica está a punto de salir fuera, Dusty la detiene.

—Espera —suelta, y luego le tapa los ojos con una mano y la guía despacio afuera, hacia el porche.

El aroma del huerto golpea a Opi con toda su fuerza. Olores que el año pasado encontró irreconocibles ahora evocan una imagen de lo que hay ante ella tan clara que, a pesar de la mano de Dusty cubriéndole los ojos, es como si pudiera verlo: cantidades de plantas frondosas y verdes con zonas iluminadas por la luz del sol. Caléndula, manzanilla y equinácea florecen en ráfagas de dorado y morado, y, detrás de ellas, unos tomates brillantes cuelgan de sus tallos. A la sombra y entre el sotobosque, el jengibre silvestre crece abundante, cruzando el límite de la linde del bosque y esparciéndose hacia este.

Hoy, el olor a madera recién lijada y barnizada también está presente junto con los dos chicos, que se encuentran en algún lugar del huerto, aguardando.

—Vale —oye que dice Eli, sintiendo su impaciencia.

Dusty le da un empujoncito hacia delante, guiándola para que baje los escalones hasta el huerto.

Al instante, Opi se percata de la red que ha conectado bajo sus pies. La manera en la que fluye y crece, cuidando de su huerto incluso más que ella.

Su hermana deja caer la mano y ella parpadea para que los ojos se le acostumbren a la luz del sol.

A un lado de la gran variedad de plantas medicinales florecientes, ahora hay un invernadero impecable encajado en la ladera de la montaña. Está construido con una madera cálida de color miel y cristal, y tiene un tejado a dos aguas que permite que la ligera luz del sol se cuele e ilumine las estanterías y las encimeras de madera preciosas, todas esperando que las llenen.

A un lado, se encuentran Eli y Will.

Eli está rebosante de alegría, con los ojos verdes brillando de anticipación a medida que se acerca a Opi y la levanta de la cintura para poder besarla.

Ella puede sentir la sonrisa detrás del beso y suspira, inhalando su dulce aroma a sol y a tierra.

Dusty se aclara la garganta.

—Bueno, chicos. Will y yo nos marcharemos pronto, ¿podríais…?

Eli suelta una carcajada y baja a Opi con cuidado. Ella vuelve a examinar el invernadero, sacudiendo la cabeza con asombro y asimilando lo que han hecho por ella.

—Gracias —dice, y de pronto se le humedecen los ojos y una emoción le sube por el pecho. Mira a Eli, luego a Will y, por último, a Dusty—. Gracias a todos, en serio. Es… perfecto.

Will se encoge de hombros.

—No hay de qué. Y, de todas formas, ha sido idea de Eli. Él se ha encargado de todo el transporte pesado.

—Aun así —contesta ella—. Se lo voy a contar a todos los jardineros y herbolarios que conozco.

Will sonríe y, a continuación, agarra a Dusty de la mano y se meten en la casa juntos.

Apenas pasa un segundo antes de que Eli tire de Opi para que lo

mire otra vez y sus labios encuentren los de ella, sumergiéndose en un beso profundo que hace que a ella le invada cada centímetro de su ser. La chica le envuelve la cintura con los brazos para atraerlo más cerca, con los dientes ya doliéndole mientras le hormiguea la lengua con la necesidad de más de él.

—Espera —repone, apartándolo para intentar apaciguar su sed.

Eli no tiene que preguntar por qué se ha detenido. Lo puede sentir.

A él se le dibuja una sonrisa irónica en el rostro. Alza la vista hacia la casa y comprueba si los están observando.

—Aquí no —espera Opi, riéndose. Desliza la mano en la de él y lo agarra—. Vámonos.

Corren montaña abajo; los sonidos y los olores del bosque le provocan un cosquilleo en la piel. Cuando llegan al Black River, no aminoran el paso. Saltan por un recodo estrecho que serpentea por la naturaleza. Atraviesan los campos de flores silvestres, matorrales de hojas caducas y barrancos llenos de helechos, escalando peñascos con el tiempo justo para vislumbrar unas vistas perfectas y resplandecientes.

Ralentizan el ritmo cuando llegan a una arboleda de hayas jóvenes al fin.

El sonido del agua fluyendo resuena por todos lados, pero ahora todo eso se encuentra en el fondo de la mente de Opi. Eli ya se ha adueñado de toda su consciencia, su olor, la ligera calidez que él siente cuando la mira, cómo el corazón bombea sangre por todo su cuerpo.

Se detienen al borde del desfiladero de la mano mientras miran hacia abajo, hacia el río que discurre por sus profundidades. Opi puede ver el saliente en el que se hallaban cuando por primera vez se alimentaron el uno del otro. El jengibre silvestre cubre las paredes

rocosas encima de ellos, rebosante de brotes nuevos y rocío de la mañana que gotea de las hojas al desfiladero.

—¿Lista? —le pregunta Eli.

Opi le da un apretón a su mano callosa y deja que cada fibra de su amor la recorra, y le devuelve a él a cambio todo el suyo. Sonríe.

—Lista.

Cuando saltan al vacío, lo siente más que nunca: la vida es pura magia.

Agradecimientos

Gracias, querida lectora, por unirte a mí en la naturaleza salvaje de Black River y la White Mountain. Siempre me da un poco de pena marcharme de este mundo, pero, aunque esto sea el final de la bilogía, los personajes y el bosque viven con tanta fuerza en mi mente que espero que tú también te los puedas imaginar perviviendo.

He de reconocer que escribir este libro no habría sido posible sin el apoyo de mi familia. El amor y la admiración de mi marido, Tim, me animan cada día. A pesar de lo cansado y abrumador que resulte criar a nuestros chiquillos, creo que el torbellino de alegría y caos que provocan a nuestro alrededor es lo que me da la energía creativa y la inspiración para escribir. Me considero sumamente afortunada por cada segundo de ello.

Quiero hacer una mención especial a mi tercer hijo, quien, mientras escribo esto, está a tan solo unas semanas (tal vez días) de ver la vida. Has crecido en mi interior mientras yo escribía este libro, y me gustaría agradecerte por hacerme compañía durante cada minuto pese a la incomodidad de las sillas, pelotas y otras posturas que hemos tenido que adoptar para conseguir que esto pase. Me muero de ganas por sostenerte al fin en brazos y espero que sientas mi amor ya eterno hacia ti.

A mi madre, Joan, cuya presencia y ayuda diarias lo han significado todo para nosotros: gracias, gracias y gracias.

A mi familia al completo y amigos cercanos: solo saber que existís es tremendamente satisfactorio. Me siento muy afortunada de teneros a todos y cada uno de vosotros en mi vida.

Gracias a Anthea Bariamis, la editora que primero confió en esta historia y quiso ayudarme a compartirla con el mundo. Tu aportación, confianza y apoyo son casi tan valiosos como tus recomendaciones de libros, y siempre os estaré agradecida a ti y al increíble equipo de Simon & Schuster y Atria Australia.

A Valery Badio, de Henry Holt, Nueva York: gracias por apreciar todo lo que más me gusta de estos libros. Sigo sin creerme que mis escritos hayan acabado en tu mesa y que decidieras compartirlos con tu mercado.

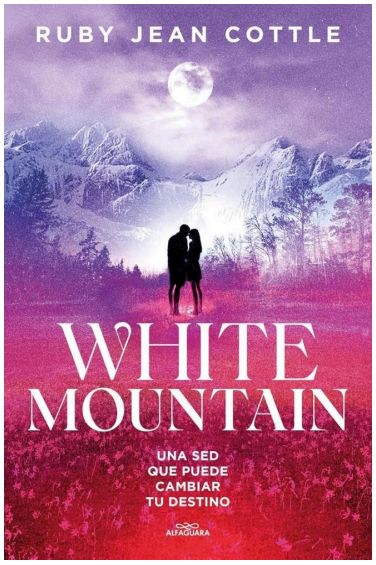
A todos los miembros de los equipos mencionados, a los autónomos con los que trabajan y a todos los implicados en las publicaciones de las ediciones internacionales de *Black River* y *White Mountain*: GRACIAS. Sois mis héroes. Aprecio cada pequeño detalle con el que habéis adornado estos libros.

Me gustaría señalar que este libro se ha escrito en la tradicional tierra de los Gundungurra y los Dharawal, situadas en las antípodas del lugar en el que transcurre la historia. La historia está ambientada en las montañas Adirondack, la tierra de los mohawk, *kanyengehaga*, guardianes de la puerta oriental; los seneca, *onondewagaono*, guardianes de la puerta occidental; los onondaga, *ganakdagweñni·yo'geh*, guardianes del fuego en la montaña; y los custodios posteriores, los hermanos menores —los oneida, *oneyotdehaga*, pueblo de la piedra erguida; los cayuga, *gayokwehonu*, pueblo del gran pantano; y los tuscarora, recolectores de cáñamo—, que durante muchas generaciones fueron testigos del ascenso y descenso del mar de Champlain, una ensenada prehistórica del océano Atlántico que antaño cubría gran parte de las

montañas Adirondack. Conocéis vuestra tierra mejor que nadie, y vuestro conocimiento es inestimable.

Por último, me gustaría decir que no importa de dónde seamos ni cuáles sean nuestros ancestros; se nos olvida con mucha facilidad que formamos parte de este antiguo planeta al igual que cualquier montaña, bosque, árbol o flor, por muchos muros que levantemos alrededor. Si hay algo que me gustaría que sintiera la lectora al adentrarse en estos libros, aunque solo sea un instante, es que tú y yo somos la tierra, y la tierra forma parte de lo gran desconocido.

El desenlace de la bilogía de vampiros al más puro estilo Crepúsculo: no podrás soltarlo.



Han pasado varios meses desde que la vida de las hermanas Silver cambió para siempre.

Mientras que Dusty parece controlar la sed, Opi no puede pensar en otra cosa. En eso y en el deseo que la empuja sin remedio a Eli Blake y que la quema por dentro.

Todo se complica aún más cuando un policía muy decidido escarba en las muertes sin resolver del pueblo, amenazando con destapar los secretos que Opi y Dusty tanto se han esforzado en proteger. A la vez, las hermanas Silver descubren que lo que se esconde en las montañas continúa al acecho, esperándolos.

Pronto, Opi se da cuenta de que, si quiere salvar a los que quiere, tendrá que abrazar la oscuridad que lleva dentro. Y es posible que, con ella, arrastre a los demás al abismo.

Ruby Jean Cottle (Sídney) es una autora australiana cuya obra se nutre de su trayectoria en medios creativos y de su pasión temprana por la escritura. Formada en Historia del Arte, trabajó durante años en el mundo de la moda, la creación de contenidos y la dirección creativa digital, experiencia que aporta una sensibilidad estética particular a sus relatos.

Tras residir en Nueva York y enfrentarse a desafíos personales que marcaron su camino, Ruby regresó a la escritura, su vocación original. Su universo literario, enraizado en la naturaleza y la emoción, abarca géneros como el romance, lo paranormal, la fantasía y la ciencia ficción. *Black River*, su primera novela, da inicio a una serie que continúa con *White Mountain*. Paralelamente, desarrolla el proyecto televisivo *The Watching*.

Actualmente, vive con su familia en las Tierras Altas del Sur de Nueva Gales del Sur, donde combina la vida familiar con una prolífica actividad creativa.



Título original: *White Mountain*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Ruby Jean Cottle
Publicado por acuerdo con Simon & Schuster (Australia)
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Inmaculada Rodríguez y Palma Carvajal, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Fotografías de la cubierta: © Jira Saki / Stocksy, © plpictures by Paedii Luchs / Stocksy, © Ibai Acevedo / Stocksy © iStockPhotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-88277-20-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

White mountain

Prólogo

Primera parte

1. Presión
2. Distancia infinita
3. Premonición
4. Feliz Halloween
5. Una promesa escrita en la nieve
6. Consecuencias

Segunda parte

7. Permanece en la oscuridad
8. Transformados
9. Soy mía
10. Hambre, caza, presa
11. Atemporal
12. Inocencia y desconcierto
13. En voz alta

Tercera parte

14. Negro y eterno

15. Acabemos de una vez con esto
16. Telaraña
17. Prueba de vida
18. Dentro de la montaña
19. Solo pasa por aquí
20. Límites básicos
21. Él también tiene una vida

Cuarta parte

22. ¿Qué recuerdos?
23. Todo sobre la mesa
24. En el mismo momento
25. Baile de invierno
26. Baile de invierno
27. Confiar en la presencia

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Ruby Jean Cottle

Créditos